

Obras de juventud de Rubén Darío :::

Memorias de Chile : Abrojos : Impresiones de Santiago : Emelina : Rimas : Canto épico a las glorias de Chile : Azul : Hombres de Chile : A. de Gilbert :

Edición ordenada, con
un ensayo sobre Rubén
Darío en Chile, por
Armando Donoso.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

EDITORIAL NASCIMENTO
SANTIAGO :: CHILE :: CONCEPCIÓN
Ahumada 125 :: 1927 :: Colo-Colo 419-425

*Es propiedad del Editor
Inscripción N.º 614*

*Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento
Arturo Prat 1430
Santiago de Chile.—1927*

ARMANDO DONOSO

Rubén Darío en Chile





Con razón podría decir Andre Gide que DADA fué el diluvio tras el cual todo ha vuelto a comenzar. Hay, en verdad, un nuevo estado de la sensibilidad y un nuevo estado de conciencia en el arte, que presenta como vértice de un cambio total el fin de la guerra europea, cintura del reloj de arena que señala una terminación y marca el comienzo de un renacimiento. Ni en los días del simbolismo la negación ha sido más radical: un poeta de hoy no concibe la lectura del que lo ha precedido en su generación, de tal modo se ha operado sustancialmente un cambio definitivo en la ideología, en el concepto, en la forma. El más audaz de ayer, valga el caso de Rubén Darío, no pasa de ser más que un adocenado en la actualidad, en cuya prosodia apenas si se reconocen virtudes de lirismo inferior. Ya, al morir el autor de «Prosas Profanas», Pérez de Ayala lamentaba solamente en su muerte la extinción de una voz armoniosa, de un virtuoso del agradable decir y nada más, regateándole lo que hoy tampoco puede alabar en las novelas de James Joyce.

Y es que, en el actual concepto del arte, fundado en razones profundas de libre expansión de la personalidad, es preciso sentir ya el cambio radical que se ha operado: antes del año catorce hubo una modalidad, musical o descriptiva, que ha envejecido repentinamente en el lirismo y en la novela. La literatura de hace quince años se nos antoja hoy más caduca que la de tres siglos atrás.

La renovación literaria finisecular que en España fué muy lenta, encuentra su eco inmediato en América: mientras el simbolismo está en su hora meridiana en Francia, repercute su influencia en Buenos Aires, casi dos lustros antes que aparezca en Madrid. Cuando Darío, Lugones y Jaimes Freire riñen sus primeras campañas (Verlaine, Laforgue, Leconte de Lisle), no apuntan aún Juan Ramón Jiménez, Valle Inclan, Antonio Machado.

Simple eco de Francia aquel despertar apolíneo, con todo el ascendiente vivo de Verlaine o Banville (¿no señalaba hasta la saciedad, en libro actual, el prolijo Erwin K. Mapes, toda la extensión y el peso de su influencia?), rebrotó en España durante el primer viaje de Rubén Darío a Madrid. Las revistas y los libros iniciales de arte moderno son de esa época, que en lo lírico justifica el movimiento del noventa y ocho: detrás de Unamuno y de Baroja llegan Valle Inclan, Juan Ramón Jiménez, los Machado, Pérez de Ayala. Y, claro está, ese movimiento que comenzó acentuando un rubendariismo formal, terminó por convertirse en una reacción contra la palabra armoniosa y el verso enjoyado.

De esos veinte años de cesarismo artístico, que dieron por resultado un movimiento literario de completa liberación, sólo queda el recuerdo armonioso de algunos nombres y el eco vago de veinte o treinta libros que poco se leen. Sin embargo, sería injusto hacer tabla rasa de cuanto representa para la literatura americana aquel renacimiento que, si tuvo sus precursores, reconoció la dictadura de Rubén Darío como el romanticismo francés había acatado la de Víctor Hugo. De él procede un aspecto interesante de la escritura artística y de él las mejores innovaciones líricas, que tantos repiten negando su procedencia. Suyo es el SONETO DE TRECE VERSOS, cuya ideología y cuya novedad pueden ser gratas a todas las izquierdas creacionistas o suprarrealistas:

Mas el pájaro azul volvió...

Pero...

No obstante...

Siempre...

Quando...

Recordar la historia de los comienzos de esta vida, es evocar uno de los períodos más interesantes en el desenvolvimiento literario de América y supone y reconoce también, aunque lo nieguen o no lo acepten, (hagamos la debida y honrosa excepción de Valle Inclán, mientras Juan Ramón Jiménez olvida con horror la primavera de sus «Jardines lejanos»), de como España fué hacia Francia por el puente que le tendieron «Prosas Profanas» y «Los Raros».

«MI JUVENTUD... ¿FUÉ JUVENTUD LA MÍA?»

¿Qué extraña voluntad rige la predestinación del artista? ¿Qué fatalidad inmanente determina su destino a las torturas de la inquietud creadora? Antes de los quince años Goethe y Byron sentían con los ardores de la fiebre apolínea las primeras angustias de la melancolía sentimental. Grave fué el daño que les causó la Esfinge en el prematuro despertar de la sensibilidad a las obscuras complicaciones de la vida emotiva. La dolencia de René, el *squisiti mali* de que hablaba d'Annunzio, se complicó en ellos con todos los misteriosos ímpetus de la imaginación. ¡Ah, crueles pubertades espirituales forjadas con inquietudes mal reprimidas, con anhelos no satisfechos, con el vago despertar de la sensualidad triste! Mientras Werther, ahogado por la emoción de un primer imposible, anunciaba a Fausto y a Meister, Manfredo dejaba presentir a Don Juan; Guynplaine y Cuasimodo anticipaban la tristeza de Olympio y la temprana angus-

tia de *Rolla*, era un augurio del pesimismo de *Las Noches*. Eco profundo tuvo en ellos la voz del *Eclesiastés* y de la *Imitación*: la vida es triste; la rosada aurora de la juventud es un anuncio melancólico de la noche; «acuérdate que todo pasa y tú también»; cada día más es uno menos; la hora que vuela acorta tu correr hacia la muerte; el amor, los libros y la belleza acabarán por destilar en tí un sabor acedo, un simple dejo de melancolía. ¿No lo enseñó acaso también uno de los puros en un verso perfecto?:

La chair est triste, hélas. Et j'ai lus tous les livres...

Como aquellos románticos enfermos de inquietud y de idealidad, que púberes mordieron el venusino fruto llegando a sentir los primeros dolores junto con la leche materna, Rubén Darío supo en hora prematura del mal del siglo, que le anticipó las hieles de su otoño. Nacido bajo el sino de clara predestinación apolínea, sintió pronto como Leopardi el cansancio de su juventud. Atormentado desde el albor de su primera mañana por una innata inclinación melancólica, fué en el correr de los años escéptico y tornadizo, mostrándose habitualmente sereno tras su no disimulada amargura, fruto exclusivo de una infancia menesterosa y de una orfandad incierta. ¿No recordaba el propio Rubén que, en medio de las fiestas, bailes y regocijos de los niños, en los grises días de su adolescencia, él solía apartarse yéndose solitario con su carácter «ya triste y meditabundo, desde entonces, a mirar cosas, en el cielo, en el mar».

Ni el sol del trópico, ni la naturaleza lujuriosa de su tierra natal, ni sus horas de íntimo buen pasar en el hogar adoptivo, bastaron a torcer la innata inclinación melancólica y el aire de fatiga que en el infante arraigaron muy hondo, tan hondo que no bastó una vida para disiparlos ni la alegría de todos los

triumfos y de una gloria unánime, como hasta entonces jamás había saludado el advenimiento de un poeta en América.

Poco después de cumplir los cuarenta años, la edad que Benvenuto Cellini exigía para comenzar a redactar la historia de la propia vida («ma non si dovrebbe cominciare una tal bella impresa prima che passato l'età di quarant'anni») escribía Rubén en una de sus horas amargas, desde la isla de Mallorca, al trazar aquellas líneas autobiográficas del retrato psicológico de su Benjamín Itaspes, alma y carne propios: «Se encontraba, a los cuarenta y tantos años, fatigado, desorientado, poseído de las incurables melancolías que desde su infancia le hicieron meditabundo y silencioso, escasamente comunicativo, lleno de una fatal timidez, en una necesidad continua de afectos, de ternura, invariable, solitario, eterno huérfano».

Como él lo recordara en más de una ocasión, había en su carácter algo del Gaspar Hauser verlainiano: emotiva y tierna ingenuidad hecha de timidez y de sufrimiento, («eterno huérfano, Gaspar Hauser sin apoyo») supersticioso temor de la muerte y del gran misterio que en las noches solitarias, como a Job, le rozaba los oídos con sus alas invisibles; un constante y tiránico deseo de aislamiento, para aquilatar las angustias de su propio corazón, al mismo tiempo que un ansia infinita de ternura, que le hacía sentirse propicio a todas las flaquezas y a todos los renunciamientos. Atormentado desde su adolescencia por confusas aspiraciones; movido siempre de un inquieto afán que le impulsaba a rodar por extrañas tierras; presa de la lujuria, cuya tortura su imaginación hacía más viva, desde niño se había posesionado de su cuerpo el demonio de la sensualidad, que mortificó su alma curiosa e inquieta, abrazada por febriles quimeras y por melancólicos renunciamientos místicos. Y es que en él, quien sabe por qué extraña dualidad, hubo siempre un raro conflicto entre su débil naturaleza pagana, triste y voluptuosa, en la que acaso no fué del todo extraña aquella probable gota de sangre indígena, chorotega o nagran-

dana, que estremecía su carne en un constante ardor afrodisíaco, y su temperamento torturado por frecuentes crisis beatíficas, por sentimentales angustias de católico aristocrático, nuevo D'Aurevilly o Huysmans nacido bajo el sol del trópico, que resucitaban en él los fuertes sentimientos de sus abuelos maternos, en los cuales acaso quiso buscar más de una vez el sagrado refugio contra la estulticia del vulgo municipal y espeso, ni más ni menos que el autor de *Las Diabólicas*, que profesó rabiosamente el *odi profanum vulgus*.

Poeta al fin y hombre acosado por todas las flaquezas de su siglo, fué víctima siempre de constantes abatimientos, mitad crisis de melancolía religiosa y mitad tenaces torturas de sensualidad. Algo hubo siempre en él del fauno que en el cuento de Anatole France cada mañana ayudaba al santo ermitaño a buscar flores para adornar la milagrosa imagen de la montaña y cuyas rodillas velludas, en los instantes de la elevación, durante la misa que oficiaba el piadoso sacerdote, doblábanse graciosamente en actitud de caer de hinojos.

Constante inadaptado en su terruño, gustador de todos los placeres, desde los de la gula hasta los caprichosos pecados venusinos, como no le cupo la fortuna de vivir los áureos días de Palenke, cuando la existencia autóctona americana conoció también su refinamiento sibarita, fué una eterna víctima de la nostalgia de otra civilización menos práctica en la que Ariel hubiera hecho olvidar a Calibán. Como el héroe griego vivió durante su juventud escuchando el canto de las sirenas, el canto que traía hasta sus oídos un viento perfumado de Lutecia, a cuyo seno sólo le fué dado llegar en el otoño de su prematura senectud, realizando con ello el sueño de sus sueños de vivir en la ciudad que le atrajo siempre tal un fatal maleficio. ¡Hondo regocijo del fauno tempranamente envejecido, pero en quien el espíritu se conservaba eternamente joven! Porque, antes de sus treinta años, era ida ya la mocedad del poeta, entre los sobresaltos, miserias frecuentes y tempranos males que le

hicieron pagar con creces sus pecados juveniles. ¡Aquellos polvos habían traído estos lodos! Sin embargo, nunca se dolió de ello y antes bien los goces de antaño fueron un nepente para sus dolores de hogaño: «Si un bebedizo diabólico, o un manjar apetecible, o un cuerpo bello y pecador me anticipan, al contado, un poco de paraíso ¿voy a dejar pasar esa seguridad por algo de que no tengo propiamente una segura idea?»

«Y ERÁ EN MI NICARAGUA NATAL...»

No conoció de niño Rubén Darío más ternuras que las que le brindara una tía abuela materna, santa y piadosa mujer cuyo esposo, el caudillo General Máximo Jerez, fué paternal y dulce con el tierno infante: «Por él aprendí pocos años más tarde a andar a caballo, conocí el hielo, los cuentos pintados para niños, las manzanas de California y el champaña de Francia». Cuando sobrevino la muerte del General, Rubén que apenas sentía florecer sus trece años, le rindió el primer homenaje de sus versos.

Bondadosos padres adoptivos fueron para él los que lograron hacerle olvidar el lar materno, el hogar que apenas si alcanzó a conocer a través de las vagas primeras ternuras de una madre a quien se había sacrificado en un matrimonio de conveniencia y cuyo suplicio terminó bruscamente, tras ocho meses de unión, con el alejamiento definitivo del esposo. Así, en medio de la desolación del hogar deshecho y un mes justo después de la ruptura, había nacido Félix Rubén, pasando casi inmediatamente al cuidado de su tía abuela materna.

¿Incorre el poeta en un visible error cuando explica, en la historia de su vida, el cambio de sus apellidos? «En realidad, escribe, mi nombre debía ser Félix Rubén García Sarmiento. ¿Cómo llegó a usarse en mi familia, el apellido Darío? Según

lo que algunos ancianos de aquella ciudad me han referido, un mi tatarabuelo tenía por nombre Darío. En la pequeña población conocíale todo el mundo por don Darío; a sus hijos e hijas por los Darío y las Darías. Fué así desapareciendo el primer apellido; a punto que mi bisabuela paterna firmaba ya Rita Darío; y ello convertido en patronómico llegó a adquirir valor legal, pues mi padre, que era comerciante, realizó todos sus negocios ya con el nombre de Manuel Darío y en la Catedral a que me he referido, en los cuadros donados por mi tía doña Rita Darío de Alvarado, se ve escrito su nombre de tal manera». Sin embargo, un buen conocedor de la familia, J. D. Venegas, parece haber aclarado definitivamente el asunto y a su testimonio será preciso atenerse pues coloca los puntos sobre las ies en cuestión tan pueril, que ha dado pábulo para suponer que el poeta había reunido, en feliz seudónimo, los nombres persa y hebreo. Poco después de una de esas guerras que siguieron a la independencia, la familia de los Darío se estableció en Chinandega: reconocía la ascendencia de don Darío Mayorga y, por costumbre, se la apodaba los Darío. Un día, víctima acaso de cierta venganza, cayó asesinado don Ignacio, abuelo de Rubén, lo cual fué causa de que regresara la familia a León, donde casó una de las hijas, Rosa, según consta de la siguiente partida: «En la ciudad de León, a los diez y seis días del mes de Abril de 1866. Yo, el F. Cura del Sagrario de esta S. J. Catedral, después de dispensadas las tres amonestaciones que prescribe el Santo Concilio de Trento y el impedimento de tercer grado de consanguinidad por línea colateral igual, desposé y véelé *in facie ecclesial*, a don Manuel Darío con doña Rosa Sarmiento; fueron testigos don Pedro Alvarado y doña Rita Darío». No fué afortunado el matrimonio como que a los pocos meses tuvo la esposa que asilarse en casa de doña Bernarda, la buena abuela, que diría más tarde el poeta, quien la envió, a punto de alumbrar su vástago, a Metapa, donde iba a nacer Rubén que, en pañales, volvió poco

después a León, traído por el coronel Félix Ramírez, esposo de doña Bernarda.

En los días melancólicos de su prematura vejez el poeta evocaba a su madre a través de un vago y borroso recuerdo: «Una señora delgada, de vivos y brillantes ojos negros ¿negros? no lo puedo afirmar seguramente, mas así lo veo ahora en mi vago y como ensoñado recuerdo; blanca, de tupidos cabellos oscuros, alerta, risueña, bella. Esa era mi madre. La acompañaba una criada india, y le enviaba de su quinta legumbres y frutas, un viejo compadre gordo que era nombrado «el compadre Guillén». La casa era primitiva, pobre, sin ladrillos, en pleno campo. . . » Y nada más. A su padre apenas si lo alcanzó a conocer Rubén vaga y fugazmente.

¿Qué honda tragedia doméstica destrozó para siempre ese matrimonio, que llegó hasta sacrificar el fruto de aquella efímera unión? ¿Cómo explicarse la cruel indiferencia de la madre y el olvido del padre ante el hijo recién nacido? ¿Acaso una sombra nefasta fué el origen de la desgracia entre los esposos, cuyo divorcio se comprende, pero no el egoísta abandono del hijo? A esta tragedia íntima alude el escritor cubano M. A. Díaz cuando escribe que «Circunstancias penosas que no son del caso, hicieron que la señora Bernarda Darío, casada con el señor Félix Ramírez Madregil, lo criara y educara, pues siendo prima del padre del poeta quiso encargarse de él y más tarde lo adoptó por hijo». Al evocar la historia de su vida el poeta tejió un velo impenetrable sobre ese ingrato recuerdo de su infancia y sólo en una ocasión trató de justificar su indiferencia filial cuando, al hablar de su familia, recordó como a su único y verdadero padre al coronel Ramírez: «Y mi tío Manuel. Porque don Manuel Darío figuraba como mi tío. Y mi verdadero padre, para mí, y tal como se me había enseñado, era el otro, el que me había criado desde los primeros años, el que había muerto, el coronel Ramírez. No sé por qué, siempre tuve un despego, una vaga inquietud separadora, con mi tío Manuel.

La voz de la sangre... ¡Qué plácida patraña romántica! La paternidad única es la costumbre del cariño y del cuidado. El que sufre, lucha y se desvela por un niño, aunque no lo haya engendrado, ese es su padre». En otra parte de sus memorias evoca el poeta el borroso e indiferente recuerdo de su padre con estas palabras: «Algunas veces llegué a visitar a don Manuel Darío, en su tienda de ropa. Era un hombre no muy alto de cuerpo, algo jovial, muy aficionado a los galanteos, gustador de cerveza negra de Inglaterra. Hablaba mucho de política y esto le ocasionó en cierto tiempo varios desvaríos. Desde luego, aunque se mantuvo cariñoso, no con extremada amabilidad, nada me daba a entender que fuera mi padre. La verdad es que no vine a saber sino mucho más tarde que yo era hijo suyo». ¿Para qué intentar entonces descorrer este velo si oculta piadosamente una desgracia que sólo le perteneció al poeta?

Poco más de trece años tenía Rubén cuando un día una vecina le llevó a su casa. «Estaba allí una señora vestida de negro, que me besó y me abrazó llorando, sin decirme una sola palabra. La vecina me dijo: esta es tu verdadera madre, se llama Rosa y ha venido a verte desde muy lejos. No comprendí de pronto, como tampoco me dí cuenta exacta de las mil palabras de ternura y consejos que me prodigara en la despedida, que oía de aquella dama para mí extraña. Me dejó unos dulces, unos regalitos. Fué para mí una rara visión. No debía volverla a ver hasta más de veinte años después».

En León vivían los padres adoptivos de Rubén y en su antigua Catedral fué ungida su cabeza con el óleo del bautismo. En el seno de la rancia ciudad, que guarda aún rediviva el alma de su tradición, se desarrolló su inquieta niñez, al calor de la sencilla ternura de su tía abuela y de los solícitos cuidados paternales del general Jérez.

¡León! ¡Cuántas cosas no le evocó siempre su cara ciudad al poeta! ¡Con qué honda emoción recordaba sus casonas peculiares, de recios muros y techos cubiertos con pesadas tejas

arábigas; sus iglesias sombrías y su Catedral severa, cubierta de estampas descoloridas, remotas historias de santos que exaltaron las primeras fantasías de sus diez años! La Catedral tuvo un fuerte ascendiente en las primeras vagas inquietudes del poeta: los solemnes días de pontifical, las ceremonias de Semana Santa, la Navidad deslumbrante, las fiestas de Corpus, las procesiones suntuosas, resumían la mitad de sus memorias juveniles. ¡Qué hondo e impresionante recuerdo dejaron en él las procesiones de León! Ellas hicieron cantar la alondra y poblaron de ensueños su temprana primavera. «¡Las procesiones de León! Las calles se adornaban de arcos decorados, de banderolas y cestillos de papel de China, animales bien imitados, pájaros de hermosos plumajes y frutas de cartón coloreado y dorado, entre las cuales unas hermosas granadas que se abrían al pasar las imágenes veneradas, y dejaban caer una lluvia de versos impresos en trozos de papel que parecían mariposas llevadas por el viento». El autor de estos versos era muchas veces Rubén, cuyo talento precoz comenzaba a ser espanto de propios y extraños: «Por la puerta de mi casa—en las Cuatro Esquinas—pasaban las procesiones de la Semana Santa, una Semana Santa famosa: Semana Santa en León y Corpus en Guatemala; y las calles se adornaban con arcos de ramas verdes, palmas de cocotero, flores de cerezo, matas de plátanos o bananas, disecadas aves de colores, papel de China picado con mucha labor; y sobre el suelo se dibujaban alfombras que se coloreaban expresamente, con aserrín, de rojo brasil o cedro, o amarillo mora; con trigo reventado, con hojas con flores de coyol. Del centro de uno de los barcos, en la esquina de mi casa, pendía una granada dorada. Cuando pasaba la procesión del Señor del Triunfo, el Domingo de Ramos, la granada se abría y caía una lluvia de versos. Yo era el autor de ellos. No he podido recordar ninguno... pero sé que eran versos, versos brotados instintivamente. Yo nunca aprendí a hacer versos. Ello fué en mí orgánico, natural, nacido».

La bien amada ciudad leonesa estuvo siempre rediviva en el recuerdo del poeta: su ascendiente sentimental fué grande y constante en él. En su seno gustó los primeros sobresaltos de una pasión intempestiva; tuvo sus prematuros románticos idilios y su sonoro despertar apolíneo. Supo vivir ruidosa y apasionadamente sus años juveniles derrochando en ellos toda la savia de una ardiente primavera. Ganimedes ilusionado, sintió las tristezas de las primeras inquietudes amorosas: ¡cruelas ansias venusinas y fugitivas sorpresas gustadas ¡oh Eros! ante la visión de una prima que se le apareció cierta vez única ante sus ojos como una nueva Anadiomena! ¡Primeras líricas ilusiones de los doce años! «Mis sueños poéticos habían ya tendido sus palios de azur, sus tiendas de oro maravilloso. Mis visiones eran mañanas triunfales o noches de seda y aroma al claro plenilunar; mi astro, Venus; mis aves, pavones fabulosos o líricos ruiseñores; mi fruta, la manzana simbólica o la uva pagana; mi flor, el botón de rosa: pues lo soñaba decorando eminentemente los senos de nieve de las mujeres; mi música, la pitagórica, que escuchaba en todas partes: Pan; mi anhelado, besar, amar, vivir; mi ideal encarnado, la rubia a quien había un día sorprendido en el baño. Acteón adolescente delante de mi blanca diosa, silencioso, pero mordido por los más furiosos perros del deseo».

Propicios a su temprano despertar fueron el ambiente del trópico y la sedante tranquilidad provinciana de León, noble y docta ciudad, con su pasado grato a las fugas del recuerdo; su apacible vida hogareña; su casa vetusta, donde Rubén aprendió a leer; sus claras campanas bautismales, «el son de las viejas torres» que decía el poeta, cuyo eco siempre sintió resonar, como Renán al aproximarse la vejez escuchaba el tañido de los bronces de Is.

En León vivió el niño Rubén toda la primera época de su juventud, en medio de una naturaleza lujuriosa y bajo el estímulo constante de un sol de fuego, que tornaba lentas las horas invitando al *dolce far niente*. No lejos de la ciudad y a las orillas

del lago Managua, «un lago encantado, lleno de islas floridas, con pájaros de colores se alza el cono impotente del Momotombo, que tanto ascendiente tuvo siempre sobre la imaginación de Rubén:

Ya había yo leído a Hugo y la leyenda
que Squire le enseñó. Como una vasta tienda
vi aquel coloso negro ante el sol,
maravilloso de majestad. Padre viejo
que se duplica en el armonioso espejo
de un agua perla, esmeralda, col.

Agua de un vario verde y de un gris tan cambiante,
que discernir no deja su ópalo y su diamante
a la vasta llama tropical.
Momotombo se alzaba lírico y soberano,
yo tenía quince años: ¡una estrella en la mano!
Y era en mi Nicaragua natal.

Tal vez justificaron ese ascendiente, más que la propia majestad del Momotombo, los versos de Hugo en *La leyenda de los Siglos*. Darío lo ha dicho: «¡Cuántas veces recitara yo esos versos sobre las aguas del lago, frente al coloso de piedra, en verdad desnudo y calvo, y apenas coronado de cuando en cuando con el flotante penacho de su humareda!» ¿Acaso aquellos magníficos versos, en los cuales el Momotombo no había sido más que un pretexto para que la irreligiosidad del lírico francés ensayase un zarpazo literario contra la Inquisición, movieron también el recuerdo del poeta americano en muchas otras ocasiones que llegó a evocarlos? Fácilmente se comprende que la sonora y decorativa introducción del poema de Víctor Hugo le causara una impresión insólita al adolescente Rubén, que sólo estaba atiborrado por ese entonces de rancias lecturas clásicas:

O vieux Momotombo, colosse chauve et nu,
 Qui songes près des mers, et fais de ton cratère
 Une tiare d'ombre et de flame a la terre,
 Pourquoi, lorsqu'a ton seuil terrible nous frappons
 Ne veux-tu pas du Dieu qu'on t'apporte? Reponds.

Poco después de concurrir Rubén a la escuela pública del licenciado Felipe Ybarra, donde tomó sus primeras lecciones, y ya ansioso de lecturas, comenzó a frecuentar a los Padres de la Compañía de Jesús, ante quienes le llevó su tía Rita. Le halagaron los frailes, presintiendo acaso en el niño una clara inteligencia y un fácil don apolíneo, y encauzaron firmemente su instrucción en las rudas disciplinas de los ramos aprendidos de memoria: el constante ejercicio del latín y la obligada lectura de los clásicos. Más de una vez recordó Rubén, en el correr de los años, a un padre Kõning, austriaco, que gozaba de celebridad como astrónomo; a un bondadoso padre Tortolini; a un padre Arubla; a un padre Juinguito y a un padre Valenzuela, famoso como poeta. Y aunque ellos nunca le instaron a terminar sus estudios para ingresar a la Compañía, tal vez con harto dolor de su tía Rita, alcanzó a formar parte de la Congregación de Jesús, llevando en las ceremonias la cinta azul y la medalla de los congregantes.

Por esos años empezó a escribir sus primeros versos formales. La enseñanza de los jesuitas fué un eficaz y beneficioso freno contra los desmanes de su desordenada imaginación. «Por lo menos conocíamos nuestros clásicos y cogíamos al pasar una que otra espiga de latín y aun de griego». ¿No ha recordado también en *El canto errante* que, por aquellos azules días:

Ya estaba yo nutrido de Ovidio y de Gomara...?

Las primeras silvas y odas brotaron más que de sus inquietudes líricas de las reminiscencias de sus lecturas: versos fríos,

correctos, ajustados al estrecho cartabón del primer texto de retórica o a las lecciones aprendidas en Fray Luis de León, en Lope de Vega o en Teresa la Santa, que dió a la estampa con anagramas ocasionales, *Bruno Erdia* o *Bernardo Y. U.*, según ha recordado, junto con exhumar sus primeros renglones cortos, Ventura García Calderón.

Sin embargo, es curioso observar cómo en las estrofas iniciales del lírico adolescente se advierten ya la fluidez del verso y la facilidad de la rima. He aquí, por ejemplo, la siguiente estrofa de uno de sus primeros ensayos, escrito con motivo de la muerte del general Máximo Jérez:

Ya el tirano va a expirar,
ya el pueblo ruge y se irrita,
ya hay bombas de dinamita
para que sucumba el Zar;
ya nueva era va empezar,
pues la esclavitud mancilla:
no doblará la rodilla
ante el Rey y el jornalero,
¡ay de Alejandro Tercero!
¡y ay de Ignacio Veintimilla! (1).

Ni los tiernos suspirillos rimados tras la impresión de la lectura de Heine, ni los becquerianos lamentos; ni los ecos de Campoamor o de Leopoldo Cano, que más tarde mucho le dieron que hacer a la crítica cuando la publicación de sus *Abrojos*, movían

(1) Darío ha recordado estas estrofas *Al General Jérez* con sentidas palabras, que Andrés Largaespada tomó de sus labios (*El primer libro original de Rubén Darío*): «Aquí están las décimas de mala versificación, pero llenas de santo fuego patriótico, de la admiración más inmensa, que recité en León, en Noviembre de 1881, en la velada que dió el partido liberal en homenaje a la memoria de Máximo Jérez».

aún su plectro incipiente: *Bruno Erdia* y *Bernardo Y. U.* sólo trataban de rimar sus estrofas con clásica medida, digna del congregante de los jesuitas, tras sus ocios y escarceos en los jardines clásicos del Parnaso, donde presidían en gloria y majestad única Luis de León, Lope, Teresa la Santa y los Argensola.

Trece años contaba el poeta y ya había intentado sus primeros inciertos balbuceos literarios, en periódicos de vida efímera como *El Ensayo*, *El Termómetro* y *La Verdad*, primero hilvanando artículos políticos y estrofas incendiarias en las cuales quería imitar las conminaciones de Juan Montalvo; ya modulando líricos ayes, ecos ficticios de un amor perdido, quejas del poeta solitario que se dolía de su canción oscura:

Escucha mi triste lamento
de mi pecho palpitante,
oye de mi voz amante
el melancólico acento.

¿No recordaba el propio Darío, según lo ha referido en un artículo Andrés Largaespada, con intensa emoción ese su primer libro de versos de la adolescencia, las estrofas de los trece años?: «Si, este es el original del primer libro que yo escribí; fué antes que *Primeras Notas*. Nunca se publicó. Por esto y por ser lo primero que produje, es lo que más amo, lo que más venero, lo que habla más íntimamente a mi corazón... Entonces yo era exaltado liberal, anarquista furibundo, enemigo del clero. Páginas enteras de Montalvo me las sabía a la memoria».

De aquel libro único consérvase un ejemplar milagroso, con sus hojas manchadas y rotas. En su primera página puede leerse el título siguiente, escrito con tinta roja y de puño y letra del poeta: Poesías y artículos en Prosa de Rubén Darío. Tomo 1.º Luego, a manera de epígrafe, aparece la siguiente estrofa:

Lector, si oyes los rumores
De la ignorada arpa mía,
Oirás ecos de dolores;
Mas sabe que tengo flores
También de dulce alegría.

y por fin la fecha: León, Julio 10 de 1881. Eran los días de los floridos trece años del poeta, la edad de las melancolías prematuras, cuando al inquieto boquirubio le mimaban «en la tertulia de su tía y madre adoptiva, escribe Largaespada, doña Bernarda Sarmiento de Ramírez, señora de prestigios, esposa de un héroe de aquel entonces, un empedernido revolucionario liberal sin temor en la lengua para murmurar de los conservadores: el General Félix Ramírez Madregil, de los más audaces lugartenientes del Doctor y General Máximo Jérez, a quien hasta sus adversarios políticos admiraban por la constancia y entusiasmo con que sostuvo sus creencias, resumidas en el ideal de la unión de las naciones centro-americanas bajo un solo gobierno».

¿Qué de extraño podía ser entonces que el por aquellos años imberbe Rubén comulgara con su padre adoptivo en sus entusiasmos y en sus convicciones, participando de su jacobinismo en ideas hasta cantar en una de las décimas que en homenaje del caudillo recitó en León, en la velada que realizó en su honor el partido liberal?:

Jérez deja que te vea,
Pensador agigantado,
Semi-dios transfigurado
En el Tabor de tu idea (1).

(1) Grande fué siempre la admiración que el poeta sintió por el General Jérez. El ya citado Andrés Largaespada recogió de labios del propio poeta las siguientes palabras sobre el caudillo: «Con la debida documentación ya que se acerca el centenario de su nacimiento, escribiré un poema

¡El radicalismo y la antirreligiosidad del Darío de los trece años no eran ciertamente para amedrentar! Si esas sus ideas de entonces le costaron el sacrificio de haberse podido educar en Europa, no le beneficiaron tampoco más tarde. Influidó por las catilinarias de Montalvo y por las convicciones del General Ramírez, escribió no pocas estrofas como su poema *Al Libro*, dichterio contra el Syllabus y elogio de la libertad de pensamiento, y su soneto *Al Papa*, que comenzaba así:

No vayas al Altar, Santo Tirano,
 Que profanas de Dios la eterna idea:
 Aún la sangre caliente roja humea
 En tu cáliz, en tu estola, en tu mano.

A pesar de todas las vacilaciones y tanteos, que dejaban adivinar en sus versos al adolescente, de cuando en cuando solía brotar un rápido destello, anunciador del claro talento que se iba a revelar bien pronto en las *Rimas* y en *Azul*. Recordemos, por ejemplo, el siguiente soneto, que tiene todo el fuerte sabor de un vino añejo, escrito por Rubén a los catorce años,

sobre la grandiosa vida del General Jérez, ese *divino loco*, cuya huella nadie se atreve a seguir... ¿Acaso no merece una epopeya quien cruzó ríos, lagos y montañas y se aventuró en el mar, siempre en pos de su ideal, provocando las risas del rentista de vientre porcino y del práctico Sancho Panza?... ¿Acaso no es digno del canto de un sonoro poema quien poniendo su pecho frente a homicidas aceros, defendió a los humildes y los oprimidos?... Yo escribiré un poema que sea como estatua de granito, mármol y bronce a la memoria de aquel taumaturgo, que solo y sin dinero, nada más que con el brillo de sus ojos, la calidez de su palabra vengadora y el entusiasmo de su corazón, levantaba multitudes, improvisaba ejércitos y se iba por aquellos campos, del brazo de la Gloria, en busca de la Libertad... Con la ayuda de Dios yo meditaré el poema para el excelso paladín, para el sincero Cruzado, para ese Ricardo Corazón de León de nuestra tumultuosa vida republicana»...

según lo indica su fecha: se titula *En la última página del Romancero del Cid* y reza así:

Mi non polida pénnola desdora
aqueste libro con poner un canto
en las sus fojas que me inspiran tanto
que facen agitar mi pletro agora.
Nin la fermosa cara de la aurora,
nin de la noche el estrellado manto,
nin el milagro de cualquiera santo
belleza como él non atesora:
ca magüer es verdat que es non polida
la mi pénnola ruda et homildosa,
yo tengo entro del pecho, aquí encendida,
la foguera del bardo tan fermosa.
Por ende pongo aquí, magüer mal fecho,
aquesta trova, rosa de mi pecho.

Pero, no solamente versos y encendidos artículos brotaron de su pluma por ese entonces, sino que dos ensayos dramáticos, representados con aplauso, y hasta pequeños novenarios consagrados a las vidas de algunos santos milagrosos, que le encomendó el anciano tipógrafo don Justo Hernando, especie de Mecenas de la juventud leonense: «El viejo tipógrafo encargaba a Darío, en la lejana mocedad del poeta, encargaba a Darío... novenas. Y el poeta las confeccionaba a su antojo». (1).

Entretanto, ya la niñez del lírico adolescente había florecido sus más bellas ilusiones y su cuerpo púber comenzaba a transformarse al par que su espíritu: una temprana melancolía, una divina inquietud amorosa, mitad deseo y mitad idealidad,

(1) G. ALEMÁN BOLAÑOS: *Recuerdo de Rubén Darío*. «La Nación» de Buenos Aires. Los ensayos de teatro fueron un drama *Manuel Acuña* y un proverbio *Cada oveja...*

le embargaba sus días: «Brotó en mi el amor triunfante y fui un muchacho con ojeras, con sueños y que se iba a confesar todos los Sábados». Y, como más tarde lo recordó el poeta en una linda página de *Azul*, por ese entonces su voz tenía timbres aflautados y roncós: «Llegué al período ridículo del niño que pasa a joven» y junto con él a las primeras iniciaciones melifluas, a «las bellaquerías, detrás de las puertas», del verso de Góngora; a gustar el dulce pecadillo de los besos furtivos. ¡Oh Eros! ¡Ah divino y humano Cantar de los Cantares: *Mel et lac sub lingua tua!*».

Más tarde recordó frecuentemente Rubén Darío esos sus primeros bellos amores de la adolescencia que, bajo el sol del trópico, hicieron florecer su imaginación en tan vivas ansias: la garza morena, aquella prima adorable que se llamaba Inés; la paloma blanca, que tenía un dulce y helénico nombre: Elena; la saltimbanqui norteamericana. Hortensia Buislay, «la niña ágil, errante silfo del salto», que evocó en la introducción a un libro de Martínez Sierra. ¡Amores, púberes amores sentidos a través de una romántica ensoñación!

«YO TENÍA QUINCE AÑOS: UNA ESTRELLA EN LA MANO!»

Antes de los quince años Rubén era tenido en León por un niño prodigio, como el «poeta niño» en quien se daba el milagro de un don superior. Sus primeros versos llegaron a disfrutar de popularidad, corriendo de boca en boca: sus apolíneas gracias fueron solicitadas en las tertulias y hasta por los graves y doctos varones del gobierno. Fué así como un día algunos políticos, que le oyeron recitar sus versos, vivamente interesados, le convencieron que debía partir a la metrópoli, a Managua, donde comenzó a gozar de los decididos favores de la protección oficial y hasta hubiera llegado a conquistar el firme apoyo

del Presidente Chamorro a no cometer la juvenil ligereza de recitar en su presencia alguna de sus estrofas, encendidas en el más violento espíritu demagógico, (1) que le hicieron perder inmediatamente la posibilidad de que el gobierno se interesara por su educación enviándole a Europa.

Sin embargo, tras algunos días de ardiente bohemia y gracias a la decidida protección que le dispensaron algunas personas, «gente de intelecto y de saber», según él mismo lo recordara, obtuvo un empleo en la Biblioteca Nacional de Managua. Propicios y beneficiosos para el poeta fueron esos meses en que la obligación del cargo le tiranizaba junto a las estanterías repletas de volúmenes, incitándole a distraer su aburrimiento y a disciplinar su voluntad en lecturas de los escritores clásicos, sobre todo de los maestros del Siglo de Oro peninsular: «Allí pasé largos meses leyendo todo lo posible y entre todas las cosas que leí *ihorrendo referens!* fueron todas las introducciones de la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneira, y las principales obras de casi todos los clásicos de nuestra lengua. De allí viene que, cosa que sorprendiera a muchos de los que conscientemente me han atacado, el que yo sea en verdad un buen conocedor de letras castizas, como cualquiera puede verlo en mis primeras producciones publicadas, en un tomo de poesías, hoy inencontrable, que se titula *Primeras Notas*, como ya lo hizo notar don Juan Valera, cuando escribió sobre el libro *Azul*. Ha sido deliberadamente que después, con el deseo de rejuvenecer, flexibilizar el idioma, he empleado maneras y construcciones de otras lenguas, giros y vocablos exóticos y no puramente españoles».

De esta época datan no pocas de las poesías que dió a la

(1) Esas estrofas comenzaban con los siguientes versos:

El Papa rompe con furor su tiara
sobre el trono del regio Vaticano.

estampa en Managua en 1885, en el volumen *Primeras Notas*, incipiente anuncio del lírico que traía consigo la más trascendental revolución rítmica. Su primer libro no pasó de ser más que un balbuceo armonioso, en cuyo intento advertíanse demasiado las tiránicas reminiscencias de sus frecuentes lecturas: clásicos y modernos, latinos y españoles, griegos y franceses: Horacio y Núñez de Arce, Anacreonte y Ovidio, Víctor Hugo y Campoamor, Juvenal y Quintana. A veces el lírico abordó la nota descriptiva, con frecuencia la sentimental, ya la satírica; luego, en un estentóreo anhelo de elevación, pretendió embocar la trompa épica, con deliciosas ingenuidades de adolescente; por fin su verbo, ajustándose a la más sobria medida, ensayó, según las lecciones de Horacio, el endecasílabo blanco, en un canto a Juan Montalvo, clara profesión de fe ideológica de los diez y ocho años. Horacio, Quintana, Núñez de Arce, fueron los mentores de adolescencia que apadrinaron la mayor parte de sus estrofas primigenias: así en la sátira contra el crítico que menospreció las primeras flores de su primavera.

Llévame de las manos si delinco
 pero no me destroces primigenios
 frutos, que te diré cuántas son cinco.

pudo probar el poeta que había leído con provecho a Horacio y en las estrofas *La nube de verano*, *Espíritu*, *La cabeza de Rawi* no ocultó el ascendiente inmediato de *Un idilio* (1), *La duda* y

(1) Era Fray Juan un viejo capuchino
 sostén del peregrino,
 brazo del infeliz, pan del hambriento.
 Era Fray Juan el venerable anciano,
 el del cerquillo cano,
 la presea mejor de su convento.

El vértigo (1); como cuando entonó su canto a *El porvenir* tuvo presente la oda de Quintana (2).

Su permanencia en la Biblioteca Nacional de Managua no pudo menos de serle muy útil: el director, don Antonio Aragón, hombre tan probo como docto en humanas y divinas letras, fué bondadoso y paternal con el joven Rubén: «Me enseñó mucho» dice el poeta en sus memorias, al evocar su recuerdo. Desgraciadamente para su tranquilidad y su puchero, Rubén tuvo por ese entonces la mala ocurrencia de enamorarse, y sucedió lo que tenía de acontecerle: verse obligado a huir de la hoguera de esa pasión demasiado temprana, emprendiendo un inesperado viaje al Salvador, donde después de vivir algunos días de opulencia, de camaradería literaria y de amorosa locura con cierta indeterminada pecadora, fué encerrado en el colegio que dirigía un tiránico doctor Reyes, en cuyas aulas compuso una oda al centenario de Bolívar que, «según lo que vagamente recuerdo, era bella, clásica, correcta». Cuando, desesperado de su reclusión, pudo abandonar el encierro y volver a su loca bohemia de antes, llegó a ser muy amigo, frecuentando su trato cotidianamente, del culto poeta Francisco Gavidia, en cuya compañía «mi espíritu adolescente había explorado la inmensa sel-

(1)

Entonces aquel monarca
con órdenes imperiosas
llama a todas las hermosas
mujeres de la comarca
que su poderío abarca;
y ante el viejo de Bagdad
escoge su voluntad
de tanta hermosura en medio
la que debe ser remedio
que cure su enfermedad.

(2)

¡Salve América hermosa! El sol te besa
del arte la potencia te sublima;
el porvenir te cumple su promesa;
te circunda la luz y Dios te anima,

va de Víctor Hugo y había contemplado su océano divino en donde todo se contiene» (1).

Pero bien pronto la pobreza y la desilusión más amarga encaminaron sus pasos, de regreso, a su Nicaragua natal donde, habiendo llegado a ganar los favores fiscales, obtuvo un cargo que le permitía vivir holgadamente y componer versos, muchos versos; cuentos y artículos políticos.

«Y TUVE HAMBRE DE ESPACIO Y SED DE CIELO. . .»

Renovado en su pecho el calor de una pasión juvenil, sus vagos y melancólicos amores con aquella garza morena de *Azul*, cuya tez de canela torturó su adolescencia, hubo de sufrir un

(1) *Historia de mis libros: Azul*. «Antología». Madrid. En su hermoso cuanto bien documentado estudio sobre Rubén Darío («Cuba Contemporánea». Tomo XVIII. Núm. 3) escribe Max Henríquez Ureña, al estudiar los primeros ensayos de adaptación afortunada del alejandrino francés al castellano: «Esta innovación no fué de Darío, sino de Francisco Gavidia, en unión del cual hizo Darío, de 1882 a 1884, numerosas lecturas francesas, pues Gavidia dominaba cabalmente ese idioma, mientras que Darío ha confesado que, aún algunos años después, su francés era todavía precario. Francisco Gavidia fué el primero en adaptar la forma libre y desenvuelta del alejandrino francés al verso castellano de catorce sílabas, tradicionalmente sometido a una acentuación rigurosamente uniforme. Gavidia adoptó, por primera vez en castellano, al hacer una traducción de Víctor Hugo, la misma libertad que en los cortes, en la cesura y en la distribución de los acentos tiene el alejandrino francés. De ese modo adquirió la métrica castellana un verso amplio y sonoro, que a pesar del número de sílabas que lo componen no puede estimarse más que como verso simple y nunca como verso compuesto, categoría a la cual pertenece, en cambio, todo alejandrino matemáticamente dividido en dos hemistiquios de acentuación uniforme. Claro está que uno y otro verso—el alejandrino compuesto y el simple—pueden usarse combinados, pero antes de esta innovación sólo se concebía en castellano el verso de catorce sílabas compuesto de dos hep-

amargo, un irreparable desengaño, que esta vez le iba a ahuyentar lejos, muy lejos, al otro extremo del continente (1). Tras

tasílabos. El primer ensayo de Gavidia, al traducir una página de *Los Castigos*, de Víctor Hugo, intitulada *Stella*, comienza así:

Yo dormía una noche a la orilla del mar.
 Sopló un helado viento que me hizo despertar.
 Desperté. Ví la estrella de la mañana. Ardía
 En el fondo del cielo, en la honda lejanía,
 En la inmensa blancura, suave y soñolienta.
 Huía Aquilón llevándose consigo la tormenta.
 Aquel astro en vellones el nublado cambiaba.
 Era una claridad que vivía y pensaba.

Siguiendo estas huellas, decía Rubén Darío en su extensa composición *Víctor Hugo y la tumba*, inserta en *Primeras Notas*.

¡Alondra! Cuando el alba su abanico de oro
 mueve, regando aromas en el aire sonoro,
 y se visten de púrpura la cima, el bosque, el mar;
 él se remonta al cielo, un himno mortal canta,
 y la invisible cítara que lleva en la garganta
 de melodía unísona un son deja escapar.
 ¡Alondra! Y a medida que al éter se levanta,
 hace su dulce trino sentir, crear y amar.

(1) Don Jorge Huneeus Gana, amigo de Darío, sobre todo durante los años que el poeta permaneció en Chile, nos ha referido, a título de curiosidad, la leyenda que circuló en los cenáculos intelectuales de Santiago a raíz de la llegada del poeta. Alguien se encargó acaso de forjarla y muchos de hacerla correr. En ella se decía que, habiendo contraído matrimonio Darío en Nicaragua, gracias a la protección que le dispensara el Presidente de la República, hasta el punto de ser su padrino de nupcias, asistía con su esposa a la fiesta de bodas que en su honor se daba nada menos que en el propio Palacio de Gobierno, cuando fué asesinado el Presidente por ciertos conjurados que habían fraguado un movimiento revolucionario. Lleno de terror el poeta, pues no faltó quien le observara que si había sido muerto el Presidente era lógico que trataran de asesinarle también a él, huyó dejando olvidada a la que ya era su consorte para ir a impetrar refugio en un buque, en el cual zarpó con rumbo a cualquier lejano país, llegando de esta manera casual a Chile.

la decepción soñaba vagamente Rubén con partir a Estados Unidos; pero, se interpuso en su destino un consejo acaso oportuno. Se encontraba en Managua por ese entonces un hombre caballeroso y culto, que presintió en Darío el claro y fuerte talento: el salvadoreño don Juan Cañas, militar, escritor, minero en California y diplomático, por fin; grande y decidido amigo de Chile, donde había estado como Ministro Plenipotenciario del Salvador en 1875. Cañas era hombre de salón, amable y cordial, con mucho de soldado y no pocos resabios de poeta: en sus ratos de ocio solía hilvanar versos correctos y galantes, cuyo recuerdo perdura aún en la página de más de un álbum o en la memoria de alguna marchita dama santiaguina. Fué así como, en cierta circunstancia, compuso un soneto dedicado a la esposa de don Ambrosio Montt, que le valió un intencionado artículo de Carlos Grez y una entusiasta defensa de Eduardo Poirier, en las páginas de una efímera revista que por ese entonces daba este último a la estampa. La gratitud de Cañas para con el espontáneo admirador desconocido fué grande e inolvidable y justifica la recomendación que, al trasladarse a Chile, llevó Rubén para Poirier, con quien llegó a estrechar una amistad que el poeta jamás dejó de recordar. Cuando, a causa de violentos trastornos políticos acaecidos en su patria, el ministro Cañas se encontró en Santiago falto de recursos con motivo de la suspensión de su sueldo, recibió toda clase de ayuda del gobierno y de la sociedad chilena, gentileza que comprometió su eterna gratitud para con el lejano país donde residiera algún tiempo.

¿Qué de extraño pudo ser entonces que le aconsejara inmediatamente a Darío desistir de su viaje a Yankilandia a fin de tentarle con la halagadora promesa de Chile? «Vete a Chile», recuerda el poeta que le dijo don Juan Cañas y, como quiera que le impusiese de su carencia de dinero, este le constestó: «Vete a nado, aunque te ahogues en el camino».

Peregrino ilusionado que marchaba a la conquista del porve-

nir con dos cartas de recomendación, una para Eduardo Poirier, otra para don Eduardo Mac-Clure, y con un paquete de soles peruanos y muchas halagadoras esperanzas, partió un buen día Rubén Darío de su patria, rumbo al otro extremo del continente, dejando sumida a su tierra bajo la angustia de un espantoso terremoto.

¿En qué fecha se realizó este viaje y en qué época llegó el poeta a Valparaíso? En sus memorias hace coincidir la fecha de su arribo con la muerte del historiador Vicuña Mackenna: «Veo que ha muerto Vicuña Mackenna. En veinte minutos, antes de desembarcar, escribo un artículo... *El Mercurio* de Valparaíso publicó mi artículo sobre Vicuña Mackenna y me lo pagó largamente». Hemos buscado dicho artículo, que apareció el 7 de Abril de 1886, y leemos en él, a manera de epígrafe, lo siguiente: De *El Imparcial*, de Managua (Nicaragua) y al pie la fecha: Managua, Febrero de 1886.

Vicuña Mackenna murió el 25 de Enero de 1886, fecha en la que el poeta estaba aún en Managua, donde recibió la noticia de la muerte del historiador chileno, a quien dedicó el sentido artículo que en sus memorias hace aparecer como improvisado en veinte minutos en Valparaíso. Además, en la poesía *Ondas y Nubes*, publicada por Rubén en *La Epoca* de Santiago ese mismo año 86, se lee lo siguiente: «A bordo del Uarda, Junio de 1886». ¿Cómo explicarse entonces este error, acaso involuntario, de sus memorias? ¿Cómo podía escribir un artículo en Valparaíso en Enero del 86 si aún estaba en viaje en Junio de ese año?

Lo cierto es que el joven Rubén pisó tierra chilena a promedios del año 86, viviendo durante algún tiempo en casa de Eduardo Poirier: «Poirier fué entonces, después y siempre, como un hermano mío». Pobre de solemnidad, tuvo que escribir varios artículos en *El Mercurio* a fin de poder ganar algunos pesos que le permitieran un holgado pasar. En sus ratos de ocio,

que eran los más, leía sin descanso. Su amigo Poirier le llevó un día a casa del poeta don Eduardo de la Barra, que por ese entonces servía el cargo de Rector del Liceo: «Le había visto blanca la cabeza, los ojos brillantes y dominadores, el cuerpo un tanto pequeño y regordete, como el de Bonaparte de Meissonier, la palabra alada y franca, incisiva como una flecha, y a veces sedosa y aterciopelada; lo había visto en dos ocasiones, una en su casa, frente al Parque Municipal, casa modesta para poeta tan aristocrático en gustos y amigo del refinamiento y las hermosas opulencias, otra en su oficina de Rector del Liceo porteño. Había comprendido la fuerza espiritual de aquel hombre. En su salón, donde se veía en primer lugar dos grandes retratos antiguos, de los fundadores de la familia, hablaban silenciosos, con sus labios de bronce, dos bustos soberbios y triunfales sobre sus columnas de ébano, los de Shakespeare y Schiller. Allí de la Barra me habló largo rato de literatura americana y me dió noticias de los poetas chilenos que yo deseaba conocer».

Entretanto, Eduardo Poirier le había escrito a Santiago a don Eduardo Mac-Clure a fin de solicitar para Rubén Darío un cargo en *La Epoca*, acompañándole al mismo tiempo la carta de don Juan Cañas que iba a ser la mejor presentación y el más seguro apoyo para el poeta. A vuelta de correo le respondió el director del periódico con el más vivo interés, anunciándole que Darío podía trasladarse a Santiago, donde le aguardaban listas sus habitaciones en el Hotel France.

¿Para qué narrar la primera amargura, la primera humillación y el inesperado desengaño de don Eduardo Mac-Clure al ir a recibirle a la estación de los ferrocarriles, creyendo acaso encontrarse con un soñador aristocrático, que llegaba cubierto de laureles y aureolado por la gloria y verse luego, cuando la estación estuvo desierta, delante de un muchacho flaco, vestido

con una imposible levita presbiteriana (1), estrechos pantalones, problemáticos zapatos y una valija repleta de más papeles que camisas: «Y en un instante aquella equivocación tomó ante mí el aspecto de la fatalidad, y ya no existía, por los justos y tristes detalles de la vida práctica, la ilusión que aquel político opulento tenía respecto al poeta que llegaba de Centro América».

Una tarde recordamos haberle oído contar a Rubén Darío, allá en su departamento de la Rue Corneille, en París, el vago, doloroso y ya lejano recuerdo de esta su primera cruel desilusión al llegar a Santiago: ¿Tal vez la carta de Poirier o la del general Cañas, decíamos, le hicieron creer que se trataba de algún opulento necesitado: un Olmedo, un Heredia o un Andrade en la indigencia? Nunca, como en aquella hora de aquel día tan lejano, sentí la humillación del favor indispensable, de la incompreensión adinerada.

No fué un deslumbramiento el que experimentó el poeta al llegar a la metrópoli chilena, pues soñaba constantemente con algo mejor, con el obligado viaje a Lutecia, al París de sus ilusiones, que más tarde llegó a ser el lugar de su residencia predilecta. Pero, ante sus ojos habituados a la severa y adusta modestia colonial de León, al carácter rústico de aldea grande de Managua o a la tristeza de las ciudades salvadoreñas. Santiago le hizo la impresión de una urbe interesante, moderna y cosmopolita, suntuosa y soberbia: «Santiago en la América Latina, escribía en 1888, es la ciudad soberbia. Si Lima es la gracia, Santiago es la fuerza. El pueblo chileno es orgulloso y Santiago es aristocrático. Quiere aparecer vestida de democracia, pero en su guardarropa conserva su traje heráldico y pomposo. Baila la cueca, la pavana y el minué. Tiene condes y marqueses desde el tiempo de la Colonia, que aparentan ver con poco aprecio sus pergaminos. Posee un barrio de San Germán, di-

(1) Darío ha hablado de «mi chaquecito de Nicaragua» (*Vida*) pero todos sus amigos chilenos coinciden en recordar su levita característica.

seminado en la calle del Ejército Libertador, en la Alameda, etc. El palacio de la Moneda es sencillo, pero fuerte y viejo. Santiago es rica, su lujo es cegador. Toda dama santiaguina tiene algo de princesa. Santiago juega a la Bolsa, come y bebe bien, monta a la alta escuela, y a veces hace versos en sus horas perdidas (1). Tiene un teatro de fama en el Mundo, el Municipal, y una catedral fea; no obstante Santiago es religioso. La alta sociedad es difícil conocerla a fondo; es seria y absolutamente aristocrática. Ha habido viajeros más o menos yankees o franceses, que para salir del paso en sus memorias, han inventado respecto a la sociedad chilena, que no han conocido, unas cuantas paparruchas y mentiras. Santiago disgustó a Sarah Bernhardt y encantó a la Ristori. Es cierto que sobre esto último nada tiene que decir María Colombier. Santiago gusta de lo exótico y en la novedad siente de cerca a París. Su mejor sastre es Pinaud y su Bon Marché la Casa Prá. La dama santiaguina es garbosa, blanca y de mirada real. Cuando habla parece que concede una merced. A pie anda poco. Va a misa vestida de negro, envuelta en un manto que hace, por el contraste, más bello y atrayente el alabastro de su rostro, en que resalta, sangre viva, la risa roja de los labios. Santiago es fría, y esto hace que en el invierno los hombres delicados se cubran de finas pieles. En el verano es un tanto ardiente, lo que provoca las alegres y derrochadoras emigraciones a las ciudades balnearias. Santiago sabe de todo y anda al galope. Por esto el santiaguino de los santiaguinos fué Vicuña Mackenna, mago que hizo florecer las rocas del Santa Lucía». Con el mismo interés y el mismo calor evoca Darío ese milagro vivo del cerro Hue-lén, con sus pórticos, mármoles, fuentes y jardines; recuerda su prensa, lo poco que ganan sus escritores y lo mucho que

(1) ¿No le decía en una carta a Emilio Rodríguez Mendoza, años más tarde, quejándose una vez más de las solas preocupaciones cartaginesas de los chilenos: «Tomen, coman; pero piensen, tengan poetas y artistas»?

reciben sus palafreneros; no olvida a sus artistas; piensa en sus noches tristes y opacas y en sus animados dieciocho de Septiembre (1).

¿Siempre conservó de Santiago esta impresión de magnificencia? No; es preciso atribuirle más bien a un fino y discreto espíritu de galantería que, en el correr de los años, muchas veces le hizo sonreír al evocar este recuerdo.

Al día siguiente de su arribo a Santiago, se encontró el poeta en el seno del que por ese entonces era el más interesante centro intelectual de la metrópoli chilena, *La Epoca*, diario opulento de don Agustín Edwards, en cuyas columnas se registraban cotidianamente colaboraciones especiales de Gladstone, Castelar, Julio Simón, Campoamor, Sarcey, Ortega Munilla; reproducciones de artículos de Martí, Catulle Mendes, Aureliano Scholl, Eusebio Blasco, Henri Houssaye y Mitre y crónicas interesantes de los más destacados escritores chilenos, para muchos de los cuales fué el gran periódico obligada tribuna donde dieron a la estampa sus mejores producciones.

Muchos miles de pesos derrochó en ese diario de lujo, cuyas utilidades fueron escasas para compensarlos, su director don Eduardo Mac-Clure, montando sus oficinas con todo el *confort* y la opulencia de un pequeño *Times* chileno. Allí había un salón griego, adornado con regios mármoles; un salón de los tiempos galantes, con cuadros del gran Watteau y de Chardin; dos, tres, cuatro ¿cuántos salones?

En esos salones, bajo el frío imperio de la clásica belleza de una Venus de Milo y de un tapiz de Beauvais, o en las salas de la redacción, se reunían a diario, al amor de la charla, escritores, artistas y hombres de sociedad, en busca de un rato de esparcimiento espiritual: Manuel Rodríguez Mendoza, segundo redactor del diario, gran *causeur* y cultísimo escritor; Vicente

(1) Aniversario de la proclamación de la Independencia y fiesta nacional.

Grez, oportuno e irónico; Augusto Orrego Luco, Federico Puga Borne, Luis Montt, Galo y Alfredo Irarrázabal, Pedrito Balma-ceda, Alberto Blest, hijo del novelista, ya completamente mi-nado por la tisis, quien refería «entre accesos de tos martitiza-dores, sus recuerdos de vida parisiense, cuando los salones de su padre eran punto de reunión de todos aquellos hombres brillantes: Blowitz, Houssaye, Hohenlohe».

¡Con cuánto colorido y vivacidad de estilo no evocaba por aquel entonces el poeta las reuniones de *La Epoca!* Sus palabras recuer-dan como ningunas aquellos días amables y aquellos bohemios de entonces, hoy respetables padres de familia: «Luis Orrego Luco era el charlador incansable, mordiente, con los labios siempre entre-abiertos por una sonrisa temible. Muchas veces quería hacer un elogio y le resultaba una sátira; buen escritor y *conteur*, amante de la frase artística; y exagerado hasta decir y asegurar que una botina número 37 le calzaría al pie de Goliath. También concurría Gregorio Ossa, que nos leía sus comedias, y Roberto Alonso, exquisito prosador que tenía a su cargo las traducciones del diario. Algunas veces solía aparecer Julio Bañados Espinoza, que entonces era redactor político del diario, y que hoy es Ministro de Instrucción Pública (1). Siempre de pie, oía, daba su opinión verbosamente, ostentando su franca risa, y se mar-chaba. El novelista Vicente Grez era diputado y nos iba a acom-pañar de cuando en cuando en sus ratos libres. Los hermanos Huneeus nunca faltaban, con Carlos Hübner. Rodríguez Men-doza llegaba raras ocasiones. El había sido redactor del diario y le tenía cariño a la redacción; así, cuando se solicitaba de él algún artículo, aparecía estirado y friolento, subido el cuello de su *ulster*, y entonces estaba con nosotros el querido Manuel, en la charla loca y crepitante de nuestras horas alegres. ¡Horas inolvidables fueron aquellas! La sala de redacción era un tanto estrecha; las paredes estaban llenas de retratos, de cartulinas

(1) Escribía esto Rubén Darío el año 1887.

en que se veían las ilustraciones del diario del Domingo; en la mesa del centro diarios y revistas, todo confundido y revuelto; frente a la puerta de entrada, una panoplia célebre para nosotros y de la cual ya ha hablado Luis Orrego Luco, en uno de los artículos embusteros y lleno de elogios hipócritas, que publicó respecto a quien este prólogo escribe» (1).

Allí, en el seno de esa tertulia íntima, fué acogido el recién llegado con no muy cordiales simpatías. . . Flaco, moreno y más que moreno un poco cetrino, tal vez a causa de un temprano mal; de facciones toscas y vulgares, que dejaban adivinar en su rostro aquella gota de sangre africana o de indio chorotega o neograndano, que él mismo presentía más tarde; áspero en el trato, desconfiado y a menudo hostil no consquistaba en su favor y antes bien movía su aspecto a la reserva que no a las espontáneas efusiones cordiales. «Era alto de cuerpo, decía Luis Orrego Luco, en un artículo publicado entonces, de color ave-

(1) ¡Amargas riñas de entonces! Hemos encontrado el artículo de Luis Orrego (publicado el 20 de Febrero en *La Epoca*) y algunos de sus juicios justifican la ira de Darío, que el tiempo y la distancia convirtieron luego en un levantado afecto para con el autor de «*Un idilio nuevo*». Mas, es preciso releer algunos de los fragmentos de aquel artículo hiriente para comprender un poco la vuelta de mano del poeta. Recordando la escasa instrucción de Darío, al llegar a Chile, escribía Orrego Luco: «La ignorancia de Darío era casi absoluta; apenas distinguía un coche de una casa y no percibía diferencia de un cuadro a una oleografía. Su bagaje literario se reducía a Víctor Hugo que era su maestro y su Dios; no conocía cosa alguna fuera del gran poeta». ¿Dónde quedaba el hondo y completo conocimiento que tenía el poeta de sus antes amados clásicos latinos y españoles? «Darío era un poco gascón—agrega Orrego Luco—y si no lo hubiéramos conocido tanto nos habría referido, sin duda, anécdotas de Daudet y reminiscencias de sus conversaciones con Zola, a quien jamás había visto». ¿No le han recordado todos sus amigos absorto siempre en su mutismo y en su silencio? ¿No están contestes en afirmar cuantos le conocieron en Santiago que Darío era antes reservado y huraño que verboso y franco? ¿Acaso alguna frase hiriente del poeta, brotada de sus labios en el descuido de la charla, dió origen a estas reservas injustas del artículo de Orrego Luco?

llanado, de ojos pequeños y brillantes, nariz aplastada, barba escasa y era flaco. Cualquiera hubiera dicho un indio sentado en el Wig Wam, al verle con su aspecto indolente, su fisonomía inmutable y cobriza». Al trazar su retrato su amigo íntimo Manuel Rodríguez Mendoza anotaba: «Si lo invitáis a una tertulia de hombres, a una velada literaria, por ejemplo, le veréis reclinado negligentemente sobre una butaca; fumando un cigarrillo de papel o panetelas de Uffman; hablando poco pero siempre con cierta sonrisa, mezcla de orgullo y de ironía; hojeando cinco libros a la vez, si los cinco son novedades literarias llegadas de Francia o de España; quedándose dormido cuando se habla de política o de grandes negociaciones comerciales; dispuesto en cualquier momento a libertarse del velo de tristeza que le envuelve, y a ponerse de pie y hablar con entusiasmo, si se trata de discutir la hermosura de una dama o de hablar de los caprichos de la misma; esperando impasible la hora de cenar para darse el placer de improvisar unas cuantas estrofas o de beber una copa a la salud de las hadas que lo conducen hasta la región *donde todo es aurora*».

Retraído y huraño, parecía huir de la camaradería expansiva; la máscara de su rostro antes inducía al silencio discreto que no a la franqueza sin reservas. Agriado por amargos sinsabores, su ceño se mantenía siempre adusto, reflejando toda una constante tristeza interior. A veces la inesperada presentación de una persona o la aparición de un amigo que no era de su agrado, tornábanle agresivo y violento, fácil para el sarcasmo y la sátira. En una de sus *Rimas* él mismo lo ha dicho:

O callo como un mudo,
o charlo como un necio,
salpicando el discurso
de burlas, carcajadas y dicerios.
¿Qué me miran? Agravio.
¿Me han hablado? Zahiero.

Su carácter meditabundo, su traje recién salido de una tienda de ropa hecha, su rostro huraño y su aspecto desconfiado, no le ganaron la benevolencia en medio de aquella camaradería: a menudo los pinchazos ponzoñosos de la sátira, las bromas grotescas, las preguntas hirientes, las insinuaciones torcidas, tuvieron por blanco su persona que ¡ah sabor acre de la venganza! el poeta supo devolver en las saetas de sus *Abrojos*.

Pero, la hostilidad de muchos no fué inconveniente para que Rubén acabara por intimar con los que iban a ser bien pronto los amigos de toda su dilección: Manuel Rodríguez Mendoza y Pedrito Balmaceda.

«JUNTOS MANUEL Y YO, COMUNICÁBAMOSNOS NUESTRAS PENAS»

Pobre de solemnidad, acosado por el ansia de surgir en un medio que se presentaba hostil y oscuro ante sus ilusiones, Rubén Darío comenzó a vivir sus días santiaguinos solo, entregado de lleno a una labor tan ingrata como poco fácil, cual era para él la de zurcir gacetillas e hilvanar articulejos que distaban mucho de ser disciplina de su dilección. Algunos de sus amigos de entonces le evocaba sentado ante su mesa de trabajo, en *La Epoca*, mascando el lápiz nerviosamente, sin atinar con los socorridos lugares comunes, que sirven para referir siempre los mismos hechos en los que a menudo sólo cambian los sitios y los nombres de las personas. No comprendía ni había nacido él para la obra de chapucería periodística, y así se daba el caso de que esa su pluma que pudo bordar los encajes del *El sátiro sordo* o de *El velo de la Reina Mab* no fuera capaz de hilvanar las cinco o seis líneas de un suelto.

Un sueldo insignificante y un cuarto en el propio edificio de *La Epoca*, eran los primeros frutos cosechados por Rubén luego que sentó plaza de periodista, gracias a la recomendación que obtuvo para don Eduardo Mac-Clure, entonces director

del diario. Felizmente el poeta, tímido y miedoso hasta de las ánimas que creía poblaban la soledad de los cuartos oscuros, (1) (¿no recordaba en los últimos años de su vida, al escribir sus memorias en una página mitad cuento y mitad autobiografía la evocación de una larva que se presentó ante sus ojos en el portal de la Catedral de León?) encontró pronto un compañero que pudo hacer amable su soledad en Manuel Rodríguez Mendoza, quien congenió fácilmente con el remoto apolonida nicaragüense, trasnochador como él; sensual y gustador de capitosos placeres; amante del arte moderno en todas sus manifestaciones y lector atento de los escritores parisinos en la medida que le permitía su aún precario francés.

Viéronle juntos muchas veces las tardes y las tempranas horas de la noche a los dos sentidores de la belleza, perdidos en un mundo de recuerdos y de ensueños puros; les vieron las calles de la metrópoli, los habituales parroquianos de Cage y más de una maritornes loca de su cuerpo (¡ah olvidada Domitila (2) que endulzó con frecuencia el vino triste del poeta!)

Nunca pudo depararle el destino a Rubén mejor amigo y más excelente camarada: era Rodríguez Mendoza varón cultísimo y artista refinado; bueno a carta cabal; sin dobleces, celos ni vanas jactancias. Estudioso e inquieto, su curiosidad no

(1) Recordando una conversación con Daniel Caldera, dice Luis Orrego Luco que este le decía en cierta ocasión, al hablar de Darío: «Es un muchacho muy inteligente, llegado de Nicaragua, un tipo extravagante y curioso, que cree en las ánimas y tiene miedo de estar solo; un gran soñador y un gran poeta; un tonto que suele tener mucho talento». *Rubén Darío*. Artículo cit. de Orrego Luco.

(2) Hemos conversado con la que en otro tiempo fuera una encantadora sirena para el poeta y que hogaño, marchitos sus encantos, se contenta con mercar en el bajo trato de la flaca carne femenina. Su juventud es apenas un ensueño remoto y sólo atina a evocar vagamente al Rubén de veinte años, porque era muy pobre y en vez de camisas llevaba unas clásicas pecheras baratísimas. A través de su recuerdo pasó el poeta como una luz que no deja huellas.

se dió tregua jamás: diestro en el dibujo; doctísimo en pintura y arquitectura; dotado de una excelente memoria; lector incorregible de los escritores clásicos de todos los tiempos y lenguas, de los cuales fué un admirador ferviente, y con señalada predilección de los de nuestra habla, como conocedor inquieto de los contemporáneos, estaba enterado de la producción francesa, aunque aún no conocía bien aquel idioma, que sólo dominó poco antes de ir a París, en 1890, como secretario de la legación de Chile. Nunca admiró mucho a Zola, Loti ni otros ingenios franceses, cuyo mayor conocimiento tuvo por la tijera de los cotidianos o en las lecturas de su círculo de amigos íntimos: las suscripciones de Samuel Ossa a *L'Année Littéraire* de Ginisty y a *La vie a París*, de Claretie, le tuvieron siempre al día en las novedades de Francia.

Gran corazón e inteligencia privilegiada, la necesidad del tirano mendrugo le obligó a dilapidar su talento en la obra volandera e insustancial del periódico, que muere con la hoja cotidiana. Mentor de muchos, auxilio de tantos ineptos que se vistieron con la primicia de su talento, ese bohemio incorregible no hizo durante su vida más que arrancarse en astillas el oro de su cerebro, para irlo arrojando a quien los solicitaba, ni más ni menos que el héroe del cuento de Daudet.

Terco de apariencias, con aires de pedantón, seco y cortante en su trato, tal se les aparecía a cuantos le trataban por vez primera. Sin embargo, cuán diferente era entre sus amigos, ese hombre sincero y leal como ninguno, privilegiado del talento, dispuesto a sacrificarse por cuantos estimaba, bondadoso a carta cabal. Y estas sus condiciones personales, que constituían un imperativo categórico en su carácter, privaban también en su sinceridad de artista, en su incorruptibilidad de crítico, en sus pasiones políticas. Defensor decidido del arte moderno, liberal sin convencionalismos, partidario sin reticencias del Presidente Balmaceda, Rodríguez Mendoza no fué de aquellos que medraban al amparo de las concesiones y eran capaces de gran-

jean con las debilidades de propios y extraños. Con cuanta razón Rubén Darío, recordando su carácter y su espíritu, le escribía a su hermano Emilio, un lustro después de su partida de Chile: «Es de la madera de los grandes hombres civiles» (1). Apasionado porque era hombre de convencimientos profundos, fué temible como enemigo y como camarada el más seguro de los escudos. Sólo así se explica que llegasen a ser sus más decididos defensores algunos de sus propios adversarios en política: tal le sucedió con don Pedro Montt que, habiendo sido un grande enemigo de la dictadura de Balmaceda, llegó a constituirse en el más seguro apoyo de Rodríguez Mendoza cuando, en sus últimos años, no faltó quien pretendiera despojarle de su único cargo que le permitía un decente buen pasar.

Para Rubén Darío fué Rodríguez Mendoza el más desinteresado y más eficaz de los mentores: le dió a leer, junto con el común amigo Samuel Ossa Borne, los mejores escritores modernos que apenas si conocía de oídas, y a su vez Darío leíale cuanto brotaba de su pluma, abriéndole el secreto alcázar de todas sus inquietudes y de todas sus tristezas. «Juntos, Manuel y yo, comunicábamosnos nuestras penas y nos consolábamos con la visión del sol alegre, de la grata esperanza; con la alentadora, serena e ingenua vanidad del que para no caer en la brega, se ase a su alma y cuenta en la noche con el porvenir».

Desde el primer día que se aproximaron aquellos dos espíritus de selección aprendieron inmediatamente a estimarse llegando a confundir sus aspiraciones y su camaradería en la más leal, sincera, íntima y desinteresada amistad. La mesa de redacción de *La Epoca* primero; las frecuentes vagancias pronto y el trato constante, en fin, hicieron de ambos dos buenos y cordiales camaradas, aún cuando Rubén guardaba para Manuel

(1) Carta a Emilio Rodríguez Mendoza, escrita desde Buenos Aires el 10 de Febrero de 1895.

Rodríguez Mendoza un rendido y respetuoso afecto, que la amistad tornó más seguro cada día justificando no sólo una amable tiranía de camarada sino que también un razonado ascendiente de mentor discreto (1). ¿No dejaba entender algo de esto Darío cuando, en la dedicatoria de sus *Abrojos*, habla de Manuel como de *su querido maestro*?:

...tú, aplaudiendo o censurando,
censurando y aplaudiendo
como crítico tremendo,
o como crítico blando.

En *La Epoca* vivió Darío resignado con su penosa estrechez, cercana a la miseria, que en parte sólo la espiritual jovialidad del amigo logró hacerle olvidar a fuerza de bondad y de entusiasmo. Mientras a menudo los contertulios obligados del periódico zaherían al poeta con amargas burlas, Rodríguez Mendoza rompía lanzas en su defensa: «Todos eran crueles, y mayormente el director del diario». Aunque ganaba una miseria, no más que lo que se le asigna a un criado a quien se le concede una pieza para el alojamiento, lograba Darío disimular su pobreza con cierta altiva dignidad.

(1) «Nunca abandonó Darío para con Manuel el tono deferente y respetuoso que correspondía a una discreta actitud de etiqueta con que este sabía mantenerse en los deseados límites. Por desgracia, el Darío de aquel tiempo carecía de condiciones de *savoir vivre* y su educación chocaba con las meticulosidades del estirado Manuel, cuyos pantalones nunca conocieron rodilleras, cuyas corbatas fueron siempre correctas, cuya vestimenta jamás toleró manchas. En cambio, Rubén miraba estas exigencias con desdén olímpico, y así en lo moral para el uno y para el otro, en vida y costumbres». Carta dirigida al autor por Samuel Ossa Borne.

«Y AHORA QUIERO EVOCAR DEL TRISTE, MALOGRADO Y PRODIGIOSO
PEDRO BALMACEDA» . . .

Por ese entonces le llamó la atención a Rubén, en el periódico *Los Debates*, cierto hermoso artículo firmado por un pseudónimo vulgar; como el poeta demostrara vivo interés por llegar a conocer a su autor, en la misma noche, durante la tertulia del diario, Rodríguez Mendoza le presentó a un mozuelo de rostro imberbe, jiboso y de carácter díscolo: era el hijo del Presidente de la República, Pedro Balmaceda Toro, a quien le iba a ligar desde ese momento una interesante amistad.

No es fácil explicarse la convivencia que durante algún tiempo acercó a dos caracteres tan opuestos y difíciles de armonizar como el de Rubén Darío y el de Pedro Balmaceda. Sin embargo, después de la íntima amistad del poeta con Rodríguez Mendoza, tal vez no hubo en Chile otra que llegase a serle tan cara y digna en todo momento y aún más tarde, en su constante recuerdo.

Pedrito, como le llamaban sus compañeros, era desconfiado, de carácter poco franco, nada de sincero, amigo de las burlas sangrientas y de los sarcasmos envenenados. Tenía escasos amigos y antes se le temía que no se le buscaba. ¡Cuántos toleraron sus dicerios y sus desdenes porque no olvidaban que detrás de él estaba el prestigio de su padre, que había llegado a la Presidencia rodeado de una verdadera aureola de popularidad! Y Rubén, que siempre tuvo la flaqueza de inclinarse ante los honores oficiales y la debilidad de rendirle homenaje a los agraciados de la fortuna y del poder, muchas veces doblegó la altivez de su orgullo ante los caprichos de tal amigo que le franqueaba las puertas del Palacio de la Moneda llegando a sentarle al lado de su padre, en la misma mesa presidencial: «Debo contar que una tarde, ha recordado el poeta en sus Memorias, en un *lunch*, que allá llaman *hacer once*, conocí al presidente Balmaceda.

Después debía tratarle más detenidamente en Viña del Mar. Fuí invitado a almorzar por él. Me colocó a su derecha, lo cual, para aquel hombre lleno de justo orgullo, era la suprema distinción. Era un almuerzo familiar. Asistía el canónigo doctor Florencio Fontecilla, que fué más tarde obispo de La Serena, y el general Orozimbo Barboza, a la sazón Ministro de la Guerra».

Esta era la mejor compensación que Rubén podía recibir de Pedrito. El, que vivía por ese entonces poco menos que de lance, cultivaba esa amistad con toda la mesura que le imponía su prudencia, sintiéndose honrado con participar, aún cuando más no fuera a la distancia, de la gloria del presidente Balmaceda que por ese entonces, el año 88, estaba en el meridiano de su prestigio. Y Rubén podía verle frecuentemente en sus visitas al amigo, ya en los suntuosos salones, ora cruzando los amplios patios coloniales, sonoros y solemnes del Palacio de la Moneda, en toda la altivez de su figura imponente, que erguía la más bella cabeza apostólica: «Era alto, garboso, de ojos vivaces, cabellera espesa, gesto señorial, palabra insinuante, al mismo tiempo autoritaria y melíflua. Había nacido para príncipe y para actor. Fué el rey de un instante en su patria y concluyó como un héroe de Shakespeare» (1).

¿Acaso la misma anormalidad física con que la naturaleza quiso atormentarle influyó en las condiciones de carácter de Pedro Balmaceda? Pequeño y deforme; doblaba su espalda por la joroba; de entre sus hombros enormes se destacaba una fuerte cabeza, con delicados rasgos apolíneos; rostro simpático; ojos dulces y transparentes, que parecían mirar desde muy adentro; boca fina y sensual; palidez mate de santo marfil-

(1) *Vida*. En uno de sus primeros libros, consignó Rubén Darío también una impresión de don José Manuel Balmaceda: «Su voz es vibradora y dominante; su figura llena de distinción; la cabeza erguida, adornada por una poblada melena; el cuerpo delgado e imponente; su trato irreprochable de hombre de corte y de salón, que indica a la vez al diplomático de tacto y al caballero culto. Es el hombre moderno». *A. de Gilbert*.

no (1). Su palabra era afable, pero doblada a veces por violentos arranques nerviosos, que denunciaban una temprana perturbación fisiológica.

Dotado de una precocidad extraordinaria, su juventud, según el decir de Darío, «estaba llena de experiencia». Estudioso infatigable, no se dió tregua su espíritu en los gratos esparcimientos que le brindaban los libros. Educado en el colegio inglés de Ratford y en el de los Padres Franceses de Santiago, desde muy niño mostró decididas aficiones literarias: recordamos haberle oído referir a don Enrique Matta Vial que, siendo compañero de colegio con Pedrito, se propusieron escribir un drama tomado de una novela caballeresca de Balzac, al que alude Darío cuando recuerda que concibió su amigo, siendo muy niño, la idea de escribir un drama de príncipes, reyes y traidores, cuya escena pasaba en Dinamarca, tal vez con la obsesión palpitante de alguna lectura de Shakespeare.

No fué Pedrito muy afecto a su hogar, donde sólo veía a su padre tiranizado cotidianamente por sus abrumadoras tareas del gobierno; a su madre compartiendo su tiempo entre las obligaciones sociales y la preocupación que le demandaban sus intereses, sin poder hacerle sentir al hijo la ternura del hogar, necesario paliativo que pudo tornar más llevadera la amargura de aquel estigma de fatalidad física que pesaba sobre su cuerpo. De carácter propicio a la misantropía, no disfrutó del cuidado solícito de cuantos le rodeaban y sólo así se concibe que, escapando a las miradas de su padre, llegase a gustar, en más de una ocasión, con un grupo de amigos, los peligrosos azares de una

(1) En las páginas de una novela (*Ultima Esperanza*, Santiago 1887) Emilio Rodríguez Mendoza evocaba a Pedrito Balmaceda de esta suerte: «Había mucho dolor en esa hermosa cabeza de artista, de facciones pulidas, limadas; de tez amarillenta como las hojas que palidecen en un otoño prematuro; y de grandes ojos negros, hundidos, en que congelábase un dejo de esa amargura intensa, resignada, que macera la carne con los cinceles del sufrimiento»...

vida *non sancta*; las agridulces errancias de una pícara bohemia. Horro de cuartos generalmente, llegando hasta buscar un insignificante empleo en la Biblioteca del Instituto Nacional, Pedrito no pudo pensar en gastos frecuentes, que su exhausta bolsa no hubiera tenido cómo cubrir. Los dones de la fortuna de sus padres estaban destinados a satisfacer las cotidianas exigencias de una vida que imponía crecidos desembolsos, mientras él se veía obligado a prolongar en su mocedad sus necesidades de estudiante, llevando sobre sus hombros la misma capa que usara en el Colegio de los Padres Franceses. Y, a pesar de esta escasez, que sus amigos no podían menos de advertir, Rubén Darío, hombre de ilusiones al fin, tenía a Pedrito poco menos que por un nabab, que llegaba hasta la generosidad de hacerle editar por su cuenta su volumen *Abrojos*, cuando en realidad Manuel Rodríguez Mendoza, por ese entonces jefe de sección en el Ministerio de Obras Públicas, había conseguido que se imputara a una partida de la ley de presupuestos, destinada a imprimir obras, el costo de la edición del libro. Santa y justificada irregularidad, que redundó en beneficio y mayor gloria del joven apolonida nicaragüense.

Desde el primer día los gustos literarios de Rubén y Pedrito no hicieron sino contribuir a fortalecer una amistad que al poeta le fué muy útil en el cotidiano comercio de las ideas. A veces, en la sala de redacción del diario, ya en algún café o en los departamentos del Palacio de la Moneda, se reunían como dos antiguos camaradas que tuviesen mucho que contarse. En el viejo caserón de ruda piedra, que evoca el alma pesada y grave de la Colonia, con sus ventanales estrechos cubiertos por la pesada reja española de noble bronce secular, tenía su cuarto de artista Pedrito, una pieza amplia, que alegraban los curiosos *bibelots*, las porcelanas de la China, los broncees, las japonerías, los objetos del más acabado buen gusto, adquiridos en su mayor parte por la familia, que denunciaban al fino artista, al hombre de refinadas preocupaciones: «Paréceme ver aún, dice Darío,

a la entrada un viejo pastel, retrato de una de las bisabuela de Pedro, dama hermosísima en sus tiempos, con su cabellera recogida, su tez rosada y un perfil de duquesa. Más allá acuarelas y sepias, regalos de amigos pintores. Fija tengo en la mente una reproducción de un asunto que inmortalizó Doré: allá en el fondo de la noche, la silueta negra de un castillo; la barca que lleva un mudo y triste remador; y en la barca tendido el cuerpo de la mujer pálida. Cerca de este pequeño cuadro, un retrato de Pedro pintado en una valva, en traje de los tiempos de Buckingham, de Pedro cuando niño, con su suave aire infantil y su hermoso rostro, sobre la gorguera de encajes ondulados. En pánoplia, los retratos de la familia, de amigos, y entre estos, llamando la vista, el de don Carlos de Borbón, vestido de huaso chileno; retrato que le obsequió el príncipe cuando Pedro fué a pagarle la visita que aquél hizo al señor don José Manuel Balmaceda, a su paso por Santiago. En todas partes libros, muchos libros, libros clásicos y las últimas novedades de la producción mundial, en especial la francesa. Sobre una mesa diarios, las pilas azules y rojizas de *La Nouvelle Revue* y la *Revue ee Deux Mondes*. Un ibis de bronce, con su color acardenillado y viejo, estiraba su cuello inmóvil, hieráticamente. Era una figura pompeyana auténtica, como un César romano que le acompañaba de labor vigorosa y admirable. Cortaban el espacio de la habitación pequeños biombos chinos bordados de grullas de oro y de azules campos de arroz, espigas y eflorcencias de seda».

Y en el seno de ese gabinete, tan confortable como encantador, grato a las emociones de un poeta, Darío vivió amables horas de ocio, de buena camaradería y de intensa lectura. El ambiente era propicio para repasar los libros de Catulo Mendes, de los Goncourt, de Teófilo Gautier; para sentir la impresión adorable del Oriente misterioso y dejar espaciar la fantasía en las más locas y bizarras fugas imaginarias; para forjarse las mejores evocaciones del París lejano y atrayente; de esa Lutecia cuyos encantos de sirena todo buen artista ha sentido en su corazón.

«Irámos a París, recordaba Rubén años más tarde. Seríamos amigos de Armand Silvestre, de Daudet, de Catulo Mendes; le preguntaríamos a éste por qué se deja sobre la frente un mechón de su rubia cabellera; oiríamos a Renán en la Sorbona y trataríamos de ser asiduos contertulios de Madame Adam, y escribiríamos libros franceses, eso sí. Haríamos un libro entre los dos, y trabajaríamos porque llevase ilustraciones de Emile Bayard, o del ex chileno Santiago Arcos... Y bien? qué título llevaría el libro? Ante todo el estilo. No es cierto, hombre? Iríamos luego a Italia, y a España. Y luego, ¿por qué no?, un viaje al bello Oriente, a la China, al Japón, a la India, a ver las raras pagodas, los templos llenos de dragones y las pintorescas casitas de papel, como aquella en que vivió Pierre Loti y, vestidos de seda, más allá, pasaríamos por bosque de desconocidas vegetaciones, sobre un gran elefante».

¡Sueños, bellos sueños, en hora prematura malogrados! Los días pasaban y mientras la terrible epidemia del cólera desolaba la metrópoli chilena, en el rincón del cuarto, durante los días del año ochenta y siete, Pedro y Rubén forjaban sus extraordinarios castillos en el aire, en tanto «el té humeaba fragante; en el plaqué argentado chispeaba el azúcar cristalina; la buena musa Juventud nos cubría con sus alas rosadas, la charla desbordante hacía tintinabular (1) campanillas de oro en el recinto; pasaba afuera el soplo de la noche fría; dentro estaba el confort, la atmósfera cálida y las ondas áureas con que nos inundaba la girándula del gas y una ilusión viene y otra ilusión va; un recuerdo, un verso, un chisporroteo; a veces casi hasta la media noche, hasta que un recado maternal llegaba: *Ya es hora de que*

(1) ¿Ya, por aquellos años, había leído Rubén Darío los versos de Poe, en su propia lengua? La caprichosa formación de este vocablo es muy significativa, pues trae a la memoria inmediatamente el verso de *The Bells*:

te duermas». Sólo entonces se suspendía la charla y los pasos de Rubén, al alejarse, cantaban en las piedras centenarias del Palacio de la Moneda; luego, los pesados cerrojos de la puerta enorme rechinaban al ser abierta por los soldados de la guardia nocturna.

¡Cuántas cosas no llegó a asimilar la memoria prodigiosa de Rubén al amor de esas charlas y en las frecuentes lecturas que comentaba con su amigo! Pedrito guardaba como oro en paño los libros que sacrificadamente había logrado reunir: escasas pero buenas obras de los autores modernos y de sus escritores franceses predilectos, poetas y novelistas, críticos y periodistas; parnasianos, naturalistas; los Goncourt, Silvestre, Zola, Flaubert, Balzac, Daudet, Saint Víctor, Mendes. Los más selectos, sin distinción de escuelas o de gustos. Su librería era el mejor consuelo que podía apetercer la constante curiosidad de su espíritu, siempre ansioso de empaparse en todas las manifestaciones del arte moderno. Manuel Rodríguez Mendoza ha recordado, en el prólogo escrito para la recopilación de los artículos de Pedro Balmaceda, el tesoro de esa su «escogida librería de autores contemporáneos, la más valiosa que haya visto a ningún joven dedicado al cultivo de las letras».

Pero, a pesar de la felicidad que pudo brindarle su situación privilegiada, la vida habíale negado a Pedrito la salud: una implacable enfermedad al corazón le mataba lentamente ahogándole en repentinos ataques, que agravaban sus nervios frágiles, demasiado sensitivos. En vano su madre intentó arrancarle a la preocupación tiránica de los libros, enviándole ora a las playas de Viña del Mar, ya a vivir en el seno de ese milagroso parque de los minerales de Lota, donde Sara Bernhardt pasó horas gratas ante el milagro de un mar único y de un jardín paradisíaco, porque a pesar de todo la existencia se le iba poco a poco: el mal le abrasaba en crueles insomnios y le consumía en nocturnas asfixias: «Para poder entregarse al sueño, tenían que abanicarle y al aspirar el aire cerraba los ojos tris-

tes». Un día le escribió a su amigo Rubén para contarle que había sufrido un violento ataque estando en una fiesta: «Sentía, sentía morir lejos de mi casa, de mi familia; y lo que me martirizaba era morir de frac y de corbata blanca». Había caído en medio del salón como fulminado. En su lecho le abanicaban, desciniéndole el frac, y luego dejábanle tranquilo «con las flacas voluptuosidades de mis huesos». Días después, convalesciente y tranquilo, le anunciaba a Rubén en otra carta que era engañoso testimonio de frescura y alegría: «Siento la melodía amplia y sonora de los grandes pinos y de los copudos alerces, el aire suave de los eucaliptus, el cabeceo magestuoso de las araucarias y el remolino pardo oscuro de los robles. En pleno parque de Lota: *Por aquí se entra al cielo*». Otro día le escribía al poeta, comenzando por elogiar su poema *Invernal*: «Tú, en verdad, dice, te inspiras con el invierno. Yo, sufro reumatismos, dolores al corazón y no amo a mujer alguna».

¡Pobre Pedrito!, a medida que su enfermedad le hacía sentir más inmediata la realidad de la muerte, su carácter se tornaba más propicio a las susceptibilidades, que a veces llegaban a convertirse en él en femeninos rencores. Irascible y violento, un día rompió para siempre con su amigo Rubén, a quien acababa de conseguirle un empleo en la Aduana de Valparaíso. Acompañado con el poeta se dirigió cierta tarde a buscar al común amigo Samuel Ossa Borne, secretario por ese entonces en la administración del Correo: al descender los peldaños de una escalera, Rubén dió un tropezón violento y, tratando de buscar donde asirse, tuvo la mala fortuna de colocarle la mano en la espalda a Pedrito. ¿Creyó éste que Rubén se valía de un pretexto para tocarle la corcova, siguiendo aquello del adagio popular de quien toma la joroba del jorobado alcanza buena fortuna? Así pareció justificarlo su ira violenta e inmediata contra el poeta, que también hilaba delgado en los fueros de su orgullo para no sentirse ofendido ante aquel incomprensible ex-

abrupto. Desde ese momento Rubén y Pedro Balmaceda no se volvieron a ver ni a tratar.

En el libro sobre su amigo, que poco más tarde publicó Darío en San Salvador, refirió la historia de este rompimiento, atribuyéndolo a circunstancias que le hicieron aparecer ante él como «sirviendo intereses políticos contrarios a los de su padre» (1) y sobre todo a razones «que bien podrían llamarse la explotación de la necesidad».

¿Tal vez encontró el poeta demasiado grotesca la verdadera causa de su ruptura con Pedrito que, sin embargo, resulta más humana y comprensible que la de razones políticas en quien jamás supo nada de ella ni participó de sus mezquinos enredos, hasta resolverse a silenciarla en cambio de una explicación muchísimo más singular?

Pocos meses después de este incidente, el prematuro mal que amenazaba la vida de Pedrito había llegado a convertirse en un caso de gravedad suma. Sin embargo, artista siempre hasta en los menores detalles, olvidándose de todo en un postrer rasgo de buen gusto, se dió a la tarea de convencer a su padre de la necesidad de adquirir coches a la Daumont para el gobierno. Siempre enamorado de lo francés, acariciaba en su imaginación el sueño de ver cruzar las calles a las opulentas carrozas tiradas por cuatro caballos dirigidos por elegantes postillones y atalajadas como en los buenos días de la Revolución Francesa. Cada mañana se iba a la elipse del Parque Cousiño a presenciar y dirigir en persona el amaestrar de los troncos, que arrastrarían las magníficas carrozas, y el aprendizaje de los postillones que más tarde iban a vestir el fino pantalón blanco, la chaquetilla, la gorra azul y el amplio guantelete; ensayos que se hacían en carruajes viejos, cuyos postillones eran los soldados de granaderos,

(1) ¿No recordaba Manuel Rodríguez Mendoza el desdén de Darío por la política cuando decía: «...Quedándose dormido cuando se habla de política o de grandes negociaciones comerciales?» *La Tribuna*. Santiago.

con sus habituales uniformes, mientras se preparaban las carrozas y trajes.

Una mañana se encontraba Pedrito observando, distraído, las ya avezadas maniobras de postillones y caballos, mientras no distante realizaba sus ejercicios un piquete de la caballería, que se preparaba para una revista de tropas que debía hacer el Presidente de la República, cuando, improvisadamente, el coronel don Sofanor Parra ordenó un simulacro de carga. Sea que nadie reparó en Pedrito o que no le alcanzaron a ver los soldados, el hecho es que; cuando él menos se lo figuraba, sintió el estrépito cercano de los cascos de los caballos que atronaban el suelo. Apenas si tuvo tiempo de darse cuenta de lo que ocurría: presa del pánico más imprevisto echó a correr desesperadamente, hasta ganar la linde de la elipse. Su ya gravísima dolencia cardíaca se agravó inmediatamente, siendo suficiente esa impresión y ese imprevisto desgaste de energías, superior a sus fuerzas, para que precipitara su muerte poco más tarde.

Dos días antes de irse para siempre, él, que había soñado con el arte y el amor, suplicaba como única gracia que le fuese llevada hasta su lecho la mujer que había amado con todo el calor de su corazón de veinte años y que, algún tiempo después, ¡amarga ironía!, fué la esposa de uno de sus mejores amigos.

«Y NACIERON MIS «ABROJOS»...

La amistad con Manuel Rodríguez Mendoza y con Pedrito Balmaceda contribuyó a depurar y acaso decidió la formación literaria de Rubén Darío: la charla siempre interesante, la lectura a menudo comentada, las discusiones renovadoras de ideas y de nuevos sentires, fueron para el poeta un constante incentivo de renovación y de cultura estética. De ellas nacieron no pocos de sus *Abrojos*, muchas de las páginas de *Azul*, más de una de

las *Rimas*, tantos artículos de oportunidad y tantas estrofas de ocasión.

La amable camaradería de esa regocijada bohemia unió en estrecha amistad no sólo a Rodríguez Mendoza, Pedrito Balmaceda y Rubén Darío, sino que a muchos de los habituales contertulios que frecuentaban la redacción de *La Epoca*. Cada noche se reunían a charlar, mientras Rubén hilvanaba uno que otro suelto, que se resistía en los puntos de su pluma como un alumbramiento supremo; luego solían ir a cenar *chez Gage* o en algún figón conocido, cuando no a casa de una amiga discreta, una amable Anadiomena criolla, como aquella fresca e ingenua Domitila cuyas cortas luces no presintieron el claro talento de Rubén. Pero el homenaje que no supo rendirle al poeta se lo concedió al varón fuerte en la copa de su boca ardorosa, en las caricias de sus brazos y en el fuego de sus labios, donde los besos hicieron brotar claveles blancos y rojos como los de la sátira que evocó más tarde el escritor en un bello soneto. ¡Cuántas veces aquellos brazos morenos y duros, hechos más para los rudos menesteres de las cotidianas faenas que no para las vengas embriagueces, le hicieron olvidar la morriña del trópico y la nostalgia de sus rosados primeros idilios!

Junto a Domitila el poeta sentíase complacido: volaban las horas livianas dejando solamente en el recuerdo de Rubén la melancólica tristeza de la carne exhausta. Muchas veces escribió para ella amables estrofas, lindas rimas, páginas delicadas que se extraviaron en los azares de aquella insólita bohemia. Un amigo del poeta, Samuel Ossa Borne, ha referido cómo, en cierta ocasión, mientras visitaba con varios amigos a una gentil extranjera, que cantaba milagrosamente, el poeta no se sintió a su gusto en aquel medio de amor y de galantería forzada, tornándose bien pronto hosco y terco hasta el punto que, al reparar en Pedrito Balmaceda que llevaba un libro en el bolsillo, fué en su busca para sumergirse luego en su lectura, sin cuidarse poco ni mucho que le tildaran de impertinente.

Como uno de los circunstantes le reprochase la inconveniencia de su actitud, una vez que abandonaron a la extranjera, Rubén probó que no había leído sino escrito:

.....
 Porque para oír su voz,
 que nada tiene de rara,
 oler cold cream en su cara
 y besar polvos de arroz,
 treinta millones de veces
 prefiero a la Domitila.

La mayor parte de la producción literaria de Rubén brotó de una manera análoga: su vida aporreada, las miserias y los dolores propios y ajenos, las acometidas de la envidia, el grosero sensualismo, el dolor junto al placer, la virtud escarnecida por el vicio victorioso, le encendían en santa ira arrancando del carcaj de su numen la nota de una *rima* o de un cuento, ya fuese *El rey burgués*, *El sátiro sordo* o las humoradas de su primer libro *Abrojos*, que dió a la estampa en Chile; de esa obrita espontánea y sencilla, compuesta a vuela pluma, irónico ideario lírico de amables cronicuelas escritas

en el margen de un periódico
 o en un trozo de papel,

en la propia mesa de trabajo de *La Epoca*, al calor de la charla con su mejor amigo y confidente, Manuel Rodríguez Mendoza, con quien gustaba recordar los años idos, sus miserias presentes, las acechanzas viles de los mediocres, sus marchitas ilusiones. Toda esa amargura constante, «la risa en los labios y el llanto en los ojos», que ha quedado en sus versos de juventud como una gota amarga en el fondo de una copa.

Manuel Rodríguez Mendoza, padre y coautor de muchos *abrojos*, recordó que su título se debía a una dolora de Manuel Acuña: «Si no hubiera sido por la dolora de aquel joven naufrago de la vida, que halló el reposo eterno en una copa de cianuro de potasio, los *Abrojos* se llamarían *Gotas de Vitriolo*, título absurdo al parecer que le sugerí yo al autor de *Azul*... a fin de despertar la indiferencia egoísta del público, a fin de sorprender, esta es la palabra, a los refinados que gustan leer las obras que saben a bombones de parisienses» (1).

Si por lo que toca a la forma literaria de estos *Abrojos* reconocen un cercano parentesco, las *Humoradas* de Campoamor y las *Saetas* de Leopoldo Cano, el alma, el fondo de amargura, su médula emotiva, son cosa propia y palpitante del poeta. En la mayoría de ellos se evoca la historia de muchos momentos tristes, vividos en el volar de las horas y trasladados al papel sin inútiles énfasis retóricos, como si ya Darío, por una extraña intuición de artista, presintiera lo que pedía Verlaine cuando aconsejaba, ante todo, retorcerle el cuello a la elocuencia.

Los *abrojos* brotaban casi espontáneamente de la imaginación de Rubén, en el seno de aquella camaradería en la que el poeta arrastraba el tremendo hastío de su pobreza y de su melancolía de indio triste, compartiendo la amistad de quienes como Vicente Grez, Manuel Rodríguez Mendoza, Alfredo Irarrázabal, Narciso Tondreau, Samuel Ossa Borne, eran sinceros, bondadosos y entusiastas compañeros de bohemia. Fuera del diario tuvo Rubén dos admiradores y amigos que le protegieron siempre y fueron para él dos escudos contra las venenosas saetas de la envidia; dos hombres a quienes recordó siempre el poeta con palabras de gratitud: Pedro León Medina y Carlos Toribio Robinet. Jamás faltó en labios de este último una palabra de aliento para el poeta; Medina fué el amigo efi-

(1) Los «*Abrojos*» de Rubén Darío. «*Revista Chilena*».

caz y generoso, cuya casa compartió con Rubén en los días más apremiantes de su permanencia en Santiago (1).

Negación viva del sentido práctico, de la realidad tiránica, Rubén Darío se vió condenado siempre a la más menesterosa bohemia y a la más resignada y franciscana de las pobrezas. Durante los primeros meses, después de su llegada a Santiago, el escaso sueldo de *La Época* le permitió un pasar decente que bien pronto, ¡ah!, iba a terminar, con la pérdida del empleo. Más tarde, sus colaboraciones en el *EL Herald*, *La Libertad Electoral*, y un premio ganado en el Certamen Varela, le permitieron algunas cortas entradas que le evitaron una vez más el trato con la miseria. Con cuánta razón, después de escribir su *Canto del Oro* y *El velo de la reina Mab*, no compuso aquel su *abrojo* más amargo:

Puso el poeta en sus versos
todas las perlas del mar,
todo el oro de las minas,
todo el marfil oriental,
los diamantes de Golconda,
los tesoros de Bagdad,
los joyeles y preseas
de los cofres de un Nabab.
Pero como no tenía
~~para~~ hacer versos ni un pan,
al acabar de escribirlos
murió de necesidad.

(1) Algunos de esos amigos de entonces han sobrevivido al poeta: Vicente Grez y Manuel Rodríguez Mendoza murieron hace ya algunos años; Narciso Tondreau vive perdido en un rincón de provincias, enteramente olvidado de las musas; Robinet puso a fin a sus días partiéndose el cráneo de un balazo; Irrarázabal hace vida de diplomático, y Medina vive tranquilo en la paz de su hogar.

La nieve de los años le hizo olvidar al poeta, ¡pícara y piadosa miseria!, todas las pobrezas y angustias de ese su antaño bohemio, hasta llegar a decir, en la historia de su vida, con amable indulgencia, cinco lustros más tarde: «La impresión que guardo de Santiago, en aquel tiempo, se reduciría a lo siguiente: vivir de arenques y cerveza en una casa alemana para poder vestirme elegantemente, como correspondía a mis amistades aristocráticas. Terror del cólera que se presentó en la capital. Tardes maravillosas en el Santa Lucía. Crepúsculos inolvidables en el Parque Cousiño. Horas nocturnas con Alfredo Irarrázabal, con Luis Orrego Luco o en el silencio del Palacio de la Moneda, en compañía de Pedro Balmaceda y del joven conde Fabio Sanminatelli, hijo del ministro de Italia».

No fueron muy ruidosos los éxitos literarios que alcanzó Rubén Darío en Santiago de Chile, a pesar de que en sus memorias recuerda como tal uno que, según su testimonio, le valió un envidiable prestigio entre sus camaradas de periodismo, cuando una noche el director de *La Epoca*, queriendo tributarle a Campoamor un homenaje literario con motivo de iniciar sus colaboraciones en el diario, se propuso poner a prueba el talento de cada cual, e improvisó un certamen rápido, ofreciendo un premio de doscientos pesos al que escribiese la mejor cosa breve sobre el poeta de las *Doloras*. Inmediatamente todos se pusieron a la obra: «Hubo notas muy lindas, dice Darío, pero por suerte, o por concentración de pensamiento, ninguna de las poesías resumía la personalidad del gran poeta, como esta décima mía:

Este del cabello cano
como la piel del armiño,
juntó su candor de niño
con su experiencia de anciano.

Cuando se tiene en la mano
un libro de tal varón
abeja es cada expresión,
que volando del papel
deja en los labios la miel
y pica en el corazón.

Recuerda un amigo del poeta, que tomó parte en esa verdadera oposición para ganar plaza de talento espontáneo, que cuando leyó Rubén la linda décima, muchos rompieron las carillas en que habían escrito amables improvisaciones, otorgando tácito homenaje al joven lírico nicaragüense.

¿Es esta una simple fantasía del poeta? Uno de sus amigos de entonces, Samuel Ossa Borne, nos refirió en cierta ocasión, que este recuerdo no pudo ser ignorado por Manuel Rodríguez Mendoza, Narciso Tondreau, Alfredo Irrarázabal y Luis Orrego Luco. «No está de acuerdo con los recuerdos ni lo estará con la contabilidad del diario». No lo está tampoco con lo referido por el propio Ossa Borne (1), en cuya casa Rubén Darío compuso esta décima, dejando el original con sus vacilaciones en el título «en los mismos instantes en que Laroche hacía a pluma mi retrato, que también conservo» (2).

Fué la tertulia de *La Epoca* el mejor excitante literario para la sensibilidad de Rubén Darío: allí se conversaba, se leía, se comentaban los últimos libros y las últimas producciones de cada cual. A veces, cuando iba corrida ya la noche por medio filo, comenzaban a retirarse los habituales contertulios y con ellos frecuentemente Manuel Rodríguez Mendoza y Rubén, que solían ir juntos a algún rincón amable donde Darío gustaba beber un poco más de lo necesario. Entonces se enhebraba la charla, abandonándose ambos a la lectura o a las expansiones

(1) Carta particular dirigida a A. D.

(2) *Un manojo de recuerdos rubendarianos.*

íntimas. El Darío habitualmente hosco, silencioso y misantrópico, se convertía como por extraño prodigio en un amable conversador, en el más comunicativo, acerado y vivo de los camaradas: libros, hombres, cosas, amores de ayer y recuerdos de la tierra lejana, todo iba cayendo de los labios en aquel escondido repasar de memorias y emociones vividas con el calor de los veinte años. Luego, tras una anécdota o un recuerdo del poeta, Manuel Rodríguez solía decirle a Rubén: ¿Por qué no escribes eso? Callaba un instante Darío, recogía una carilla, y luego brotaba un *abrojo* de su pluma fácil.

Una noche, una de esas noches de íntima convivencia espiritual, Manuel Rodríguez Mendoza le refirió a Rubén lo siguiente: el compromiso de X quedó nulo a causa de su conducta poco edificante. Un Domingo en que X, con algunos amigos, tomaba una copa en cierta pastelería, entró Ella, acompañada de varias personas. Al verla X, se echó el sombrero sobre los ojos, alzó el cuello de su gabán e inclinó su rostro sobre el mármol del mesón. Un instante más tarde, cuando ella se hubo alejado, apuró de un sorbo el vaso y se retiró silencioso (1).

No alcanzó a transcurrir mucho rato después que terminó de hablar Rodríguez Mendoza: Rubén Darío había escrito, sin mucho esfuerzo:

(1) Esta reminiscencia, dada a la estampa por Samuel Ossa Borne, (*Un té de amigos*. «Rev. Chilena») se justifica con el siguiente recuerdo del propio Rodríguez Mendoza: «Un día le contaba yo a Rubén una triste historia de amor, los padecimientos de un amigo que hoy no figura en el campo de las letras, a pesar de sus felices ensayos de poeta y de crítico; aquel relato le interesó vivamente, por tratarse de un joven de talento perseguido y azotado por la desgracia; tomó entonces el autor de los *Abrojos* una hoja de papel y escribió a vuela pluma esta hermosa composición:

Cuando la vió, pasar, etc...

Cuando la vió pasar el pobre mozo,
y oyó que le dijeron: ¡Es tu amada! . . .
lanzó una carcajada,
pidió una copa y se bajó el embozo;
¡qué improvise el poeta!
y habló luego
del amor, del placer, de su destino.
Y al aplaudirle la embriagada tropa,
se le rodó una lágrima de fuego,
que fué a caer al vaso cristalino.
Después tomó su copa
y se bebió la lágrima y el vino.

En cierta ocasión se encontraban reunidos en *La Epoca* los habituales amigos que formaban el círculo cotidiano. Las anécdotas, los recuerdos, las saetas irónicas iban a clavarse con dirección propicia, en Rubén. El director, don Eduardo Mac-Clure, comenzó a referir que una vez al cruzar una calle, le llamó la atención la gracia y simpatía de una muchacha del pueblo. Sin vacilar se dirigió a la madre y, colocándose una moneda de oro en la cuenca del ojo, le preguntó si daría entrada a un tuerto, a lo que la interrogada le repuso, que si bien en su casa no se admitían tuertos, podría, tal vez, dar entrada a un ciego. Una nueva moneda en el otro ojo bastó para que la complaciente celestina le sirviera de lazarillo conductor al dadivoso cuanto interesado cazador de caricias. Inmediatamente escribió Rubén el conocido *abrojo*:

Cuando cantó la culebra.
cuando trinó el gavián,
cuando gimieron las flores
y una estrella lanzó un ¡ay
cuando el diamante echó chispas
y brotó sangre el coral,

y fueron dos esterlinas
los ojos de Satanás,
entonces la pobre niña
perdió la virginidad.

No sólo en estas estrofas sino en muchos de los *Abrojos*, en más de alguna de las *Rimas* y en los cuentos de *Azul*, Rubén Darío puso en los puntos de su pluma el recuerdo del director de *La Epoca*, don Eduardo Mac-Clure. Allí, en el seno de la tertulia cotidiana, al amor del ambiente frívolo y elegante de los amplios salones, tuvo ocasión el poeta de observarle de cerca, de ensayar el escalpelo de su análisis en los sentimientos y en las ideas de aquel amable y despreocupado rey burgués, buen vividor, aristocrático camarada, respetuoso del arte y enamorado de la vida; todo un gran señor que botó una fortuna queriendo hacer de *La Epoca*, dócil a las inspiraciones de Francisco Guerra Besa, Pedro Montt, Ladislao Errázuriz, Augusto Orrego Luco, Luis Montt, Isidoro Errázuriz, Vicente Grez y Federico Puga Borne, un periódico superior a su medio, con servicios informativos de primer orden y corresponsales epistolares de la significación de Gladstone, Jules Simon, Castelar y Campoamor. Hombre de su siglo, inquieto y progresista, derrochador y magnífico en sus gustos, se desvivía por seguir los consejos de sus buenos inspiradores, tratando de crear el diario moderno, una especie de *Le Figaro* chileno, que registrase en sus páginas las cotidianas primicias de las mejores plumas. Fué así cómo, además de las grandes correspondencias ya mencionadas, muchas de las cuales fueron tal vez escritas por talentosos secretarios, aparecían cada día en *La Epoca* las firmas de los mayores prestigios literarios y políticos franceses y argentinos, españoles y chilenos; todos, los veteranos de las antiguas lides y los jóvenes iconoclastas del modernismo.

No era don Eduardo Mac-Clure periodista, ni escritor, y sólo buscaba en la dirección de un diario como *La Epoca*, un

derivativo para sus aburrimientos de mundano, una distracción para sus ocios de *amateur* de las cosas artísticas y una posible manera fácil de ganar dinero. Amigo de las mujeres y de la buena vida, antes que de los desvelos que imponen las disciplinas del intelecto, no se cuidaba poco ni mucho del estudio, pues encontraba con más frecuencia la felicidad en el calor de dos amorosos brazos o en el fondo de una copa que entre las páginas de un libro.

Rubén Darío que, como el santo medioeval, hubiera sucumbido cien veces ante las acechanzas de la gula; que jamás fué indiferente a una mesa bien servida y ante un vaso de generoso vino (1) no podía menos que rendir su admiración ante ese rey burgués, aunque no fuese santo de su agrado y de su afecto.

Bien claro lo recuerdo: una tarde fuimos a visitar al poeta en su pequeño departamento de la Rue Corneille. Le encontramos más hosco y misantrópico que nunca. Imposible parecía arrancarle una palabra ni obtener la insinuación de un gesto amable. Pero, vino en nuestro auxilio una casual coincidencia: llevábamos una copia del libro de Wackenroder, *Herzensergiesungen eines kunstliebenden Klosterbruders*, que habíamos tomado de alguno de los raros ejemplares de su primera edición que se custodian en la biblioteca pública de Lübeck. Le hablamos de ella al poeta, recordando de paso que el único autor que en lengua española parece haber conocido y citado al admirable cuanto olvidado escritor tudesco, había sido él en *Los Raros*; y he aquí que, inmediatamente, Darío se convirtió como por mi-

(1) ¿No recordaba, en su epístola a la mujer de Lugones?

¡Y he vivido tan mal, y tan bien, cómo y tanto!

¡Y tan buen comedor guardo bajo mi manto!

¡Y tan buen bebedor tengo bajo mi capa!

¡Y he gustado bocados de cardenal y papa!

lagro en otro hombre: curioso, inquieto, dióse a hojear la copia recordando luego cómo, debido a una interesante referencia de uno de los Schlegel, logró leer a Wackenroder, a su paso por Munich y luego, movido por el interés que despertó en él el pequeño breviario sentimental, realizó el viaje más intenso, maravilloso y evocador a Nürenberg, la arcaica ciudad, con sus tejados rojizos, sus campanarios singulares, sus piñones característicos, milagro redivivo de la Edad Media, en cuyas casas el tiempo parece haberse detenido. Por fin el calor de la charla nos franqueó la confianza del poeta, permitiéndonos enderezar la proa de nuestra curiosidad hasta el íntimo alcazar de sus recuerdos. Le preguntamos muchas cosas de su juventud y, al recordarle algunos de sus *Abrojos*, afilados como saetas, le indicamos nombres de personas a quienes creíamos iban dirigidas, mientras él asentía burlonamente. De pronto cayó de nuestros labios el nombre del director de *La Epoca*, don Eduardo MacClure, y Rubén tuvo tres o cuatro palabras amables y algunos acerados reproches.

—¿*El Rey Burgués?*, le dijimos, y él nos comprendió inmediatamente.

—Sí; *El Rey Burgués*, nos respondió. Todas mis pobrezaas, todas mis angustias y expoliaciones de entonces están sufridas y vengadas en él.

Y nosotros pensamos en el rey fastuoso, que tenía un palacio soberbio y que junto al estanque de sus cisnes leía las novelas de Jorge Ohnet, las críticas gramaticales o las disertaciones hermosillescas; recordamos al buen Mecenas, rodeado de su corte, que le permite ganar su vida al poeta, que un día llegó hasta su palacio, dando vueltas al manubrio de la caja sonora que toca valsos, cuadrillas y galopos en medio del magnífico jardín: «Y desde aquel día pudo verse a la orilla del estanque de los cisnes al poeta hambriento que daba vueltas al manubrio: tiriririn, tiriririn... ¡avergonzado a las miradas del gran sol! ¿Pasaba el rey por las cercanías? Tiriririn, tiriririn... ¿Había

que llenar el estómago? ¡Tiriririn! Todo entre las burlas de los pájaros libres que llegaban a beber rocío en las lilas floridas; entre el zumbido de las abejas que le picaban el rostro y le llenaban los ojos de lágrimas... ¡lágrimas amargas que rodaban por sus mejillas y que caían a la tierra negra!».

¡Pobre poeta! Cuando se publicó *Azul* pocos entrevieron el cruel fondo de amargura que había en el libro. ¿Nunca llegarían a pensar aquellos que, en el seno de la tertulia de *La Época* se gozaban en zaherir y vejar al poeta, en la dirección que llevaban las saetas de amargura de este cuento irónico, terriblemente sarcástico y vengativo? Más de un grave, sesudo y docto enemigo del poeta perdurará redivivo en el grotesco retrato de aquel asno de *El sátiro sordo*, consejero áulico del caprípedo que ramoneaba en los árboles de los verdes oteros y en el símbolo del sátiro mismo, velludo y montaraz, que no oía el canto de la alondra y escuchaba en cambio los consejos del jumento; que «saltaba lascivo y alegre cuando percibía por el ramaje lleno de brechas alguna cadera blanca que acariciaba el sol con su luz rubia» y a quien «todos los animales le rodeaban como a un amo a quien se obedece». ¿No quiso disfrazar el poeta la flecha acerada de un verdadero epigrama? Y el apolonida ilusionado de aquellos días ¿no trazó su autobiografía ideal en aquel Garcín, grotesco y lírico, que llevaba el pájaro azul oculto en su cabeza?

Porque *Azul* y *Abrojos* fueron obra de belleza y de sinceridad; de emoción y de dictionario. En sus páginas vive, siente, apostrofa y canta el poeta que ha leído a Hugo, a Juvenal y a Campoamor. Junto a la efusión de belleza brota la espina en las rosas de su jardín: cuando se le alarga la mano cordial el poeta siente en su pecho desbordes de alondra; si la ponzoña cae en su vaso, su estrofa se convierte en una mueca.

«CARNE CELESTE, CARNE DE MUJER, ARCILLA»...

Siempre explicó Rubén Darío su abandono del materno terruño con una razón candorosamente sentimental: un amor, uno de esos amores que pasan a través de la juventud con más frecuencia que los días de la vida, envenenó su existencia y puso su vino triste: «A causa de la mayor desilusión que puede sentir un hombre enamorado, resolví salir de mi país», ha dicho en sus memorias con un amargo dejo de melancolía. Luego, en todos los versos de su adolescencia, el recuerdo de ese amor ocupa sus mejores ocios líricos inspirándole muchos *Abrojos*, más de una *Rima* y no pocas páginas de *Azul* (1). ¿No llegó también a recordar en una de sus mejores estrofas escritas en Chile, hasta los rojos celos que tuvo de un moribundo?: «Aconteció que un amigo mío estaba moribundo, dice, y como es por allí costumbre, las familias iban a velar al enfermo. Iba así la joven que yo amaba, y alguien me insinuó que ella había tenido amores con el doliente. No recuerdo nunca haber sen-

(1) Primero, en mediocrísimos versos, dijo el poeta:

Si hay versos de amores, son
las flores de un amor muerto
que brinda el cadáver yerto
de mi primera pasión.

Más tarde, seguro ya de su verso, aquel lejano recuerdo juvenil fué motivo, una vez más, de sus rimas: la prima remota y las fugaces ansias de la juventud, están redivivas en su corazón:

¿Quiéres saber acaso
la causa del misterio?
una estatua de carne
me envenenó la vida con sus besos,
y tenía sus labios lindos, rojos,
y tenía sus ojos, grandes, bellos...

tido célos tan purpúreos y trágicos, delante del hombre pálido que estaba yéndose de la vida y a quien mi amada daba a veces la medicina. Juro que nunca, durante toda mi existencia, a no ser en instantes de violencia o provocada ira, he deseado mal o daño a alguien; pero en aquellos momentos se diría que casi ponía oídos deseosos para escuchar si sonaba cerca de la cabecera el ruido de la hoz de la muerte. Esto lo he dicho concentradamente en unos cortos versos de mi hoy raro libro publicado en Chile, *Abrojos*. Amor sensual, amor de tierra caliente, amor de primera juventud, amor de poeta y de hiperestésico, de imaginativo» (1).

En cada estrofa, en cada alusión, en cada recuerdo de aquellos años del poeta, fluye la nota amarga que subraya el recuerdo; apunta la historia misteriosa y desgraciada que luego apenas si dejó entrever en sus memorias y en sus versos. ¿Cuántos de sus *Abrojos* y tantas de sus *Rimas* no tienen por asunto la incidencia de la triste seducción, que parece tocar muy por lo hondo al poeta en el más caro de sus afectos? ¿Fué esa tal vez la causa de su desgracia? ¿Fué otra cualquiera, en la que intervino no poco su imaginación y no menos la literatura? Oigamos algunos de sus versos de aquel entonces:

Lloraba en mis brazos vestida de negro;
se oía el latido de su corazón;
cubríanle el cuello los rizos castaños
y toda temblaba de miedo y de amor.
¿Quién tuvo la culpa? La noche callada.

(1) Ese *Abrojo* rezaba así:

Advierte si fué profundo
un amor tan desgraciado,
que tuve odio a un hombre honrado
y celos de un moribundo.

Yo iba a despedirme. Cuando dije: ¡Adiós!
ella sollozando se abrazó a mi pecho
bajo aquel ramaje del almendro en flor...
Velaron las nubes la pálida luna...
Después, tristemente lloramos los dos.

En el *Abrojo* décimo tercero recordó el mismo motivo triste:

¿Quién es ese bandido
que se vino a robar
tu corona florida
y tu velo nupcial?

Antes ya, en el tono de una invectiva y acaso con la ira que produce el despecho, la historia de la seducción había motivado otro *Abrojo* que, como los anteriores, es claro y preciso:

Primero una mirada,
luego el toque de fuego
de las manos; y luego
la sangre acelerada
y el beso que subyuga.
Después noche y placer; después la fuga
de aquel malsín cobarde
que otra víctima elige.
Bien haces en llorar. ¡Pero ya es tarde!
¡Ya ves! ¿No te lo dije?

La insistencia con que el poeta vuelve sobre el mismo asunto en *Abrojos* y que también es motivo de más de una de sus *Otoñales*, hace creer en la veracidad del asunto que tal vez el poeta pudo abultar a través del recuerdo, cediendo a los impulsos de la imaginación, pero que, en todo caso, tuvo su arraigo

en un hecho real cuya heroína fué la bien amada novia de su juventud u otra ideal cuanto imposible prometida de sus melancólicos diez y ocho años.

«VALPARAÍSO, PARA MÍ, FUÉ CIUDAD DE ALEGRÍA Y DE TRISTEZA,
DE COMEDIA Y DE DRAMA»...

Negación viva del periodista, «descocado, antimetódico», como él mismo lo recordaba en los versos de *Abrojos*; cotidianamente devanándose los sesos ante las blancas cuartillas que le exigían el perentorio suelto cotidiano, Rubén Darío no logró gozar por mucho tiempo del modesto sueldecillo que le pagaba *La Epoca*. Bien pronto se encontró sin empleo y en situación hartamente precaria, viviendo poco menos que de lance, gracias a la bondadosa magnanimidad de un generoso amigo. Felizmente para el poeta, llegó bien pronto en su ayuda su protector de siempre, Eduardo Poirier, que le pidió a Pedrito Balmaceda obtuviera del Presidente el nombramiento de guarda inspector en la aduana de Valparaíso.

Partió entonces de la metrópoli el poeta y desde aquel día comenzó a servir su tiránico cargo, con muy poca diligencia, en medio del abrumador ajeteo del tráfico marítimo en los muelles, «sentado sobre un cajón, lápiz en mano y al dorso de un torna-guía o de una póliza de embarque», según recordaba Eduardo Poirier, borroneando algún cuento o alguna poesía, junto a las enormes grúas y entre los jornaleros, áspera y ruda gente marina, cuyo contacto le sugirió la idea de su cuento *El Fardo*, impresión vívida de honda y humana amargura, cuyas palabras iniciales tienen la entonación de un poema: «Allá lejos, en la línea como trazada por un lápiz azul, que separa las aguas y los cielos, se iba hundiendo el sol, con sus polvos de oro y sus torbellinos de chispas purpuradas, como un gran disco de hierro candente. Ya el muelle fiscal iba quedando en quietud;

los guardas pasaban de un punto a otro, las gorras metidas hasta las cejas, dando aquí y allá sus vistazos. Inmóvil el enorme brazo de los pescantes, los jornaleros se encaminaban a las casas. El agua murmuraba debajo del muelle, y el húmedo viento salado, que sopla de mar afuera a la hora en que la noche sube, mantenía las lanchas cercanas en un continuo cabeceo».

Harto mezquino era el ambiente en que el poeta iba a comenzar a vivir: Valparaíso, ciudad puramente comercial, cuyas inquietudes prácticas saben hacer olvidar el camino de Paros, acogió a Darío como sólo puede recibir en su seno al que trabaja y llega a participar de su vida febril. La vida porteña jamás se preocupó de los pastores de ilusiones y la única poesía que supo acoger ¡oh Calibán! fué aquella de que habla el lírico peninsular: la poesía de una letra de banco al dorso escrita.

Sin embargo y a pesar de todo. Valparaíso tuvo un vivo encanto para el poeta: el mar; el Pacífico, vasto, único; abierto a todas las errancias y a todas las nostalgias; campo que recorrieron los aventureros y midieron todas las ambiciones, sin dejar ni una huella; derrota para las más altas pautas y abrazo común de las más remotas tierras. El mar llevaba desde muy lejos, cada día, ora del Oriente misterioso, ya de la lejana Europa, hombres llenos de inquietudes, que el poeta fué conociendo en la obligada camaradería del puerto: viejos marineros de la brumosa Noruega; jóvenes oficiales, que aún parecían reflejar en sus pálidos rostros los sobresaltos de los tifones de los mares de la China; lobos marinos tostados por todos los soles, cuyos pasos tambaleantes recordaban la movediza cubierta del buque.

En sus memorias decía más tarde Darío que su vida en Valparaíso se concentró «en ya improbables o ya hondos amoríos; en vagares a la orilla del mar, sobre todo por Playa Ancha; invitaciones a bordo de los barcos, por marinos amigos y literarios; horas nocturnas, ensueños matinales, y lo que era entonces mi vibrante y ansiosa juventud».

A su llegada a Chile el poeta había conocido a Eduardo

Poirier y a don Eduardo de la Barra, a la sazón Rector del Liceo de Valparaíso y que por esos años se encontraba en la hora meridiana de su gloria de escritor. Y fué así como, al regresar a Valparaíso en 1887, iba a tener en ellos a dos buenos e indulgentes amigos, que fueron apoyo y estímulo en su labor literaria. Vivió largo tiempo en casa del primero y, en más de una ocasión, le hemos oído recordar a Poirier, que se veía obligado a regañar al poeta cuando, sumido en sus morunos ocios, se olvidaba de la cotidiana realidad, abandonándose a sus incorregibles fugas más allá del tiempo y del espacio, en alas de su fantasía, mientras las tiránicas obligaciones de la Aduana demandaban su presencia. Leyendo, vagando por la ciudad o borroneando cuartillas, solían írseles los días al poeta sin que apuntara la probabilidad de una remota mejoría para su situación económica. La casa de Eduardo Poirier era su hogar; su amistad la mejor ayuda y el más implacable acicate de trabajo intelectual. ¿No recordó, veinticinco años más tarde, en la historia de su vida, que este «hombre generoso, correcto y eficaz» le dió la ilusión de un Chile espléndido pues fué «entonces, después y siempre como un hermano?»

Por ese entonces Poirier compartía sus quehaceres de director de cierta compañía telegráfica con sus ocios de traductor de folletines para *El Mercurio*, disciplina que acaso, en la cotidiana convivencia, no miraba el poeta con amables ojos de artista. Muchos fueron los novelones indigestos de intriga que aquel vertió del inglés y del francés a nuestra lengua, amoldándose a las imperiosas exigencias de los lectores del periódico.

Un día, en un rato de buen humor y tentado por el premio que en uno de los certámenes abiertos por don Federico Varela se ofrecía a la mejor novela, resolvió escribir en colaboración con Rubén Darío y en los diez días que restaban del plazo fijado para la admisión de los originales, una que tal vez hubiera firmado con rubor Carolina Invernizio o Ponson Du Terrail. Así nació a la vida efímera de la publicidad *Emelina*,

que ostentaba en su modestísima portada el nombre de los dos amigos inseparables que, antes de mucho, iban a sentir los remordimientos de tan poco edificante concepción literaria.

¿Qué parte tuvo en ella Rubén Darío, que figura como co-autor de la novela cuando todo parece denunciar en sus páginas su completa ausencia? No pasan tal vez de dos los capítulos que escribió el poeta, de entre los muchos que componen el libro, vulgares y de un refinadísimo mal gusto folletinesco. Uno de los capítulos más breves le pertenece enteramente al poeta y otro pudo tal vez ser escrito por su pluma. La prosa de Darío está patente y viva en páginas como la siguiente: «París es el caos. Víctor Hugo dijo que era el cerebro del mundo, y desde entonces sentimos cierta comezón interior que nos hace creer que el mundo está loco. ¡Imagínese el lector, el mundo con semejante cerebro! En una gigantesca redoma, fabricada en los divinos talleres, a fuego de soles, puso el buen Dios, desmenuzados, el paraíso del bribón Mahoma y el Infierno del visionario Dante. Vacío en seguida la caja de Pandora, e hizo entrar un gran número de flecheros amorcillos, siguiéndoles enfilados los genéricos coros de placeres. Ni fueron solos tras ellos, pesares y amarguras. Luego el eterno Padre sacudió su redoma, revolvió, mezcló, confundió, y derramando su contenido sobre el haz de la tierra, exclamó: *hágase París*. Y París fué. El caudaloso Sena fué el río de la confusión. Se diría un Aqueronte bajo la blanca luz del firmamento. Sobre sus aguas turbias y lentas se deslizan las ligeras barcas de los venturosos que al jocundo ruido de sus cantares hieren las linfas a golpes de remo; y allí apuran en deslustradas copas de Bohemia el hirviente vino del placer, teniendo sólo el disgusto de ser salpicados de vez en cuando por la espuma que levantan al caer en el profundo río el desgraciado que ha perdido el caudal o la esperanza, y la infeliz que sin honra encuentra en el suicidio el refugio siniestro de la desesperación. ¿No es verdad que París es muy alegre? Bien pueden los relumbrosos carruajes de mil millonarios aplas-

tar con sus ruedas a los mendigos, que la Morgue necesita de cadáveres y los diarios de gacetillas».

Un eco lejano anuncia ya en estas palabras la próxima *Canción del Oro de Azul* (1). El poeta enamorado de París, a través de sus lecturas, sentía prematuramente la atracción divina e irresistible de Lutecia. Uno de sus contemporáneos recordaba que Rubén se sabía de memoria a París, después de leer sus guías, estudiar sus planos y gustar a sus escritores más en boga, como tal vez un parisino mismo no llegó a conocerlo. ¿No sería esta acaso una de las razones que tuvo el autor de *Emelina* para ubicar al personaje principal de la novela en el medio de la metrópoli francesa?

La publicación de *Emelina* pasó inadvertida para mayor irresponsabilidad literaria de su autor, ya que de haberse ocupado de ella algún crítico no hubiera podido menos que prodigarle algunos epítetos nada halagadores. Eduardo Poirier ha recordado, treinta años después, la historia de esa su calaverada literaria, en un volumen destinado a contar la historia de la permanencia de Darío en Chile: «En 1888, dice, publicamos ambos, en colaboración, nuestra *Emelina*, obra fugaz y de circunstancias cuyos personajes obraban y se movían como los de cien novelas inglesas, francesas, portuguesas que para los folletines de *El Mercurio* había yo por aquellos tiempos traducido. En resumen: una novela ingenua, romántica, cinematográfica y terrorífica que hoy es una simple curiosidad bibliográfica» (2).

El breve resumen de la fábula de *Emelina* podrá dar una

(1) Además, tanto en su prosa como en sus poemas, encontraremos más tarde las frecuentes referencias a los «flecheros amorcillos»; a los «coros de placeres», que inspiraron una poesía de *Prosas Profanas*; al «Aqueronte bajo la blanca luz del firmamento» y a las copas de Bohemia que escancian el vino de placer.

(2) *Rubén Darío, su vida y su obra*, libro actualmente inédito, que su autor, gentilmente, nos ha permitido conocer. Además, en un interesante artículo publicado en *El Mercurio* de Santiago, a raíz de la muerte del

idea aproximada que permita formarse un juicio sobre su ingenua pretensión de romance de aventuras, abundante en intrigas y escenas patéticas, dignas del siete veces popular creador de Rocambole. Helo aquí: estalla un grande incendio en Valparaíso; acuden las compañías de bomberos y dos voluntarios salvan de una muerte segura, tras peripecias arriesgadas y de entre la hoguera, de las mismas llamas, a dos jóvenes: Emelina y su institutriz. Uno de los bomberos ha quedado mal herido después del acto de arrojo y Emelina comienza a interesarse decididamente por su salud. Mejora al fin y se encuentran de manos a boca un buen día en un baile. Conversan, recuerdan el peligro, ella elogia el valor intrépido de él y éste termina por declararle su amor, a lo que ella le replica que no puede corresponderle porque hay en su vida un secreto que le impide ser su digna esposa. Insiste él con mil protestas rendidas de amor y ella se decide a contarle la obscura historia que ha hecho un calvario de su vida, privándola ahora de rendirle su voluntad. Refiérole que su padre era nada menos que un grande de la Corte de Inglaterra; que tenía sus ojos puesto en ella, hija única, huérfana de madre y que sintiéndose ya anciano, cerca de la muerte, se inquietaba pensando en que la iba a dejar sola en medio de la vida. Entonces se resolvió a buscarle esposo, dándole, por compañero a un noble francés, el conde du Vernier. Así casi imprevisamente, se verificó la boda y en plena noche nupcial el esposo tuvo que acudir a un llamado tan extraño cuanto imperioso: un silbido de la calle le había arrancado al dulce himeneo. ¿Quién le buscaba? Era el alerta de ciertos cofrades del

poeta, recordaba Poirier su *Emelina*: «En cuanto a la novela, que no era por entonces el fuerte de Rubén, le infundí yo ánimo colaborando con él en nuestra *Emelina* que escribimos, él entre penas y agravios, y yo, entre pilas, bobinas y alambres... en el angustiado plazo de diez días... Así salió ella... Pero, en fin, obtuvo una mención honrosa; y mi consejo, me valió el ligar mi modesto nombre al ya notorio de Rubén Darío».—*Rubén Darío. Añoranzas y recuerdos.*

Guante Rojo, sociedad tenebrosa de jugadores a la que le ligaban compromisos ineludibles. ¿Cómo había llegado du Vernier hasta ese antro? Licencioso, tahir incorregible, perdió un día su fortuna en el tapete del Guante Rojo, donde se desvalijaba a los concurrentes por hábiles escamoteos y tan fácilmente que así como se les ganaba todo lo que poseían hacíaseles desaparecer. Desesperado, en ruina descubierta, du Vernier en cierto crítico momento de su vida había resuelto suicidarse, pero uno de los socios del Guante Rojo logró impedir a tiempo su muerte llegando oportunamente en su auxilio, pues había tenido noticia del fallecimiento de un tío suyo que le dejaba como heredero de una cuantiosa fortuna. De esta fácil y casual manera su salvador le aconseja que desista de sus nefastos propósitos pues el Guante Rojo le prestará 400,000 francos y hasta podrá buscarle una consorte riquísima. Accede du Vernier y poco después el jefe de la banda, antiguo amigo del padre de Emelina, le pide a éste que una a su hija con du Vernier, noble de Francia y poseedor de títulos valiosos. Accede placentero el inglés, y he aquí pues explicada la historia del matrimonio casi inesperado de Emelina.

Transcurren los días. Du Vernier, a pesar de su matrimonio, ha continuado en su habitual vida licenciosa, derrochando dinero en el juego y entre mujeres. Ni siquiera se ha preocupado de cubrir sus compromisos, mientras el Guante Rojo, que se encuentra al borde de la bancarrota, le exige dinero, cada vez con más perentorias exigencias. Una noche se encuentran jugando en el antro siniestro, cuando llega un joven que empieza a arrojar sobre la mesa paquetes tras paquetes de libras esterlinas, perdiéndolo todo fatal e inexorablemente. Como último recurso juega su reloj, que también le ganan los asociados. Sin recursos, desesperado, se suicida. ¿Quién era el desconocido? Nada menos (¡oh sabrosa casualidad novelesca!) que un hermano de la institutriz y amiga de Emelina. El padre de ambos le había salvado una vez la vida al de Emelina cuando, en cierta

cacería, estuvo el inglés a punto de ser muerto por un jabalí que aquel mató en un rasgo de valor temerario. El premio que recibió fué que el ricacho británico tomara a su servicio, como dama de compañía e institutriz, a la esposa de su salvador y que toda su familia fuese a vivir al castillo.

No pudiendo du Vernier obtener dinero de su suegro, el Guante Rojo le asegura que la salvación está en procurar eliminarle envenenándolo lentamente. Así se hace con la ayuda de la digitalina, que lo mata al cabo de poco tiempo, dejando a du Vernier dueño de la cuantiosa fortuna de su mujer. Entonces el conde, sin preocupaciones ulteriores, reanuda su vida de lujo y disipación, pero no falta bien pronto quien, como el propio secretario del banco Parini, alma y brazo del Guante Rojo, ponga en antecedentes a Emelina sobre la conducta de su marido en el seno de la sociedad siniestra. Ella al principio se indigna contra quien se le aparece como un calumniador de su esposo y después resuelve acudir a una sesión en el club siniestro. En efecto, encerrada en una pieza contigua a la de las reuniones, oye una conversación en la que el propio du Vernier recuerda el asesinato de su suegro. Al escuchar esto lanza un grito y cae desmayada. Du Vernier y todos los jugadores acuden a la pieza inmediata y se sucede una escena de sorpresa inexplicable. Descubierta por su propia mujer du Vernier resuelve asesinarla o hacerla desaparecer: entonces la encierra en un subterráneo y anuncia a la sociedad que ha muerto, realizando opulentos funerales simulados. Pero la institutriz descubre a tiempo la superchería, enrostra al asesino su conducta, le amenaza con que va a ser prendido por la policía si no le revela el sitio donde está oculta su esposa. Libre Emelina, ambas le anuncian que se van a marchar a América sin que nadie lo sepa, dejándole a él tranquilo. Agradece du Vernier y ambas parten yendo a vivir a Chile con cierto pariente rico. ¡Ni más ni menos que en los folletines de Pérez Escrich!

Entonces sobreviene lo del incendio en Valparaíso. El bom-

bero, que ha escuchado la historia, se siente más enamorado que nunca e insiste en su amor. Entre tanto el otro de los voluntarios, que salvó del incendio a la institutriz y compañera de Emelina, parte un día a Bélgica con un cargo oficial. En cierta ocasión que se encuentra en un restaurant, oye que dos personas discuten sobre la guerra del Pacífico, afirmando uno de ellos que los peruanos fueron los valientes y los chilenos en cambio los cobardes. Sobreviene el socorrido duelo y, claro está, muere el que ofendió a Chile, que no era otro que du Vernier en persona. Por supuesto que regresa a Valparaíso el matador del conde; anuncia lo que ha hecho y mientras obtiene la mano de la institutriz, Emelina se casa con su salvador, el intrépido bombero. Hay fiestas en la hacienda de Emelina y la felicidad comienza a sonreírle a las dos parejas.

Muy insignificante es la parte que a Rubén Darío le correspondió en esta desgraciada *Emelina*, novela detestable si las hay, escrita según el cartabón de los folletines que traducía Poirier para *El Mercurio*. Tanto la fábula, como la total realización de la novela, con la salvedad de uno o dos breves capítulos, es obra exclusiva de aquel y el poeta sólo pudo colaborar en ella bordando las breves líneas de uno o dos capítulos, que muy lejana relación tienen con el asunto y el desarrollo mismo del libro. Al finalizar la carta-prólogo que Darío escribió para *Emelina*, se leen las palabras siguientes: «...los personajes de *Emelina* hablan a las veces, sin notarlo nosotros, el mismo lenguaje de las novelas que usted tan plausiblemente ha traducido para *El Mercurio*, y el de los que yo he leído desde que a escondidas y en el colegio me embebía con Stendhal y Jorge Sand». Fácilmente se pueden advertir, entre líneas, las reservas con que Darío miraba esta producción, antes que fuese dada a la estampa, que tan poco tenía de suya y que suscribió con su nombre tal vez por no disgustar al amigo bondadoso. Felizmente el tiempo hizo olvidar harto merecidamente *Emelina*, y su propio autor,

como su colaborador diligente, tuvieron cuidado de no volver a acordarse de ella.

Nada había en *Emelina* que fuese digno del arte: todo en sus páginas pertenecía al orden más mezquino del folletín, pero de un folletín que ni siquiera contaba con la amenidad de sus modelos: las novelas de Ouida o de Hugo Conway. Su estilo, si es que se puede hablar de estilo al recordarla, respondía a una ramplonería lastimosa. Valgan como una muestra del asunto, del color, de los recursos y del lenguaje de la obra, los siguientes pequeños trozos arrancados al azar: «¡La condesa en este sitio! exclamó Ernesto, dando un grito de furor. ¡Ah, miserable! añadió saltando con la furia de un chacal sobre el barón de la Cueva. ¡Te has vengado y vas a morir! ¡Prepárate a vengar, una vez por todas, tus villanías y traiciones!... Sucedióse una tremenda lucha. Los circunstantes, atónitos ante lo imprevisto de aquella escena, no atinaron a separar a los combatientes, quienes, puñal en mano se acometían con ímpetu salvaje. Por último, estrechado el de la Cueva en uno de los ángulos de la sala, dió un paso en falso y cayó al suelo. Du Vernier rugiente de cólera y ebrio de sangre, sepultó en el pecho de su contrario su afilado puñal». No es menos espeluznante y perezescrichesco el siguiente pasaje: «Dió un vigoroso empujón a la puerta: cedió ésta y presentóse ante mi vista un cuadro conmovedor. En un aposento, a uno de cuyos extremos alcanzaban ya las llamas y que estaba lleno de humo, discurría loca de espanto y desesperación una hermosa joven a medio vestir y con el cabello en confuso desorden. ¡Salvadme! exclamó. ¡Me muero! El voluntario echó a su alrededor una mirada y un profundo pavor pareció apoderarse de su ser».

¡Cuán burlonas resultan ogaño las palabras que, a manera de anticipación para los lectores, estampaba Darío en la cartaprólogo de la novela: «Hemos procurado, escribía, el esmero de la forma y la bondad del fondo, sin seguir para lo primero lo que llama Janin *folies du style en délire*, ni para lo segundo el

Ramillete de divinas flores!». Claramente se advierte que ya Rubén comenzaba a ensayarse en el difícil manejo de la ironía, que acaso había aprendido en los libros de Catulle Mendes o en los de Armand Silvestre.

«SI NO PRETEXTOS DE MIS RIMAS» . . .

Casi cotidianamente frecuentó Rubén Darío, durante el tiempo que permaneció en Valparaíso, la casa de don Eduardo de la Barra, que fué siempre obsequioso con la juventud, aun cuando no toleraba las audacias revolucionarias de cuantos hacían alarde de iconoclastas ante las obras de los antiguos maestros. Horas, días enteros, solía pasar el poeta en la biblioteca de don Eduardo, mientras éste atendía sus obligaciones en el Liceo. En cierta ocasión en que Rubén se encontraba poco menos que en la miseria, de la Barra le consiguió un puesto en *El Heraldo*. «Era un diario completamente comercial y político. Había sido yo nombrado redactor por influencia de don Eduardo de la Barra, noble poeta y excelente amigo mío. Debo agregar para esto la amistad de un hombre muy querido y muy desgraciado en Chile: Carlos Toribio Robinet. Se me encargó una crónica semanal. Escribí la primera sobre *sports*. A la cuarta me llamó el director y me dijo: *Usted escribe muy bien. . . Nuestro periódico necesita otra cosa. . . Así es que le ruego no pertenecer más a nuestra redacción. . .* Y, por escribir muy bien, me quedé sin puesto». Años más tarde, en Febrero de 1895, volvía este recuerdo melancólico a los puntos de su pluma, cuando le comunicaba a Emilio Rodríguez Mendoza: «El pobre Valdés Vergara, ¿no me suprimía mis crónicas de *El Heraldo* porque escribía demasiado bien?».

Pocos días permaneció pues Rubén en *El Heraldo*. Su director, Enrique Valdés Vergara, que tan prematuro fin iba a encontrar más tarde en el hundimiento del crucero Blanco En-

calada, durante la revolución contra el presidente Balmaceda, era hombre práctico, metódico y muy poco dado a las efusiones artísticas, aunque culto y estudioso como el que más. Agreguemos a esto, por lógico contraste, la holgazanería incorregible de Darío y el carácter de las crónicas que escribía, seguramente demasiado finas y demasiado fugitivas para los lectores del diario, habituados a los sesudos editoriales y a las engorrosas disertaciones sobre la hacienda pública, para comprender mejor su muy explicable exoneración (1). Tal vez, con muy acertado sentido práctico, el director prefería un suelto cualquiera, una gacetilla noticiosa o un editorial solemne, a esas disquisiciones aladas y livianas sobre las frutas durante la epidemia del cólera morbo; a sus sentidas impresiones sobre el verano y el veraneo, en las que Eros llevaba no poca parte; a sus notas motivadas por el conde Patrizio, célebre prestidigitador; a las disquisiciones en torno a los últimos descubrimientos arqueológicos; a su magnífica evocación de la Alemania Imperial, al saberse la muerte del emperador Federico; al sentido elogio escrito en bella prosa, tras una desgracia bomberil; a una descripción llena de color sobre cierta fiesta deportiva en Viña del Mar, que le permitió al poeta evocar las cosas de Grecia y Roma con interesante, ágil y selecta erudición.

Darío asegura, en un fácil arranque de fantasía, que por es-

(1) Le hemos oído recordar a Eduardo Poirier que muchas de estas crónicas tuvo que escribirlas él, improvisadamente, al vuelo, a fin de evitar que Rubén fuese suspendido en sus colaboraciones por no cumplir el día fijado para su entrega. No fué esta la primera ni la última vez que el poeta tuvo que ser auxiliado por sus amigos en sus obligadas colaboraciones de los periódicos. ¿No ha recordado Tulio Cestero («Rubén Darío: El Hombre y el Artista». Habana) que «hace años, para modificar una observación mía acerca de la vibrante sensualidad pagana en cierto capítulo de *Peregrinaciones* acerca de Nápoles, Rubén Darío me confesó que éste había sido escrito por Amado Nervo, su camarada de romería partenopea, a la sazón de encontrarse Darío enfermo y urgido por sus deberes de corresponsal de *La Nación* de Buenos Aires?»

cribir muy bien se vió obligado a perder el modesto empleo de *El Heraldo*, teniendo que volver a su habitual pobreza de siempre. Con razón más que fundada escribe Samuel Ossa Borne que esta patraña no pasa de ser más que una simple y fácil invención de Rubén, ya que hubo de abandonar el diario a causa de no cumplir con sus obligaciones, «que olvidaba entre el amor y el vino», cosa que no pudo tolerar una empresa pobre como la de *El Heraldo*, cuyo director, el ya citado Valdés Vergara, necesitaba trabajar y trabajaba personalmente con decisión, talento y patriotismo bien notorios.

Felizmente, después de este desastre económico, una propicia esperanza pecuniaria se le presentó al poeta con la realización de un nuevo certamen literario auspiciado por el millonario don Federico Varela. Un día le escribió Pedrito Balmaceda a Rubén: «Un consejo, que espero seguirás con entusiasmo. Es un deseo de amigo. Puede traerte provechos de consideración. El señor Varela ha abierto un nuevo certamen para el mes de Septiembre: 1.º Doce composiciones subjetivas, del estilo de las de Becquer; 2.º Un canto épico a las glorias de Chile. Ya ves. Trabaja y obtendrás el premio, un premio en dinero, que es la gran poesía de los pobres» (1).

Con ahinco comenzó a trabajar desde ese día Rubén: el pie forzado de un certamen no podía menos de ser sino muy incómodo para un artista como Darío, pero la necesidad iba a obligarle a componer bellos y armoniosos versos.

Quince rimas primorosas escribió el poeta, cuyo título *Otonales* respondía a su tono melancólico y sentimental, que, en cierto modo, estaba en consonancia con el género becqueriano, arquetipo de poesía subjetiva, recomendado por el jurado. Becquer no sólo era muy leído sino que había sido puesto de moda en Chile: pocos años antes otro lírico español, amigo de corazón de Becquer, Augusto Ferrán, llegaba a Santiago

(1) A. de Gilbert.

con la amable novedad de sus versos. Entonces se comenzaron a leer furiosamente las *Rimas* y aun hay quienes, como don Augusto Orrego Luco, recuerdan emocionados el día aquel en que, en un cuartito de segundo orden de un hotel santiaguino, el amigo de Becquer leyó por vez primera la hoy tan traída y llevada *Volverán las obscuras golondrinas*, que tuvo para ellos el carácter de una novedad insólita y de una música antes jamás oída. Al día siguiente, en los círculos literarios de Santiago se conocía a Becquer y la *Rima* célebre andaba en todas las bocas y constituía el pasatiempo de todos los salones.

Desde ese momento el lírico sevillano comenzó a reinar tiránicamente sobre todos los corazones y sobre todos los poetas: se le aprendió de memoria y encontró fáciles y abundantes imitadores. El certamen Varela contribuyó a aumentar el número de éstos, algunos de los cuales felizmente, como don Eduardo de la Barra, Rubén Darío y Julio Vicuña Cifuentes, enaltecieron con sus rimas el género que aquel había ensayado con afortunada oportunidad, cuando aún era muy poco conocido el *Intermezzo* de Heine (1).

Sin embargo, a pesar de la sencilla maestría de las *Otoñales* de Rubén Darío, el premio le fué otorgado a don Eduardo de la Barra por una colección de poemitas que, si por el número y la corrección sintáctica eran superiores a los de Rubén, no los aventajaban por la novedad de sus asuntos ni por su riqueza verbal. Nada fué enviado al certamen Varela que pudiera com-

(1) En un interesante estudio hace notar Enrique Diez Canedo la manera cómo Becquer llegó a conocer al lírico de *Das Buch der Lieder*: «La influencia de Heine en Becquer, dice, se ejerció no directamente, sino a través de otro poeta español menos afortunado: de Eugenio Florentino Sanz. El mérito de Florentino Sanz estriba en haber tenido la fortuna de fijar la forma española de Heine. Sus versiones, publicadas en el *Museo Universal*, año I número 9, correspondiente al 15 de Mayo de 1857, guardan tal semejanza con las *Rimas*, que sorprende en verdad».—Enrique Heine. *Páginas escogidas*. Versión de E. Diez Canedo. Madrid (Calleja). 1918.

petir con las quince breves *Rimas* de Rubén Darío, anticipo feliz del poeta que tanto quehacer le iba a dar más tarde a los incorruptibles conservadores de las disciplinas clásicas.

Escritas las *Rimas* con el alma a flor de labios, el poeta contó en ellas la historia de sus amorosos desvelos, sintiendo acaso reabrirse la vieja herida de aquella lejana y juvenil pasión sufrida en su tierra. ¿No expresó también armoniosamente, el amargo recuerdo de ese amor en muchos de los *Abrojos*, y en tantas de sus prosas? La elegíaca preocupación sentimental fué motivo obligado en las mejores de sus rimas. Sus versos dejaban ver un corazón lacerado, melancólicamente romántico, capaz de sufrir retrospectivamente con la idea del remoto malogrado amor de los veinte años, que perdió un día en el fondo de la tierra nativa (1).

Sin embargo, es doloroso recordar que entre el montón de estrofas que se presentaron al certamen Varela, las *Otoñales*

(1) Raras son las estrofas de *Otoñales* que no evocan la historia de ese amor. La *Rima* cuarta («Allá en la playa quedó la niña») y la séptima, son un claro testimonio de ello:

Llegué a la pobre cabaña
en días de primavera,
la niña triste cantaba,
la abuela hilaba en la rueca.
—Buena anciana, buena anciana,
bien haya la niña beila
a quien desde hoy amar juro
con mis ansias de poeta.
La abuela miró a la niña.
La niña sonrió a la abuela.
Fuera volaban gorriones
sobre las rosas abiertas.

Cuánta emoción hay en estos versos sencillos; cuanta perfección en los dos últimos, que rematan el romance. En ellos está el poeta que, más tarde iba a dar toda la medida de su talento.

apenas si merecieron los honores de un octavo lugar, un avaro accesit y unas parsimoniosas palabras estampadas en el informe del jurado, en las que adivinó el poeta la intención de un elogio cuando ponderaban sus versos flúidos y sonoros, la originalidad en el concepto y en la disposición artística. Tal vez es posible justificar este yerro manifiesto, de lesa gusto artístico, si se recuerda la escasa competencia lírica del jurado, que estuvo compuesto por don José Victorino Lastarria, don Diego Barros Arana y don Manuel Blanco Cuartín, tres eminentes figuras intelectuales: sociólogo el primero, historiador el segundo, periodista el tercero, con ciertos resabios juveniles de poetas los tres; que bien poco y nada se preocupaban de versos y sólo seguían gustando las estrofas que en sus mocedades leyeron más por tradición y costumbre que por simple agrado, y que repasaban ogaño ajenos a las inquietudes literarias de la hora última.

En los primeros días de Enero del año siguiente aparecieron las *Rimas*, en un pequeño volumen anónimo que hizo editar don Eduardo de la Barra con el título de *Rosas Andinas*, acompañando cada poemita de Rubén con otro que llamaba contra-rima, especie de glosa lírico-humorística, ágilmente versificada (1).

(1) En un juicio crítico sobre las poesías de don Eduardo de la Barra, recordaba el crítico cubano don Rafael M. Merchán: «En el concurso becqueriano de que ya he hablado (se refiere al Certamen Varela y al tema lírico) y en que se adjudicó el primer premio al Señor de la Barra, se hizo mención honrosa de una colección del poeta nicaragüense. Convengo, dijo alguno, en que la obra premiada es de más mérito que las otras, pero apuesto que el premiado es incapaz de hacer algo tan artistico, tan lleno de frescura y savia juvenil, tan exuberante de vida, tan lleno de colores y reflejos tropicales como son las *Rimas* de Darío. Picado por el reto, de la Barra escribió en una noche la serie de parodias».

No se quedó muy satisfecho don Eduardo de la Barra, que era hombre de pasiones fuertes y de acentuado amor propio, al leer este juicio de Merchán. Escribió una réplica interesante («Notas al juicio crítico que hace D. Rafael M. Merchán de las poesías de don Eduardo de la Barra». Buenos

A modo de pórtico se leía en el pequeño volumen un sentido homenaje al lírico nicaragüense, compuesto en armoniosos versos:

En las selvas de tu tierra, donde crece sin igual
una fauna multiforme y una flora colosal,
donde bullen los insectos de metálico color
y hay aromas que envenenan escondidos en la flor,
donde hay mujeres palmeras de cadencioso cimbrar,
donde hay palmeras cual mujeres que saben acariciar,
donde mugen los volcanes contestándole al ciclón,
más ardiente es la mirada, más fogoso el corazón;
y de su cielo candente, de oro, cinabrio y turquí,
tienen tus rimas reflejos, como tiene el colibrí.

He aquí algunos fragmentos de las *Rimas* de Darío y de las glosas de de la Barra:

Dice Rubén Darío:

Una noche
Tuve un sueño
Luna opaca,
Cielo negro...

Glosa de de la Barra:

Una noche
Tuve un sueño,
Luna flaca,
Gato negro.

Darío:

Allá está la cumbre
¿Me miras?—Un astro.
—¿Me amas?—¡Te adoro!
—¿Subimos?—¡Subamos!

De la Barra:

Allá la alacena!...
¿Qué miras?—Un pato.
—¿Lo quieres?—Lo quiero
—¿Comemos?—¡Comamos!

Aires, 1895), en una de cuyas interesantes notas explicativas de las contrarimas decía: «Todas son alegres parodias, de diversos matices, unas cómicas y otras bufas, mostrando en la colección de ellas las variedades de que es susceptible el género, con excepción de una *oriental*, a manera de las de Arolas, contrapuestas a la que Darío presentó al Certamen Varela entre sus *becquerianas*, sí lo son. La tenía por *insuperable*, y por eso el autor de las parodias, cumpliendo con el fin que se proponía, le opuso otra, *oriental* del mismo corte, la cual resultó más brillante y mejor ejecutada, como sus contrarios hubieron de reconocerlo».

Darío:

En la pálida tarde se hundía
 El sol en su ocaso,
 con la faz rubicunda en un nimbo
 De polvo dorado.

De la Barra:

En la cálida costa se hundía
 El sol en su ocaso,
 Con la faz rubicunda y ardiente.
 De gringo borracho.

«Y EL ESTREMECIMIENTO DE LA LIRA» . . .

Más afortunado anduvo Rubén Darío en el certamen Varela con su *Canto épico a las glorias de Chile*, que le valió un primer premio, compartido con el poeta Pedro Nolasco Prendez. Al pronunciar su fallo en favor de este magnífico trozo lírico, decía el jurado en su informe: «si no es propiamente un canto épico libre de defectos, tiene el mérito de ofrecer pensamientos hermosísimos, una versificación generalmente buena y muy sonora. Hay en este poeta inspiración y buen gusto; sobre todo fantasía delicada y viva y numen generoso y potente».

La necesidad que el poeta tenía de aliviar su precaria situación le obligó a escribir esta oda patriótica, hija más de sus apremios que de un sentimiento artístico espontáneo. («En su momento, el *Canto* respondió, dice Samuel Ossa Borne, a un estado de ánimo, de afectos, simpatías y voluntad personal. Si más tarde, en otros climas, un medio ambiente adverso a Chile lo hizo mudar de afectos. . . humano es»). Sólo en muy rara circunstancia recordó el poeta esta producción de su juventud y si alguna vez lo hizo en la charla familiar fué no sin cierto rubor. ¿No refirió más tarde, en cierto artículo que contaba su visita a don Ricardo Palma, cómo llegó ante el ilustre autor de las *Tradiciones peruanas* temeroso de que le regañase por éste su *Canto*? «Me narraba atrocidades. Me dijo lo que había sufrido en los tiempos terribles. Y al oírle hablar todo nervioso con voz con-

movida, yo pensaba: ¿A qué hora llegará su turno a mi canto épico?» (1).

No era hombre fuerte en historia de Chile cuando quiso escribir su *Canto* Rubén Darío. ¿Cómo lo compuso entonces? Tan pronto le comunicó su proyecto a don Eduardo de la Barra éste fué en su ayuda con liberalidad y paternal entusiasmo: «Cierto que yo le hice algunas indicaciones de forma, que él aceptó, recordaba don Eduardo en cierto crudo artículo polemístico, y una de fondo, la cual dió ensanche a su tela, mediante la visión del porvenir que tiene el héroe antes de abordar la nave enemiga. A él le agradó mucho ese recurso épico que yo le ofrecía; mas, como nada supiera de nuestra guerra, como no conociera su origen, ni los hechos gloriosos llevados a cabo, ni los lugares donde se desarrolló el gran drama, ni los héroes que en él intervienen, y ya como tiempo no quedaba para ese estudio, ya que él se había limitado a estudiar el episodio de Iquique, me dijo que no podía ejecutar mi idea por más que le agradara. Yo le salvé esta dificultad y, apelando a mis recuerdos, le escribí en el acto apuntes en prosa que él convirtió en lindos versos, aunque sin abarcar mi pensamiento en toda su extensión, pues yo quise juntar en aquella visión el *modo* y la *máquina* del canto épico, al mismo tiempo que darle al cuadro toda la amplitud propia del tema propuesto, el cual debía abarcar toda la guerra del Pacífico».

Propios y extraños acogieron con elogios sin reservas el *Canto Epico*. En *La Epoca* Jorge Huneeus escribió, a raíz de saberse que había sido premiado: «Mis más sinceros parabienes al Olmedo de Chile». Y no pudo ocurrir de otro modo pues el poeta, con rara maestría, a pesar de su juventud, al intentar

(1) «Fuí desde el Callao a Lima por solo conocerle, en Febrero de 1888. De a bordo a tierra iba con un chileno que me decía:—No vaya Ud. a verle; es como un ogro de terco. Yo pensaba para mi coeto: De un regaño no ha de pasar... y ¡cáspita! recordaba mi *Canto a las glorias de Chile*».

un libre vuelo en el género poético más engorroso y pesado, logró obtener efectos literarios interesantísimos. No sólo en cuanto toca a la forma es un bello trozo lírico el *Canto Epico* sino que por su disposición total y por la novedad como trató el asunto, de manera nada vulgar y sin tentar recursos insólitos (1)

El tema del certamen impuso el pie forzado de un canto épico que Rubén Darío logró salvar con feliz agilidad lírica. Comenzó el desarrollo del poema con un elogio a Chile; a sus soldados y a los héroes de su marina que sucumbieron en la guerra del Pacífico; luego pasó a describir el combate de Iquique, haciendo girar el interés del asunto alrededor del instante en que, antes de saltar al abordaje en el cual va a encontrar su muerte, el capitán de la corbeta Esmeralda tiene la visión del triunfo en la guerra, para terminar con una lírica y sonora descripción de la batalla.

Podrían citarse fragmentos de este Canto como arquetipos del más puro lirismo, capaces de desautorizar aquellas severas palabras de Rodó cuando escribía: «Alguna vez tuvo su musa la debilidad de cantar combates y victorias; pero la creo convencida de que, como en la frente de la Herminia del Tasso, el casco de guerra sienta mal sobre su frente hecha para orlarse de rosas y mirtos». El hecho de tentar este género constituyó tal vez una debilidad del poeta nicaragüense, (2), pero fué una de esas debilidades interesantes en las cuales huelga

(1) «Oeuvre de jeunesse du grand poete, escribía Francisco Contreras, con motivo de su reimpresión, pleine de force et de fraicheur». *Mercure de France*. Noviembre de 1918.

(2) «No hubo tal debilidad, exclama Samuel Ossa Borne. El Rubén Darío que vivía en Chile en 1888 era un admirador de las glorias de Chile: escribió su *Canto Epico* con toda conciencia, inspirado de verdad, dominado por el asunto. ¿Cambió más tarde en medios adversos a Chile, compartiendo el pan y el adulo de los enemigos de Chile? Tal vez, pero no se diga que el *Canto Epico* fuese dictado por los clarines de las tripas vacías de un poeta con necesidad». Carta particular a A. D.

el arrepentimiento cuando lo justifica sobradamente la juventud... y en este caso quien sabe si hasta la necesidad. Pero, repasemos el siguiente arranque lírico que, en verdad, no puede ruborizar a ningún poeta, ni menos a un escritor de veinte años, pues nunca brotó un acento más viril ni más hermoso de los versos de Olmedo, Heredia o Andrade:

¡Oh, las antiguas arpas de los troncos
de las inmensas selvas primitivas,
cuerdas sonantes y bordones ronc
para músicas altas y expresivas!
¡Oh, el relámpago vivo y subitáneo
que del hondo infinito se desprende,
que el corazón enciende
y que ilumina el cráneo!
¡Oh, los heroicos ritmos! ¡Oh, la nota
y el estremecimiento de la lira!
¡Oh, el aliento de Dios que sólo flota
sobre aquel escogido a quien inspira!
¡Oh, la expresión de las hercúleas razas
y las himnicas pompas
que con ruidos de himnos y corazas
al son brotaron de las aéreas trompas!
Bajo el blanco fulgor del firmamento
hoy resuenan al viento
los clarines sonoros y triunfales.
¡Patria! ¡Canta mi acento
la mayor de tus glorias inmortales!

Más afortunado que con el sórdido millonario de Valparaíso, a quien le dedicó su *Azul*, anduvo el poeta al colocar en la portada de su *Canto Epico* el nombre del presidente don José Ma-

nuel Balmaceda (1); más feliz porque éste supo corresponderle en amable epístola, reiterándole sus pruebas de particular estimación. Y Rubén, alma infantil, espíritu ingenuo, solía pagarse más de una de estas corteses cuanto banales palabras que de un puñado de libras esterlinas.

Es menester recordar, además, que siempre fué rendida y sincera la admiración que sintió Rubén por aquel gobernante de porte aristocrático, gestos de gran señor, con algo de príncipe romántico, para quien tuvo siempre bellas palabras de gratitud en su vida literaria.

«LA FRANCE EST LA PATRIE DE NOS REVES, LA FRANCE» . . .

Tanto en las habituales tertulias de *La Epoca* como en la charla cotidiana, Rubén Darío veía abrirse ante su imaginación nuevos horizontes para sus inquietudes artísticas, que contribuían a ampliar sus constantes lecturas de los escritores franceses: los Goncourt y Mendes, Flaubert y Taine, Silvestre y Hugo, Gautier y Daudet. Al calor de la charla se comentaba cada página leída, esta o aquella estrofa, mientras lentamente se afirmaba en cada cual la conciencia de una renovación necesaria, que tarde o temprano debería llegar y que iba a ser preciso reñir contra los gastados cánones y la elocuencia retórica que sustentaban los escritores de la vieja guardia. Manuel Rodríguez Mendoza, decidido lector de los clásicos, que creía que sin lo antiguo no existen buenas fundaciones, era un espíritu abierto a toda novedad, a todo progreso, al libre vuelo del talento; Pedrito Balmaceda, a pesar de sus abundantes aunque poco meditadas lecturas, fluctuaba entre sus admiraciones por el

(1) «Señor, rezaba su dedicatoria. Si algo puede valer este Canto a las glorias heroicas de Chile, mi segunda patria, acéptelo Vd. como un homenaje al hombre ilustre, y como un recuerdo al padre de uno de mis mejores amigos».

naturalismo, Zola, Flaubert, Taine, y su interés por la escritura artística y por las filigranas del estilo de Gautier, Silvestre y Mendes; Darío, sin olvidar sus dilecciones por los buenos clásicos, de cuya lectura gustó siempre, Quevedo, Teresa la Santa, Góngora, era un convencido ardiente de que había llegado la oportunidad del momento para intentar la renovación literaria tal y como la sentían los escritores de la última generación francesa, neo-románticos, parnasianos, simbolistas: «El origen de la novedad fué mi reciente conocimiento de autores franceses del Parnaso, pues a la sazón la lucha simbolista apenas comenzaba en Francia y no era conocida en el extranjero, y menos en nuestra América. Fué Catulle Mendes mi verdadero iniciador, un Mendes traducido, pues mi francés era precario. Algunos de sus cuentos lírico-eróticos, una que otra poesía, de las comprendidas en el *Parnasse Contemporaine*, fueron para mí una revelación. Luego vendrían otros anteriores y mayores: Gautier, el Flaubert de *La tentation de Saint Antoine*, Paul de Saint Victor, que me aportarían una inédita y deslumbradora concepción del estilo. Acostumbrado al eterno clisé español del siglo de oro, y a su indecisa poesía moderna, encontré en los franceses que he citado una mina literaria por explotar: la aplicación de su manera de adjetivar, de ciertos modos sintáxicos, de su aristocracia verbal, al castellano. Lo demás lo daría el carácter de nuestro idioma y la capacidad individual. Y yo, que me sabía de memoria el *Diccionario de galicismos* de Baralt, comprendí que no sólo el galicismo oportuno, sino ciertas particularidades de otros idiomas, son utilísimas y de una incomparable eficacia en un apropiado transplante».

Las lecturas iniciales de los modernos líricos franceses, Hugo el primero de todos y el predilecto de su juventud, habían comenzado para el poeta en Centro América en compañía del erudito Francisco Gavidia, buen mentor y doctísimo poeta. Pero tan sólo años más tarde, durante su permanencia en Chile, esas lecturas se hicieron sistemáticas y constantes, no sólo

atizadas por la culta camaradería de sus amigos santiaguinos sino que también fomentadas por la fácil abundancia de libros de que pudo disponer en la biblioteca de *La Epoca* o en las librerías de Pedrito Balmaceda, Carlos Toribio Robinet, Eduardo de la Barra, Narciso Tondreau y Samuel Ossa Borne. Un buen día, cuando ya le eran familiares las estrofas de los colaboradores del *Parnasse Contemporaine*, que daba a la estampa el editor Lemerre, cayó en sus manos un hermoso libro, *La Mer* de Richepin, obra que le llevó a vislumbrar claramente la revolución que se operaba en las letras francesas. De ese instante dató en el poeta una preocupación más tenaz por la palabra armoniosa y por la eufonía rítmica. El juicio que publicó Darío por aquel entonces sobre la obra de su amigo Narciso Tondreau, expresa mejor que otro alguno la historia de su propia evolución: «Antes seguía de cerca a los clásicos españoles, creía en la subsistencia de la época antigua; era pagano y tenía las continencias de un místico; rimaba octavas reales; creía que el soneto era prisión y grillo de un pensamiento, un cántaro chino en el que apretado se deforma un niño para fabricar un enano; gustaba de la lija y ensayaba todos los metros; seguía más la enseñanza de los preceptistas que la imitación de la naturaleza; no cortaba un alejandrino sino de modo que resonase campanudo y con todos los compases de la música zorrillesca. Lloraba penas y cantaba amores bastante ingenuamente. En cambio traducía a Horacio. Y sobre todo, tenía el don de la armonía» (1).

En Richepin, como en Mendes (2), Flaubert y Hugo, Darío

(1) *El libro de «Asonantes» de Narciso Tondreau*. Rev. de Artes y Letras. Santiago.

(2) En uno de sus libros ha recordado Darío: «Su influencia principal fué en la prosa de algunos cuentos de *Azul*, y en otros muchos artículos no coleccionados y que aparecieron en diarios y revistas de Centro América y de Chile, puede notarse la tendencia de la manera mendeciana, del Mendes cuentista de cuentos encantadores e innumerables, galante, finamente libertino, preciosamente erótico». *Letras*. París.

había cultivado su aprendizaje del color en el adjetivo; de la armonía verbal que se rebela contra la anquilosis del verso; de la novedad en la imagen y de la distinción en el vocablo, sin reparar en los crueles zoilos buscadores de ápices gramaticales y de fáciles cuanto necesarios galicismos. Todos los secretos del verso francés empezaban a serle familiares; todos los milagrosos refinamientos de la prosa flexible y ágil de Mendes o de Silvestre, de Saint Victor y de los Goncourt, le iban enseñando a escribir como hasta ese momento no se había escrito en nuestro idioma. Olvidadas quedaban en hora buena la retórica y la mitología; olvidadas la inútil elocuencia y la corrección gramatical. Un gusto comprensivo por todo lo exótico, aprendido tal vez en los libros de Gautier o de su hija Judith, de Edmundo de Goncourt y de Loti, precipitó en el poeta el sentido de esa reacción hacia lo nuevo que iba a redundar en mejor provecho de la escritura artística. Cuantos no se escandalizaron por aquellos años cuando Rubén Darío, en un artículo enderezado con maliciosa intención contra los enemigos de todo lo moderno, elogiaba a Catulle Mendes por su acierto para combinar la armonía musical en los vocablos: «las *eles* bien alternadas con *enes* y *eres*, enlazando ciertas vocales, la *q*, la *y* griega son propicias a las palabras melódicas. Hay letras diamantinas que se usan con tiento, porque si no se quiebran formando hiatos, cacofonías y durezas» (1). Aun no había leído por ese entonces Rubén ni el célebre soneto de Rimbaud sobre el color de las vocales, ni se había escrito aquel oscuro y revolucionario *Tratado del Verbo* de René Ghil; pero ya presentía y comprendía claramente todo el alcance de la renovación estética que iba a culminar en su total florecimiento con los simbolistas.

(1) CATULLE MENDES. (Parnasianos y decadentes). *La libertad Electoral*. Santiago.

«EL AZUL ERA PARA MI EL COLOR DEL ENSUEÑO,
EL COLOR DEL ARTE» . . .

En Julio de 1888 apareció *Azul* en Valparaíso, en cuidada edición que se costó con el dinero erogado en suscripciones por don Eduardo de la Barra y Eduardo Poirier. A pesar del prólogo elogioso que firmaba de la Barra; a pesar de la originalidad y la belleza del libro, su publicación pasó casi inadvertida, encontrando apenas desmayados ecos. Fué menester que se diera a la estampa en «Los Lunes» de *El Liberal* de Madrid la carta célebre de don Juan Valera para que se le reconociese a *Azul* la importancia que de sobra merecía. Con la intención de encontrar una positiva ayuda y siguiendo los consejos de don Eduardo de la Barra, el poeta le dedicó el volumen a don Federico Varela, en una página admirable; pero aquel nuevo Harpagón ni siquiera le acusó recibo de su ejemplar (1). Se engañaron seguramente de la Barra y Darío ante el que tenían por un Mecenaz y que no pasaba de ser más que un egoísta sórdido, un avaro cuyo dinero jamás contribuyó a enjugar una lágrima ni a realizar nada digno que perpetuara su nombre y que, si pudo servir para organizar certámenes literarios arrancados a su avaricia por el entusiasmo de don José Victorino Lastarria, llegó también en uno de ellos hasta negarse a cubrir el valor de un primer premio (2).

(1) Le hemos oído referir a Eduardo Poirier que poco antes de la aparición de *Azul* él le había dedicado su novelúcula *Emelina* a don Agustín Edwards Ross, cuya respuesta consistió en un cheque por cierta subida cantidad, que él le devolvió inmediatamente. Rubén, que por esos días estaba más pobre que nunca ¿pretendió obtener una correspondencia parecida de don Federico Varela?

(2) El premio que tenía por base la mejor Memoria sobre Lastarria, que le fué otorgado a Alejandro Fuenzalida Grandón por su libro ya sobradamente conocido, que representa uno de los mayores esfuerzos documentales realizados en Chile.



Con razón más que fundada, en las posteriores ediciones de *Azul*, Rubén Darío suprimió el homenaje de una distinción que ni siquiera fué correspondida con el acuse de recibo del millonario. La hermosa página, que pudo perpetuar unido al delicado libro moderno el nombre del Creso porteño, rezaba así: «Al señor don Federico Varela: Gerón, rey de Siracusa, inmortalizado en sonoros versos griegos, tenía un huerto privilegiado por favor de los dioses, huerto de tierra ubérrima que fecundaba el gran sol. En él permitía a muchos cultivadores que llegasen a sembrar sus granos y sus plantas. Había laureles verdes y gloriosos, cedros fragantes, rosas encendidas, trigos de oro, sin faltar yerbas pobres que arrostraban la paciencia de Gerón. No sé qué sembraría Teócrito, pero creo que fué un citiso y un rosal. Señor, permitid que junto a una de las encinas de vuestro huerto, extienda mi enredadera de campánulas».

En medio de la indiferencia con que fué acogido *Azul* es preciso no olvidar el eco de una polémica célebre, reñida con motivo de la aparición de la obra y que tal vez fué la batalla de pluma inicial y acaso la más ardorosa librada en América en bien de la renovación literaria; la primera manifestación ostensible del modernismo, no menos interesante que aquella lucha de clásicos y románticos peleada entre argentinos y chilenos antes del año cuarenta (1).

Pocos días iban corridos desde la aparición de *Azul*. Ni una pluma había hilvanado un elogio, ni una voz anunciaba el alcance revolucionario del pequeño volumen. Pero, he aquí que de pronto un amigo de Darío, Manuel Rodríguez Mendoza, leyó el prólogo escrito para el volumen por don Eduardo de la

(1) Entre Sarmiento, el poeta Salvador Sanfuentes, el escritor de costumbres José Joaquín Vallejos y Vicente Fidel López. Los emigrados argentinos representaban en ese momento el cosmopolitismo literario y la libertad en las ideas, mientras Sanfuentes y Vallejos defendían el clasicismo en las letras y las tendencias religiosas y sociales.

Barra (1) donde, si bien es cierto que abundaban los elogios para el poeta, aparecían también las intencionadas reservas sobre las tendencias contemporáneas del arte francés, que por ese entonces sustentaban parnasianos y neo románticos, y enderezó contra el padrino de *Azul* un violento artículo en el que no sólo tomaba la defensa del poeta de Nicaragua, sino que también la del arte del momento. «Si el ala negra de la muerte antes no lo toca, escribía de la Barra, si las fogosidades del numen no lo consumen o despeñan, Rubén Darío llegará a ser una gloria americana, que tal es la fuerza y ley de su estro juvenil». Pero, tras la alabanza surgía la áspera censura ante la tendencia nueva y contra el prurito de la novedad: «Darío adora a Víctor Hugo y también a

(1) Más tarde substituyó Darío el prólogo de don Eduardo de la Barra por la carta publicada en Los Lunes de *El Liberal* de Madrid por don Juan Valera. ¿Por qué razón? se han preguntado en Chile con frecuencia los enemigos del poeta, movidos por un celoso amor patriótico, el mismo celoso amor que hizo correr las especies que en los días de inminente ruptura de relaciones entre Chile y la República Argentina, Rubén Darío se ocupaba en *La Nación* de Buenos Aires en escribir artículos contra la que él había llamado poco antes su segunda patria (en la dedicatoria a don José Manuel Balmaceda de su *Canto Epico* y en el artículo sobre el libro de su amigo Narciso Tondreau) y en ajustar los armoniosos ritmos de su *Marcha Triunfal*, destinada a celebrar la entrada victoriosa del ejército argentino por la Alameda de las Delicias de la capital chilena. ¡Inefable tontería, que muchos se han ocupado en difundir! La razón por qué el poeta prefirió el prólogo del autor de *Pepita Jiménez* fué muy diversa y tan humana cuanto comprensible en Rubén: aunque ambos no merecían siquiera el honor de ser perpetuados y de compartir la justa popularidad de *Azul*, el poeta prefirió el de don Juan Valera por ser el de un escritor que por aquellos años era tenido en la más alta estimación y gozaba de un prestigio a prueba de mezquinas reservas. Sin embargo, parece que Rubén Darío, según nos lo ha referido don Franklin de la Barra, hijo de don Eduardo, escribió poco después de su partida de Chile un artículo en el que hacía aparecer al lírico chileno en situación desmedrada y hasta poco honesta, viviendo en una mansarda en galante compañía, cosa que a de la Barra no le supo a mieles dando origen a más de una de esas sus terribles invectivas, de las que han quedado ásperas pruebas: primero en *La Revista*

Catulle Mendes, decía don Eduardo. Junto al gran anciano, leader un día de los románticos, coloca en su afecto a la secta moderna de los simbolistas y decadentes, esos idólatras del espejo de la frase, de la palabra relumbrosa y de las aliteraciones bizantinas». Luego, a vuelta de abundantes razones histórico-críticas, en las que de la Barra repasaba para combatir la tendencia decadentista, el *euphuismo* introducido por Lilly en Inglaterra, el marinismo, el gongorismo y el preciosismo francés, echaba su cuarto a espadas contra los escritores de la hora última, a quienes juzgaba como descendientes de los Goncourt,

Ilustrada de Santiago, cuando ensayó por segunda vez nuevas contra rimas, al transcribir el hermoso soneto a Francia (*Los bárbaros, Francia! Los Bárbaros, cara Lutecia!*) y preguntarse en un diálogo imaginario: «¿Qué tal? ¿No te huele a manicomio? ¿Y es realmente obra de algún loco? Es de *Rubén Darío*, el joven nicaragüense a quien tú serviste y ensalzaste». (El diálogo continuaba en el mismo tono, entre grotesco y serio, hasta terminar en una parodia firmada como las *Rosas Andinas* de antes, con el pseudónimo de Rubén Rubí) y luego cuando publicó en *La Revista Cómica* de Santiago aquella poesía *La Crisantema*, con el pseudónimo de *Florencia*, que la dirección del semanario acompañaba con una extensa nota explicativa en la que se advertía que el hecho de «darla a la estampa» obedece al propósito de contestar de un modo digno y agudo a la vez que discreto y comedido, el desdeñoso artículo que Rubén Darío publicó en la prensa de Buenos Aires, sobre los mismos poetas chilenos a quienes ensalzó no hace mucho tiempo, cuando vivía entre nosotros». En la poesía se hacía aparecer su autor como un humilde violeta que le prodigaba al lírico nicaragüense un consejo oportuno:

Hoy te aclama la moda; más su imperio
relámpago es que pasa.

para terminar luego con los versos siguientes:

Y así la Poesía, ella perfuma
al mismo que la ultraja.
Alcanfor literario, ¿quién te hizo
crisantema en el Plata?

de Baudelaire y hasta como bastardos seguidores del padre Hugo: «La escuela modernísima de los *decadentes* busca con demasiado empeño el valor musical de las palabras y descuida su valor ideológico, sacrifica las ideas a los sonidos y se consagra, como dicen sus adeptos, a la *instrumentación poética*. . . Los *decadentes* no sólo olvidan el significado recto de los vocablos, sino que los enlazan sin sometimiento a ninguna ley sintáctica, con tal que de ello resulte alguna belleza a su manera, la cual bien puede ser alguna algarabía para los no iniciados en sus gustos. . . A los que así proceden los llamó *decadentes* el buen sentido público, y ellos, como pasa tantas veces, del apodo hicieron una divisa. . . Los poetas neuróticos de esta secta hacen vida de noctámbulos y ocurren a los excitantes y narcóticos para enloquecer sus nervios y así procurarse visiones y armonías y ensueños poéticos. Acuden a la ginebra y al ajenjo, al opio y a la morfina, como Poe y Musset, como los turcos y los chinos. El deseo de singularizarse es su motor, la neurosis su medio. . . Tales son los *decadentes*, los de la *instrumentación poética*. ¡Divina locura! ¡Caso curioso de la patología literaria!» (1) A vuelta de todas estas razones De la Barra proclamaba a Darío como un escritor que no debe ser considerado entre los *decadentes* aún cuando él se tenga por tal, acaso porque siente la atracción de la forma y la fiebre de la originalidad.

Y he aquí la entrada en liza de Rodríguez Mendoza, el primero en protestar contra ese juicio, que tuvo el carácter de un consejo paternal en el cual sólo habló la voz del firme defensor de la tradición clásica. Sin darse más tiempo que el necesario para escribirlo, a vuela pluma, publicó su artículo: sentido y cordial en cuanto se refería al autor de *Azul*, como agrio, violento y encendido en áspero desafío, en lo que tocaba a su contendor: «El señor de la Barra, decía en él, hilvanó unas cuantas páginas sobre los *decadentes* o *parnasianos* sin saber lo que tales

(1) *Azul*. Valparaíso, 1888.

palabras significan en la historia de la literatura francesa contemporánea; y a ese delito en un maestro de retórica y poética como él, agregó el de hablar sin objeto sobre los decadentes o parnasianos, puesto que su prólogo iba encaminado a presentar al lector a un prosista y un poeta que nada tiene que ver con los interpretadores del *Tratado del Verbo* ni con los *Poemas Saturnianos* de Verlaine».

Protestaba luego Rodríguez Mendoza contra el afán de don Eduardo de la Barra para asustar con un inútil aparato de erudición, afirmando que sus reparos no tenían otro objeto que rechazar «la mezcla de alabanzas y consejos que prodiga el señor de la Barra a Rubén Darío» y hacer constar que dudó «de las alabanzas del señor de la Barra».

No pasó un día sin que don Eduardo sacara a relucir su airada péñola para responder a su contendor en el terreno de la invectiva, en el que era enemigo temible. Tres acerados artículos brotaron de su pluma en los que trató de justificar las razones del prólogo de *Azul*, a vuelta de no pocos zurriagazos contra su contendor, e insistir en su desdén por el decadentismo y recordar, con no mal disimulado encono, los orígenes del movimiento parnasiano que despertó en aquel célebre Hotel Pimodan de París, del que habla Sainte Beuve, no echando en olvido que fué Gautier el primero que empleó el vocablo decadente al hablar de Baudelaire. Firmó sus artículos con el pseudónimo *El Dragón Azul*, alusión al hotel de ese nombre, que recordó en su artículo Rodríguez Mendoza al referir que en él se habían reunido Dierx, Cladel, Heredia, Sully Prudhomme, Villiers de L'Isle Adam, Glatigny, Coppee, Nerat, Verlaine, Mallarmé, Silvestre, France, Theuriet, Aicard, y de cuyo seno nació uno de los más propicios impulsos en el movimiento de renovación de las letras francesas.

En esta controversia tuvo, al fin de cuentas, la peor parte don Eduardo de la Barra, ya que la novedad de *Azul*, el encanto inusitado de su prosa; el color y la armonía admirables no sólo

de sus poemas sino también de sus cuentos e impresiones, le iban a arrancar bien pronto una sonrisa y un elogio al escéptico don Juan Valera, consagración que fué definitiva para el poeta de Nicaragua.

De este modo se inició en Chile, en hora tempranísima, la lucha literaria que poco después comenzó a ser conocida con el nombre intencionalmente despectivo de modernismo y cuya expresión más alta y más pura encarnó Rubén Darío «padre y maestro mágico» de toda una generación.

«PUSO EL POETA EN SUS VERSOS» . . .

A pesar del triunfo literario alcanzado en el certamen Varela; a pesar de haber encontrado editores entusiastas para su *Azul*; a pesar de la generosa amistad y protección que le dispensaron excelentes amigos como don Eduardo de la Barra, Eduardo Poirier y el doctor Galleguillos Lorca, Rubén Darío se moría de pobreza y de hastío. Sus éxitos literarios ni siquiera le bastaban para suministrarle el cotidiano sustento; véase obligado a mantenerse poco menos que de lance, gracias a la protección generosa de cuantos, como Eduardo Poirier y el médico homeópata Francisco Galleguillos Lorca, fueron paternos y bondadosos con él.

¡El doctor Galleguillos! Muchos le recuerdan aún, enfundado en su severa levita negra; sin quitarse el sombrero de copa; reposado y grave; bueno a carta cabal. De joven había comenzado siendo minero en el norte de Chile, donde estuvo de mayordomo en cierta residencia, cuando murió su patrón dejándole por herencia su botiquín y cierto curioso libro de homeopatía, que fué la base de toda su ciencia de más tarde y de toda su simpatía por las galénicas disciplinas. Con algunos pequeños bienes de fortuna comenzó a estudiar infatigablemente; escribió un libro disparatado sobre el corazón, que editó don

Federico Lathrop, llegando a conquistar una situación envidiable en Valparaíso, especialmente entre las clases obreras, que socorría con largueza y constante cuanto filantrópica paciencia: «Llegaban a su consultorio, escribe Darío en sus memorias, tipos raros a quienes daba muchas veces no sólo las medicinas sino también el dinero. La hampa de Valparaíso, tenía en él a su galeno. Le gustaba tocar la guitarra, cantar romances, e invitaba a sus visitantes, casi siempre gente obrera, a tomar unos *ponches* compuestos de agua, azúcar y aguardiente, el aguardiente que llaman en Chile *guachacay*. Era ateo y excelente sujeto. Tenía un hijo a quien inculcaba sus ideas en discursos burlones de un volterianismo ingenuo y un poco rudo. El resultado fué que el pobre muchacho, según supe después, a los veinte y tantos años se pegó un tiro».

En casa del doctor Galleguillos vivió durante algún tiempo Rubén Darío, hasta muy poco antes de partir de regreso a su tierra natal, encontrando en su seno no sólo el cotidiano bocado sino que el calor hogareño que le permitió disfrutar del afecto, para él hasta entonces poco menos que ignorado, de la familia. En sus memorias ha recordado el poeta de cómo una noche acompañó al doctor en una extraña visita profesional, a fin de curar a cierto herido, hasta un antro o timba de sujetos maleantes, frecuentado por foragidos, cruzando calles siniestras y barrios de gente de mala vida donde no hubiera podido transitar ningún mortal sin arriesgar con ello su pellejo. Pero, bastaba la compañía del doctor Galleguillos para ir seguro y tranquilo hasta los últimos rincones del hampa, en los que siempre se tuvo veneración y cariño por el médico de los pobres, como familiarmente se le llamaba.

A pesar de todas las indulgencias de amigos y admiradores la situación del poeta era cada día más precaria: aun cuando había sido colaborador de los mejores diarios y en las revistas más prestigiosas que existían en Santiago, Rubén se moría de hambre y de bohemia, sin empleo, sin poder colaborar regular-

mente en ningún diario, sin recursos de ninguna especie. La pobreza fué entonces su mejor consejero: resolvió volver a su tierra; se decidió «a partir gracias a don Eduardo de la Barra, Carlos Toribio Robinet, Eduardo Poirier y otros amigos» dice en sus memorias. Felizmente un oportuno recurso vino en auxilio del poeta en la hora última: don Eduardo de la Barra, protector y amigo constante de Rubén, le llevó donde su suegro, don José Victorino Lastarria, viejo amigo del general Mitre (1), a fin de conseguirle una carta que le abriera las puertas de *La Nación* de Buenos Aires. Constante lector del gran diario de la metrópoli argentina, en cuyas páginas le habían sorprendido los artículos de quienes consideró siempre como a sus maestros en el difícil arte de la prosa, Paul Groussac y Santiago Estrada, Darío cifraba vivos deseos de poder llegar a escribir en sus páginas, que registraban cotidianamente lo más representativo de la producción intelectual del continente.

Con rendida admiración llegó Darío ante el autor de la *Historia de medio siglo*; le encontró en su hogar, siempre sereno y fuerte a pesar de sus años: «Estaba Lastarria sentado en una silla Voltaire, recuerda el poeta. No podía moverse por su enfermedad (2). Era venerable su ancianidad ilustre. Fluía de él autoridad y majestad. Había mucha gloria chilena en aquel prócer. Gran bondad emanaba de su virtud y nunca he sentido en América como entonces la majestad de una presencia sino

(1) Comenzó esa amistad cuando Mitre llegó a Chile en calidad de emigrado y fué más estrecha cuando Lastarria fué a Buenos Aires como ministro diplomático.

(2) ¿Tal vez el barroso recuerdo de aquellos días fué causa de este error en Rubén Darío, cuando escribió sus Memorias? Jamás la enfermedad llegó a postrar a don Victorino: murió casi inesperadamente, antes sorprendido por una violenta afección que no doblegado por una dolencia crónica, de esas que hacen de un hombre una lamentable ruina humana.

cuando conocí al general Mitre en la Argentina y al doctor Rafael Núñez en Colombia» (1).

Don Victorino acogió benévolamente al poeta dándole la carta solicitada para el general Mitre, que éste contestó a vuelta de correo con palabras generosas, autorizando al poeta desde ese instante como corresponsal del diario. Y fué así como, antes de partir para su Nicaragua natal, Rubén Darío envió a *La Nación* su primera correspondencia sobre la llegada a Valparaíso del crucero de la armada brasileña *Almirante Barroso*, que llevaba a bordo a un príncipe, nieto del emperador Don Pedro.

Recuerda el publicista Pedro Pablo Figueroa que, antes de alejarse Rubén de Chile, le dirigió una carta lírica en la que le pedía que «cuando lo recordase en las letras, dijese con oriental fantasía, que había vivido en Chile en medio de un mundo bizantino, rodeado de gloria y esplendor, como en otra corte de

(1) ¿No expresó también el poeta su admiración por Lastarria, poco después de su visita, en un soneto hasta ahora casi desconocido, con motivo de la muerte del maestro de *La América*?

El vasto y misterioso y huracanado viento
que sopla del abismo del hondo firmamento
con ala formidable, con ímpetu violento,
como lanzado al mundo por el poder de Dios

ha roto una columna que el pensamiento humano
tenía en este suelo del mundo americano,
donde a los cuatro vientos gigante y soberano
enviaba el alto genio del porvenir su voz.

Mas no cantos de duelo debéis alzar, poetas.
Vibrantes y triunfales los coros de trompetas
saludan al que cae cubierto de laurel.

La gloria es del Maestro: su luz vierte fulgores.
¡Preséntense las armas, soldados, pensadores
que pasa el carro negro con el cadáver, de él!

Cleopatra, bebiendo perlas disueltas en Champagne y en un olimpo de bellezas». Más que perlas disueltas en Champagne había apurado Darío en Chile el cáliz de una constante pobreza; padeció toda clase de privaciones, llegando hasta verse aquejado por una traidora avariosis, de la que le libró la solícita atención de don Federico Puga Borne, para quien siempre tuvo un recuerdo de gratitud.

Así partió de Valparaíso un buen día el autor de *Azul* (1), tan pobre como había llegado, enfermo y triste, tal el hijo prodigo que vuelve al lar paterno después de haber probado todas las amarguras en la áspera tierra chilena, que su amigo y protector el general Cañas le había mostrado como el país prometido para un poeta. Después de su primer viaje a Europa y durante su estada en Buenos Aires, recordando los ingratos días de su permanencia en Chile, le escribió a un su amigo santiaguino: «El recuerdo de su casa me es siempre uno de los más gratos de mi vida. Pues en lo desagradable de mi memoria chilena la figura de Manuel y de unos dos más, son las únicas que miro con tintes claros y dignos de mi afectuosa recordación.

(1) En sus «Treinta años de mi vida» (Madrid. Libro 1 *El despertar del alma*) dice Gómez Carrillo: «Después de pasar algunos años en Chile y de cantar las glorias chilenas diciendo:

¡Oh patria! ¡Oh Chile!
 puesto que tus blasones brillan inmaculados,
 puesto que tras los rudos choques de la guerra,
 tus bravías legiones de soldados
 hieren la negra tierra
 con sus corvos arados;

después de acariciar el dulce ensueño de vivir chileno y de morir chileno, Rubén Darío tuvo necesidad, a la caída de Balmaceda, de emigrar». Profundo error: Darío partió de Chile, rumbo a su tierra, dos años antes del levantamiento de la escuadra en Valparaíso, el 6 de Enero de 1891, que fué la voz de iniciación oficial de la revolución contra el presidente Balmaceda.

Por lo demás, a veces me figuro que he tenido un mal sueño al pensar en mi permanencia en ese hermoso país. Eso sí que a Chile le agradezco una inmensa cosa: la iniciación en la lucha de la vida» (1).

Nuevamente le verá el terruño paterno y la casa donde pasó sus primeros años; nuevamente va a ser testigo de trágicas crisis políticas y una vez más sentará plaza de periodista, gustando el pan del inevitable destierro primero en el Salvador (2) y luego en Guatemala, hasta que el gobierno de su patria le envía como delegado ante la Corte de España con motivo de las fiestas del centenario de Colón.

La carta de Valera sobre *Azul*, publicada en «Los Lunes» de *El Imparcial* de Madrid, fué entonces en la península su mejor tarjeta de presentación como escritor. Frecuentó en la coronada villa los círculos literarios tratando muy de cerca a Menéndez y Pelayo, a Castelar, a don Gaspar Núñez de Arce, a don Antonio Cánovas del Castillo, a don Ramón de Campoamor, a don Juan Valera. Fué amigo de la señora Pardo Bazán: un invitado habitual a sus tertulias, donde se reunía la flor y nata de las letras y de la sociedad metropolitana. Vió un día a Zorrilla, anciano, pobrísimo, arrastrando su gloria y su tristeza. Regresó luego con destino a Nicaragua, haciendo escala en Cartagena de Indias, en una de cuyas antiguas residencias cercanas conoció al antiguo presidente don Rafael Núñez, que le concedió el nom-

(1) Carta a Emilio Rodríguez Mendoza.

(2) En una estancia de Sonsonate le sorprendió la noticia de la muerte de su amigo del alma Pedro Balmaceda Toro, a cuya memoria dedicó su hermoso libro *A. de Gilbert*, que prologó su amigo y antes protector, el General Cañas y editó en la Imprenta Nacional en 1889.

A. de Gilbert es una interesante pequeña obra, de inapreciable valor para conocer el medio santiaguino, por los años en que residió el poeta en la metrópoli chilena; la formación de sus gustos artísticos y algunos de sus amigos más íntimos. Además es una pura obra, de alto valor literario, cuyo estilo anuncia el de *Azul*.

bramamiento de Cónsul de Colombia en Buenos Aires, donde llegó después de un largo viaje, no sin haber pasado antes por la ciudad de sus sueños, París, la Lutecia de sus desvelos y de sus inquietudes: una tarde, en compañía de Gómez Carrillo y de Alejandro Sawa, realizó allí Rubén uno de sus mayores deseos al ser presentado a Verlaine en su habitual café D'Harcourt, donde le encontró rodeado de equívocos camaradas. Darío cambió algunas palabras con el lírico de *Jadis et Naguere* expresándole, en su aún pobre francés, su devota admiración; hablándole de cada cosa, de cada escritor, de cada libro suyo con entusiasmo no disimulado hasta llegar, en hora hartamente imprudente, a invocarle nada menos que la gloria. Verlaine, que apenas si le escuchaba, le respondió al fin en voz baja, groseramente: *¡La gloire!... ¡La gloire!... Merde. Merde encore...* ¡Oh, inusitada primera desilusión del poeta ante su ídolo venerado!

Años más tarde Rubén llegó a ser amigo de Jean Moréas, de Charles Morice, de Maurice Duplessis; de poetas y críticos, pintores y músicos. Entonces pudo considerarse definitivamente iniciado en la vida literaria de París, cultivando la camaradería intelectual con los escritores de moda, sobre todo con los simbolistas, que antes había dado a conocer en hermosos estudios que publicó *La Nación*, y que luego dió a la estampa reunidos en el volumen *Los Raros*.

Instalado en Buenos Aires, Rubén Darío comenzó a realizar su obra formal y definitiva. Su prematuramente fatigada juventud comenzó a florecer sus más bellas estrofas. Después de *Los Raros* aparecieron *Prosas Profanas*, consagración definitiva del poeta que tanta guerra le promovió a ciertos espíritus de la antigua guardia lírica.

El momento era propicio; la hora oportuna para intentar lo que Hugo había realizado medio siglo antes. Rubén Darío llegaba en la hora acertada, cuando el rebajamiento y la vulgaridad literaria dominantes clamaban por un redentor. Fué,

pues, el artista del momento cabal, el reformador tan esperado, el revolucionario que iba a renovar la lírica haciéndola reventar en una maravillosa eclosión de novedad y elegancia.

«YO PERSIGO UNA FORMA QUE NO ENCUENTRA MI ESTILO»...

Maduro estaba el poeta para realizar no sólo su obra sino una revolución literaria. Una interesante cultura cosmopolita había sido para él el mejor incentivo de inquietud y de perfeccionamiento. Leía mucho, infatigablemente, no ya a los clásicos que habían preocupado buena parte de su niñez y de su mocedad sino que a los modernos y especialmente, llevado por su clara e irresistible dilección, a los franceses de la hora última: Leconte de L'Isle, Verlaine, los Goncourt, Flaubert, Moréas, Mallarmée, Laforgue, Regnier, Adam. Si volvía su pensamiento hacia los siglos pretéritos era para abrir los libros de Góngora el divino; de Teresa la Santa; de Villon el admirable; de Gracián el profundo. Enemigo del clisé verbal porque encierra en sí el clisé mental «y juntos perpetúan la anquilosis, la inmovilidad» tenía presente en todo instante las palabras de aquel genial alcalde de Burdeos: «A certaine mesure basse, on la peult juger par les preceptes et par art: mais la bonne, la suprême, la divine, est au dessus des regles et de la raison». La buena, la divina, la suprema está, en efecto, podía pensar el poeta con Montaigne, por sobre todas las ortopedias, por sobre los cánones y las reglas. El arte, como la naturaleza, tiene algo de terriblemente espontáneo que no puede, no debe ser martirizado en el potro de las estrechas cuanto inútiles reglas fijas, norma de inmovilidad, de anquilosis, de muerte.

Y esto, que sentía tan por lo hondo Rubén Darío, lo comenzó a realizar con toda la fuerza de su privilegiado talento, buscando lo nuevo sin desdeñar el oro de lo viejo, las gráciles e ingenuas formas de la prosodia castellana, que descollaron en

los mester de clerecía, en los layes y canciones de los primeros siglos, en las prosas de Berceo, en el romancero inolvidable, en los decires del siglo catorce y en las serranillas del Marqués de Santillana. Si intelectualmente vivía el poeta en un amable anacronismo, con el corazón sentía a Francia («Abuelo, preciso es decíroslo: mi esposa es de mi tierra; mi querida de París»). Por lo hondo, en los rincones dilectos de su espíritu, palpataba el sentimiento de la raza, mientras a sus labios acudía involuntariamente el nombre de Verlaine.

Sus reminiscencias clásicas, sus lecturas francesas, su familiaridad con poetas de lengua inglesa como Poe, anticiparon en el poeta la cabal conciencia de su apostolado estético. *Azul* había sido un primer afortunado ensayo, que prometía realizaciones definitivas; *Los Raros* fueron una completa revelación del artista y del estudioso, que dejaron adivinar ya muy cercano el libro definitivo: *Prosas Profanas* y con él toda una tempestuosa revolución estética. Antes de concebir esa su obra capital, Darío no había hecho sino recorrer todos los metros conocidos, no intentando acaso más novedad que la de ciertos hermosos alejandrinos felices; algunos dodecasílabos de seguidilla y ciertas combinaciones de dodecasílabos con heptasílabos.

¿No reconocía el propio Darío, en una réplica célebre a Paul Groussac, que solamente *Azul* «es un libro parnasiano, y por lo tanto francés. En él aparecen por primera vez en nuestra lengua el *cuento* parisiense, la adjetivación francesa, el giro galo injertado en el párrafo clásico castellano; la chuchería de Goncourt, la *calinerie* erótica de Mendes, el escogimiento verbal de Heredia, y hasta su poquito de Coppée»? (1). Lo revolucionario en *Azul* había consistido en la iniciación de una valiente manera de escribir y de sentir, que se substruía a la pesadez retórica y a la elocuencia vacía de la mayor parte de los

(1) *Los colores del estandarte*.—Revista NOSOTROS.—Buenos Aires, Febrero de 1916.—Año X. N.º 82. Número de homenaje a Rubén Darío.

escritores españoles y americanos de ese entonces: «Pues no se tenía en la América española como fin y objeto poéticos más que la celebración de las glorias criollas, los hechos de la independencia y la naturaleza americana: un eterno canto a Junín, una inacabable oda a la agricultura de la zona tórrida, y décimas patrióticas».

Solamente años más tarde, después de haber estado en España, convivido en el seno de Lutecia y pasado a Buenos Aires, comenzó a ensayar todos los milagros prosódicos de sus profanas prosas, introduciendo raras y acertadas variantes en los metros que liberaron la hasta entonces uniforme y fija versificación castellana, renovando admirables formas olvidadas y adaptando al español la versificación francesa moderna. La unidad trisilábica le permitió conseguir una variedad exquisita de efectos y el exámetro, remozado por Goethe, Longfellow Carducci y Caro, encontró en sus poemas una interesante consagración (1). Intentó, con felices resultados, el endecasílabo anapéstico, que algunos poetas del siglo dieciocho emplearon; compuso maravillosas estrofas en endecasílabos dactílicos que, cuando alguien combatió en España, supo defender Menéndez y Pelayo, recordando que ese es el antiguo metro de gaita gallega; escribió intachables dodecasílabos, tomando por base el verso de arte mayor; obtuvo, como los mejores poetas franceses, efectos de musicalidad admirable del terceto monorrímo; escribió poemitas perfectos en versos pareados y en eneasílabos.

El poeta se encuentra entonces en la hora más bella de su juventud: se le discute, se le aplaude, se le niega, se le imita y

(1) «En todos los países cultos de Europa se ha usado el exámetro absolutamente clásico, sin que la mayoría letrada y sobre todo la minoría leída se asustasen de semejante manera de cantar. En Italia ha mucho tiempo, sin citar antiguos, que Carducci ha autorizado los exámetros; en inglés, no me atrevería casi a indicar, por respeto a la cultura de mis lectores, que la *Evangelina* de Longfellow está en los mismos versos en que Horacio dijo sus mejores pensares».—*Cantos de Vida y Esperanza*.

triunfa ruidosa y gloriosamente, como antes y hasta ese momento no había triunfado ningún artista de las Américas. Fué célebre antes de los veinticinco años y si en ese instante la muerte hubiera cortado su total y maravilloso vuelo, se hubiera podido grabar sobre el mármol de su sepulcro un epitafio que dijese, en la lengua de Tibulo, que sus ojos vieron un aspecto de la gloria: *Rubén Darío, qui vidit conspectum gloriae.*

ARMANDO DONOSO.

**El poeta recuerda su
permanencia en Chile**

EL POETA RECUERDA SU PERMANENCIA EN CHILE (1)

A causa de la mayor desilusión que pueda sentir un hombre enamorado, resolví salir de mi país. ¿Para dónde? Para cualquier parte. Mi idea era irme a los Estados Unidos. ¿Por qué el país escogido fué Chile? Estaba entonces en Managua un general y poeta salvadoreño, llamado don Juan Cañas, hombre noble y fino, de aventuras y conquistas, minero en California, militar en Nicaragua cuando la invasión del yanqui Walker. Hombre de verdadero talento, de completa distinción y bondad inagotable. Chilenófilo decidido desde que en Chile fué diplomático allá por el año de la Exposición Universal. «Vete a Chile—me dijo—. Es el país adonde debes ir». «Pero, don Juan—le contesté—, ¿cómo me voy a ir a Chile si no tengo los recursos necesarios?» «Vete a nado—me dijo—, aunque te ahogues en el camino». Y el caso es que entre él y otros amigos me arreglaron mi viaje a Chile. Llevaba como único dinero unos pocos paquetes de soles peruanos y como única esperanza dos cartas que me diera el general Cañas—una para un joven que había sido ín-

(1) «Autobiografía».

timo amigo suyo y que residía en Valparaíso, Eduardo Poirier, y otra para un alto personaje de Santiago.

En ese tiempo vino la guerra, que por la unión de las cinco Repúblicas de Centro América declarara el presidente de Guatemala, Rufino Barrios. En Nicaragua había subido al poder, después de Zabala, el doctor Cárdenas. Y anduve entre proclamas, discursos y fusilerías. Vino un gran terremoto. Estando yo de visita en una casa, oí un gran ruido y sentí palpar la tierra bajo mis pies; instintivamente tomé en brazos a una niñita que estaba cerca de mí, hija del dueño de casa, y salí a la calle; segundos después la pared caía sobre el lugar en que estábamos. Retumbaba el enorme volcán hagueseo: llovía cenizas. Se oscureció el sol, de modo que a las dos de la tarde se andaba por las calles con linternas. Las gentes rezaban: había un temor y una impresión medioevales. Así me fuí al puerto como entre una bruma. Tomé el vapor, un vapor alemán de la Compañía Kosmos, que se llamaba *Uarda*. Entré en mi camarote; me dormí. Era yo el único pasajero. Desperté horas después y fuí sobre cubierta. A lo lejos quedaban las costas de mi tierra. Se veía sobre el país una nube negra. Me entró una gran tristeza. Quise comunicarme con las gentes de a bordo con mi precario inglés, y no pude hacerme entender. Así empezaron largos días de navegación entre alemanes, que no hablaban más lengua que la suya. El capitán me tomó cariño; me obsequiaba en la comida con buenos vinos del Rhin, cervezas teutónicas y refinados alcoholes. Y por el juego del dominó aprendí a contar en alemán: ein, zwei, drei, vier, fünf... Visité todos los puertos del Pacífico, entre los cuales aquellos donde no hay árboles ni agua, y los hoteleros, para distracción de sus huéspedes, tienen en tablas, que colocan como biombos, pintados árboles verdes y aun llenos de flores y frutas.

* * *

Por fin, el vapor llega a Valparaíso. Compro un periódico. Veo que ha muerto Vicuña Mackenna. En veinte minutos, antes de desembarcar, escribo un artículo. Desembarco. La misma cosa que en el Salvador: ¿Qué hotel? El mejor.

No fué el mejor, sino un hotel de segunda clase en donde se hospedaba un pianista francés llamado el capitán Yoyer. Hice buscar a Eduardo Poirier, y al poco rato este hombre generoso, correcto y eficaz estaba conmigo, dándome la ilusión de un Chile espléndido y realizable para mis aspiraciones. *El Mercurio*, de Valparaíso, publicó mi artículo sobre Vicuña Mackenna y me lo pagó largamente. Poirier fué entonces, después y siempre, como un hermano mío. Pero había que ir inmediatamente a Santiago, a la capital. Poirier me pidió la carta que traía yo para aquel personaje eminente en la ciudad directiva y la envió al destinatario.

Mi artículo en *El Mercurio*, mi renombre anterior... Contestó aquel personaje que tenía en el Hotel de France ya listas las habitaciones para el señor Darío y que me esperaba en la estación. Tomé el tren para Santiago.

Por el camino no fueron sino rápidas visiones para ojos de poeta, y he aquí la capital chilena.

Ruido de tren que llega, agitación de familias, abrazos y saluciones, mozos, empleados de hotel, todo el trajín de una estación metropolitana. Pero a todo esto las gentes se van, los coches de los hoteles se llenan y desfilan y la estación va quedando desierta. Mi valijita y yo quedamos a un lado, y ya no había nadie en aquel largo recinto, cuando divisó dos cosas: un carruaje espléndido con dos soberbios caballos, cochero estirado y *valet*, y un señor todo envuelto en pieles, tipo de financiero o de diplomático, que andaba por la estación buscando algo. Yo, a mi vez, buscaba. De pronto, como ya no había nada que buscar, nos

dirigimos el personaje a mí y yo al personaje. Con un tono entre dudoso, asombrado y despectivo me preguntó:—«¿Sería usted acaso el señor Rubén Darío?» Con un tono entre asombrado, miedoso y esperanzado pregunté:—«¿Sería usted acaso el señor C. A.?» Entonces vi desplomarse toda una Jericó de ilusiones. Me envolvió en una mirada. En aquella mirada abarcaba mi pobre cuerpo de muchacho flaco, mi cabellera larga, mis ojeras, mi jacquecito de Nicaragua, unos pantaloncitos estrechos que yo creía elegantísimos, mis problemáticos zapatos, y sobre todo mi valija. Una valija indescriptible actualmente, en donde por no sé qué prodigio de compresión, cabían dos o tres camisas, otro pantalón, otras cuantas cosas de indumentaria, muy pocas, y una cantidad inimaginable de rollos de papel, periódicos, que luchaban apretados por caber en aquel reducidísimo espacio. El personaje miró hacia su coche. Había allí un secretario. Lo llamó. Se dirigió a mí.—«Tengo—me dijo—mucho placer en conocerle. Le había hecho preparar habitación en un hotel de que le hablé a su amigo Poirier. No le conviene».

Y en un instante aquella equivocación tomó ante mí el aspecto de la fatalidad y ya no existía, por los justos y tristes detalles de la vida práctica, la ilusión que aquel político opulento tenía respecto al poeta que llegaba de Centro América. Y no había, en resumidas cuentas, más que el inexperto adolescente que se encontraba allí a caza de sueños y sintiendo los rumores de las abejas de esperanza que se prendían a su larga cabellera.

* * *

Por recomendación de aquel distinguido caballero entré inmediatamente en la redacción de *La Época*, que dirigía el señor Eduardo Mac-Clure, y desde ese momento me incorporé a la joven intelectualidad de Santiago. Se puede decir que la *élite* juvenil santiaguina se reunía en aquella redacción, por donde pasaban graves y directivos personajes. Allí conocí a don Pedro

Montt; a don Agustín Edwards, cuñado del director del diario; a don Augusto Orrego Luco; al doctor Federico Puga Borne, actual ministro de Chile en Francia, y a tantos otros que pertenecían a la alta política de entonces.

La falange nueva la componía un grupo de muchachos brillantes que han tenido figuración, y algunos la tienen, no solamente en las letras, sino también en puesto de gobierno. Eran habituales a nuestras reuniones Luis Orrego Luco; el hijo del Presidente de la República, Pedro Balmaceda; Manuel Rodríguez Mendoza; Jorge Huneeus Gana; su hermano Roberto; Alfredo y Galo Irrarrázabal; Narciso Tondreau; el pobre Alberto Blest, ido tan pronto; Carlos Luis Hübner y otros que animaban nuestros entusiasmos con la autoridad que ya tenían; por ejemplo: el sutil ingenio de Vicente Grez o la romántica y cabelleresca figura de Pedro Nolasco Préndez.

Luis Orrego Luco hacía presentir ya al escritor de emoción e imaginación que había de triunfar con el tiempo en la novela. Rodríguez Mendoza era entendedor de artísticas disciplinas y escritor político que fué muy apreciado. A él dediqué mi colección de poesías *Abrojos*. Jorge Huneeus Gana se apasionaba por lo clásico. Hoy mismo, que la diplomacia le ha atraído por completo, no olvida sus ganados lauros de prosista y publica libros serios, correctos e interesantes. Su hermano Roberto era un poeta sutil y delicado; hoy ocupa una alta posición en Santiago. Galo Irrarrázabal murió, no hace mucho tiempo, de diplomático, y su hermano Alfredo, que en aquella época tenía el cetro sonoro de la poesía alegre y satírica, es ahora ministro plenipotenciario en el Japón. Tondreau hacía versos gallardos y traducía a Horacio. Ha sido intendente de una provincia. Todos los demás han desaparecido; muy recientemente el cordial y perspicaz Hübner (1).

Mac-Clure solía aparecer a avivar nuestras discusiones con

(1) Fué escrita esta «Autobiografía» en 1912. N. del E.

su rostro sonriente y su inseparable habano. Era lo que en España se llama un hidalgo y en Inglaterra un *gentleman*.

La impresión que guardo de Santiago, en aquel tiempo, se reduciría a lo siguiente: vivir de arenques y cerveza en una casa alemana para poder vestirme elegantemente, como correspondía a mis amistades aristocráticas. Terror del cólera que se presentó en la capital. Tardes maravillosas en el cerro de Santa Lucía. Crepúsculos inolvidables en el lago del parque Cousiño. Horas nocturnas con Alfredo Irarrázabal, con Luis Orrego Luco o en el silencio del Palacio de la Moneda, en compañía de Pedro Balmaceda y del joven conde Fabio Sanminatelli, hijo del ministro de Italia.

Debo contar que una tarde, en un *lunch*, que allí llaman hacer «once», conocí al Presidente Balmaceda. Después debía tratarle más detenidamente en Viña del Mar. Fuí invitado a almorzar por él. Me colocó a su derecha, lo cual para aquel hombre lleno de justo orgullo, era la suprema distinción. Era un almuerzo familiar. Asistía el canónigo doctor Florencio Fontecilla, que fué más tarde obispo de La Serena, y el general Orozimbo Barbosa, a la sazón ministro de la Guerra.

Era Balmaceda, a mi entender, el tipo del romántico-político y selló con su fin su historia. Era alto, garboso, de ojos vivaces, cabellera espesa, gesto señorial, palabra insinuante—al mismo tiempo autoritaria y meliflua. Había nacido para príncipe y para actor. Fué el rey de un instante, de su patria; y concluyó como un héroe de Shakespeare. ¿Qué más recuerdos de Santiago que me sean intelectualmente simpáticos? La capa de don Diego Barros Arana; la tradicional figura de los Amunátegui; don Luis Montt en su biblioteca.

Voy a referir algo que se relaciona con mi actuación en la redacción de *La Epoca*. Una noche apareció nuestro director en la tertulia y nos dijo lo siguiente:

—Vamos a dedicar un número a Campoamor, que nos acaba de enviar una colaboración. Doscientos pesos al que escriba la

mejor cosa sobre Campoamor. Todos nos pusimos a la obra. Hubo notas muy lindas; pero por suerte, o por concentración de pensamiento, ninguna de las poesías resumía la personalidad del gran poeta como esta décima mía:

«Este del cabello cano
como la piel del armiño,
juntó su candor de niño
con su experiencia de anciano.
Cuando se tiene en la mano
un libro de tal varón,
abeja es cada expresión
que, volando del papel,
deja en los labios la miel
y pica en el corazón».

Debo confesar, sin vanidad ninguna, que todos los compañeros aprobaron la disposición del director que me adjudicaba el ofrecido premio.

Y ahora quiero evocar al triste, malogrado y prodigioso Pedro Balmaceda. No ha tenido Chile poeta más poeta que él. A nadie se le podría aplicar mejor el adjetivo de Hamlet: «Dulce príncipe». Tenía una cabeza apolínea sobre un cuerpo deforme. Su palabra era insinuante, conquistadora, áurea. Se veía también en él la nobleza que le venía por linaje. Se diría que su juventud estaba llena de experiencia. Para sus pocos años tenía una sapiente erudición. Poseía idiomas. Sin haber ido a Europa sabía detalles de bibliotecas y museos. ¿Quién escribía en ese tiempo sobre arte sino él? ¿Y quién daba en ese instante una vibración de novedad de estilo como él? Estoy seguro de que todos mis compañeros de aquel entonces acuerdan conmigo la palma de la prosa a nuestro Pedro lamentado y querido.

Y ¿cómo no evocar ahora que él fué quien publicara mi libro *Abrojos*, respecto al cual escribiera una página artística y cordial?

* * *

Por Pedro pasé a Valparaíso, en donde—¡anomalía!—iba a ocupar un puesto en la Aduana. Valparaíso, para mí, fué ciudad de alegría y de tristeza, de comedia y de drama y hasta de aventuras extraordinarias. Estas quedarán para después.

Pero no dejaré de narrar mi permanencia y mi salida de la redacción de *El Herald*. Lo dirigía a la sazón Enrique Valdés Vergara. Era un diario completamente comercial y político. Había sido yo nombrado redactor por influencia de don Eduardo de la Barra, noble poeta y excelente amigo mío. Debo agregar para esto la amistad de un hombre muy querido y muy desgraciado en Chile: Carlos Toribio Robinet.

Se me encargó una crónica semanal. Escribí la primera sobre *sports*. A la cuarta me llamó el director y me dijo: «Usted escribe muy bien... ¡Nuestro periódico necesita otra cosa... Así es que le ruego no pertenecer más a nuestra redacción...» Y, por escribir muy bien, me quedé sin puesto.

¡Qué no olvide yo estos tres nombres protectores: Poirier, Galleguillos Lorca y Sotomayor!

Mi vida en Valparaíso se concentra en ya improbables o ya hondos amoríos; en vagares a la orilla del mar, sobre todo por Playa Ancha; invitaciones a bordo de los barcos, por marinos amigos y literarios; horas nocturnas, ensueños matinales, y lo que era entonces mi vibrante y ansiosa juventud.

Por circunstancias especiales e inquerida bohemia, llegaron para mí, momentos de tristeza y escasez. No había sino partir. Partir, gracias a don Eduardo de la Barra, Carlos Toribio Robinet, Eduardo Poirier y otros amigos.

Antes de embarcar a Nicaragua aconteció que yo tuviese la

honra de conocer al gran chileno don José Victorino Lastarria. Y fué de esta manera. Yo tenía, desde hacía mucho tiempo, como una viva aspiración el ser corresponsal de *La Nación*, de Buenos Aires. He de manifestar que es en ese periódico donde comprendí a mi manera el manejo del estilo y que en ese momento fueron mis maestros de prosa dos hombres muy diferentes: Paul Groussac y Santiago Estrada, además de José Martí. Seguramente en uno y otro existía espíritu de Francia. Pero de un modo decidido, Groussac fué para mí el verdadero conductor intelectual.

Me dijo don Eduardo de la Barra: «Vamos a ver a mi suegro, que es íntimo amigo del general Mitre, y estoy seguro de que él tendrá un gran placer en darle una carta de recomendación para que logremos nuestro objeto, y también estoy seguro de que el general Mitre aceptará inmediatamente la recomendación». En efecto, a vuelta de correo venía la carta del general, con palabras generosas para mí, y diciéndome que se me autorizaba para pertenecer desde ese momento a *La Nación*.

Quiso, pues, mi buena suerte que fuesen un Lastarria y un Mitre quienes iniciasen mi colaboración en ese gran diario.

Estaba Lastarria sentado en una silla Voltaire. No podía moverse por su enfermedad. Era venerable su ancianidad ilustre. Fluía de él autoridad y majestad.

Había mucha gloria chilena en aquel prócer. Gran bondad emanaba de su virtud y nunca he sentido en América como entonces la majestad de una presencia sino cuando conocí al general Mitre en la Argentina y al doctor Rafael Núñez en Colombia.

Con mi cargo de corresponsal de *La Nación* me fuí para mi tierra, no sin haber escrito mi primera correspondencia, fechada el 3 de Febrero de 1889, sobre la llegada del crucero brasileño *Almirante Barroso* a Valparaíso, a cuyo bordo iba un príncipe, nieto de don Pedro.

En todo este viaje no recuerdo ningún incidente sino la visión de la *debacle* de Panamá: Carros cargados de negros africanos

que aullaban porque, según creo, no se les habían pagado sus emolumentos. Y aquellos hombres desnudos y con los brazos al cielo pedían justicia.

* * *

Al llegar a este punto de mis recuerdos, advierto que bien puedo equivocarme, de cuando en cuando, en asuntos de fecha, y anteponer o posponer la prosecución de sucesos. No importa. Quizás ponga algo que aconteció después en momentos que no le corresponde, y viceversa. Es fácil, puesto que no cuento con más guía que el esfuerzo de mi memoria. Así, por ejemplo, pienso en algo importante que olvidé cuando he tratado de mi primera permanencia en San Salvador.

Un día, en momentos en que estaba pasando horas tristes, sin apoyo de ninguna clase, viviendo a veces en casa de amigos y sufriendo lo indecible, me sentí mal en la calle. En la ciudad había una epidemia terrible de viruela. Yo creí que lo que me pasaba sería un malestar causado por el desvelo; pero resultó que desgraciadamente era el temido morbo. Me condujeron a un hospital con el comienzo de la fiebre. Pero en el hospital protestaron, puesto que no era aquello un lazareto, y entonces unos amigos, entre los cuales recuerdo el nombre de Alejandro Salinas, que fué el más eficaz, me llevaron a una población cercana, de clima más benigno, que se llamaba Santa Tecla. Allí se me aisló en una habitación especial y fuí atendido verdaderamente como si hubiese sido un miembro de su familia por unas señoritas de apellido Cáceres Buitrago. Me cuidaron, como he dicho, con cariño y solicitud, y sin temor al contagio de la peste espantosa. Yo perdí el conocimiento, viví algún tiempo en el delirio de la fiebre, sufrí todo lo cruento de los dolores y de las molestias de la enfermedad; pero fuí tan bien servido, que no quedaron en mí, una vez que se había triunfado del mal, las feas cicatrices que señalan el paso de la viruela.

En lo referente a mi permanencia en Chile, olvidé también un episodio que juzgo bastante interesante. Cuando habitaba en Valparaíso tuve la protección de un hombre excelente y de origen humilde: el doctor Galleguillos Lorca, muy popular y muy mezclado entonces en política, siendo una especie de «leader» entre los obreros. Era médico homeópata. Había comenzado de minero, trabajando como un peón; pero dotado de singulares energías, resistente y de buen humor, logró instruirse relativamente y llegó a ser lo que era cuando yo le conocí. Llegaban a su consultorio tipos raros, a quienes daba muchas veces no sólo las medicinas, sino también dinero. La hampa de Valparaíso tenía en él a su galeno. Le gustaba tocar la guitarra, cantar romances, e invitaba a sus visitantes, casi siempre gente obrera, a tomar unos «ponches» compuestos de agua, azúcar y aguardiente, el aguardiente que llamaban en Chile «guachacay». Era ateo y excelente sujeto. Tenía un hijo a quien inculcaba sus ideas en discursos burlones, de un volterianismo ingenuo y un poco rudo. El resultado fué que el pobre muchacho, según supe después, a los veintitantos años se pegó un tiro.

Una ocasión me dijo el doctor Galleguillos: «¿Quiere usted acompañarme esta noche a una visita que tengo que hacer por los cerros?» Los cerros de Valparaíso tenían fama de peligrosos en horas nocturnas, mas yendo con el doctor Galleguillos me creía salvo de cualquier ataque y acepté su invitación. Tomó él su pequeño botiquín y partimos. La noche era oscura, y cuando estuvimos a la entrada de la estribación de la serranía, el comienzo era bastante difícil, lleno de barrancos y hondonadas. Llegaba a nuestros oídos, de cuando en cuando, algún tiro más o menos lejano. Al entrar a cierto punto, un farolito surgió detrás de unas piedras. El doctor silbó de un modo especial, y el hombre que llevaba el farolito se adelantó a nosotros.—«¿Están los muchachos?»—preguntó Galleguillos.—«Sí, señor»—contestó el rotito. Y sirviéndonos de guía, comenzó a caminar y nosotros tras él. Anduvimos largo rato, hasta llegar a una

especie de choza o casa, en donde entramos. Al llegar hubo una especie de murmullo entre un grupo de hombres que causaron en mí, vivas inquietudes. Todos ellos tenían traza de facinerosos, y en efecto, lo eran. Más o menos asesinos, más o menos ladrones, pues pertenecían a la mala vida. Al verme me miraron con hostiles ojos, pero el doctor les dijo algunas palabras y ello calmó la agitación de aquella gente desconfiada. Había una especie de cantina, o de boliche, en que se amontonaban unas cuantas botellas de diferentes licores. Estaban bebiendo, según la costumbre popular, un «ponche» matador, en un vaso enorme que se denomina «potrillo» y que pasa de mano en mano y de boca en boca. Uno de los mal entrazados me invitó a beber; yo rehusé con asco instintivo, y se produjo un movimiento de protesta furiosa entre los asistentes.—«Beba pronto—me dijo por lo bajo el doctor Galleguillos—y déjese de historias». Yo comprendí lo peligroso de la situación y me apresuré a probar aquel ponche infernal. Con esto satisface a los rotos. Luego llamaron al doctor y pasamos a un cuarto interior. En una cama, y rodeado de algunas mujeres, se encontraba un hombre herido. El doctor habló con él, le examinó y le dejó unas cuantas medicinas de su botiquín. Luego salimos, acompañados entonces de otros rotos que insistieron en custodiarnos, porque, según decían, había sus peligros esa noche. Así, entre las tinieblas, apenas alumbrados por un farolito, entramos de nuevo a la ciudad. Era ya un poco tarde y el doctor me invitó a cenar.—«Iremos—dijo—a un lugar curioso, para que lo conozca». En efecto, por calles extraviadas, llegamos a no recuerdo ya qué casa, tocó mi amigo una puerta, que se entreabrió, y penetramos. En el interior había una especie de «restaurant», en donde cenaban personas de diversas cataduras. Ninguna de ellas con aspecto de genta pacífica y honesta. El doctor llamó al dueño del establecimiento y me presentó.—«Pasen adentro»—nos dijo éste. Seguimos más al fondo de la casa, no sin cruzar por un patio húmedo y lleno de hierba.—

«Aquí hay enterrados muchos»—me dijo en voz baja el médico. En otro comedor se nos sirvió de cenar y yo oía las voces que en un cuarto cerrado daban de cuando en cuando algunos individuos. Aquello era una timba del peor carácter. Casi de madrugada salimos de allí y la aventura me impresionó de modo que no la he olvidado. Así no podía menos de contarla esta vez.

“A b r o j o s”

PROLOGO

(A Manuel Rodríguez Mendoza,
de la redacción de «La Epoca»).

I

Sí, yo he escrito estos *Abrojos*
tras largas penas y agravios;
ya con la risa en los labios,
ya con el llanto en los ojos.

Tu noble y leal corazón,
tu cariño, me alentaba
cuando entre los dos mediaba
la mesa de redacción.

Yo, haciendo versos, Manuel,
descocado, antimetódico,
en el margen de un periódico,
o en un trozo de papel.

Tú, aplaudiendo o censurando,
censurando o aplaudiendo
como crítico tremendo
o como crítico blando.

Entonces, ambos a dos,
de mil ambiciones llenos,
con dos corazones buenos
y honrados, gracias a Dios,

hicimos dulces memorias,
trajimos gratos recuerdos,
y no nos hallamos lerdos
en ese asunto de glorias.

Y pensamos en ganarlas
paso a paso y poco a poco...
Y ya huyendo el tiempo loco
de nuestras amigas charlas,

nos confiamos los enojos,
las amarguras, los duelos,
los desengaños y anhelos...
y nacieron mis *Abrojos*.

Obra, sin luz ni donaire,
que al compañero constante
le dedica un fabricante
de castillos en el aire.

Obra sin luz, es verdad,
pues rebosa amarga pena;
y para toda alma buena
la pena es oscuridad

Sin donaire, porque el chiste
no me buscó, ni yo a él;
ya tú bien sabes, Manuel,
que yo tengo el vino triste.

II

Juntos hemos visto el mal
y en el mundano bullicio,
cómo para cada vicio
se eleva un arco triunfal.

Vimos perlas en el lodo,
burla y baldón a destajo,
el delito por debajo
y la hipocresía en todo.

Bondad y hombría de bien,
como en el mar las espumas
y palomas con las plumas
recortadas a cercén.

Mucho tigre carnívero,
bien enguantadas las uñas,
y muchísimas garduñas
con máscaras de cordero.

La poesía con anemia,
con tisis el ideal,
bajo la capa el puñal
y en la boca la blasfemia.

La envidia que desenrosca
su cuerpo y muerde con maña;

y en la tela de la araña
a cada paso la mosca...

¿Eres artista? Te afeo.
¿Vales algo? Te critico.
Te aborrezco si eres rico,
y si pobre, te apedreo.

Y de la honra haciendo el robo
e hiriendo cuanto se ve,
sale cierto lo de que
el hombre del hombre es lobo.

III

No predico, no interrogo.
De un sermón, ¡qué se diría!
Esto no es una homilía,
sino amargo desahogo.

Si hay versos de amores, son
las flores de un amor muerto
que brindo al cadáver yerto
de mi primera pasión.

Si entre esos íntimos versos
hay versos envenenados,
lean los hombres honrados,
que son para los perversos.

Y tú, mi buen compañero,
toma el libro; que en verdad
de poeta y caballero,
con mis *Abrojos* no hiero
las manos de la amistad.

ABROJOS

I

¡Día de dolor
aquel en que vuela para siempre el ángel
del primer amor!

II

¿Cómo decía usted, amigo mío?
¿Qué el amor es un río? No es extraño.
Es ciertamente un río
que uniéndose al confluente del desvío,
va a perderse en el mar del desengaño.

III

Pues tu cólera estalla,
justo es que ordenes hoy, ¡oh Padre Eterno!
una edición de lujo del infierno
digna del guante y frac de la canalla.

IV

En el kiosco bien oliente
besé tanto a mi odalisca
en los ojos, en la frente,
y en la boca y las mejillas,
que los besos que le he dado
devolverme no podría
ni con todos los que guarda
la avarienta de la niña
en el fino y bello estuche
de su boca purpurina.

V

Bota, bota, bella niña,
ese precioso collar
en que brillan los diamantes
como el líquido cristal
en las perlas del rocío
matinal.
Del bolsillo de aquel sátiro
salió el oro y salió el mal.

Bota, bota esa serpiente
que te quiere estrangular
enrollada en tu garganta
hecha de nieve y coral.

VI

Puso el poeta en sus versos
todas las perlas del mar,

todo el oro de las minas,
todo el marfil oriental;
los diamantes de Golconda,
los tesoros de Bagdad,
los joyeles y preseas
de los cofres de un nabab.

Pero como no tenía
por hacer versos ni un pan,
al acabar de escribirlos
murió de necesidad.

VII

Al oír sus razones
fueron para aquel necio
mis palabras, sangrientos bofetones;
mis ojos, puñaladas de desprecio.

VIII

Vivió el pobre en la miseria,
nadie le oyó en su desgracia;
cuando fué a pedir limosna,
lo arrojaron de una casa.
Después que murió mendigo,
le elevaron una estatua . . .
¡Vivan los muertos que no han
estómago ni quijadas!

IX

Primero, una mirada;
luego, el toque de fuego

de las manos, y luego,
la sangre acelerada
y el beso que subyuga.
Después, noche y placer; después, la fuga
de aquel malsín cobarde
que otra víctima elige.
Bien haces en llorar. Pero ¡ya es tarde!
¡Ya ves! ¿No te lo dije?

X

¡Oh, mi adorada niña!
Te diré la verdad:
tus ojos me parecen
brasas tras un cristal;
tus rizos, negro luto,
y tu boca, sin par,
la ensangrentada huella
del filo de un puñal.

XI

Lloraba en mis brazos vestida de negro,
se oía el latido de su corazón,
cubríanle el cuello los rizos castaños
y toda temblaba de miedo y de amor.
¿Quién tuvo la culpa? La noche callada.
Yo iba a despedirme. Cuando dije:—¡Adiós!
Ella, sollozando, se abrazó a mi pecho
bajo aquel ramaje del almendro en flor.
Velaron las nubes la pálida luna...
Después, tristemente, lloramos los dos.

XII

¡Oh, luz mía! Te adoro
con toda el alma;
tu recuerdo es la vida
de mi esperanza.
Corazón mío,
¡vieras con mi silencio
cuánto te digo!
Y con tus ansias
y tu silencio,
¡vieras, corazón mío,
cuánto sospecho!



XIII

¿Qué lloras? Lo comprendo.
Todo concluído está.
Pero no quiero verte,
alma mía, llorar.
Nuestro amor, siempre, siempre...
Nuestras bodas... jamás.
¿Quién es ese bandido
que se vino a robar
tu corona florida
y tu velo nupcial?
Mas no, no me lo digas,
no lo quiero escuchar.
Tu nombre es Inocencia
y el de él es Satanás.
Un abismo a tus plantas,
una mano procaz
que te empuja; tú ruedas,

y mientras tanto, va
el ángel de tu guarda
triste y solo a llorar.
Pero ¿por qué derramas
tantas lágrimas?... ¡Ah!
Sí, todo lo comprendo...
No, no me digas más.

XIV

Yo era un joven de espíritu inocente.
Un día con amor le dije así:
Escucha: el primer beso que yo he dado,
es aquel que te dí...
Ella, entonces, lloraba amargamente.
Y yo dije: ¡Es amor!
Sin saber que aquel ángel desgraciado
lloraba de vergüenza y de dolor.

XV

A un tal que asesinó a diez
y era la imagen del vicio,
muerto, el Soberano Juez
lo salvó del sacrificio
sólo porque amó una vez.

XVI

Cuando cantó la culebra,
cuando trinoó el gavián,
cuando gimieron las flores
y una estrella lanzó un ¡ay!;

cuando el diamante echó chispas
y brotó sangre el coral,
y fueron dos esterlinas
los ojos de Satanás,
entonces la pobre niña
perdió su virginidad.

XVII

Cuando la vió pasar el pobre mozo
y oyó que le dijeron:—¡Es tu amada!...
 lanzó una carcajada,
pidió una copa y se bajó el embozo.
—¡Qué improvise el poeta!
 y habló luego
del amor, del placer, de su destino.
Y al aplaudirle la embriagada tropa,
se le rodó una lágrima de fuego,
que fué a caer al vaso cristalino.
Después tomó su copa,
y se bebió la lágrima y el vino.

XVIII

Cantaba como un canario
mi amada alegre y gentil,
y danzaba al son del piano,
del oboe y del violín.
Y era el ruido estrepitoso
de su rítmico reír,
eco de áureas campanillas,
son de lira de marfil,
sacudidas en el aire
por un loco serafín.

Y eran su canto, su baile,
y sus carcajadas mil,
puñaladas en el pecho,
puñaladas para mí,
de las cuales llevo adentro
la imborrable cicatriz.

XIX

La estéril gran señora desespera
y odia su gentil talle
cuando pasa la pobre cocinera
con seis hijos y medio por la calle.

XX

Ponedle dentro el sol y las estrellas.
¿Aún no? Todos los rayos y centellas.
¿Aún no? Poned la aurora del oriente,
la sonrisa de un niño,
de una virgen la frente
y miradas de amor y de cariño.
¿Aún no se aclara? Permanece oscuro,
siniestro y espantoso.
Entonces dije yo: «¡Pues es seguro
que se trata del pecho de un celoso!»

XXI

He aquí el coro que entonan
los vagos y los mendigos:
—¡Guerra a muerte a los banqueros
que repletan sus bolsillos!

Regla general:—Los pobres
son los que odian a los ricos.

XXII

Me dijo un amigo ayer:
—Aquel que pueda llegar
a cierta hora en que a tentar
sale a veces Lucifer,
hallará en toda mujer
la mujer de Putifar.
El asunto está en saber
cuándo el reloj va a sonar.
Ahora, ¡vamos a ver!
¿Siempre te vas a casar?

XXIII

De lo que en tu vida entera
nunca debes hacer caso:
La fisga de un envidioso,
el insulto de un borracho,
el bofetón de un cualquiera
y la patada de un asno.

XXIV

Viejo alegre, viejo alegre,
no persigas a mi novia;
no son pájaros de invierno
los amantes de las rosas.

Viejo alegre, viejo alegre,
me quitaste a mi adorada.

¡Cuál te engrías en la boda
retiñéndote las canas!

Viejo alegre: ríe, ríe,
pues volvió tu primavera;
tanto, que hoy ha amanecido
retoñando la cabeza.

XXV

¿Dar posada al peregrino?
A uno di posada ayer;
y hoy, prosiguió su camino,
llevándose a mi mujer.

XXVI

¡A aquel pobre muchacho
le critica una copa y un albur,
ese viejo borracho
que tiene cincuenta años de tahir!...

XXVII

El traje de los vicios
son los harapos;
que hoy andan las virtudes
de guante blanco.
Lugar común;
pero que siempre empleamos
si vemos un...

XXVIII

¡Qué cosa tan singular!
¡Ese joven literato
aún se sabe persignar!

XXIX

Aquella frente de virgen,
aquella cándida tez,
aquellos rizos oscuros,
aquellos labios de miel,
aquellos ojos purísimos
que vían con timidez,
aquel seno que tenía
de la niña y la mujer,
y aquella risa inocente,
eran... ¡la número 10!

XXX

Mira, no me digas más,
¡que otra palabra como esa
tal vez me puede matar!

XXXI

¡Qué piropo! Escalda y pincha.
¡Qué obscenidad! ¡Qué baldón!
¡Quién lo dijo? Ese mocito
del flamante *redingot*.
A la pobre muchachuela
la cara se le encendió...

Iba descalza, iba rota,
y ¡miren qué contrición!
¡Cómo si tal harapienta
pudiera tener pudor!

XXXII

¡Advierte si fué profundo
un amor tan desgraciado,
que tuvo odio a un hombre honrado
y celos de un moribundo!

XXXIII

¿Por qué ese orgullo, Elvira? Que se domen
en ti loca ambición, ruines enojos,
y quítate esa venda de los ojos,
y que esos ojos a lo real se asomen.

Mira, cuando tus ansias vuelo tomen
y te finjan grandezas tus antojos,
bellas, rostro divino y labios rojos,
que unas comen pan duro, otras no comen.

Bajan a los abismos nieves puras
cuando rueda el alud; y se hacen fango
después de estar en cumbres altaneras.

¡Ay, yo he visto llorar sus desventuras
a encopetadas hembras de alto rango
sobre el sucio jergón de las ramerás!

XXXIV

He aquí la exacta copia
de un caso digno de fe.
Lo cuento tal como fué,
pues no es de cosecha propia.

A un joven de posición,
una joven irritada,
de una sola puñalada
le ha partido el corazón.

Se ha levantado el proceso,
y se examina con pausa,
para averiguar la causa
de tan terrible suceso.

Ya averiguado, sonroja
un hecho tan inaudito:
¡él cometió el gran delito
de llamarla bizca y coja!

Por tanto, siendo en verdad,
ése un delito tan feo,
¡que quede libre ese reo!,
¡en completa libertad!

XXXV

Niña hermosa que me humillas
con tus ojos grandes, bellos:
son para ellos, son para ellos
estas suaves redondillas.

Son dos soles, son dos llamas,
son la luz del claro día;
con su fuego, niña mía,
los corazones inflamas.
Y autores contemporáneos
dicen hay ojos que prenden
ciertos chispazos que encienden
pistolas que rompen cráneos.

XXXVI

Pues si el torno de la Inclusa
es un buzón verdadero,
¿adónde llevan los ángeles
las cartas para el infierno?

XXXVII

¿Quién es candil de la calle
y oscuridad de su casa?
—Quien halla en aquélla flores
y en ésta abrojos y lágrimas.

XXXVIII

Lodo vil que se hace nube,
es preferible, por todo,
nube que se hace lodo:
ésta cae y aquélla sube.

XXXIX

El pobrecito es tan feo
que nadie le hace cariño.

¡Dejan en la casa al niño
cuando salen de paseo!...

Y ello no tiene disculpa,
pues, de fealdad tan extraña,
es el molde de la entraña
quien ha tenido la culpa.

XL

¡Qué bonitos
los versitos!...
—me decía
don Julián.—
Y aquella frase tenía
del diente del can hidrófobo,
del garfio del alacrán.

XLI

Vamos por partes:
comenzará muy puro,
pero, al fin..., ¡carne!

XLII

Tan alegre, tan graciosa,
tan apacible, tan bella...
¡Y yo que la quise tanto!
¡Dios mío, si se muriera!
Envuelta en oscuros paños
la pondrían bajo tierra;
tendría los ojos tristes,
húmeda la cabellera.

Y yo, besando su boca,
allá, en la tumba, con ella,
sería el único esposo
de aquella pálida muerta.

XLIII

¡Tras que la engaña el bribón,
y le niega su cariño,
le quiere quitar su niño,
que es quitarle el corazón!

XLIV

Amo los pálidos rostros
y las brunas cabelleras,
los ojos lánguidos y húmedos
propicios a la tristeza,
y las espaldas de nieve,
en donde, oscuras y gruesas,
caen, sedosas,
las gordas trenzas,
y en donde el amor platónico
huye, baja la cabeza,
mientras, temblando, se mira
la carne rosada y fresca.

XLV

¡Su padre los echa! Yo, ha poco, lo he visto,
soberbio, iracundo, lanzarlos de allí.
No importa, hijos míos; diré como Cristo:
«¡Dejad a los niños que vengan a mí!»

XLVI

Convengo de cualquier modo.
No son raras hoy las víctimas,
y es preciso, en el mercado
donde todo se cotiza,
que se derrame y se busque
el material de la orgía...
Pero una madre, ¡una madre!,
a su hija, Dios santo, ¡a su hija!
¡Oh, Alfredo de Musset! Dime si Rolla
regateó con el Diablo la tarifa,
o con la madre monstruo tiró dados
sobre el desnudo cuerpo de la niña.

XLVII

Soy un sabio, soy ateo;
no creo en Diablo ni en Dios...
(... pero si me estoy muriendo,
que traigan el confesor).

XLVIII

Besando con furia loca
la boca de un niño ajeno,
miro yo a la virgen cándida
y no sé lo que comprendo.
¿Qué es ese brillo en los ojos?
¿Qué es en el rostro ese incendio?
¿Qué es ese temblar de labios?
¿Qué es ese crujir de nervios?

Para ser a un niño... a un niño...
esos besos... esos besos...

XLIX

El mundo es un papanatas;
el Demonio ya chochea;
en tanto que la otra vive
siempre joven, siempre fresca;
con las uñas preparadas,
siempre acecha que te acecha.
Conque quedamos, señores,
en que la carne es la reina.

L

Una mañana de invierno
hallé en el suelo, aterido,
con el cuerpo todo trémulo
y alas húmedas, un mirlo.
«Hasta con las pobres aves
caridad». Conque, cogílo,
busqué rastrojo, hice lumbre
y calenté al pajarito,
que abre los ojos, sacúdese,
vuela ya libre del frío
y se pierde entre las frondas
de los árboles vecinos.

¡Me miraron con horror
en mi pueblo! ¡Si se dijo
que yo pasaba mis ocios
asando pájaros vivos!...

LI

Se ha casado el buen Antonio,
y es feliz con su mujer,
pues no hay otra más hermosa,
ni más dulce, ni más fiel,
ni más llena de cariño,
ni más falta de doblez,
ni más suave de carácter,
ni más fácil de caer...

LII

Erase un cura, tan pobre,
que daba grima mirar
sus zapatos descosidos
y su viejo balandrán.
Erase un cuasi mendigo
que solía regalar
a los más pobres que él
con la mitad de su pan.

Un cura tan divertido
para hacer la caridad,
que si daba el desayuno
se acostaba sin cenar.
Erase un pobre curita
llamado el padre Julián,
a quien vían como a un perro
los grandes de la ciudad,
pues era tan inocente
y era tan humilde el tal,

que en la casa de los grandes
daba risa su humildad.

Un día amaneció muerto,
siendo causa de su mal
no se sabe si mucha hambre
o alguna otra enfermedad.

Entonces un gran entierro
se ofreció al padre Julián,
donde sólo en cera y pábilo
se quemara un dineral.

Y se vieron coches fúnebres
y hubo un lujo singular,
a los ecos de las marchas
de la música marcial.

Y cuentan que los timbales
y oboes al resonar,
hacían burla del muerto
pobre de solemnidad...

Y que el muerto se reía
pensando en su balandrán,
con una de aquellas risas
que dan ganas de llorar.

LIII

Me tienes lástima, ¿no?
Y yo quisiera una soga
para echértela al pescuezo
y colgarte de una horca,
porque eres un buen sujeto,
una excelente persona
con mucha envidia en el alma
y mucha baba en la boca.

LIV

¡Un pensamiento! Cosa
que hartó me ha hecho pensar. ¿Habrá tormento
como esta flor, regalo de una hermosa
que me tiene cautivo el pensamiento?
Primero en el ojal de la levita,
después en la cartera...
¡Quién la ve tan marchita,
y ha unos meses, Dios mío, quién la viera!

Hoy creo, en este abismo
de cosas y de ideas tan terrible,
que se han vuelto uno mismo
un pensamiento flor y otro invisible.

Pero es lo peor del caso
que al ir volando el viento,
se llevará de paso
en su giro uno y otro pensamiento.

LV

Joven, acérquese acá.
¿Estima usted su pellejo?
Pues escúcheme un consejo,
que me lo agradecerá:
Arroje su timidez
al cajón de ropa sucia,
y por un poco de argucia
dé usted toda su honradez.
Salude a cualquier pelmazo
de valer, y al saludar,

acostúmbrese a doblar
con frecuencia el espinazo.
Diga usted sin ton ni son,
y mil veces si es preciso,
al feo, que es un Narciso,
y al zopenco, un Salomón;
que el que tenga el juicio leso
o sea mal encarado,
téngalo usted de contado
que no se enoja por eso.
Al torpe déjele hablar,
sus torpezas disimule,
y adule, adule y adule
sin censarse de adular.
Como algo no le acomode,
chitón y tragar saliva,
y en el pantano en que viva
arrástrese, aunque se enlode.
Y con que befe al que baje
y con que al que suba inciense,
el día en que menos piense
será usted un personaje.

LVI

Tengo de criar un perro,
ya que en este mundo estoy.
No me importa lo que sea,
alano, galgo o bull-dog;
lo quiero para tener
un tierno y fiel queredor
que sonría con el rabo
cuando le acaricie yo;

para que me ofrezca todo
su perruno corazón,
y gruña a quien me amenace
y se alegre con mi voz,
y para si me da el cólera
y huyen de mi alrededor,
juntos, parientes y amigos,
que nos quedemos los dos,
yo, cadáver, como huella
de una vida que pasó;
él lanzando tristemente
sus aullidos de dolor.

LVII

No quiero verte madre,
dulce morena.
Muy cerca de tu casa
tienes acequia,
y es bien sabido
que no nadan los hombres
recién nacidos.

LVIII

¿Qué por qué así? No es muy dulce
la palabra, lo confieso.
Mas de esa extraña amargura
la explicación está en esto:
después de llorar mil lágrimas
ásperas como el ajeno,
me alborotó el corazón
la tempestad de mis nervios.

Siguió la risa al gemido,
y a la iracundia el bostezo,
y a la palabra el insulto,
y a la mirada el incendio;
por la puerta de la boca
lanzó su llama el cerebro;
y en aquella noche oscura,
y en aquel fondo tan negro,
con la tempestad del alma
relampagueó el pensamiento,
y les salieron espinas
a las flores de mis versos.

Santiago de Chile, 1887.

Impresiones de Santiago

IMPRESIONES DE SANTIAGO (1)

I

A mi llegada a Chile, en 1886, uno de mis mayores deseos era conocer a sus famosos hombres de letras. Todos, en la América latina, sabemos que aquel país posee una producción intelectual poderosa y escritores y poetas renombrados.

Al pasar por Valparaíso, había tenido oportunidad de ser presentado a Eduardo de la Barra; le había visto, blanca la cabeza, los ojos brillantes y dominadores, el cuerpo un tanto pequeño y regordete, como el del Bonaparte de Meissonier; la palabra, alada y franca, incisiva como una flecha a veces, y a veces sedosa y aterciopelada; le había visto en dos ocasiones: una, en su casa, frente al Parque Municipal, casa modesta para poeta tan aristocrático en gustos, y amigo del refinamiento y las hermosas opulencias; otra, en su oficina de rector del Liceo porteño. Había comprendido la fuerza espiritual de aquel hombre.

(1) Este artículo, escrito sobre Narciso Tondreau y su libro «Asonantes», constituye una de las impresiones más frescas y vivas de Darío sobre el Chile intelectual de 1888. Fué redactado para servir de prólogo al libro del poeta chileno.

En su salón—donde se veían en primer lugar dos grandes retratos antiguos, de los fundadores de la familia—hablaban, silenciosos, con sus labios de bronce, dos bustos soberbios y triunfales sobre sus columnas de ébano: los de Shakespeare y Schiller.

Allí De la Barra me habló largo rato de literatura americana, y me dió noticia de los poetas chilenos que yo deseaba conocer. Matta estaba de ministro en Montevideo; Irrisarri, enfermo, vecino a la muerte, en Santiago; Lillo y Valderrama, dados a la política; Rodríguez Velasco, a los negocios, poeta rico. «¿Y Blest Gana?», pregunté. «Si quiere usted ver a Guillermo, vaya al Palacio de la Justicia, suba las escaleras de la izquierda, llegue a la oficina del Registro civil, y ahí está un hombre de bigotes canos: ése es». Fuí y le ví. El cantor de las rosas, el de los versos llenos de perfumes primaverales y delicados, el de

pasad, pasado,
recuerdos de aquella edad,

era jefe de la oficina de nacimientos y defunciones instalado allí. También tenía un desquite poético: casaba al joven novio y a la niña sonrosada, como quien rima dos octosílabos sonoros.

Recién ocupado en Santiago, en la redacción de *La Epoca*, tuve el gusto de recibir la visita de Carlos Toribio Robinet, quien, tiempo después, me presentó a Lastarria, el viejo maestro glorioso. El nombre de Robinet debe ser conocido y aplaudido. ¡Persona rara, Robinet! Es el amigo de todos los artistas extranjeros que llegan a Chile. Y si éstos llegan necesitando apoyo, lo es más. ¡Hermoso espíritu, caballero de las brillantes almas náufragas! Escritor, él mismo, es un excelente *croniqueur*, y hace buenos versos si le viene en deseo. Dígalo si no Manuel del Palacio. Un día ambos se cambiaron dos sonetos, como quien lo hace con dos tarjetas.

Cuando Augusto Ferrán—el de los *Cantares*, el amigo de

Bécquer—llegó a Santiago, a dedicarse al comercio de libros, Robinet fué su más cordial queredor. Así del trágico Rossi, de Jorge Isaacs, de Valdés, de Ricardo Palma, de Arnaldo Márquez, de Hostos, de Cañas, el salvadoreño, y de otros tantos. Carácter admirable y vivo. Robinet comprende a los artistas, los pensadores y los soñadores. Al propio tiempo es hombre de negocios y representante de una fuerte casa de Seguros en Santiago, donde todos le quieren. Le llaman «el chino», como a Gordón, porque nació, en efecto, en aquel país de los tibores ventrudos, de los inmóviles dragones formidables y del *mightly, subtil opium*, propicio a los sueños.

Conocí, pues, por Robinet a Lastarria, en su estudio, rodeado de libros, anciano que parecía joven, quejoso del aprecio de su patria y convencido de la gloria de su nombre en toda América; amigo de la juventud, aficionado a hacer versos sin ser poeta, sabio, amable, cabeza llena de laureles. ¿Quién no ha leído sus libros en América y aun en España?

Amunátegui era otra gran columna. Una mañana, yendo por la Alameda, soberbio lugar de palacios de piedra, estatuas de bronce y arboledas vastas, vi pasar un viejo meditabundo, que iba con capa—allá donde nadie la usa—; un extremo de ella rozaba el suelo, y el hombre pensativo era saludado, y saludaba a su vez a todo el mundo. Era don Miguel Luis Amunátegui, el amigo de Bello.

Después vi a Valderrama en la redacción de un diario en que yo escribía; alto y grave—siempre de corbata blanca—, conversador ameno, con todo y su seriedad casi fría, al parecer. A don Zorobabel Rodríguez, primer diarista chileno, y a Carlos Walker Martínez, talento admirable, orador fogoso, y a Lillo, los ví en el Congreso. Este último era ministro. Tenía la cabellera toda plateada por los años.

Así llegué a conocer a casi todos los de la generación que dió lustre al nombre chileno en la por desgracia concluída Academia de Bellas Letras.

Faltábame lo que los franceses llaman *les jeunes*, los jóvenes que escriben—aunque entre ellos hay en ese grupo gentes que peinan canas. Ya se sabe que Copée es el Benjamín de la Academia Francesa.

La juventud, en todas partes, es atrayente, animosa, vencedora. La juventud santiaguina es así.

Como en todos los grandes centros, sobre todo, en la clase alta y rica, entre las aficiones intelectuales y el *sport*, éste se lleva el mayor número. Y, es natural; al empezar esta hermosa vida, el deseo del goce crece a cada instante, los sentidos triunfan, el dinero se ambiciona para satisfacer aquéllos, la sangre bulle, fragante y sana; el lujo atrae, y, entre unos hexámetros de Homero y unos guantes crema o un sombrero de copa, se prefiere lo último. Así, no es de extrañar que el club de los *mirlitons* tenga más miembros que la sociedad científica y literaria, y que se vaya al Hipódromo más a gusto que al Ateneo. Luego, las exigencias del medio social, la moda, las distintas amalgamas conformes con las tendencias y modo de ser, los empleados del blanco y los *strugforlíferos* de la Prensa; *flirtation*, temperamentos; falta de estímulo, y, por último, el ejemplo de hombres ilustres en la miseria.

II

Por aquel tiempo, a decir verdad, la vida literaria en Santiago estaba en una especie de estagnación poco consoladora. Santiago, en la América latina, es la ciudad soberbia. Si Lima es la gracia, Santiago es la fuerza. El pueblo chileno es orgulloso, y Santiago es aristocrático. Quiere aparecer vestida de democracia; pero en su guardarropas conserva su traje heráldico y pomposo. Baila la cueca, pero también la pavana y el minué. Tiene condes y marqueses, desde el tiempo de la colonia, que aparentan ver con poco aprecio sus pergaminos. Posee un barrio de San Germán diseminado en la calle del Ejército Libertador, en la

Alameda, etc. Mi Palacio de la Moneda es sencillo, pero fuerte y viejo. Santiago es rica, su lujo es cegador. Toda dama santiaguina tiene algo de princesa. Santiago juega a la bolsa, come y bebe bien, monta a la alta escuela, y a veces hace versos en sus horas perdidas. Tiene un teatro de fama en el mundo: el Municipal, y una catedral fea; no obstante, Santiago es religiosa. La alta sociedad es difícil conocerla a fondo; es seria y absolutamente aristocrática. Ha habido viajeros más o menos yanquis o franceses que, para salir del paso en sus memorias, han inventado respecto a la sociedad chilena que no han conocido, unas cuantas paparruchas y mentiras. Santiago disgustó a Sarah Bernardt, y encantó a la Ristori. Es cierto que sobre esta última nada tiene que decir María Colombier. Santiago gusta de lo exótico, y en la novedad siente de cerca a París. Su mejor sastre es Pinaud, y su *Bon marché* la casa Pra. La dama santiaguina es garbosa, blanca y de mirada real. Cuando habla, parece que concede una merced. A pie anda poco.

Va a misa vestida de negro, envuelta en un manto que hace, por el contraste, más bello y atrayente el alabastro de los rostros, en que resalta, sangre viva, la rosa roja de los labios. Santiago es frío, y esto hace que en el invierno, los hombres delicados, se cubran de finas pieles. En el verano es un tanto ardiente, lo que produce las alegres y derrochadoras emigraciones a las ciudades balnearias. Santiago sabe de todo y anda al galope. Por esto el santiaguino de los santiaguinos fué Vicuña Mackenna, mago que hizo flores las rocas del cerro de Santa Lucía. Este es una eminencia deliciosa llena de verdores, estatuas, mármoles, renovaciones, pórticos, imitaciones de distintos estilos, jarras, grutas, quioscos, teatros, fuentes y rosas. Edimburgo es la única ciudad del mundo que en su centro tenga algo semejante y, por cierto, muy inferior. Santiago posee una obra hecha por la naturaleza y por el arte. *Ars et natura*. Santiago hace libros y frases, *nouvelles a la main*. Su Prensa es numerosa y sus periodistas son pujantes, firmes en la polémica, peligrosos en las lu-

chas. Hay un diario de modelo yanqui, *El Ferro-carril*; los demás son más dados al «mecanismo» francés. El *croniqueur* por excelencia es Rafael Egaña. Las empresas periodísticas son ricas, pero algunas demasiado económicas.

Raro es el diario que tenga permanente información directa del extranjero. En las redacciones se está, tijera en mano, esperando la correspondencia por correo trasandino, para recortar lo mejor de los diarios del Plata, o si no se hacen traducir los artículos de la Prensa europea que llega por el Estrecho. Santiago paga poco a sus escritores y mucho a sus palafreneros. Toma el té como Londres y la cerveza como Berlín. Es artista, ama a las gallardas estatuas y a los cuadros valiosos. Cincela como Plaza, con Blanco y pinta con Lira, con Valenzuela, con Jarpa. Para sus hombres grandes tiene bronce y mármol. Santiago ha sido heroica y vibrante en tiempo de conmociones. Es ciudad que nunca será tomada. El roto santiaguino es vivaz, malicioso, ocurente, aguerrido y cruel. El *gamin* es hermano del suplementero. De noche, Santiago es triste y opaca exteriormente. En sus salones ríe el gas en la seda y chispea la charla. El 18 de Septiembre, la ciudad se engalana, llénase el campo de Marte de soldados, va el Presidente a la revista en coche tirado por cuatro caballos, precedido de batidores, y en las calles se escucha ruido de cascos y ruedas, de gente que pasa, y estruendo de fanfarrias y clarines. En un día semejante fué cuando conocí al autor de este libro, en la redacción de *La Epoca*.

III

En la redacción de *La Epoca* se reunían muchos de los jóvenes de la Prensa santiaguina. Ahí departíamos de asuntos de letras o artes, de un último libro, de un triunfo o de un fracaso, y ahí se escribía, se hablaba en voz alta hasta muy entrada la noche, hasta la hora del té, a riesgo de alterar la paciencia de mi estimado director don Eduardo Mac-Clure. Allá llegaba Pedro

Balmaceda, santiaguino que sufría la nostalgia de París, parisiense que no conocía la gran ciudad, siempre con alguna frase chispeante, sonriente y soñador, neurótico que tenía cuidadosos médicos, colorista que bordaba revistas y cuentos de todas las flores del estilo; ¡ah, buen amigo! Alberto Blest, hijo del novelista ex-ministro de Chile en París, comparecía también, ya tísico, a contarnos entre accesos martirizadores, sus recuerdos de vida parisiense, cuando los salones de su padre eran punto de reunión de todos aquellos hombres brillantes: Blowitz, Houssaye, Hohenloe... ¡Pobre Alberto! Ya duerme. Luis Orrego era el charlador incansable, mordiente, con los labios siempre entreabiertos por una sonrisa temible. Muchas veces quería hacer un elogio y le resultaba una sátira; buen escritor y *conteur*, amante de la frase artística, y exagerado, hasta asegurar que una botina, número 37, le calzaría bien el pie de Goliath. También concurría Gregorio Ossa, que nos leía sus comedias, y Roberto Alonso, exquisito prosador que tenía a su cargo las traducciones del diario. Algunas veces solía aparecer Julio Bañados Espinosa, que entonces era redactor político del diario, y que hoy es ministro de Instrucción pública. Siempre de pie, oía, daba su opinión verbosamente, ostentando su franca risa, y se marchaba.

El novelista Vicente Grez era diputado, y nos iba a acompañar, de cuando en cuando, en sus ratos libres. Los hermanos Huneeus nunca faltaban con Carlos Hübner. Rodríguez Mendoza llegaba en raras ocasiones. El había sido redactor del diario, y le tenía cariño a la redacción; así, cuando se solicitaba de él algún artículo, aparecía estirado y friolento, subido el cuello de su *ulster*, y entonces se estaba con nosotros el querido Manuel en la charla loca y crepitante de nuestras horas alegres. ¡Horas inolvidables fueron aquellas! La sala de redacción era un tanto estrecha; las paredes estaban llenas de retratos, de cartulinas, en que se veían las ilustraciones del diario del domingo; en la mesa del centro, diarios y revistas, todo confundido y revuelto; frente a la puerta de entrada, una panoplia, una panoplia céle-

bre para nosotros, y de la cual ya ha hablado en *La Libertad Electoral* Luis Orrego Luco en uno de los artículos, embusteros y llenos de elogios hipócritas, que publicó respecto a quien este prólogo escribe. Y a propósito: ¡cuantas veces, en aquel recinto, levantaron sus voces en defensa del talento de Tondreau algunos que osaban desafiar el curare de las saetas de Orrego y las «navajas, siempre afiladas», de Alberto Blest!

IV

La originalidad de Tondreau consiste en la novedad de la imagen, en el dominio del adjetivo, en la pasión plástica y eufónica, en la aplicación del colorido y en la libre y franca manifestación de la idea, aristocratizando todos los vocablos.

Luego aplica al verso castellano ciertos refinamientos del verso francés. Hay en este idioma exquisiteces y secretos artísticos que, introducidos por él al español, lengua armónica y rítmica por excelencia, forman una novedad bella, un conjunto de incrustaciones, de giros, de arabescos preciosos. Aquí el vocablo exótico no salta a la vista; ambas lenguas tienen un mismo origen y florecen en un solo tronco y por las mismas raíces. Sin ser decadente en algunas de sus creaciones, sin llegar a las orquestaciones poéticas de los neorrománticos, se acerca algo a esa nueva y brillante escuela que un escritor de París ha llamado propiamente la escuela del cerebralismo. Busca la idea rara, la comparación bizarra, y escoge las joyas de la lengua, las más rítmicas frases que se vocalizan en el recinto adorable de las musas, y así hace de sus estrofas cuadros, bajorrelieves, y, sobre todo, pone el sagrado temblor de su armonía.

En cuanto a sus metros, son los hermosos metros castellanos, superiores a los franceses.

En castellano se ha procurado introducir por algunos poetas la medida de los hexámetros griegos y latinos. Actualmente, en Italia, Giossué Carducci intenta poner en boga la asonancia del

romance español, y el profeta yanqui Walt Whitman calca, en inglés, el versículo hebreo.

Nosotros no necesitamos de todo eso. ¡Ah, nuestros metros castellanos! El endecasílabo es digno de la lira griega. Tenemos el verso de Safo y el verso de Anacreonte, y versos apropiados para el arpa religiosa y el címbalo, o para los sistros que acompañaban las danzas. Lo que sí necesitamos es la influencia del arte, siempre embellecedora, del arte, en la expresión del pensamiento, arte que, como aseguraba Lastarria—haciéndome la honra de refutar una opinión mía—, poseen los franceses mucho, escasamente y hasta hace poco tiempo, los españoles, y nada los chilenos. Los hispanoamericanos, debió decir mejor el ilustre maestro.

Ese arte, pues, no será la implantación de un exitismo dañoso ni peregrino.

Lo extrañamente exótico lo tienen los franceses, y lo procuran. Desde la introducción del primer álbum japonés de los hermanos Goncourt, el japonismo comenzó en Francia con el reinado de las lacas y de las quimeras de bronce; de los muebles, del adorno de salón, se pasó a literatura, donde todavía subsiste. Edmundo de Goncourt, Loti, Judith Gautier, esposa de Catulo Mendes, demuestran su afición a lo extraño de la raza.

Teófilo Gautier, padre de Judith, orientalizó también las letras. Judith sabe chino, y escribe versos en esa lengua, y algo semejante hacía Luis Bouhillet, el autor de los *Astragalos*, quien quiso introducir en el verso francés el ritmo del chinesco. ¡Y bien! En lo que debíamos, ante todo, imitar los occidentales a los buenos hijos del Celeste Imperio, es en que honran y estiman a sus poetas como ningún pueblo del mundo.

Hace poco tiempo, lo ruso preponderaba. Tolstoi, Gogol, Tourgueneff, el raro y pálido Dostoiewsky, fueron traducidos a casi todas las lenguas; escritores franceses publicaron novelas rusas, y el idioma se estudió más, y su terminología se puso de moda; se bebía el rojo vino de París con caviar del Volga.

Así, pues, los escritores en lengua española, que, como Ton-

dreau, tengan culto por el idioma propio, no cometen pecado alguno en seguir ese bello arte francés, para hacer más rica, más vibrante, más colorida, la expresión del pensamiento. Yo, por mi parte, me huelgo del «galicismo mental» que encontró don Juan Valera en uno de mis pobres libros. «No hay en castellano —dice el ilustre académico— autor más francés que usted... Esto lo digo para afirmar un hecho. Y en todo caso, lo digo como elogio». Busquemos, pues, ese procedimiento exquisito de los artistas de la palabra escrita, y que cada escritor muestre el pequeño mundo interior que lleva en su alma con manera artística.

Esto ha hecho el poeta de los *Asonantes*, y por eso sus *Asonantes* tienen un algo especial que no se encuentra en los otros poetas hispanoamericanos. Los argentinos, cuya mayor gloria es Andrade, titánico seguidor de Víctor Hugo, o copian los modelos españoles, o, como Rafael Obligado y Guido Spano, buscan temas nacionales y, usando provincialismos, pretenden formar la tan deseada poesía indígena americana. Los colombianos son hijos legítimos de los poetas de España, intachables, marmóreos, clásicos, en el sentido académico de la palabra; lo propio los venezolanos y los pocos que el Perú tiene; México cuenta con algunos altísimos poetas, cuyos versos poseen sello propio y nuevo, y Centroamérica tiene a Gavidia.

V

Yo estoy seguro de que una poesía de Tondreau, leída una sola vez, basta para dar a conocer en otras la originalidad de la expresión y la novedad de la intención.

Los *Asonantes* serán criticados, al parecer, en Chile, por los bellistas, por los que gustan de Rodríguez Velasco y de Lillo, y por los fomalistas *autrance*. Los primeros defenderán el precepto, el canon, la tradición literaria; los segundos echarán de menos la jardinería, la consonancia y la confitura; los últimos

protestarán por las frases y borneos atrevidos, por las innovaciones a que se lanza nuestro autor.

Pero Tondreau debe persistir confiado en su talento. Su poesía es sana y respira la vida de la Naturaleza; él no se ha dejado llevar por los seguidores de esta o aquella escuela, ni por lo que Espronceda atrajo a su alcázar byroniano, ni por los que han pretendido seguir la poesía sideral y oceánica del dios Hugo, ni por los trémulos neuróticos que, siniestros coribantes, danzan trastornadamente en la procesión del arte moderno; ni por los decadentes ansiosos de frentes nimbadas y de leche de marta cibelina; ni por los heineanos que juntan las rosas y los cactus ni por los pálidos gemidores de desengaños, y ateos maldicientes cuyos versos repugnan y cuyo hígado es todo hiel. No, él no pertenece a ninguno de esos grupos. Ni materialista, ni swendemborgiano de la literatura. El no sufre de *spleen*, sino que siente el vasto soplo cósmico. No le atormenta el sombrío Lívor, pero le subyuga el gran Pan.

Por lo que toca a sus opiniones religiosas, Tondreau fué educado religiosamente, y llegó a vestir sotana. Después hubo una evolución en su espíritu, abandonó el hábito y perdió la fe primera. Lo único que le quedó de aquellos tiempos fué el latín; dejó el breviario por Horacio Flaco, y los ideales místicos se tornaron sueños ardientes y creaciones plásticas en aquella mente pagana. Cree en Dios; Dios en todo; Dios por todo; Dios para todo. Su amor por la Naturaleza es intensísimo, y en ella encuentra la fuerza infinita de la divinidad. Es místicamente panteísta. Adora lo existente de manera universal y en detalle. Así como Baudelaire tenía la particularidad de los perfumes, Tondreau tiene la de los sonidos. El viento para él tiene mil rumores desconocidos para otros, vagas armonías, palabras articuladas en una lengua misteriosa, ya vuela en la lujuriente floresta, ya afile las banderas o se cuele en las ciudades por los alambres tupidos de las líneas telefónicas: «la Lira de Edison», como él dice.

Sí, poeta; el viento es admirable y formidable; huracán, brisa, azul del celeste abismo, queja del rosal, triunfo de las palmeras verdes, perpetuo amante de las olas y las velas, carro de la melodía, suspiro, tempestad.

Ars religio mea, esa es la procesión de la fe artística y una de las más bellas silbas asonantadas de este libro: el arte es su religión, el azur. Sigue la fórmula célebre del arte por el arte, el culto absoluto de lo bello, independiente de lo útil y de lo moral, del *ro eroc* griego. Ama el desnudo, el clásico desnudo, y a las veces, dejándose llevar por sus arrebatos líricos, olvida la olímpica serenidad de la contemplación estética, y sus mármoles se vuelven carne, coloreándose por súbita y exuberante policromía. No lo digo por censurar al poeta, pero me parece que a la Venus de Milo prefiere la de Médicis; que en sus descripciones de ninfas más parecen éstas mujeres; y tienen roja sangre, y sus caderas, y sus senos a flor de agua, tiemblan con arrastradora sensualidad. Pero en medio de todo, el helenismo es de aplaudirse; su inspiración lozana y moderna hace loables incursiones al antiguo reinado de la belleza, y bebe del agua clara que mana la divina fuente única.

Este libro es una obra de arte, escrito con amor a la eterna belleza, con verdadera emoción estética, y en el ardor de una vigorosa juventud. ¿Tondreau seguirá adelante? Es indudable, pues tiene el rayo de la inspiración y siente el «dios». El conoce la senda que ha escogido y camina con paso de vencedor. Nada importan los obstáculos, los breñales, la lucha por la vida, los tábanos de la envidia, la indiferencia de los burgueses obtusos y chatos, el cretinismo, el hielo de muchos y aún el desprecio y el odio de algunos ¡Excelsior! Siempre con la bandera, adelante, hasta llegar a la cumbre del áspero monte. Que después de la larga jornada, vendrá la hora de la victoria. Dura es la gleba, pero también el arado es firme, y place al trabajador tras los quebrantos ver al sol y bajo el hondo cielo la alegría rubia de las espigas.

VI

La última vez que vi al autor de este libro fué en Valparaíso, próximo ya a abandonar las playas chilenas, y cuando él había llegado al puerto por una desgracia. Nos encontramos en el estudio de otro amable y generoso compañero de letras y amigo del alma, Eduardo Poirier.

—¡Tú aquí!—Sí, mi madre ha muerto; estoy muy triste. Ven al hotel.—Fuimos. Estaba con el corazón dolorido por el terrible golpe.—Mira—me dijo—, he distraído mi dolor escribiendo esto.—Y me leyó un artículo, una conversación que había tenido aquella mañana con nuestro conocido, el trágico italiano Emmanuel, que a la sazón trabajaba con su compañía espléndida en el teatro Victoria. Es un hecho reconocido que todo poeta escribe buena prosa, y aquel artículo es de lo mejor que de Tondreau prosista he leído. Emmanuel le manifestó sus ideas sobre el arte de la escena en general y sobre las obras de Shakespeare, en particular; Hamlet inimitable, Otello grandioso, estimó al poeta chileno comprendiendo lo que valía.

Voy a concluir estas páginas, en las cuales he dicho francamente lo que pienso respecto al libro a que servirán de prólogo y del autor de él.

Quien lea una sola de las estrofas que en esta obra se contienen, verá que mi entusiasmo es legítimo y que la amistad no ha cegado a la justicia.

Réstame sólo enviarte, ¡oh poeta!, mi recuerdo a través de la distancia, desde este ardiente trópico que acelera el ritmo de nuestra sangre y enciende corazones y cerebros; y por tu medio, a Chile, segunda patria mía, mis deseos de que cada vez se engrandezca más y más, gloriosa y triunfante, para orgullo de nuestra América; y así pueda brillar la estrella de su bandera, siempre anunciando el nacimiento de una eterna aurora, la creciente apoteosis de un sagrado e incomparable porvenir.

“Emelina”

«EMELINA» (1)

En la historia de la juventud literaria de Rubén Darío «Emelina», pésima novelícula, escrita en su mayor parte por Eduardo Poirier, sólo representa un incidente de ninguna importancia espiritual.

Urgidos por la necesidad de los folletines de EL MERCURIO, escribieron esta historia truculenta, a imitación de los malos folletines de la época.

Muerto el poeta, hoy recuerda Poirier esa calaverada literaria no sin justos rubores para su recato espiritual.

De esas páginas hemos arrancado el fragmento que sigue, escrito seguramente por Rubén Darío, ya que recuerda en cierto modo LA CANCIÓN DEL ORO y alguna de las restantes páginas de «Azul».

París es el caos.

Víctor Hugo dijo que era el cerebro del mundo, y desde entonces sentimos cierta comezón interior que nos hace creer que el mundo está loco.

(1) De esta novelita, malogrado folletín, escrito en colaboración con Eduardo Poirier, en el cual la contribución del poeta fué muy escasa, reproducimos uno de los raros capítulos que denuncian un reflejo de la sensibilidad rubendariana.

¡Imagínese el lector, el mundo con semejante cerebro! En una gigantesca redoma, fabricada en los divinos talleres a fuego de soles, puso el buen Dios, desmenuzados, el Paraíso del bribón Mahoma, y el Infierno del visionario Dante. Vacío en seguida la Caja de Pandora, e hizo entrar una gran muchedumbre de flecheros amorcillos, siguiéndoles enfilados los gentílicos coros de placeres. Ni fueron solos; tras ellos, pesares y amargas. Luego el Eterno Padre sacudió su redoma, revolvió, mezcló, confundió, y derramando su contenido sobre la haz de la tierra, exclamó: *Hágase París*. Y París fué.

El caudaloso Sena es el río de la confusión.

Se diría un Aqueronte bajo la blanca luz del firmamento.

Sobre sus aguas turbias y lentas se deslizan las ligeras barcas de los venturosos que al jocundo ruido de sus cantares hieren las linfas a golpe de remo; y allí apuran en deslustradas copas de Bohemia el hirviente vino del placer, teniendo sólo el disgusto de ser salpicados de vez en cuando por la espuma que levantan al caer en el profundo río el desgraciado que ha perdido el caudal o la esperanza, y la infeliz que sin honra encuentra en el suicidio el refugio siniestro de la desesperación.

¿No es verdad que París es muy alegre?

Bien pueden los relumbrosos carruajes de mil millonarios aplastar con sus ruedas a los mendigos, que la Morgue necesita de cadáveres y los diarios de gacetillas.

Allí está el inmenso bosque de Bolonia, con sus millones de árboles que han visto desfilar por largos años procesiones eternas de grandezas.

“Rimas”

«RIMAS» (1)

I

En el libro lujoso se advierten
las rimas triunfales:
bizantinos mosaicos, pulidos
y raros esmaltes,
fino estuche de artísticas joyas,
ideas brillantes;
los vocablos unidos a modo
de ricos collares;
las ideas formando en el ritmo
sus bellos engarces,
y los versos como hilos de oro
do irisadas tiemblan
perlas orientales.
¡Y mirad! En las mil filigranas
hallaréis alfileres punzantes;

(1) Fueron escritas estas Rimas para el Certamen Varela, que tuvo como tema una colección de poesías subjetivas, del género de Becquer.

y, en la pedrería,
trémulas facetas
de color de sangre.

II

Amada, la noche llega,
las ramas que se columpian
hablan de las hojas secas
y de las flores difuntas.
Abre tus labios de ninfa,
dime en tu lengua de musa:
¿recuerdas la dulce historia
de las pasadas venturas?
¡Yo la recuerdo! La niña
de la cabellera bruna
está en la cita temblando
llena de amor y de angustia.
Los efluvios otoñales
van en el aura nocturna,
que hace estremecerse el nido
en que una tórtola arrulla.
Entre las ansias ardientes
y las caricias profundas,
ha sentido el galán celos
que el corazón le torturan.
Ella llora, él la maldice,
pero las bocas se juntan...
En tanto los aires vuelan
y los aromas ondulan;
se inclinan las ramas trémulas
y parece que murmuran
algo de las hojas secas
y de las flores difuntas.

III

En la pálida tarde se hundía
el sol en su ocaso,
con la faz rubicunda en un nimbo
de polvo dorado.
En las aguas del mar una barca,
bogando, bogando,
al país de los sueños volaban
amada y amado.
A la luz del poniente en las olas
quebrada en mil rayos,
parecían de oro bruñido
los remos mojados.
Y en la barca graciosa y ligera,
bogando, bogando,
al país de los sueños volaban
amada y amado.
¿Qué fué de ellos? No sé. Yo recuerdo
que después del crepúsculo pálido,
aquel cielo se puso sombrío
y el mar agitado.

IV

Allá en la playa quedó la niña.
¡Arriba el ancla! ¡Se va el vapor!
El marinero canta entre dientes.
Se hunde en el agua trémulo el sol.
¡Adiós! ¡Adiós!
Sola, llorando sobre las olas,
mira que vuela la embarcación.

Aún me hace señas con el pañuelo
desde la piedra donde quedó.

¡Adiós! ¡Adiós!

Vistió de negro la niña hermosa.

¡Las despedidas tan tristes son!

Llevaba suelta la cabellera

y en las pupilas llanto de amor.

¡Adiós! ¡Adiós!

V

Una noche
tuve un sueño...

Luna opaca,

cielo negro,

yo en un triste

cementerio

con la sombra

y el silencio.

En sudarios

medio envueltos,

descarnados

esqueletos

muy afables

y contentos

mi visita

recibieron.

Indagaron

los sucesos

que pasaban

ese tiempo:

las maniobras

del ejército,

los discursos

del Congreso,
de la Bolsa
los manejos,
y reían
de todo eso.
Con sorpresa
supe de ellos
que gustaban
de los versos,
que en mis dudas
y en mis celos
a mi amada
siempre ofrezco.
¡Que sabían
me dijeron
ya la historia
de los besos!...
Y se hacían
muchos gestos
y ademanes
picarescos.
Y reían
con extremos
entre el ruido
de sus huesos.
En seguida
refirieron
que se siente
mucho hielo,
en las noches
del invierno,
en las fosas
de los muertos.
Despedíme.

¡Muy correctos
los saludos
que me hicieron!
Salí al campo.
Miré luego,
luna opaca,
cielo negro.
Muy ufano
dice el médico
que la causa
de estos sueños
se halla toda
por mis nervios
y en el fondo
del cerebro.

VI

Hay un verde laurel. En sus ramas
un enjambre de pájaros duerme
en mudo reposo,
sin que el beso del sol los despierte.
Hay un verde laurel. En sus ramas
que el terral melancólico mueve,
se advierte una lira,
sin que nadie esa lira descuelgue.
¡Quién pudiera, al influjo sagrado
de un sopro celeste,
despertar en el árbol florido
las rimas que duermen!
¡Y flotando en la luz el espíritu,
mientras arde en la sangre la fiebre,
como «un himno gigante y extraño»
arrancar a la lira de Bécquer!

VII

Llegué a la pobre cabaña
en días de primavera;
la niña triste cantaba,
la abuela hilaba en la rueca.
—¡Buena anciana, buena anciana,
bien haya la niña bella,
a quien desde hoy amar juro
con mis ansias de poeta!
La abuela miró a la niña,
la niña sonrió a la abuela.
Fuera volaban gorriones
sobre las rosas abiertas.
Llegué a la pobre cabaña
cuando el gris otoño empieza.
Oí un ruido de sollozos
y sola estaba la abuela.
—¡Buena anciana, buena anciana!
Me mira y no me contesta.
Yo sentí frío en el alma
cuando ví sus manos trémulas,
su arrugada y blanca cofia,
sus fúnebres tocas negras.
Fuera, las brisas errantes
llevaban las hojas secas.

VIII

Yo quisiera cincelarte
una rima
delicada y primorosa
como una áurea margarita,

o cubierta de irisada
pedrería,
o como un joyel de Oriente
o una copa florentina.

Yo quisiera poder darte
una rima
como el collar de Zobeida,
el de perlas ormuzinas,
que huelen como las rosas
y que brillan
como el rocío en los pétalos
de la flor recién nacida.

Yo quisiera poder darte
una rima
que llevara la amargura
de las hondas penas mías
entre el oro del engarce
de las frases cristalinas.

Yo quisiera poder darte
una rima
que no produjera en ti
la indiferencia o la risa,
sino que la contemplaras
en su pálida alegría
y que después de leerla
te quedaras pensativa.

IX

Tenía una cifra
tu blanco pañuelo,

roja cifra de un nombre que no era
el tuyo, mi dueño.
La fina batista
crujía en tus dedos.
—¡Qué bien luce en la albura la sangre!...—
te dije riendo.
Te pusiste pálida,
me tuviste miedo...
¿Qué miraste? ¿Conoces acaso
la risa de Otelo?

X

En tus ojos, un misterio;
en tus labios, un enigma.
Y yo, fijo en tus miradas
y extasiado en tus sonrisas.

XI

Voy a confiarte, amada,
uno de los secretos
que más me martirizan. Es el caso
que a las veces mi ceño
tiene en un punto mismo
de cólera y esplín los fruncimientos.
O callo como un mudo,
o charlo como un necio,
salpicando el discurso
de burlas, carcajadas y dicterios.
¿Qué me miran? Agravio.
¿Me han hablado? Zehiero.
Medio loco de atar, medio sonámbulo,
con mi poco de cuerdo.

¡Cómo bailan, en ronda y remolino,
por las cuatro paredes del cerebro
repicando a compás sus consonantes
mil endiablados versos
que imitan, en sus cláusulas y ritmos,
las músicas macabras de los muertos!
¡Y cómo se atropellan,
para saltar a un tiempo,
las estrofas sombrías,
de vocablos sangrientos,
que me suele enseñar la musa pálida,
la triste musa de los días negros!
Yo soy así. ¡Qué se hace! ¡Boberías
de soñador neurótico y enfermo!
¿Quieres saber acaso
la causa del misterio?
Una estatua de carne
me envenenó la vida con sus besos.
Y tenía tus labios, lindos, rojos,
y tenía tus ojos, grandes, bellos...

XII

¿Que no hay alma? ¡Insensatos!
Yo la he visto: es de luz...
(Se asoma a tus pupilas
cuando me miras tú).

¿Que no hay cielo? ¡Mentira!
¿Queréis verle? Aquí está.
(Muestra, niña gentil,
ese rostro sin par,
y que de oro lo bañe
el sol primaveral).

¿Que no hay Dios? ¡Qué blasfemia!
Yo he contemplado a Dios...
(En aquel casto y puro
primer beso de amor,
cuando de nuestras almas
las nupcias consagró).

¿Que no hay infierno? Sí, hay...
(Cállate, corazón,
que esto, bien, por desgracia,
lo sabemos tú y yo).

XIII

—Allá está la cumbre.
¿Qué miras?—Un astro.
—¿Me amas?—¡Te adoro!
—¿Subimos?—¡Subamos!

—¿Qué ves?—Una aurora
fugitiva y pálida.
—¿Qué sientes?—Anhelos.
—Esa es la esperanza.

—¿Qué alientos de vida!
¡Qué fuegos de sol!
¡Qué luz tan radiante!
—¡Ese es el amor!

—¿Qué ves a tus plantas?
—Un profundo abismo.
—¿Tiemblas?—Tengo miedo...
—¡Ese es el olvido!

Pero no tiembles ni temas:
bajo el sacro cielo azul,
para el que ama no hay abismos,
porque tiene alas de luz.

XIV

El ave azul del sueño
sobre mi frente pasa.
tengo en mi corazón la primavera
y en mi cerebro el alba.
Amo la luz, el pico de la tórtola,
la rosa y la campánula,
el labio de la virgen
y el cuello de la garza.
¡Oh, Dios mío, Dios mío!...
 Sé que me ama...

Cae sobre mi espíritu
la noche negra y trágica;
busco el seno profundo de sus sombras
para verter mis lágrimas.
Sé que en el cráneo puede haber tormentas,
abismos en el alma
y arrugas misteriosas
sobre las frentes pálidas.
¡Oh, Dios mío, Dios mío!...
 Sé que me engaña.

XV

LO QUE YO TE DARIA

Un cestillo de blancas azucenas
donde una mano leve
coloque entre armonías y rumores
rocío transparente;
un rayo misterioso de la luna
empapada en el éter;
un eco de las arpas que resuenan
y el corazón conmueven;
un beso de un querube en tus mejillas;
algo apacible y leve,
y escrita sobre la hoja de albo lirio,
una rima de Bécquer.

Valparaíso, 1887.

**Canto épico a las glorias
de Chile**

CANTO EPICO A LAS GLORIAS DE CHILE

¡Oh Patria! Oh Chile pues que altiva ostentas
Tras de luchas sangrientas
Tus victorias de paz por todas partes;
Puesto que tus baluartes
Brillan immaculados;
Puesto que tras los choques de la guerra
Tus bravias legiones de soldados
En fecundas tareas productoras
Hieren la negra tierra
Con sus corvos arados;
Pues que tus naves de cortantes proras
Llevan tu nombre a puertos dilatados,
Puesto que bajo el cielo azul, inmenso,
Te brindan como espléndido tesoro
Las fábricas su incienso,
El mar sus aguas y los montes su oro;
Descansan, y los bravos adalides;
Puesto que escrita está en los corazones
La vasta historia de tus vastas lides;

Puesto que tu bandera
Flamea al sol, y el mundo americano
Ve cual cubre la erguida cordillera
Y el profundo oceano;
Da ¡oh Patria! luz y aliento
Para cantar tus glorias inmortales;
Que ha llegado el momento
En que suenen al viento
Los clarines sonoros y triunfales.

Los viejos griegos, cuando audaz volvía,
Líricamente erguido, sobre el carro
De oro del triunfo el vencedor bizarro,
En heroica alegría,
Al eco de las arpas victoriosas
Ponían en su casco la guirnalda
De laurel, y la palma de esmeralda
Al caballo de guerra
Que iba pisando rosas
Regadas por la tierra.
Si sucumbía en el feroz combate,
En los labios del vate
Estaba la epopeya, y en el sacro
Empuje del cincel el simulacro.
Nosotros los chilenos,
Cual los viejos helenos,
Dimos guirnaldas y canciones
A aquellos indomables batallones
Que tornaron serenos
De luchar y vencer como leones,
Y de salvar la patria como buenos.
Saludamos a Condell cuando vino
Bello como un dios joven y triunfante,

Ciñéndole el destino
En la frente radiante
Los lauros del guerrero y del marino.

¡Oh, y los rudos y bravos granaderos,
Con sus velocidades
Y sus arrojos fieros;
Mitad centauros y mitad guerreros!
Fueron sus escuadrones tempestades
En medio de los campos forasteros
Con vuelo de huracán. ¡Y qué hora aquella,
Cuando en montes peruanos
Dejó la media luna de su huella
El casco de los potros araucanos!
¡Y qué hora la sagrada de aquel día
En que, de las montañas y desiertos
La gran infantería
Volvió, y firmes y altivos
Los que llegaron vivos
Nos trajeron memorias de los muertos!
¿Qué voz chilena no bendice ufana
Las banderas del Buin? ¿Quién no renombra
A Ramírez, que asombra
En su muerte espartana?
Y todos, los infantes,
Los leales caballeros,
Los audaces marinos,
Los que murieron antes
Que rendirse, los bravos artilleros,
Pechos adamantinos,
Que cual Riquelme el fuerte,
A las fijas miradas de la historia
Penetran en la muerte,
Saludando con salvas a la gloria.

¡Y Prat!... He aquí la cumbre;
He aquí la sacra lumbre
Inmortal, la epopeya en el abismo,
El valor soberano;
Leyenda del heroísmo
Sobre el hondo oceano,
Prat resplandece, inspira
Implacable y soberbio; tuvo el soplo
Sagrado: a él, pues, entonces
Los trémulos bordones de la lira,
Y el himno que el escoplo
Arranca de los mármoles y bronces.

Arturo era el marino,
Arturo era el guerrero
Humilde que el destino
Tornara digno de la voz de Homero.
No era el hercúleo y fuerte
Adalid de alta talla
Y músculos de acero;
Antes noble garzón a quien la muerte
En medio del fragor de la batalla
Convirtiera en coloso.
La gloriosa bandera
Con su estrella de luces soberanas
Flota sobre el penol; el borrascoso
Ponto cruza ligera,
Y el tricolor de Chile va orgulloso
En la barca de Arturo, mar afuera.

¡Oh, la vieja corbeta
Con sus velas al sol! Ave rendida
Que sobre la onda inquieta
Bajo la luz vibrante y encendida

Las alas desplegaron al mar bravío.
Brotaba de ella un soplo de victoria,
Soplo vasto del viejo poderío
Y de la antigua gloria;
Pues del viento al arrullo
Y al ronco son del trueno,
Aun sostenía en alto el santo orgullo
Del pabellón chileno.
Cuando en Iquique Prat halla la muerte
El héroe se convierte
En semi-dios; el cielo constelado
De la chilena gloria, se ilumina
Con luz de sol; el astro tiene su orto
Y surge immaculado.
Cuando cayó la encina
La floresta tembló. Pero cayendo
El árbol con estruendo,
Al mundo americano dejó absorto.
¡He aquí la suprema
Inspiración, el tema
Altísimo, la gloria
Más grande y pura en la chilena historia!

¡Oh, las antiguas arpas de los troncos
De las inmensas selvas primitivas,
Cuerdas sonantes y bordones roncoss
Para músicas altas y expresivas!
¡Oh, el relámpago vivo y subitáneo
Que del hondo infinito se desprende,
Que el corazón enciende
Y que ilumina el cráneo!
¡Oh, los heroicos ritmos! ¡Oh, la nota
Y el estremecimiento de la lira!
¡Oh, el aliento de Dios que solo flota

Sobre aquel escogido a quien inspira!
¡Oh, la expresión de las hercúleas razas
Y las hímnicas pompas.
Que con ruido de yelmos y corazas
Al son brotaron de las áureas trompas!
Bajo el blanco fulgor del firmamento
Hoy resuenan al viento
Los clarines sonoros y triunfales.
¡Patria! canta mi acento
La mayor de tus glorias inmortales!

I

Iquique despertaba. Era la hora
De los primeros ecos de la tierra
Y los primeros himnos de la aurora.
Dos navíos de guerra
Que llevan arbolada
La bandera de Chile, al rumoreo
Del nuevo día, listos en la rada
Están para el bloqueo.
Chile se alza, e inicia
Así las grandes luchas en que noble
Llevará como enseña la justicia.
Contra enemigo doble
Envía sus ardientes escuadrones
A los campos guerreros;
Y desplegando al viento sus pendones,
Aprestan sus cañones
Y se lanzan al mar sus marineros.
Esas dos naves que al nacer el día,
De Iquique en la bahía,
Dora el reflejo pálido
De un sol de rayos tenues y dudosos,

Son aquella Esmeralda,
Vieja como un inválido
De los tiempos gloriosos,
Y Covadonga, débil y pequeña,
Más viva y zahareña.
Esas dos naves solas
Rigen dos capitanes
Hechos a oír bajo sus pies las olas
Y sobre sus cabezas huracanes.
¡Prat! ¡Condell! ¡Qué guerreros
Para cantos de Iliadas
Y estrofas de futuros romanceros!
Mas ¿por qué con mirada escrutadora
Y contemplando el horizonte, alerta
Están sobre cubierta
Los marinos? Al brillo de la aurora
Véñse llegar terribles
Dos naves del Perú. Huáscar, primero,
El fuerte monitor, e Independencia;
Ambos irresistibles,
Con la enorme potencia
De su espolón de acero;
Ambos colosos más que paladines,
Ambos de férreos, ponderosos cascos,
Raudos como delfines,
Duros como peñascos.

En tanto que los buques que ostentaban
La bandera chilena
Sus armas aprestaban,
El Huáscar llega altivo. No resuena
Aún la voz de sus cañones ruda.
Grau, del veloz navío
Capitán, deja muda

La tempestad del bronce. Poner miedo
En los débiles piensa. ¡Miedo a aquellos
Ciclópeos paladines,
Transfigurados, bellos
Al clamoroso son de sus clarines!
Por fin el Huáscar lanza
Su primer cañonazo
A la vieja corbeta.
Mientras Prat, que ilumina
Con patriótico fuego y esperanza
A Condell, alma audaz, mente de atleta,
Sobre la ola marina,
«Seguid mis aguas» a decirle alcanza
Con el eco inmortal de su bocina.

Antes de comenzar la gran pelea
Arturo habló a los suyos. De tal guisa
Su faz era la faz de un dios homérico.
Su voz creció sonora y gigantea.
Sus cabellos tocados por la brisa
Hacían de su espléndida cabeza
Una cabeza heroica de inspirado.
Las cornetas marinas han sonado,
Arturo a hablar empieza:
«¡Muchachos! Desigual es la contienda,
Mas nuestro pabellón nunca se ha arriado
Delante el enemigo.
Yo la esperanza abrigo
De que hoy no sea la ocasión de hacerlo.
Mientras yo viva, os juro, esa bandera
Flameará en su lugar; y si yo muero,
Sabrán mis oficiales
Cumplir con su deber». Brotó a raudales
En los pechos ardor. ¿Qué labio calla

Si se desborda como inmenso río
El entusiasmo? El corazón estalla
En la gente chilena.
¡Viva Chile! gritó llena de brío,
Al ruidoso chocar de la metralla
Que en los aires resuena.
Había comenzado la batalla,

Delante el enemigo
Los chilenos se miran en sus puestos.
Covadonga al abrigo
Del pueblo que atalaya
La lucha desigual desde la playa;
Esmeralda en la liza. Así dispuestos
Estaban los audaces.
A sus mil repetidas explosiones,
Ya la vieja Esmeralda pierde, agota
Su vigor; salta, brota
El agua a borbotones
Por su caldera rota.
Lenta va. Puede aún de la ribera
Al lado de occidente,
Cerca llegar. Se siente
Resonar por doquiera
Sordo rugir de tempestad; se escucha
El cañoneo de la inmensa lucha.
Es que empieza magnífico,
Bello, terrible, de grandeza homérica,
El combate más vasto que dió América
Sobre las anchas olas del Pacífico.

Mientras que la Esmeralda respondía
Con sus escasas fuerzas al ataque,
La débil Covadonga recibía

Un grueso proyectil. A las rompientes
Acercóse después de la cercana
Isla, que la veloz Independencia
Venía con violencia,
Ostentando sus fuegos imponentes
Pujante y soberana.
Y la Esmeralda entonces,
Que apercebida estaba
Resistiendo del Huáscar a los bronces,
De su puesto estratégico lanzaba
Carteros cañonazos;
Mas iban a caer a los aguajes
Las granadas deshechas en pedazos
Del navío al chocar en los blindajes.
El poderoso monitor, que yerra
Los bruscos tiros que al chileno lanza,
Con sus fuegos alcanza
A los suyos en tierra.
Y los de tierra entonces en su saña
A la Esmeralda viendo aún más fiera,
Con seguros cañones de campaña
La atacaron también de la ribera.
Y la humeante corbeta resistía,
Y en su cubierta, que era
Incendio, se luchaba y se moría
Al pie de la bandera.
Oculto el enemigo
Ataca en tierra. La Esmeralda luego
Avanza al norte, por quedar del fuego
De la costa al abrigo.
Un proyectil que vino
Del Huáscar disparado,
Alcanzóla rugiendo en el camino,
Y con fragor le destrozó el costado.

Retumbando el cañón a cada instante
Y entre lluvias de fuego y de metralla
Al esplendor del cielo, áureo y brillante,
Seguía la batalla.

II

¡Y Prat! Vérselo pudo en el terrible
Trance siempre impasible,
La espada a la cintura, la marina
Gorra cuyos galones
Chispean a la luz, puesta de lado,
Y la ronca bocina
En la diestra, inspirado
Al áspero tronar de los cañones.
Había algo de olímpico en la altiva
Frente de aquel soldado.
¿Sopló un viento sagrado
Sobre aquella cabeza pensativa?
¿Bajó acaso de la alta
Región de la infinita
Cumbre, la luz que exalta,
El soplo que los montes decapita,
El rayo que de hogueras divinales,
Con fulgores intensos
Va a encender los espíritus inmensos
De los Heroicos hombres inmortales?

¡Sí!... Pasó sobre Arturo
Un ala apocalíptica y enorme,
Y tuvo la visión de lo futuro.
Vió como entre una luz increada, informe,
El misterioso porvenir: la Historia
Dando a su patria el lauro de victoria,

Y señalando en su imborrable juicio
Para él el sacrificio,
Para Chile la gloria.
Vió a Latorre vengándole el primero
Con el Huáscar en guerra,
Y llevando a las playas de su tierra
Encadenado al Leviatán de acero;
En San Francisco vió fuerzas humanas
De los triunfos solemnes en las horas,
Y dando al aire sus marciales dianas
Las vibrantes cornetas vencedoras.
Vió en Pisagua los patrios pabellones
Sublimes al rugir de los cañones.
Y vió a Vergara y su legión de sables
En sus caballos de orgullosa estampa,
Vencer con sus tropeles formidables
En las sierras abruptas de Jaspampa.
Vió surgir al invicto Baquedano;
Y aquel grupo de impávidos mineros
Que asaltando la cumbre inaccesible
En los Angeles, fueron al peruano
Como invasión de cóndores ligeros
De vuelo colosal e irresistible.
Vióle luego en el Alto de la Alianza
Contra doble enemigo combatiendo,
Dominante al estruendo
Del horrible clamor de la matanza.
Y a sus osadas huestes
En Arica elevar sobre las rocas
De las cumbres agrestes
Del Morro sus enseñas,
Tomar del enemigo los cañones
Y amordazar sus bocas
Aventando en pedazos sus cureñas,

Al son de las patrióticas canciones.
Vió de Lurín la hazaña:
Del gran Puchacamac junto a la ruina
La bandera Chilena que domina
Flotar sobre las tiendas de campaña.
Y vió Morro Solar, San Juan, Chorrillos;
La sangre, el hierro, el fuego.
Y apareció Patricio Lynch. Y luego
Llegó aquella santa hora
En que en nombre de Chile bendecido
Recibiera la mano vencedora
La espada del vencido.
Y vió allá en Miraflores
A los chilenos siempre triunfadores,
Luego ¿qué contempló?... Su pecho late
En vivas conmociones;
En la oscura humareda del combate
Halla el aire que ensancha sus pulmones.
¡Oh transfiguración! Mírase fuerte
Al borde del profundo precipicio;
Su patria será grande con su muerte,
Y él se apronta al sublime sacrificio.
¡Vió que en triunfal desfile
Entraba a Lima, la opulenta y bella,
El poderoso ejército de Chile;
La Victoria en las palmas de su carro
Al llegar a los duros campamentos;
Y al fin, izada por la vez tercera
Sobre el regio palacio de Pizarro
A las caricias de los cuatro vientos,
Como un himno inmortal, nuestra bandera!...
Y la visión cesó.

III

Grau ha advertido
Que el viejo barco a balas de cañones
No puede ser vencido.
Retrocedió. Las ígneas explosiones
Cesaron. Pone ahora
A la Esmeralda la ferrada prora.
El agudo espolón en el empuje
De la rauda carrera
Se ha hundido en el navío, y se abre y cruje
El casco de madera.
El tosco acero penetró en lo interno
De la vieja corbeta desgarrada,
Como toro feroz que clava el cuerno
Y el vientre rompe de la res cansada.

Entonces ¡oh grandeza!
Asido a la baranda, en la toldilla
Inclinada, está Prat. Ved. Algo brilla,
Ciñendo como un nimbo su cabeza.
Relampagueante brota
De sus ojos un algo de sublime,
Llama que se comprime
Y ardiendo salta de su cárcel rota.
Veía al Huáscar férreo, poderoso,
Con su espolón clavado
En el débil costado
De su barco glorioso;
Y así, resplandeciente de coraje,
Lanzado por empuje sobre-humano,
Lleno de augusto brillo,
Gritando «¡al abordaje!»

Cayó sobre el castillo
Del monitor peruano.
Fué salto de león que se acorrala
Con la ira y el rugido dentro el seno,
Vuelo de cóndor que despliega el ala
Y va a la nube que fulmina el trueno.

La voz del héroe se apagó en el crudo
Resonar de la humeante batería.
Mas no está solo. Pudo
Aldea, el bravo Aldea,
Acompañar a Prat en aquel día
En su hazaña grandiosa y gigantea.
Era el vivaz sargento
Espíritu y aliento,
Músculo y corazón; el soberano
Compuesto que al calor de nuestros soles
Aduna a sangre y nervios españoles
La médula de león del araucano.
Era el roto bravío,
Pecho de caballero
Que pelea con brío
Y sucumbe altanero.
Prat está sobre el Huáscar. La cubierta
Del férreo monitor mira desierta;
Y así avanza atrevido,
La frente tempestuosa y admirable;
Y blandiendo la espada, el brazo erguido,
Como héroe apercebido
Para lucha sangrienta y formidable.
Pero ¿con quién luchar? Nadie aquel reto
Aceptó mano a mano y frente a frente,
Ante el cielo y el mar. Y de repente
Las balas de un blindado parapeto

Arrancaron la vida del valiente.
De la luz meridiana a los fulgores,
Al águila altanera
Fusilaron así los cazadores,
Trémulos de pavor en su trinchera.
Aldea, que a aquel grito
De ¡abordaje! saltó firme y seguro,
Siguiendo siempre al capitán Arturo,
Se hundió también con él en lo infinito.

Muerto Prat, es Uribe quien el mando
Del navío recibe,
Mientras se sigue sin cesar luchando.
El arrogante Uribe
Llamó a sus oficiales a consejo.
¡Todos piensan como él! Piensan que el viejo
Barco en la hora postrera
Al poderoso vencedor confunda,
Y ostentando en el tope su bandera
Que se incendie o que se hunda.
Aún no habían tornado
A sus puestos los fieles campeones,
Cuando el Huáscar lanzado
Al fogoso vigor de sus pulmones,
Dió a la Esmeralda una segunda herida
Con el recio espolón. A la embestida,
Sintiendo hervir su sangre de chileno,
De Prat con el ejemplo sobrehumano,
Saltó el audaz Serrano
Y murió como bueno
Al abordar el monitor peruano.
Y quedó junto a Prat, todo sangriento,
Cadáver de faz trágica y ceñuda,

Como protesta muda
Bajo el azul del hondo firmamento.

¡La Esmeralda se hundía!
Exhausta ya de fuerza y de soldados
Sólo de cuando en cuando respondía
Del Huáscar a los tiros redoblados.
¡Qué cuadro! Por doquiera
Sangre, muerte y horror. ¡No hay quien vacile!
Todos persisten con audacia fiera
Bajo el sagrado pabellón de Chile.
¡Ah, ved a Crispín Reyes, el impávido,
Al bronce del corneta que ha caído,
Presta su aliento, y ávido,
Epicamente bello
De venganza, pujante, enfurecido,
Toca a plenos pulmones a degüello!
A aquel marino de alma extraordinaria
En profundos ardores encendida,
Una bala contraria
Le arrancó la corneta con la vida.
La Esmeralda se hundía
Deshecha y humeante,
Y el monitor triunfante
Cañoneaba al cadáver todavía.
Entonces fué cuando Riquelme, brazo
Heroico, alma de luz, la muerte viendo,
Hizo repercutir el ronco estruendo
Del postrer cañonazo.
El horizonte límpido y sereno
Puebla el eco sonoro que retumba
Como un último trueno
En el profundo seno
De un monte colosal que se derrumba.

El Huáscar se lanzó por vez tercera,
Y al golpe del acero áspero y frío
Se sintió traquear la nave entera.
¡Por fin, se hundió el navío
Que a Chile glorias sin iguales diera!
Primero el casco, fúnebre y sombrío,
Y después, siempre al tope, la bandera.

En la región de las inmensas almas
Debe haberse sentido en esas horas
Como un ruido de palmas
Y un despertar de auroras.
¡Oh, Patria! ¡Oh, Chile!... Así acabó, magnífico,
Solemne, hermoso, de grandeza homérica,
Sobre las anchas olas del Pacífico
El combate más vasto que vió América!

“Azul”

«AZUL» (1)

EL REY BURGUÉS

(*Canto alegre*)

Amigo! El ciel está opaco, el aire frío, el día triste. Un cuento alegre... así como para distraer las hermosas y grises melancolías, helo aquí:

Había en una ciudad inmensa y brillante un rey muy poderoso, que tenía trajes caprichosos y ricos, esclavas desnudas, blancas y negras, caballos de largas crines, armas flamantísimas, galgos rápidos y monteros con cuernos de bronce, que llenaban el viento con sus fanfarrias. ¿Era un rey poeta? No, amigo mío: era el Rey Burgués.

Era muy aficionado a las artes el soberano, y favorecía con

(1) Hemos reproducido en esta selección de las obras de juventud del poeta, la primitiva edición de «Azul», publicada en Valparaíso. Más tarde fué completada con cuentos y poemas nuevos.

gran largueza a sus músicos, a sus hacedores de ditirambos, pintores, escultores, boticarios, barberos y maestros de esgrima.

Cuando iba a la floresta, junto al corzo o jabalí herido y sangriento, hacía improvisar a sus profesores de retórica canciones alusivas; los criados llenaban las copas de vino de oro que hierve, y las mujeres batían palmas con movimientos rítmicos y gallardos. Era un rey sol, en su Babilonia llena de músicas, de carcajadas y de ruido de festín. Cuando se hastiaba de la ciudad bullente, iba de caza atronando el bosque con sus tropeles, y hacía salir de sus nidos a las aves asustadas, y el vocerío repercutía en lo más escondido de las cavernas. Los perros de patas elásticas iban rompiendo la maleza en la carrera, y los cazadores, inclinados sobre el pescuezo de los caballos, hacían ondear los mantos purpúreos y llevaban las caras encendidas y las cabelleras al viento.

El rey tenía un palacio soberbio donde había acumulado riquezas y objetos de arte maravillosos. Llegaba a él por entre grupos de lilas y extensos estanques, siendo saludado por los cisnes de cuellos blancos, antes que por los lacayos estirados. Buen gusto. Subía por una escalera llena de columnas de alabastro y de esmaragdina, que tenía a los lados leones de mármol, como los de los troncos salomónicos. Refinamiento. A más de los cisnes, tenía una vasta pajarera, como amante de la armonía, del arrullo, del trino; y cerca de ella iba a ensanchar su espíritu, leyendo novelas de M. Ohnet, o bellos libros sobre cuestiones gramaticales, o críticas hermosillescas. Eso sí; defensor acérrimo de la corrección académica en letras, y del modo lamido en artes; alma sublime amante de la lija y de la ortografía.

¡Japonerías! ¡Chinerías! Por lujo y nada más.

Bien podía darse el placer de un salón digno del gusto de un Goncourt y de los millones de un Creso: quimeras de bronce

con las fauces abiertas y las colas enroscadas, en grupos fantásticos y maravillosos; lacas de Kioto con incrustaciones de hojas y ramas de una flora monstruosa, y animales de una fauna desconocida; mariposas de raros abanicos junto a las paredes, peces y gallos de colores; máscaras de gestos infernales y con ojos como si fuesen vivos; partesanas de hojas antiquísimas y empuñaduras con dragones devorando flores de loto; y en conchas de huevo, túnicas de seda amarilla, como tejidas con hilo de araña, sembradas de garzas rojas y de verdes matas de arroz; y tibores, porcelanas de muchos siglos, de aquellas en que hay guerreros tártaros con una piel que les cubre hasta los riñones, y que llevan arcos estirados y manojos de flechas.

Por lo demás, había el salón griego, lleno de mármoles: diosas, musas, ninfas y sátiros; el salón de los tiempos galantes, con cuadros del gran Watteau y de Chardin; dos, tres, cuatro, ¡cuántos salones!

Y Mecenas se paseaba por todos, con la cara inundada de cierta majestad, el vientre feliz y la corona en la cabeza, como un rey de naipes.

Un día le llevaron una rara especie de hombre ante su trono, donde se hallaba rodeado de cortesanos, de retóricos y de maestros de equitación y de baile.

—¿Qué es eso?—preguntó.

—Señor, es un poeta.

El rey tenía cisnes en el estanque, canarios, gorriones, senzontes en la pajarera: un poeta era algo nuevo y extraño.

—Dejadle aquí.

Y el poeta.

—Señor, no he comido.

Y el rey:

—Habla y comerás.

Comenzó:

Señor, ha tiempo que yo canto el verbo del porvenir. He tendido mis alas al huracán, he nacido en el tiempo de la aurora: busco la raza escogida que debe esperar, con el himno en la boca y la lira en la mano, la salida del gran sol. He abandonado la inspiración de la ciudad malsana, la alcoba llena de perfumes, la musa de carne que llena el alma de pequeñez y el rostro de polvos de arroz. He roto el arpa adúlona de las cuerdas débiles, contra las copas de Bohemia y las jarras donde espumea el vino que embriaga sin dar fortaleza; he arrojado el manto que me hacía parecer histrión o mujer, y he vestido de modo salvaje y espléndido; mi harapo es de púrpura. He ido a la selva donde he quedado vigoroso y ahito de leche fecunda y licor de nueva vida; y en la ribera del mar áspero, sacudiendo la cabeza bajo la fuerte y negra tempestad, como un ángel soberbio, o como un semidiós olímpico, he ensayado el yambo dando al olvido el madrigal.

He acariciado a la gran Naturaleza, y he buscado el calor del ideal, el verso que está en el astro en el fondo del cielo, y el que está en la perla en lo profundo del Océano. ¡He querido ser pujante! Porque viene el tiempo de las grandes revoluciones, con un Mesías todo luz, todo agitación y potencia, y es preciso recibir su espíritu con el poema que sea arco triunfal, de estrofas de acero, de estrofas de oro, de estrofas de amor.

¡Señor, el arte no está en los fríos envoltorios de mármol, ni en los cuadros lamidos, ni en el excelente señor Ohnet! ¡Señor! El arte no viste pantalones, ni habla en burgués, ni pone los puntos en todas las íes. El es augusto, tiene mantos de oro, o de llamas, o anda desnudo, y amasa la greda con fiebre, y pinta con luz, y es opulento, y da golpes de ala como las águilas o *zarpazos* como los leones. Señor, entre un Apolo y un ganso, preferid el Apolo, aunque el uno sea de tierra cocida y el otro de marfil.

¡Oh, la poesía!

¡Y bien! Los ritmos se prostituyen, se cantan los lunares de

las mujeres y se fabrican jarabes poéticos. Además, señor, el zapatero critica mis endecasílabos, y el señor profesor de farmacia pone puntos y comas a mi inspiración. Señor, ¡y vos lo autorizáis todo esto!... El ideal, el ideal...

El rey interrumpió:

—Ya habéis oído. ¿Qué hacer?

Y un filósofo al uso:

—Si lo permitís, señor, puede ganarse la comida con una caja de música; podemos colocarle en el jardín, cerca de los cisnes, para cuando os paseéis.

—Sí—dijo el rey; y dirigiéndose al poeta—: Daréis vueltas a un manubrio. Cerraréis la boca. Haréis sonar una caja de música que toca valsos, cuadrillas y galopas, como no preferáis moriros de hambre. Pieza de música por pedazo de pan. Nada de jerigonzas, ni de ideales. Id.

Y desde aquel día pudo verse a la orilla del estanque de los cisnes, al poeta hambriento que daba vueltas al manubrio; tiririrín, tiririrín... ¡avergonzado a las miradas del gran sol! ¿Pasaba el rey por las cercanías? ¡Tiririrín, tiririrín...! ¿Había que llenar el estómago? ¡Tiririrín! Todo entre las burlas de los pájaros libres que llegaban a beber rocío en las lilas floridas; entre el zumbido de las abejas que le picaban el rostro y le llenaban los ojos de lágrimas... ¡lágrimas amargas que rodaban por sus mejillas y que caían a la tierra negra!

Y llegó el invierno, y el pobre sintió frío en el cuerpo y en el alma. Y su cerebro estaba como petrificado, y los grandes himnos estaban en el olvido, y el poeta de la montaña coronada de águilas, no era sino un pobre diablo que daba vueltas al manubrio; ¡tiririrín!

Y cuando cayó la nieve se olvidaron de él el rey y sus vasallos; a los pájaros se les abrigó, y a él se le dejó al aire glacial que le mordía las carnes y le azotaba el rostro.

Y una noche en que caía de lo alto la lluvia blanca de plumillas cristalizadas, en el palacio había festín, y la luz de las ara-

ñas reía alegre sobre los mármoles, sobre el oro y sobre las túnicas de los mandarines de las viejas porcelanas. Y se aplaudían hasta la locura los brindis del señor profesor de retórica, cuajados de dáctilos, de anapestos y de pirriquios, mientras en las copas cristalinas hervía el champaña con su burbujeo luminoso y fugaz. ¡Noche de invierno, noche de fiesta! Y el infeliz, cubierto de nieve, cerca del estanque, daba vueltas al manubrio para calentarse, tembloroso y aterido, insultado por el cierzo, bajo la blancura implacable y helada, en la noche sombría, haciendo resonar entre los árboles sin hojas la música loca de las galopas y cuadrillas; y se quedó muerto, pensando en que nacería el sol del día venidero, y con él el ideal. . . y en que el arte no vestiría pantalones sino manto de llamas o de oro. . . Hasta que al día siguiente lo hallaron el rey y sus cortesanos, al pobre diablo de poeta, como gorrión que mata el hielo, con una sonrisa amarga en los labios, y todavía con la mano en el manubrio.

¡Oh, mi amigo! El cielo está opaco, el aire frío, el día triste. Flotan brumosas y grises melancolías. . .

Pero ¡cuánto calienta el alma una frase, un apretón de manos a tiempo! Hasta la vista.

EL SÁTIRO SORDO

(*Cuento griego*)

Habitaba cerca del Olimpo un sátiro, y era el viejo rey de su selva. Los dioses le habían dicho: «Goza, el bosque es tuyo; sé un feliz bribón, persigue ninfas y suena tu flauta». El sátiro se divertía.

Un día que el padre Apolo estaba tañendo la divina lira, el sátiro salió de sus dominios y fué osado a subir el sacro monte

y sorprender al dios crinado. Este le castigó tornándole sordo como una roca. En balde de las espesuras de la selva llena de pájaros, se derramaban los trinos y emergían los arrullos. El sátiro no oía nada. Filomela llegaba a cantarle sobre su cabeza enmarañada y coronada de pámpanos, canciones que hacían detenerse los arroyos y enrojecerse las rosas pálidas. El permanecía impassible, o lanzaba sus carcajadas salvajes y saltaba lascivo y alegre cuando percibía por el ramaje lleno de brechas alguna cadera blanca y rotunda que acariciaba el sol con su luz rubia. Todos los animales le rodeaban como a un amo a quien se obedece.

A su vista, para distraerle, danzaban coros de bacantes encendidas en su fiebre loca, y acompañaban la armonía, cerca de él, faunos adolescentes, como hermosos efebos, que le acariciaban reverentemente con su sonrisa; y aunque no escuchaba ninguna voz, ni el ruido de los clótalos, gozaba de distintas maneras. Así pasaba la vida este rey barbudo, que tenía patas de cabra.

Era sátiro caprichoso.

Tenía dos consejeros áulicos: una alondra y un asno. La primera perdió su prestigio cuando el sátiro se volvió sordo. Antes, si cansado de su lascivia soplabla su flauta dulcemente, la alondra le acompañaba.

Después en su gran bosque, donde no oía ni la voz del olímpico trueno, el paciente animal de las largas orejas le servía para cabalgar, en tanto que la alondra, en los apogeos del alba, se le iba de las manos, cantando camino de los cielos.

La selva era enorme. De ella tocaba a la alondra la cumbre; al asno, el pasto. La alondra era saludada por los primeros rayos de la aurora; bebía rocío en los retoños, despertaba al roble diciéndole: «Viejo roble, despiértate». Se deleitaba con un beso del sol: era amada por el lucero de la mañana. Y el hondo azul, tan grande, sabía que ella, tan chica, existía bajo su inmensidad.

El asno (aunque entonces no había conversado con Kant) era experto en filosofía, según el decir común. El sátiro, que le veía ramonear en la pastura, moviendo las orejas con aire grave, tenía alta idea de tal pensador. En aquellos días el asno no tenía como hoy tan larga fama. Moviendo sus mandíbulas, no se habría imaginado que escribiesen en su loa Daniel Heinsins, en latín; Passerat, Buffón y el gran Hugo, en francés; Posada y Valderrama, en español.

El, pacienzudo, si le picaban las moscas, las espantaba con el rabo, daba coces de cuando en cuando y lanzaba bajo la bóveda del bosque el acorde extraño de su garganta. Y era mimado allí. Al dormir su siesta sobre la tierra negra y amable, le daban su olor las hierbas y las flores. Y los grandes árboles inclinaban sus follajes para hacerle sombra.

Por aquellos días, Orfeo, poeta, espantado de la miseria de los hombres, pensó huir a los bosques, donde los troncos y las piedras le comprenderían y escucharían con éxtasis, y donde él podría temblar de armonía y fuego de amor y de vida al sonar de su instrumento.

Cuando Orfeo tañía su lira había sonrisa en el rostro apolíneo. Demeter sentía gozo. Las palmeras derramaban su polen, las semillas reventaban, los leones movían blandamente su crin. Una vez voló un clavel de su tallo hecho mariposa roja, y una estrella descendió fascinada y se tornó flor de lis.

¿Qué selva mejor que la del sátiro, a quien él encantaría, donde sería tenido como un semidiós; selva toda alegría, y danza y belleza y lujuria; donde ninfas y bacantes eran siempre acariciadas y siempre vírgenes; donde había uvas y rosas y ruido de sistros, y donde el rey caprípede bailaba delante de sus faunos beodo y haciendo gestos como Sileno?

Fué con su corona de laurel, su lira, su frente de poeta orgulloso, erguido y radiante.

Llegó hasta donde estaba el sátiro velludo y montaraz, y para

pedirle hospitalidad, cantó. Cantó del gran Jove, de Eros y de Afrodita, de los centauros gallardos y de las bacantes ardientes: cantó la copa de Dionisio, y el tirso que hiere el aire alegre, y a Pan, Emperador de las montañas, Soberano de los bosques, dios sátiro que también sabía cantar. Cantó de las intimidades del aire y de la tierra, gran madre. Así explicó la melodía de un arpa eolia, el susurro de una arboleda, el ruido ronco de un caracol y las notas armónicas que brotan de una siringa. Cantó del verso, que baja del cielo y place a los dioses, del que acompaña el bárbitos en la oda y el tiempo en el peán. Cantó los senos de nieve tibia y las copas del oro labrado, y el buche del pájaro y la gloria del sol.

Y desde el principio del cántico brilló la luz con más fulgores. Los enormes troncos se conmovieron, y hubo rosas que se deshojaron y lirios que se inclinaron lánguidamente como en un dulce desmayo. Porque Orfeo hacía gemir los leones y llorar los guijarros con la música de su lira rítmica. Las bacantes más furiosas habían callado y le oían como en un sueño. Una náyade virgen a quien nunca ni una sola mirada del sátiro había profanado, se acercó tímida al cantor y le dijo: «Yo te amo». Filomela había volado a posarse en la lira como la paloma anacreóntica. No hubo más eco que la voz de Orfeo. Naturaleza sentía el himno. Venus, que pasaba por las cercanías, preguntó de lejos con su divina voz: «¿Está aquí acaso Apolo?»

Y en toda aquella inmensidad de maravillosa armonía, el único que no oía nada era el sátiro sordo.

Cuando el poeta concluyó, dijo a éste:—¿Os place mi canto? Si es así, me quedaré con vos en la selva.

El sátiro dirigió una mirada a sus dos consejeros. Era preciso que ellos resolviesen lo que no podía comprender él. Aquella mirada pedía una opinión.

—Señor—dijo la alondra, esforzándose en producir la voz más fuerte de su buche—, quédese quien así ha cantado con

nosotros. He aquí que su lira es bella y potente. Te ha ofrecido la grandeza y la luz rara que hoy has visto en tu selva. Te ha dado su armonía. Señor, yo sé de estas cosas. Cuando viene el alba desnuda y se despierta el mundo, yo me remonto a los profundos cielos y vierto desde la altura las perlas invisibles de mis trinos, y entre las claridades matutinas mi melodía inunda el aire, y es el regocijo del espacio. Pues yo te digo que Orfeo ha cantado bien, y es un elegido de los dioses. Su música embriagó el bosque entero. Las águilas se han acercado a revolar sobre nuestras cabezas, los arbustos floridos han agitado suavemente sus incensarios misteriosos, las abejas han dejado sus celdillas para venir a escuchar. En cuanto a mí, ¡oh señor!, si yo estuviese en lugar tuyo le daría mi guirnalda de pámpanos y mi tirso. Existen dos potencias: la real y la ideal. Lo que Hércules haría con sus muñecas, Orfeo lo hace con su inspiración. El dios robusto despedazaría de un puñetazo al mismo Athos. Orfeo les amansaría con la eficacia de su voz triunfante, a Nemea su león y a Erimanto su jabalí. De los hombres, unos han nacido para forjar los metales, otros para arrancar del suelo fértil las espigas del triguero, otros para combatir en las sangrientas guerras y otros para enseñar, glorificar y cantar. Si soy tu copero y te doy vino, goza tu paladar; si te ofrezco un himno, goza tu alma.

Mientras cantaba la alondra, Orfeo le acompañaba con su instrumento, y un vasto y dominante soplo lírico se escapaba del bosque verde y fragante. El sátiro sordo comenzaba a impacientarse. ¿Quién era aquel extraño visitante? ¿Por qué ante él había cesado la danza loca y voluptuosa? ¿Qué decían sus dos consejeros?

¡Ah! ¡La alondra había cantado; pero el sátiro no oía! Por fin, dirigió su vista al asno.

¿Faltaba su opinión? Pues bien, ante la selva enorme y sonora, bajo el azul sagrado, el asno movió la cabeza de un lado a otro, grave, terco, silencioso, como el sabio que medita.

Entonces, con su pie hendido, hirió el sátiro el suelo, arrugó su frente con enojo, y sin darse cuenta de nada, exclamó, señalando a Orfeo la salida de la selva:

—¡No!...

Al vecino Olimpo llegó el eco, y resonó allá, donde los dioses estaban de broma, un coro de carcajadas formidables que después se llamaron homéricas.

Orfeo salió triste de la selva del sátiro sordo y casi dispuesto a ahorcarse del primer laurel que hallase en su camino.

No se ahorcó, pero se casó con Eurídice.

LA NINFA

(*Cuento parisiense*)

En el castillo que últimamente acaba de adquirir Lesbia, esta actriz caprichosa y endiablada que tanto ha dado que decir al mundo por sus extravagancias, nos hallábamos a la mesa hasta seis amigos. Presidía nuestra Aspasia, quien a la sazón se entretenía en chupar, como niña golosa, un terrón de azúcar húmedo, blanco, entre las yemas sonrosadas. Era la hora del chartreuse. Se veía en los cristales de la mesa como una disolución de piedras preciosas, y la luz de los candelabros se descomponía en las copas medio vacías, donde quedaba algo de la púrpura del borgoña, del oro hirviente del champaña, de las líquidas esmeraldas de la menta.

Se hablaba con el entusiasmo de artistas de buena pasta, tras una buena comida. Eramos todos artistas, quien más, quien menos, y aun había un sabio obeso que ostentaba en la albura de una pechera inmaculada, el gran nudo de una corbata monstruosa.

Alguien dijo:—¡Ah, sí, Fremiét!—Y de Fremiét, se pasó a sus animales, a su cincel maestro, a dos perros de bronce que, cer-

ca de nosotros, uno buscaba la pista de la pieza, y otro, como mirando al cazador, alzaba el pescuezo y arbolaba la delgadez de su cola tiesa y erecta. ¿Quién habló de Mirón? El sabio, que recitó en griego el epigrama del Anacreonte: «Pastor, lleva a pastar más lejos tu boyada, no sea que creyendo que respira la vaca de Mirón, las quieras llevar contigo...»

Lesbia acabó de chupar su azúcar, y con una carcajada argentina:

—¡Bah! Para mí los sátiros. Yo quisiera dar vida a mis bronce, y si esto fuese posible, mi amante sería uno de esos velludos semidiosos. Os advierto que más que a los sátiros adoro a los centauros; y que me dejaría robar por uno de esos monstruos robustos, sólo por oír las quejas del engañado, que tocaría su flauta lleno de tristeza.

El sabio interrumpió:

—Los sátiros y los faunos, los hipocentauros y las sirenas, han existido como las salamandras y el ave Fénix.

Todos reímos; pero entre el coro de carcajadas, se oía irresistible, encantadora, la de Lesbia, cuyo rostro encendido, de mujer hermosa, estaba como resplandeciente de placer.

—Sí—continuó el sabio—: ¿con qué derecho negamos los modernos hechos que afirman los antiguos? El perro gigantesco que vió Alejandro, alto como un hombre, es tan real como la araña Kraken que vive en el fondo de los mares. San Antonio Abad, de edad de noventa años, fué en busca del viejo ermitaño Pablo, que vivía en una cueva. Lesbia, no te rías. Iba el santo por el yermo, apoyado en su báculo, sin saber dónde encontrar a quien buscaba. A mucho andar, ¿sabéis quién le dió las señas del camino que debía seguir? Un centauro; «medio hombre y medio caballo»—dice un autor.—Hablabá como enojado; huyó tan velozmente, que pronto le perdió de vista el santo; así iba galopando el monstruo, cabellos al aire y vientre a tierra.

En ese mismo Viaje, San Antonio vió un sátiro «hombrecillo de extraña figura, estaba junto a un arroyuelo, tenía las narices

corvas, frente áspera y arrugada, y la última parte de su contrahecho cuerpo remataba con pies de cabra».

—Ni más ni menos—dijo Lesbia—. ¡M. de Cocureau, futuro miembro del Instituto!

Siguió el sabio:

—Afirma San Jerónimo que en tiempo de Constantino Magno se condujo a Alejandría un sátiro vivo, siendo conservado su cuerpo cuando murió.

Además, vióle el emperador de Antioquía.

Lesbia había vuelto a llenar su copa de menta, y humedecía su lengua en el licor verde como lo haría un animal felino.

—Dice Alberto Magno, que en su tiempo cogieron a dos sátiros en los montes de Sajonia. Eurico Zormano asegura que en tierras de Tartaria había hombres con sólo un pie y sólo un brazo en el pecho. Vicencio vió en su época un monstruo que trajeron al rey de Francia; tenía cabeza de perro (Lesbia reía). Los muslos, brazos y manos tan sin vello como los nuestros (Lesbia se agitaba como una chicuela a quien hiciesen cosquillas); comía carne cocida y bebía vino con todas ganas.

—¡Colombine!—gritó Lesbia. Y llegó Colombine; una falderilla que parecía un copo de algodón. Tomóla su ama, y entre las explosiones de risa de todos—: ¡Toma, el monstruo que tenía tu cara!

Y le dió un beso en la boca, mientras el animal se estremecía e inflaba las narices como lleno de voluptuosidad.

—Y Filegón Traliano—concluyó el sabio elegantemente—afirma la existencia de dos clases de hipocentauros: una de ellas como elefantes.

—Basta de sabiduría—dijo Lesbia. Y acabó de beber menta.

—Yo estaba feliz. No había desplegado mis labios—. ¡Oh! exclamé—, ¡para mí las ninfas! Yo desearía contemplar esas desnudeces de los bosques y de las fuentes, aunque, como Acteón, fuese despedazado por los perros. ¡Pero las ninfas no existen!

Concluyó aquel concierto alegre con una gran fuga de risas, y de personas.

—¡Y qué!—me dijo Lesbia, quemándome con sus ojos de faunesa y con voz callada para que sólo yo la oyera, ¡las ninfas existen, tú las verás!

Era un día primaveral. Yo vagaba por el parque del castillo, con el aire de un soñador empedernido. Los gorriones chillaban sobre las lilas nuevas, y atacaban a los escarabajos que se defendían de los picotazos con sus corazas de esmeralda, con sus petos de oro y acero. En las rosas el carmín, el bermellón, la onda penetrante de perfumes dulces; más allá las violetas, en grandes grupos, con su color apacible y su olor a virgen. Después, los altos árboles, los ramajes tupidos llenos de mil abejas, las estatuas en la penumbra, los discóbolos de bronce, los gladiadores musculosos en sus soberbias posturas gímnicas, las glorietas perfumadas cubiertas de enredaderas, los pórticos, bellas imitaciones jónicas, cariátides todas blancas y lascivas, y vigorosos telamones del orden atlántico, con anchas espaldas y muslos gigantescos. Vagaba por el laberinto de tales encantos cuando oí un ruido, allá en lo obscuro de la arboleda, en el estanque donde hay cisnes blancos como cincelados en alabastro, y otros que tienen la mitad del cuello del color del ébano, como una perna alba con media negra.

Llegué más cerca. ¿Soñaba? ¡Oh, nunca! Yo sentí lo que tú, cuando viste en su gruta por primera vez a Egeria.

Estaba en el centro del estanque, entre la inquietud de los cisnes espantados, una ninfa, una verdadera ninfa, que hundía su carne de rosa en el agua cristalina. La cadera a flor de espuma parecía a veces como dorada por la luz opaca que alcanzaba a llegar por las brechas de las hojas. ¡Ah! yo ví lirios, rosas, nieve, oro; vi un ideal con vida y forma y oí entre el burbujeo sonoro de la ninfa herida, como una risa burlesca y armoniosa que me encendía la sangre.

De pronto huyó la visión, surgió la ninfa del estanque, semejante a Citerea en su onda, y recogiendo sus cabellos, que goteaban brillantes, corrió por los rosales, tras las lilas y violetas, más allá de los tupidos arbolares, hasta perderse ¡ay!, por un recodo; y quedé yo, poeta lírico, fauno burlado, viendo a las grandes aves alabastrinas como mofándose de mí, tendiéndome sus largos cuellos en cuyo extremo brillaba bruñida el ágata de sus picos.

Después almorzábamos juntos aquellos amigos de la noche pasada; entre todos, triunfante, con su pechera y su gran corbata oscura, el sabio obeso, futuro miembro del Instituto.

Y de repente, mientras todos charlaban de la última obra de Fremiet en el salón, exclamó Lesbia con su alegre voz parisiense:

—¡Te! como dice Tartarín: ¡el poeta ha visto ninfas...! La contemplaron todos asombrados, y ella me miraba, me miraba como una gata, y se reía, como una chiquilla a quien se le hiciesen cosquillas.

EL FARDO

Allá lejos, en la línea como trazada con un lápiz azul, que separa las aguas y los cielos, se iba hundiendo el sol, con sus polvos de oro y sus torbellinos de chispas purpuradas, como un gran disco de hierro candente. Ya el muelle fiscal iba quedando en quietud; los guardas pasaban de un punto a otro, las gorras metidas hasta las cejas, dando aquí y allá sus vistazos. Inmóvil el enorme brazo de los pescantes, los jornaleros se encaminaban a las casas. El agua murmuraba debajo del muelle, y el húmedo viento salado, que sopla de mar afuera a la hora en que la noche sube, mantenía las lanchas cercanas en un continuo cabeceo.

Todos los lancheros se habían ido ya; solamente el viejo tío Lucas, que por la mañana se estropeará un pie al subir una ba-

rrica a un carretón, y que, aunque cojín cojeando había trabajado todo el día, estaba sentado en una piedra, y, con la pipa en la boca, veía triste el mar.

—¡Eh, tío Lucas! ¿Se descansa?

—Sí, pues, patroncito.

Y empezó la charla, esa charla agradable y suelta que me place entablar con los bravos hombres toscos que viven la vida del trabajo fortificante, la que da la buena salud y la fuerza del músculo, y se nutre con el grano del poroto y la sangre hirviente de la viña.

Yo veía con cariño a aquel rudo viejo, y le oía con interés sus relaciones, así, todas cortadas, todas como de hombre basto, pero de pecho ingenuo. ¡Ah, con que fué militar! ¡Conque de mozo fué soldado de Bulnes! ¡Conque todavía tuvo resistencias para ir con su rifle hasta Miraflores! Y es casado, y tuvo un hijo, y...

Y aquí el tío Lucas:

—Sí, patrón, ¡hace dos años que se me murió!

Aquellos ojos, chicos y relumbrantes bajo las cejas grises y peludas, se humedecieron entonces.

—¿Qué cómo se murió? En el oficio, por darnos de comer a todos, a mi mujer, a los chiquitos y a mí, patrón, que entonces me hallaba enfermo.

Y todo me lo refirió, al comenzar aquella noche, mientras las olas se cubrían de brumas y la ciudad encendía sus luces; él, en la piedra que le servía de asiento, después de apagar su negra pipa y de colocársela en la oreja, y de estirar y cruzar sus piernas flacas y musculosas, cubiertas por los sucios pantalones arregados hasta el tobillo.

El muchacho era muy honrado y muy de trabajo. Se quiso ponerlo a la escuela desde grandecito; ¡pero los miserables no deben aprender a leer cuando se llora de hambre en el cuartucho!

El tío Lucas era casado, tenía muchos hijos.

Su mujer llevaba la maldición del vientre de los pobres: la fecundidad. Había, pues, mucha boca abierta que pedía pan; mucho chico sucio que se revolcaba en la basura, mucho cuerpo magro que temblaba de frío; era preciso ir a llevar que comer, a buscar harapos, y, para eso, quedar sin alientos y trabajar como un buey.

Cuando el hijo creció ayudó al padre. Un vecino, el herrero, quiso enseñarle su industria, pero como entonces era tan débil, casi un armazón de huesos, y en el fuelle tenía que echar el bofe, se puso enfermo y volvió al conventillo. ¡Ah, estuvo muy enfermo! Pero no murió. ¡No murió! Y eso que vivían en uno de esos hacinamientos humanos, entre cuatro paredes destartaladas, viejas, feas, en la callejuela inmunda de las mujeres perdidas, hedionda a todas horas, alumbrada de noche por escasos faroles, y donde resuenan en perpetua llamada a las zambras de echa-corvería, las arpas y los acordeones, y el ruido de los marineros que llegan al burdel, desesperados con la castidad de las largas travesías, a emborracharse como cubas y a gritar y patalear como condenados. ¡Sí! Entre la podredumbre, al estrépito de las fiestas tunantescas, el chico vivió, y pronto estuvo sano y en pie.

Luego llegaron sus quince años.

El tío Lucas había logrado, tras mil privaciones, comprar una canoa. Se hizo pescador.

Al venir el alba, iba con su mocetón al agua, llevando los enseres de la pesca. El uno remaba, el otro ponía en los anzuelos la carnada. Volvían a la costa con buena esperanza de vender lo hallado, entre la brisa fría y las opacidades de la neblina, cantando en baja voz algún «triste», y enhiesto el remo triunfante que chorreaba espuma.

Si había buena venta, otra salida por la tarde.

Una de invierno, había temporal. Padre e hijo en la pequeña embarcación, sufrían en el mar la locura de la ola y del viento.

Difícil era llegar a tierra. Pesca y todo se fué al agua, y se pensó en librar el pellejo. Luchaban como desesperados por ganar la playa. Cerca de ella estaban; pero una racha maldita les empujó contra una roca, y la canoa se hizo astillas. Ellos salieron sólo magullados, ¡gracias a Dios!, como decía el tío Lucas al narrarlo. Después, ya son ambos lancheros.

Sí, lancheros; sobre las grandes embarcaciones chatas y negras; colgándose de la cadena que rechina pendiente como una sierpe de hierro del macizo pescante que semeja una horca; remando de pie y a compás; yendo con la lancha del muelle al vapor y del vapor al muelle; gritando, ¡biiooep! cuando se empujan los pesados bultos para engancharlos en la uña potente que los levanta balanceándolos como un péndulo, ¡sí! lancheros; el viejo y el muchacho, el padre y el hijo; ambos a horcajadas sobre un cajón, ambos forcejeando, ambos ganando su jornal, para ellos y para sus queridas sanguijuelas del conventillo.

Ibanse todos los días al trabajo, vestidos de viejo, fajadas las cinturas con sendas bandas coloradas, y haciendo sonar a una sus zapatos groseros y pesados que se quitaban al comenzar la tarea, tirándolos a un rincón de la lancha.

Empezaba el trajín, el cargar y descargar. El padre era cuidadoso:—¡Muchacho, que te rompes la cabeza! ¡Que te coge la mano el chicote! ¡Que vas a perder una canilla!—Y enseñaba, adiestraba, dirigía al hijo, con su modo, con sus bruscas palabras de obrero viejo y de padre encariñado.

Hasta que un día el tío Lucas no pudo moverse de la cama, porque el reumatismo le hinchaba las coyunturas y le taladraba los huesos.

¡Oh! Y había que comprar medicinas y alimentos; eso sí.

—Hijo, al trabajo, a buscar plata; hoy es sábado.

Y se fué el hijo, solo, casi corriendo, sin desayunarse, a la faena diaria.

Era un bello día de luz clara, de sol de oro. En el muelle rodaban los carros sobre sus rieles, crujián las poleas, chocaban las

cadena. Era la gran confusión del trabajo que da vértigo, el son del hierro, traqueteos por doquiera, y el viento pasando por el bosque de árboles y jarcias de los navíos en grupo.

Debajo de uno de los pescantes del muelle estaba el hijo del tío Lucas con otros lancheros, descargando a toda prisa. Había que vaciar la lancha repleta de fardos. De tiempo en tiempo bajaba la larga cadena que remata en un garfio, sonando como una matraca al correr con la roldana; los mozos amarraban los bultos con una cuerda doblada en dos, los enganchaban en el garfio, y entonces éstos subían a la manera de un pez en un anzuelo, o del plomo de una sonda, ya quietos, ya agitándose de un lado a otro, como un badajo, en el vacío.

La carga estaba amontonada. La ola movía pausadamente de cuando en cuando la embarcación colmada de fardos. Estos formaban una a modo de pirámide en el centro. Había uno muy pesado, muy pesado. Era el más grande de todos, ancho, gordo y oloroso a brea. Venía en el fondo de la lancha. Un hombre de pie sobre él, era pequeña figura para el grueso zócalo.

Era algo como todos los prosaísmos de la importación envueltos en lona y fajados con correas de hierro. Sobre sus costados, en medio de líneas y de triángulos negros, había letras que miraban como ojos.—Letras en «diamante»—decía el tío Lucas. Sus cintas de hierro estaban apretadas con clavos cabezudos y ásperos; y en las entrañas tendría el monstruo, cuando menos, linones y percales.

Sólo él faltaba.

—¡Se va el bruto!—dijo uno de los lancheros.

—El Barrigón—agregó otro.

El hijo del tío Lucas, que estaba ansioso de acabar pronto, se alistaba para ir a cobrar y desayunarse, anudándose un pañuelo de cuadros al pescuezo.

Bajó la cadena danzando en el aire. Se amarró un gran lazo en el fardo, se probó si estaba bien seguro, y se gritó: ¡Iza!

mientras la cadena tiraba de la masa chirriando y levantándola en vilo.

Los lancheros, de pie, miraban subir el enorme peso, y se preparaban para ir a tierra, cuando se vió una cosa horrible. El fardo, el grueso fardo, se zafó del lazo, como de un collar holgado saca un perro la cabeza; y cayó sobre el hijo del tío Lucas, que entre el filo de la lanche y el gran bulto quedó con los riñones rotos, el espinazo desencajado y echando sangre negra por la boca.

Aquel día no hubo pan ni medicinas en casa del tío Lucas, sino el muchacho destrozado, al que se abrazaba llorando el reumático, entre la gritería de la mujer y de los chicos, cuando llevaban el cadáver al cementerio.

Me despedí del viejo lanchero, y a pasos elásticos dejé el muelle, tomando el camino de la casa y haciendo filosofía con toda la cachaza de un poeta, en tanto que una brisa glacial, que venía de mar afuera, pellizcaba tenazmente las narices y las orejas.

EL VELO DE LA REINA MAB

La reina Mab, en su carro hecho de una sola perla, tirado por cuatro coleópteros de petos dorados y alas de pedrería, caminando sobre un rayo de sol, se coló por la ventana de una buhardilla donde estaban cuatro hombres flacos, barbudos e impertinentes, lamentándose como unos desdichados.

Por aquel tiempo, las hadas habían repartido sus dones a los mortales. A unos habían dado las varitas misteriosas que llenan de oro las pesadas cajas del comercio; a otros unas espigas maravillosas que al desgranarlas colmaban las trojes de riqueza; a otros unos cristales que hacían ver en el riñón de la madre tierra, oro y piedras preciosas; a quiénes, cabelleras espesas y músculos de Goliat, y mazas enormes para machacar el hierro encendido; y a quiénes, talones fuertes y piernas ágiles para

montar en las rápidas caballerías que se beben el viento y que tienden las crines en la carrera.

Los cuatro hombres se quejaban. Al uno le había tocado en suerte una cantera, al otro el iris, al otro el ritmo, al otro el cielo azul.

La reina Mab oyó sus palabras: Decía el primero.—¡Y bien! ¡Heme aquí en la gran lucha de mis sueños de mármol! Yo he arrancado el bloque y tengo el cincel. Todos tenéis, unos el oro, otros la armonía, otros la luz; yo pienso en la blanca y divina Venus, que muestra su desnudez bajo el plafón color del cielo. Yo quiero dar a la masa la línea y la hermosura plástica; y que circule por las venas de la estatua una sangre incolora como la de los dioses. Yo tengo el espíritu de Grecia en el cerebro, y amo los desnudos en que la ninfa huye y el fauno tiende los brazos. ¡Oh, Fidias! Tú eres para mí soberbio y augusto como un semidiós, en el recinto de la eterna belleza, rey ante un ejército de hermosuras que a tus ojos arrojan el magnífico Kíton, mostrando la esplendidez de la forma en sus cuerpos de rosa y de nieve.

Tu golpeas, hieres y domas al mármol, y suena el golpe armónico como en verso, y te adula la cigarra, amante del sol, oculta entre los pámpanos de la viña virgen. Para ti son los Apolos rubios y luminosos, las Minervas severas y soberanas. Tú, como un mago, conviertes la roca en simulacro y el colmillo del elefante en copa del festín. Y al ver tu grandeza siento el martirio de mi pequeñez. Porque pasaron los tiempos gloriosos. Porque tiemblo ante las miradas de hoy. Porque contemplo el ideal inmenso y las fuerzas exhaustas. Porque a medida que cincelo el bloque me ataraza el desaliento.

Y decía el otro:—Lo que es hoy romperé mis pinceles. ¿Para qué quiero el iris y esta gran paleta de campo florido, si a la postre mi cuadro no será admitido en el salón? ¿Qué abordaré? He recorrido todas las escuelas, todas las inspiraciones artísticas.

He pintado el torso de Diana y el rostro de la Madona. He pedido a las campiñas sus colores, sus matices; he adulado a la luz como a una amada, y la he abrazado como a una querida. He sido adorador del desnudo, con sus magnificencias, con los tonos de sus carnaciones y con sus fugaces medias tintas. He trazado en mis lienzos los nimbos de los santos y las alas de los querubines. ¡Ah, pero siempre el terrible desencanto! ¡el porvenir! ¡Vender una Cleopatra en dos pesetas para poder almorzar!

Y yo, ¡qué podría en el estremecimiento de mi inspiración, trazar el gran cuadro que tengo aquí adentro!

Y decía el otro:—Perdida mi alma en la gran ilusión de mis sinfonías, temo todas las decepciones. Yo escucho todas las armonías, desde la lira de Terpandro hasta las fantasías orquestales de Wagner. Mis ideales brillan en medio de mis audacias de inspirado. Yo tengo la percepción del filósofo que oyó la música de los astros. Todos los ruidos pueden aprisionarse, todos los ecos son susceptibles de combinaciones. Todo cabe en la línea de mis escalas cromáticas.

La luz vibrante es himno, y la melodía de la selva halla un eco en mi corazón. Desde el ruido de la tempestad hasta el canto del pájaro, todo se confunde y enlaza en la infinita cadencia.

Entretanto, no diviso sino la muchedumbre que befa, y la celda del manicomio.

Y el último:—Todos bebemos del agua clara de la fuente de Jonia. Pero el ideal flota en el azul, y para que los espíritus gocen de la luz suprema es preciso que asciendan. Yo tengo el verso que es de miel y el que es de oro, y el que es de hierro candente. Yo soy el ánfora del celeste perfume: tengo el amor. Paloma, estrella, nido, lirio, vosotros conocéis mi morada. Para los vuelos inconmensurables tengo alas de águila que parten a golpes mágicos el huracán. Y para hallar consonantes, los busco en

dos bocas que se juntan; y estalla el beso, y escribo la estrofa, y entonces, si veis mi alma, conoceréis a mi musa. Amo las epopeyas, porque de ellas brota el soplo heroico que agita las banderas que ondean sobre las lanzas y los penachos que tiemblan sobre los cascos; los cantos líricos, porque hablan de las diosas y de los amores; y las églogas, porque son olorosas a verbena y a tomillo, y al santo aliento del buey coronado de rosas. Yo escribiría algo inmortal; mas me abruma un porvenir de miseria y de hambre.

Entonces la reina Mab, del fondo de su cārro hecho de una sola perla, tomó un velo azul, casi impalpable, como formado de suspiros, o de miradas de ángeles rubios y pensativos. Y aquel velo era el velo de los sueños, de los dulces sueños, que hacen ver la vida del color de rosa. Y con él envolvió a los cuatro hombres flacos, barbudos e impertinentes. Los cuales cesaron de estar tristes, porque penetró en su pecho la esperanza, y en su cabeza el sol alegre, con el diablillo de la vanidad, que consuela en sus profundas decepciones a los pobres artistas.

Y desde entonces, en las buhardillas de los brillantes infelices, donde flota el sueño azul, se piensa en el porvenir como en la aurora, y se oyen risas que quitan la tristeza, y se bailan extrañas farándulas alrededor de un blanco Apolo, de un lindo paisaje, de un violín viejo, de un amarillento manuscrito.

LA CANCIÓN DEL ORO

Aquel día, un harapiento, por las trazas un mendigo, tal vez un peregrino, quizá un poeta, llegó, bajo la sombra de los altos álamos, a la gran calle de los palacios, donde hay desafíos de soberbia entre el ónix y el pórfido, el ágata y el mármol; en donde las altas columnas, los hermosos frisos, las cúpulas doradas, reciben la caricia pálida del sol moribundo.

Había tras los vidrios de las ventanas, en los vastos edificios de la riqueza, rostros de mujeres gallardas o de niños encantadores. Tras las rejas se adivinaban extensos jardines, grandes verdos salpicados de rosas y ramas que se balanceaban acompasada y blandamente como bajo la ley de un ritmo. Y allá en los grandes salones, debía de estar el tapiz purpurado y lleno de oro, la blanca estatua, el bronce chino, el tibor cubierto de campos azules y de arrozales tupidos, la gran cortina recogida como una falda, ornada de flores opulentas, donde el ocre oriental hace vibrar la luz en la seda que resplandece. Luego, las lunas venecianas, los palisandros y los cedros, los nácares y los ébanos, y el piano negro y abierto, que ríe mostrando sus teclas como una linda dentadura; y las arañas cristalinas, donde alzan las velas profusas la aristocracia de su blanca cera. ¡Oh, y más allá! Más allá el cuadro valioso, dorado por el tiempo, el retrato que firma Durand o Bounat, y las preciosas acuarelas en que el tono rosado parece que emerge de un cielo puro y envuelve en una onda dulce desde el lejano horizonte hasta la hiedra trémula y humilde. Y más allá...

(Muere la tarde.

Llega a las puertas del palacio un carruaje flamante y charolado. Baja una pareja y entra con tal soberbia en la mansión, que el mendigo piensa: Decididamente, el aguilucho y su hembra van al nido. El tronco, ruidoso y azogado, a un golpe de látigo, arrastra el carruaje haciendo relampaguear las piedras. Noche.)

Entonces en aquel cerebro de loco, que ocultaba un sombrero raído, brotó como un germen de una idea que pasó al pecho, y fué opresión, y llegó a la boca hecho himno que le encendía la lengua y hacía entrechocar los dientes. Fué la visión de todos los mendigos, de todos los suicidas, de todos los borrachos, del harapo y de la llaga, de todos los que viven.—¡Dios mío!—en perpetua noche, tanteando la sombra, cayendo al abismo, por

no tener un mendrugo para llenar el estómago. Y después la turba feliz, el lecho blando, la trufa y el áureo vino que hierve, el raso y muaré que con su roce ríen; el novio rubio y la novia morena cubierta de pedrería y blonda; y el gran reloj que la suerte tiene para medir la vida de los felices opulentos, que, en vez de granos de arena, deja caer escudos de oro.

Aquella especie de poeta sonrió; pero su faz tenía aire dantesco. Sacó de su bolsillo un pan moreno, comió y dió al viento su himno. Nada más cruel que aquel canto tras el mordisco.

¡Cantemos el oro!

Cantemos el oro, rey del mundo, que lleva dicha y luz por donde va, como los fragmentos de un sol despedazado.

Cantemos el oro, que nace del vientre fecundo de la madre tierra; inmenso tesoro, leche rubia de esa ubre gigantesca.

Cantemos el oro, río caudaloso, fuente de la vida, que hace jóvenes y bellos a los que se bañan en sus corrientes maravillosas, y envejece a aquellos que gozan de sus raudales.

Cantemos el oro, porque de él se hacen las tiaras de los pontífices, las coronas de los reyes y los cetros imperiales; y porque se derrama por los mantos como un fuego sólido, e inunda las capas de los arzobispos, y refulge en los altares y sostiene al Dios eterno en las custodias radiantes.

Cantemos el oro, porque podemos ser unos perdidos, y él nos pone mamparas para cubrir las locuras abyectas de la taberna y las vergüenzas de las alcobas adúlteras.

Cantemos el oro, porque al saltar del cuño lleva en su disco el perfil soberbio de los césares; y va a repletar las cajas de sus vastos templos, los bancos, y mueve las máquinas, y da la vida, y hace engordar los tocinos privilegiados.

Cantemos el oro, porque él da los palacios y los carruajes, los vestidos a la moda, y los frescos senos de las mujeres garridas;

y las genuflexiones de espinazos aduladores y las muecas de los labios eternamente sonrientes.

Cantemos el oro, padre del pan.

Cantemos el oro, porque es en las orejas de las lindas damas, sostenedor del rocío del diamante, al extremo de tan sonrosado y bello caracol; porque en los pechos siente el latido de los corazones, y en las manos a veces es símbolo de amor y de santa promesa.

Cantemos el oro, porque tapa las bocas que nos insultan; detiene las manos que nos amenazan, y pone vendas a los pillos que nos sirven.

Cantemos el oro, porque su voz es música encantada; porque es heroico y luce en las corazas de los héroes homéricos, y en las sandalias de las diosas y en los coturnos trágicos y en las manzanas del Jardín de las Hespérides.

Cantemos el oro, porque de él son las cuerdas de las grandes liras, la cabellera de las más tiernas amadas, los granos de la espiga y el peplo que al levantarse viste la olímpica aurora.

Cantemos el oro, premio y gloria del trabajador y pasto del bandido.

Cantemos el oro, que cruza por el carnaval del mundo, disfrazado de papel, de plata, de cobre y hasta de plomo.

Cantemos el oro, amarillo como la muerte.

Cantemos el oro, calificado de vil por los hambrientos; hermano del carbón, oro negro que incuba el diamante; rey de la mina, donde el hombre lucha y la roca se desgarran; poderoso en el poniente, donde se tiñe en sangre; carne de ídolo, tela de que Fidas hace el traje de Minerva.

Cantemos el oro, en el arnés del caballo, en el carro de guerra, en el puño de la espada, en el lauro que ciñe cabezas luminosas, en la copa del festín dionisiaco, en el alfiler que hiere el seno de la esclava, en el rayo del astro y en el champaña que burbujea como una disolución de topacios hirvientes.

Cantemos el oro, porque nos hace gentiles, educados y pulcros.

Cantemos el oro, porque es la piedra de toque de toda amistad.

Cantemos el oro, purificado por el fuego, como el hombre por el sufrimiento; mordido por la lima como el hombre por la envidia; golpeado por el martillo, como el hombre por la necesidad; realzado por el estuche de seda como el hombre por el palacio de mármol.

Cantemos el oro, esclavo, despreciado por Jerónimo, arrojado por Antonio, vilipendiado por Macario, humillado por Hilarión, maldecido por Pablo el Ermitaño, quien tenía por alcázar una cueva bronca, y por amigos las estrellas de la noche, los pájaros del alba y las fieras hirsutas y salvajes del yermo.

Cantemos el oro, dios becerro, tuétano de roca misterioso y callado en su entraña, y bullicioso cuando brota a pleno sol y a toda vida, sonante como un coro de tímpanos; feto de astros, residuo de luz, encarnación de éter.

Cantemos el oro, hecho sol, enamorado de la noche, cuya camisa de crespón riega de estrellas brillantes, después del último beso como con una gran muchedumbre de libras esterlinas.

¡Eh, miserables beodos, pobres de solemnidad, prostitutas, mendigos, vagos, rateros, bandidos, pordioseros peregrinos, y vosotros los desterrados, y vosotros los holgazanes, y sobre todo, vosotros, oh poetas!

¡Unámonos a los felices, a los poderosos, a los banqueros, a los semidioses de la tierra!

¡Cantemos el oro!

Y el eco se llevó aquel himno, mezcla de gemido, ditirambo y carcajada; y como ya la noche oscura y fría había entrado, el eco resonaba en las tinieblas.

Pasó una vieja y pidió limosna.

Y aquella especie de harapiento, por las trazas un mendigo, tal vez un peregrino, quizá un poeta, le dió su último mendrugo de pan petrificado, y se marchó por la terrible sombra, rezongando entre dientes.

EL RUBÍ

Ah! ¡Conque es cierto! ¡Conque ese sabio parisiense ha logrado sacar del fondo de sus retortas, de sus matraces, la púrpura cristalina de que están incrustados los muros de mi palacio! Y al decir esto el pequeño gnomo iba y venía, de un lugar a otro, a cortos saltos, por la honda cueva que les servía de morada; y hacía temblar su larga barba y el cascabel de su gorro azul y puntiagudo.

En efecto, un amigo del centenario Chevreul—cuasi Althotas—el químico Fremy, acababa de descubrir la manera de hacer rubíes y zafiros.

Agitado, conmovido, el gnomo—que era sabidor y de genio harto vivaz—seguía monologando.

—¡Ah, sabios de la Edad Media! ¡Ah, Alberto el Grande, Averroes, Raimundo Lulio! ¡Vosotros no pudisteis ver brillar el gran sol de la piedra filosofal, y he aquí que sin estudiar las fórmulas aristotélicas, sin saber cábala y nigromancia, llega un hombre del siglo décimonono a formar a la luz del día lo que nosotros fabricamos en nuestros subterráneos! ¡Pues el conjuro! fusión por veinte días, de una mezcla de sílice y de aluminado de plomo; coloración con bicromata de potasa o con óxido de cobalto. Palabras en verdad que parecen lengua diabólica.

Risa.

Luego se detuvo.

El cuerpo del delito estaba allí, en el centro de la gruta, sobre una gran roca de oro; un pequeño rubí, redondo, un tanto reluciente, como un grano de granada al sol.

El gnomo tocó un cuerno, el que llevaba a su cintura, y el eco resonó por las vastas concavidades. Al rato, un bullicio, un tropel, una algazara. Todos los gnomos habían llegado.

Era la cueva ancha, y había en ella una claridad extraña y

blanca. Era la claridad de los carbunclos que en el techo de piedra centelleaban, incrustados, hundidos, apiñados, en focos múltiples; una dulce luz lo ilumina todo.

A aquellos resplandores podía verse la maravillosa mansión en todo su esplendor. En los muros, sobre pedazos de plata y oro, entre venas de lapislázuli, formaban caprichosos dibujos, como los arabescos de una mezquita, gran muchedumbre de piedras preciosas. Los diamantes, blancos y limpios como gotas de agua, emergían los iris de sus cristalizaciones; cerca de calcedonias colgantes en estalactitas, las esmeraldas esparcían sus resplandores verdes, y los zafiros, en amontonamientos raros, en ramilletes que pendían del cuarzo, semejaban grandes flores azules y temblorosas.

Los topacios dorados, las amatistas, circundaban en franjas el recinto; y en el pavimento, cuajado de ópalos, sobre la pulida crisofasia y el ágata, brotaba de trecho en trecho un hilo de agua que caía con una dulzura musical, a gotas armónicas, como las de una flauta metálica soplada muy levemente.

¡Puck, se había entrometido en el asunto, el pícaro Puck! El había llevado el cuerpo del delito, el rubí falsificado, el que estaba ahí, sobre la roca de oro como una profanación entre el centelleo de todo aquel encanto.

Cuando los gnomos estuvieron juntos, unos con sus martillos y cortas hachas en las manos, otros de gala, con caperuzas flamantes y encarnadas, llenas de pedrería, todos furiosos, Puck dijo así:

—Me habéis pedido que os trajese una muestra de la nueva falsificación humana, y he satisfecho esos deseos.

Los gnomos, sentados a la turca, se tiraban de los bigotes; daban las gracias a Puck con una pausada inclinación de cabeza, y los más cercanos a él examinaban con gesto de asombro las lindas alas, semejantes a los de un hipsipilo.

Continuó:

—¡Oh, Tierra! ¡Oh, Mujer! Desde el tiempo en que veía a

Titania no he sido sino un esclavo de la una, un adorador casi místico de la otra.

Y luego, como si hablase en el placer de un sueño:

—¡Esos rubíes! En la gran ciudad de París, volando invisible, los vi por todas partes. Brillaban en los collares de las cortesanas, en las condecoraciones exóticas de los rastacueros, en los anillos de los príncipes italianos y en los brazaletes de las primadonas.

Y con pícara sonrisa siempre:

Yo me colé hasta cierto gabinete rosado muy en boga... Había una hermosa mujer dormida. Del cuello le arranqué un medallón y del medallón el rubí. Ahí lo tenéis.

Todos soltaron la carcajada. ¡Qué cascabeleo!

—¡Eh, amigo Puck!

¡Y dieron su opinión después, acerca de aquella piedra falsa, obra de hombre, o de sabio, que es peor!

—¡Vidrio!

—¡Maleficio!

—¡Ponzoña y cábala!

—¡Química!

—¡Pretender imitar un fragmento del iris!

—¡El tesoro rubicundo de lo hondo del globo!

—¡Hecho de rayos del poniente solidificados!

El gnomo más viejo, andando con sus piernas torcidas, su gran barba nevada, su aspecto de patriarca, su cara llena de arrugas:

—Señores!—dijo—, ¡no sabéis lo que habláis!

Todos escucharon.

—Yo, yo que soy el más viejo de vosotros, puesto que apenas sirvo ya para martillar las facetas de los diamantes; yo, que he visto formarse estos hondos alcázares; que he cincelado los huesos de la tierra; que he amasado el oro; que he dado un día un puñetazo a un muro de piedra, y caía a un lago donde violé a una ninfa; yo, el viejo, os referiré cómo se hizo el rubí.

Oíd.

Puck sonreía curioso. Todos los gnomos rodearon al anciano cuyas canas palidecían a los resplandores de la pedrería, y cuyas manos extendían su movable sombra en los muros, cubiertos de piedras preciosas, como un lienzo lleno de miel donde se arrojasen granos de arroz.

—Un día, nosotros, los escuadrones que tenemos a nuestro cargo las minas de diamantes, tuvimos una huelga que conmovió toda la tierra, y salimos en fuga por los cráteres de los volcanes.

El mundo estaba alegre, todo era vigor y juventud; y las rosas, y las hojas verdes y frescas, y los pájaros en cuyos buches entra el grano y brota el gorjeo, y el campo todo, saludaban al sol y a la primavera fragante.

Estaba el monte armónico y florido; lleno de trinos y de abejas; era una grande y santa nupcia la que quebraba la luz, y en el árbol la savia ardía profundamente, y en el animal todo era estremecimiento o balido de cántico, y en el gnomo había risa y placer.

Yo había salido por un cráter apagado. Ante mis ojos había un campo extenso. De un salto me puse sobre un gran árbol, una encina vieja. Luego bajé al tronco, y me hallé cerca de un arroyo, un río pequeño y claro donde las aguas charlaban diciéndose bromas cristalinas. Yo tenía sed. Quise beber allí... Ahora, oid mejor.

Brazos, espaldas, senos desnudos, azucenas, rosas, panecillos de marfil coronados de cerezas, ecos de risas áureas festivas; y allá entre las espumas, entre las linfas rotas, bajo las verdes ramas...

—¿Ninfas?

—No, mujeres.

—Yo sabía cuál era mi gruta. Con dar un golpe en el suelo, abría la arena negra y llegaba a mi dominio. ¡Vosotros, pobrecillos, gnomos jóvenes, tenéis mucho que aprender!

Bajo los retoños de unos helechos nuevos me escurrí sobre unas piedras deslavadas por la corriente espumosa y parlante; y a ella, a la hermosa, a la mujer, la así de la cintura, con este brazo antes tan musculoso; gritó, golpeé el suelo, descendimos. Arriba quedó el asombro, abajo el gnomo soberbio y vencedor.

Un día yo martillaba un trozo de diamante inmenso, que brillaba como un astro y que al golpe de mi maza se hacía pedazos.

El pavimento de mi taller se asemejaba a los restos de un sol hecho trizas. La mujer amada descansaba a un lado, rosa de carne entre maceteros de zafir, emperatriz del oro, en un lecho de cristal de roca, toda desnuda y espléndida como una diosa.

Pero en el fondo de mis dominios, mi reina, mi querida, mi belleza, me engañaba. Cuando el hombre ama de veras, su pasión lo penetra todo y es capaz de traspasar la tierra.

Ella amaba a un hombre, y desde su prisión le enviaba sus suspiros. Estos pasaban los poros de la corteza terrestre y llegaban a él; y él amándola también, besaba las rosas de cierto jardín; y ella, la enamorada tenía—yo lo notaba— convulsiones súbitas en que estiraba sus labios rosados y frescos como pétalos de centifolia. ¿Cómo ambos así se sentían? Con ser quien soy, no lo sé.

Había acabado yo mi trabajo: un gran montón de diamantes hechos en un día; la tierra abría sus grietas de granito como los labios con sed, esperando el brillante despedazamiento del rico cristal. Al fin de la faena, cansado, di un martillazo que rompió una roca y me dormí.

Desperté al rato al oír algo como un gemido.

De su lecho, de su mansión más luminosa y rica que las de todas las reinas de Oriente, había volado fugitiva, desesperada, la amada mía, la mujer robada. ¡Ay! y queriendo huir por el agujero abierto por mi maza de granito, desnuda y bella, destrozó su cuerpo blanco y suave como de azahar y mármol y rosa, en los filos de los diamantes rotos. Heridos sus costados,

chorreaba la sangre; los quejidos eran conmovedores hasta las lágrimas. ¡Oh, dolor!

Yo desperté, la tomé en mis brazos, la di mis besos más ardientes; mas la sangre corría inundando el recinto, y la gran masa diamantina se teñía de grana. Me pareció que sentía, al darla un beso, un perfume salido de aquella boca encendida: el alma; el cuerpo quedó inerte.

Cuando el gran patriarca nuestro, el centenario semidió de las entrañas terrestres, pasó por allí, encontró aquella muchedumbre de diamantes rojos.

Pausa.

—¿Habéis comprendido?

Los gnomos, muy graves, se levantaron.

Examinaron más de cerca la piedra falsa, hechura del sabio.

—¡Mirad, no tiene facetas!

—Brilla pálidamente.

—¡Impostura!

—¡Es redonda como la coraza de un escarabajo!

Y en ronda, uno por aquí, otro por allá, fueron a arrancar de los muros pedazos de arabesco, rubíes grandes como una naranja, rojos y chispeantes como un diamante hecho sangre; y decían:

—He aquí lo nuestro, ¡oh, madre tierra!

Aquello era una orgía de brillo y de color.

Y lanzaban al aire las gigantescas piedras luminosas y reían.

De pronto, con toda la dignidad de un gnomo:

—¡Y bien! El desprecio.

Se comprendieron todos. Tomaron el rubí falso, lo despedazaron y arrojaron los fragmentos—con desdén terrible—a un hoyo que abajo daba a antiquísima selva carbonizada.

Después, sobre sus rubíes, sobre sus ópalos, entre aquellas paredes resplandecientes empezaron a bailar asidos de las manos una farándula loca y sonora.

Y celebraron con risas, el verse grandes en la sombra.

Ya Puck volaba afuera, en el abejeo del alba recién nacida, camino de una pradera en flor. Y murmuraba—siempre con su sonrisa sonrosada:

—Tierra... Mujer...

Porque tú ¡oh, madre Tierra! eres grande, fecunda, de seno inextinguible y sacro, y de tu vientre moreno brota la savia de los troncos robustos, y el oro y el agua diamantina, y la casta flor de lis. ¡Lo puro, lo fuerte, lo infalsificable! ¡Y tú, mujer, eres espíritu y carne, toda amor!

EL PALACIO DEL SOL

A vosotras, madres de las muchachas anémicas, va esta historia, la historia de Berta, la niña de los ojos color de aceituna, fresca como una rama de durazno en flor, luminosa como un alba, gentil como la princesa de un cuento azul.

Ya veréis, sanas y respetables señoras, que hay algo mejor que el arsénico y el hierro para encender la púrpura de las lindas mejillas virginales; y que es preciso abrir la puerta de su jaula a vuestrasavecitas encantadoras, sobre todo, cuando llega el tiempo de la primavera y hay ardor en las venas y en las savias, y mil átomos de sol abejean en los jardines, como un enjambre de oro sobre las rosas entreabiertas.

Cumplidos sus quince años, Berta empezó a entristecerse en tanto que sus ojos llameantes se rodeaban de ojeras melancólicas.

—Berta, te he comprado dos muñecas...—No las quiero mamá...

—He hecho traer los *Nocturnos*...—Me duelen los dedos, mamá...—Entonces...—Estoy triste, mamá...—Pues que se llame al doctor.

Y llegaron las antiparras de arcos de carey, los guantes negros, la calva ilustre y el cruzado levitón. Ello era natural... el desa-

rollo... la edad... Síntomas claros, falta de apetito, algo como una opresión en el pecho, tristeza, punzadas a veces en las sienes, palpitación... Ya sabéis; dad a vuestra niña glóbulos de ácido arsenioso, luego duchas. El tratamiento... Y empezó a curar su melancolía, con glóbulos y duchas, al comenzar la primavera, Berta, la niña de los ojos color de aceituna, que llegó a estar fresca como una rama de durazno en flor, luminosa como un alba, gentil como la princesa de un cuento azul.

A pesar de todo, las ojeras persistieron, la tristeza continuó, y Berta, pálida como un precioso marfil, llegó un día a las puertas de la muerte.

Todos lloraban por ella en el palacio, y la sana y sentimental mamá hubo de pensar en las palmas blancas del ataúd de las doncellas. Hasta que una mañana la lánguida anémica bajó al jardín, sola, y siempre con su vaga atonía melancólica, a la hora en que el alba ríe. Suspirando erraba sin rumbo, aquí, allá; y las flores estaban tristes de verla. Se apoyó en el zócalo de un fauno soberbio y bizarro, que húmedos de rocío sus cabellos de mármol, bañaba en luz su torso espléndido y desnudo. Vió un lirio que erguía al azul la pureza de su cáliz blanco, y estiró la mano para cogerlo. No bien había...—Sí, un cuento de hadas, señoras mías, pero ya veréis sus aplicaciones en una querida realidad;—no bien había tocado el cáliz de la flor, cuando de él surgió de súbito un hada, en su carro áureo y diminuto, vestida de hilos brillantísimos e impalpables, con su aderezo de rocío, su diadema de perlas y su varita de plata.

¿Creéis que Berta se amedrentó? Nada de eso. Batió palmas alegre, se reanimó como por encanto, y dijo al hada:—¿Tú eres la que me quieres tanto en sueños?—Sube—respondió el hada. Y como si Berta se hubiese empequeñecido, de tal modo cupo en la concha del carro de oro, que hubiera estado holgada sobre el ala corba de un cisne a flor de agua. Y las flores, el fauno orgulloso, la luz del día, vieron cómo en el carro del hada iba

por el viento, plácida y sonriendo al sol, Berta, la niña de los ojos de color de aceituna, fresca como un alba, gentil como la princesa de un cuento azul.

Cuando Berta, ya alto el divino cochero, subió a los salones por las gradas del jardín que imitaban esmeragdina, todos, la mamá, la prima, los criados, pusieron la boca en forma de O. Venía ella saltando como un pájaro, con el rostro lleno de vida y de púrpura, el seno hermoso y henchido, recibiendo las caricias de una crencha castaña, libre y al desgaire, los brazos desnudos hasta el codo, medio mostrando la malla de sus casi imperceptibles venas azules, los labios entreabiertos por la sonrisa como para emitir una canción.

Todos exclamaron:—¡Aleluya! ¡Gloria! ¡Hosanna al rey de los Esculapios! ¡Fama eterna a los glóbulos de ácido arsenioso y a las duchas triunfales! Y mientras Berta corrió a su gabinete a vestir sus más ricos brocados, se enviaron presentes al viejo de las antiparras de arcos de carey, de los guantes negros, de la calva ilustre y del cruzado levitón. Y ahora, oíd vosotras, madres de las muchachas anémicas, cómo hay algo mejor que el arsénico y el hierro para eso de encender la púrpura de las lindas mejillas virginales. Y sabréis cómo no, no fueron los glóbulos; no, no fueron las duchas; no, no fué el farmacéutico quien devolvió salud y vida a Berta, la niña de los ojos de color de aceituna, alegre y fresca como una rama de durazno en flor, luminosa como un alba, gentil como la princesa de un cuento azul.

Así que Berta se vió en el carro del hada, la preguntó:—Y ¿adónde me llevas?—Al palacio del Sol.—Y desde luego sintió la niña que sus manos se tornaban ardientes, y que su corazóncito le saltaba como henchido de sangre impetuosa.—Oye—siguió el hada—: Yo soy la buena hada de los sueños de las niñas adolescentes: yo soy la que curo a las cloróticas, con sólo llevarlas en mi carro de oro al palacio del Sol, adonde vas tú. Cuida de no beber tanto el néctar de la danza, y de no desvanecerte en

las primeras rápidas alegrías. Ya llegamos. Pronto volverás a tu morada. Un minuto en el palacio del Sol deja en los cuerpos y en las almas años de fuego, niña mía.

En verdad, estaba en un lindo palacio encantado, donde parecía sentirse el sol en el ambiente. ¡Oh, qué luz, qué incendios! Sintió Berta que se le llenaban los pulmones de aire de campo y de mar, y las venas de fuego; sintió en el cerebro esparcimientos de armonía, y cómo el alma se le ensanchaba, y cómo se ponía más elástica y tersa su delicada carne de mujer. Luego oyó sueños reales, y oyó músicas embriagantes. En vastas galerías deslumbradoras, llenas de claridades y de aromas, de sederías y de mármoles, vió un torbellino de parejas arrebatadas por las ondas invisibles y dominantes de un vals. Vió que otras tantas anémicas como ella, llegaban pálidas y entristecidas, respiraban aquel aire y luego se arrojaban en brazos de jóvenes vigorosos y esbeltos cuyos bozos de oro y finos cabellos brillaban a la luz; y danzaban, y danzaban con ellos, en una ardiente estrechez, oyendo requiebros misteriosos que iban al alma, respirando de tanto en tanto como hálitos impregnados de vainilla, de haba de Tonka, de violeta, de canela, hasta que con fiebre, jadeantes, rendidas, como palomas fatigadas de un largo vuelo, caían sobre cojines de seda, los senos palpitantes, las gargantas sonrosadas, y así, soñando, soñando en cosas embriagadoras... ¡Y ella también! cayó al remolino, al maelstrom atrayente, y bailó, y gritó, pasó entre los espasmos de un placer agitado; y recordaba entonces que no debía de embriagarse tanto con el vino de la danza, aunque no cesaba de mirar al hermoso compañero, con sus grandes ojos de mirada primaveral. Y él la arrastraba por las vastas galerías, ciñendo su talle y hablándola al oído en la lengua amorosa y rítmica de los vocablos apacibles, de las frases irisadas y olorosas, de los períodos cristalinos y orientales.

Y entonces ella sintió que su cuerpo y su alma se llenaban de sol, de efluvios poderosos y de vida. ¡No, no esperéis más!

El hada la volvió al jardín de su palacio, al jardín donde

cortaba flores envuelta en una oleada de perfumes, que subía místicamente a las ramas trémulas para flotar como el alma errante de los cálices muertos.

¡Madres de las muchachas anémicas! Os felicito por la victoria de los arseniatos e hipofosfitos del señor doctor. Pero en verdad os digo: es preciso, en provecho de las lindas mejillas virginales, abrir la puerta de su jaula a vuestras avecitas encantadoras, sobre todo en el tiempo de primavera, cuando hay ardor en las venas y en las savias, y mil átomos de sol abejean en los jardines como un enjambre de oro sobre las losas entreabiertas. Para vuestras cloróticas, el sol en los cuerpos y en las almas. Sí, al palacio del Sol, de donde vuelven las niñas como Berta, la de los ojos color de aceituna, frescas como una rama de durazno en flor, luminosas como un alba, gentiles como la princesa de un cuento azul.

EL PAJARO AZUL

París es teatro divertido y terrible. Entre los concurentes al Café Plombier, buenos y decididos muchachos—pintores, escultores, escritores, poetas; sí, ¡todos buscando el viejo laurel verde!—ninguno más querido que aquel pobre Garcín, triste casi siempre, buen bebedor de ajeno, soñador que nunca se emborrachaba y, como bohemio intachable, bravo improvisador.

En el cuartucho destartado de nuestras alegres reuniones, guardaba el yeso de las paredes, entre los esbozos y rasgos de futuros Delacroix, versos, estrofas enteras escritas en la letra echada y gruesa de nuestro *pájaro azul*.

El pájaro azul era el pobre Garcín. ¿No sabéis por qué se llamaba así? Nosotros le bautizamos con ese nombre.

Ello no fué un simple capricho. Aquel excelente muchacho tenía el vino triste. Cuando le preguntábamos por qué, cuando todos reíamos como insensatos o como chicuelos, él arrugaba

el ceño y miraba fijamente el cielo raso, y nos respondía sonriendo con cierta amargura:

—Camaradas; habéis de saber que tengo un pájaro azul en el cerebro; por consiguiente...

Sucedió también que gustaba de ir a las campiñas nuevas, al entrar la primavera. El aire del bosque hacía bien a sus pulmones, según nos decía el poeta.

De sus excursiones solía traer ramos de violetas y gruesos cuadernillos de madrigales, escritos al ruido de las hojas y bajo el ancho cielo sin nubes. Las violetas eran para Niní, su vecina, una muchacha fresca y rosada, que tenía los ojos muy azules.

Los versos eran para nosotros. Nosotros los leíamos y los aplaudíamos. Todos teníamos una alabanza para Garcín. Era un ingenio que debía brillar. El tiempo vendría. ¡Oh, el pájaro azul volaría muy alto! ¡Bravo! ¡Bien! ¡Eh, mozo, más ajenjo!

Principios de Garcín:

De las flores, las lindas campánulas.

Entre las piedras preciosas, el zafiro.

De las inmensidades, el cielo y el amor; es decir, las pupilas de Niní.

Y repetía el poeta: Creo que siempre es preferible la neurosis a la estupidez.

A veces Garcín estaba más triste que de costumbre.

Andaba por los bulevares; veía pasar indiferente los lujosos carruajes, los elegantes, las hermosas mujeres. Frente al escaparate de un joyero sonreía; pero cuando pasaba cerca de un almacén de libros, se llegaba a las vidrieras, husmeaba y, al ver las lujosas ediciones, se declaraba decididamente envidioso, arrugaba la frente; para deshahogarse, volvía el rostro hacia el cielo y suspiraba. Corría al café en busca de nosotros, conmovido, exaltado, pedía su vaso de ajenjo, y nos decía:

—Sí; dentro de la jaula de mi cerebro, está preso un pájaro azul que quiere su libertad. . .

Hubo algunos que llegaron a creer en un descalabro de razón.

Un alienista a quien se le dió noticia de lo que pasaba, calificó el caso como una monomanía especial. Sus estudios patológicos no dejaban lugar a duda.

Decididamente, el desgraciado Garcín estaba loco.

Un día recibió de su padre, un viejo provinciano de Normandía, comerciante en trapos, una carta que decía lo siguiente, poco más o menos:

«Sé tus locuras en París. Mientras permanezcas de ese modo, no tendrás de mí un solo *sou*. Ven a llevar los libros de mi almacén, y cuando hayas quemado, gandul, tus manuscritos de tonterías, tendrás mi dinero».

Esta carta se leyó en el Café Plombier.

—¿Y te irás?

—¿No te irás?

—¿Aceptas?

—¿Desdeñas?

¡Bravo Garcín! Rompió la carta, y soltando el trapo a la ventana, improvisó unas cuantas estrofas, que acababan, si mal no recuerdo:

¡Sí; seré siempre un gandul,
lo cual aplaudo y celebro,
mientras sea mi cerebro
jaula del pájaro azul!

Desde entonces Garcín cambió de carácter. Se volvió charla-dor, se dió un baño de alegría, compró levita nueva y comenzó un poema en tercetos, titulado: *El pájaro azul*.

Cada noche se leía en nuestra tertulia algo nuevo de la obra. Aquello era excelente, sublime, disparatado.

Allí había un cielo muy hermoso, una campiña muy fresca, países brotados como por la magia del pincel de Corot, rostros de niños asomados entre flores, los ojos de Niní húmedos y grandes; y por añadidura, el buen Dios que envía volando, volando, sobre todo aquello un pájaro azul que sin saber cómo ni cuándo, anida dentro del cerebro del poeta, en donde queda aprisionado. Cuando el pájaro quiere volar y abre las alas y se da contra las paredes del cráneo, se alzan los ojos al cielo, se arruga la frente y se bebe ajeno con poca agua, fumando además, por remate, un cigarrillo de papel.

He aquí el poema.

Una noche llegó Garcín riendo mucho, y, sin embargo, muy triste.

La bella vecina había sido conducida al cementerio.

—¡Una noticia! ¡Una noticia! Canto último de mi poema. Niní ha muerto. Viene la primavera y Niní se va. Ahorro de violetas para la campiña. Ahora falta el epílogo del poema. Los editores no se dignan siquiera leer mis versos. Vosotros muy pronto tendréis que dispersaros. Ley del tiempo. El epílogo se debe titular así: *De cómo el pájaro azul alza el vuelo al cielo azul.*

¡Plena primavera! ¡Los árboles florecidos, las nubes rosadas en el alba y pálidas por la tarde; el aire suave que mueve las hojas y hace aletear las cintas de los sombreros de paja con especial ruido! Garcín no ha ido al campo.

Hele aquí; viene con traje nuevo, a nuestro amado Café Plombier, pálido con una sonrisa triste.

—¡Amigos míos, un abrazo! Abrazadme todos, así, fuerte; decidme adiós, con todo el corazón, con toda el alma... El pájaro azul vuela...

Y el pobre Garcín lloró, nos estrechó, nos apretó las manos con todas sus fuerzas y se fué.

Todos dijimos: Garcín, el hijo pródigo, busca a su padre, el

viejo normando.—Musas, adiós; adiós. Gracias. ¡Nuestro poeta se decide a medir trapos! ¡Eh! ¡Una copa por Garcín!

Pálidos, asustados, entristecidos, al día siguiente todos los parroquianos del Café Plombier, que metíamos tanta bulla en aquel cuartucho destartalado, nos hallábamos en la habitación de Garcín. El estaba en su lecho, sobre las sábanas ensangrentadas, con el cráneo roto de un balazo. Sobre la almohada había fragmentos de masa cerebral. . . ¡Horrible!

Cuando, repuestos de la impresión, pudimos llorar ante el cadáver de nuestro amigo, encontramos que tenía consigo el famoso poema. En la última página había escritas estas palabras:

Hoy, en plena primavera, dejo abierta la puerta de la jaula al pájaro azul.

¡Ay, Garcín, cuántos llevan en el cerebro tu misma enfermedad!

PALOMAS BLANCAS Y GARZAS MORENAS

Mi prima Inés era rubia como una alemana. Fuimos criados juntos, desde muy niños, en casa de la buena abuelita que nos amaba mucho y nos hacía vernos como hermanos, vigilándonos cuidadosamente, viendo que no riñésemos. ¡Adorable, la viejecita, con sus trajes a grandes flores, y sus cabellos crespos y recogidos, como una vieja marquesa de Bouchez!

Inés era un poco mayor que yo. No obstante, yo aprendí a leer antes que ella; y comprendía— lo recuerdo muy bien—lo que ella recitaba de memoria, maquinalmente, en una pastorela, donde bailaba y cantaba delante del niño Jesús, la hermosa María y el señor San José; todo con el gozo de las sencillas personas mayores de la familia, que reían con risa de miel, alabando el talento de la actrizuela.

Inés crecía. Yo también; pero no tanto como ella. Yo debía

entrar a un colegio, en internado terrible y triste, a dedicarme a los áridos estudios del bachillerato, a comer los platos clásicos de los estudiantes, a no ver el mundo—¡mi mundo de mozo!— y mi casa, mi abuela; mi prima, mi gato—un excelente romano que se restregaba cariñosamente en mis piernas y me llenaba los trajes negros de pelos blancos.

Partí.

Allá en el colegio mi adolescencia se despertó por completo. Mi voz tomó timbres aflautados y roncós; llegué al período ridículo del niño que pasa a joven. Entonces, por un fenómeno especial en vez de preocuparme de mi profesor de matemáticas, que no logró nunca hacer que yo comprendiese el binomio de Newton, pensé—todavía vaga y misteriosamente—en mi prima Inés.

Luego tuve revelaciones profundas. Supe muchas cosas. Entre ellas, que los besos eran un placer exquisito.

Tiempo.

Leí *Pablo y Virginia*. Llegó un fin de año escolar y salí en vacaciones, rápido como una saeta, camino de mi casa. ¡Libertad!

—Mi prima—¡pero Dios santo, en tan poco tiempo!—se había hecho una mujer completa. Yo delante de ella me hallaba como avergonzado, un tanto serio. Cuando me dirigía la palabra, me ponía a sonreírle con una sonrisa simple.

Ya tenía quince años y medio Inés. La cabellera dorada y luminosa al sol, era un tesoro. Blanca y levemente amapolada, su cara era una creación murillesca, si se veía de frente. A veces, contemplando su perfil, pensaba en una soberbia medalla siracusana, en un rostro de princesa. El traje, corto antes, había descendido. El seno, firme y esponjado, era un ensueño oculto y supremo; la voz clara y vibrante, las pupilas azules, inefables, la boca llena de fragancia de vida y de color de púrpura. ¡Sana y virginal primavera!

La abuelita me recibió con los brazos abiertos. Inés se negó a

abrazarme, me tendió la mano. Después no me atreví a invitarla a los juegos de antes. Me sentía tímido. ¡Y qué! Ella debía sentir algo de lo que yo.

¡Yo amaba a mi prima!

Inés, los domingos iba con la abuela a misa, muy de mañana.

Mi dormitorio estaba vecino al de ella. Cuando cantaban los campanarios su sonora llamada matinal, ya estaba yo despierto.

Oía, oreja atenta, el ruido de las ropas. Por la puerta entreabierta veía salir la pareja que hablaba en voz alta. Cerca de mí pasaba el frufrú de las polleras antiguas de mi abuela y del traje de Inés, coqueto, ajustado, para mí siempre revelador.

¡Oh, Eros!

—Inés...

—¿...?

Y estábamos solos, a la luz de una luna argentina, dulce, ¡una bella luna de aquellas del país de Nicaragua!

La dije todo lo que sentía, suplicante, balbuciente, echando las palabras, ya rápidas, ya contenidas, febril y temeroso. Sí, se lo dije todo; las agitaciones sordas y extrañas que en mí experimentaba cerca de ella, el amor, el ansia, los tristes insomnios del deseo, mis ideas fijas en ella allá en mis meditaciones del colegio; y repetía como una oración sagrada la gran palabra: amor. ¡Oh, ella debía recibir gozosa mi adoración! Creceríamos más. Seríamos marido y mujer...

Esperé.

La pálida claridad celeste nos iluminaba. El ambiente nos llevaba perfumes tibios que a mí se me imaginaban propicios para los fogosos amores.

¡Cabellos áureos, ojos paradisiacos, labios encendidos y entreabiertos!

De repente, y con un mohín:

¡Ve! La tontería...

Y corrió como una gata alegre adonde se hallaba la buena abuela, rezando a las calladas sus rosarios y responsos.

Con risa descocada de educanda maliciosa, con aire de locuela:

—¡Eh, abuelita, ya me dijo...!

¡Ellas, pues, sabían que yo «debía decir...»!

Con su réir interrumpía el rezo de la anciana que se quedó pensativa acariciando las cuentas de su camándula. ¡Y yo que todo lo veía a la husma, de lejos, lloraba, sí, lloraba lágrimas amargas, las primeras de mis desengaños de hombre!

Los cambios fisiológicos que en mí se sucedían y las agitaciones de mi espíritu, me conmovían hondamente. ¡Dios mío! Soñador, un pequeño poeta como me creía, al comenzarme el bozo, sentía llenos de ilusiones la cabeza, de versos los labios, y mi alma y mi cuerpo de púber tenían sed de amor. ¿Cuándo llegaría el momento soberano en que alumbraría una celeste mirada el fondo de mi ser, y aquel en que se rasgaría el velo del enigma atrayente?

Un día, a pleno sol, Inés estaba en el jardín regando trigo, entre los arbustos y las flores, a las que llamaba sus amigas: unas palomas albas, arrulladoras, con sus buches níveos y amorosamente musicales. Llevaba un traje—siempre que con ella he soñado la he visto con el mismo—gris, azulado, de anchas mangas, que dejaban ver casi por entero los satinados brazos alabastrinos; los cabellos los tenía recogidos y húmedos, y el vello alborotado de su nuca blanca y rosa, era para mí como luz crespá, las aves andaban a su alrededor, e imprimían en el suelo obscuro la estrella carminada de sus patas.

Hacía calor. Yo estaba oculto tras los ramajes de unos jazmineros. La devoraba con los ojos. ¡Por fin se acercó por mi escondite, la prima gentil! Me vió trémulo, enrojecida la faz, en mis ojos una llama viva y rara y acariciante, y se puso a réir cruelmente, terriblemente. ¡Y bien! ¡Oh, aquello no era posible!

Me lancé con rapidez frente a ella. Audaz, formidable debía de estar, cuando ella retrocedió, como asustada, un paso.

—¡Te amo!

Entonces tornó a reír. Una paloma voló a uno de sus brazos. Ella la mimó dándole granos de trigo entre las perlas de su boca fresca y sensual. Me acerqué más. Mi rostro estaba junto al suyo. Los cándidos animales nos rodeaban. Me turbaba el cerebro una onda invisible y fuerte de aroma femenino. ¡Se me antojaba Inés una paloma hermosa y humana, blanca y sublime, y al propio tiempo plena de fuego, de ardor, un tesoro de dichas! No dije más. La tomé la cabeza y la di un beso en una mejilla, un beso rápido, quemante de pasión furiosa. Ella, un tanto enojada, salió en fuga. Las palomas se asustaron y alzaron el vuelo formando un opaco ruido de alas sobre los arbustos temblorosos. Yo, abrumado, quedé inmóvil.

Al poco tiempo partía a otra ciudad. La paloma blanca y rubia no había ¡ay! mostrado a mis ojos el soñado paraíso del misterioso deleite.

¡Musa ardiente y sacra para mi alma, el día había de llegar! Elena, la graciosa, la alegre, ella fué el nuevo amor. ¡Bendita sea aquella boca, que murmuró por primera vez cerca de mí las inefables palabras!

¡Era allá, en una ciudad que está a la orilla de un lago de mi tierra, un lago encantador, lleno de islas floridas, con pájaros de colores!

Los dos solos estábamos cogidos de las manos, sentados en el viejo muelle, debajo del cual el agua glauca y oscura chapoteaba musicalmente. Había un crepúsculo acariciador, de aquellos que son la delicia de los enamorados tropicales. En el cielo opalino se veía una diafanidad apacible que disminuía hasta cambiarse en tonos de violeta obscuro, por la parte del oriente, y aumentaba convirtiéndose en oro sonrosado en el horizonte profundo, donde vibraban oblicuos, rojos y desfallecientes los últimos ra-

yos solares. Arrastrada por el deseo, me miraba la adorada mía y nuestros ojos se decían cosas ardorosas y extrañas. En el fondo de nuestras almas cantaban un unísono embriagador como dos invisibles y divinas filomelas.

Yo, extasiado, veía a la mujer tierna y ardiente; con su cabellera castaña que acariciaba con mis manos, su rostro color de canela y rosa, su boca cleopatrina, su cuerpo gallardo y virginal; y oía su voz queda, muy queda, que me decía frases cariñosas, tan bajo, como que sólo eran para mí, temerosa quizá de que se las llevase el viento vespertino. Fija en mí, me inundaban de felicidad sus ojos de Minerva, ojos verdes, ojos que deben siempre gustar a los poetas. Luego erraban nuestras miradas por el lago, todavía lleno de vaga claridad. Cerca de la orilla se detuvo un gran grupo de garzas. Garzas blancas, garzas morenas, de esas que cuando el día calienta, llegan a las riberas a espantar a los cocodrilos, que con las anchas mandíbulas abiertas beben sol sobre las rocas negras. ¡Bellas garzas! Algunas ocultaban los largos cuellos en la onda, o bajo el ala, y semejaban grandes manchas de flores vivas y sonrosadas, móviles y apacibles. A veces una, sobre una pata, se alisaba con el pico las plumas, o permanecía inmóvil, escultural y hieráticamente, o varias daban un corto vuelo, formando en el fondo de la ribera llena de verde, o en el cielo, caprichosos dibujos, como las bandadas de grullas de un parasol chino.

Me imaginaba junto a mi amada, que de aquel país de la altura, me traerían las garzas muchos versos desconocidos y soñadores. Las garzas blancas las encontraba más puras y más voluptuosas, con la pureza de la paloma y la voluptuosidad del cisne; garridas, con sus cuellos reales, parecidos a los de las damas inglesas que junto a los pajecillos rizados se ven en aquel cuadro en que Shakespeare recita en la corte de Londres. Sus alas, delicadas y albas, hacen pensar en desfallecientes sueños nupciales; todas—bien dice un poeta—como cinceladas en jaspe.

¡Ah, pero las otras tenían algo de más encantador para mí! Mi

Elena se me antojaba como semejante a ellas, con su color de canela y de rosa, gallarda y gentil.

Ya el sol desaparecía arrastrando toda su púrpura opulenta de rey oriental. Yo había halagado a la amada tiernamente con mis juramentos y frases melifluas y cálidas, y juntos seguíamos en un lánguido dúo de pasión inmensa. Habíamos sido hasta ahí dos amantes soñadores, consagrados místicamente uno a otro.

De pronto, y como atraídos por una fuerza secreta, en un momento inexplicable, nos besamos la boca, todos trémulos, con un beso para mí sacratísimo y supremo: el primer beso recibido de labios de mujer. ¡Oh, Salomón, bíblico y real poeta, tú lo dijiste como nadie: *¡Mel et lac sub lingua tua!*

¡Ah, mi adorable, mi bella, mi querida garza morena! Tú tienes en los recuerdos que en mi alma forman lo más alto y sublime, una luz inmortal.

Porque tú me revelaste el secreto de las delicias divinas en el inefable primer instante de amor.

EN CHILE

I

EN BUSCA DE CUADROS

Sin pinceles, sin paleta, sin papel, sin lápiz, Ricardo, poeta lírico incorregible huyendo de las agitaciones y turbulencias, de las máquinas y de los fardos, del ruido monótono de los tranvías y el chocar de los caballos con su repiqueteo de caracoles sobre las piedras; del tropel de los comerciantes; del grito de los vendedores de diarios; del incesante bullicio e inacabable hervor de este puerto; en busca de impresiones y de cuadros, subió al Cerro Alegre que, gallardo como una gran roca florecida, luce sus flancos verdes, sus montículos coronados de casas risueñas escalonadas en la altura, rodeadas de jardines, con ondeantes cortinas de enredaderas, jaulas de pájaros, jarros de flores, rejas vistosas y niños rubios de caras angélicas.

Abajo estaban las techumbres del Valparaíso que hace transacciones, que anda a pie como una ráfaga, que puebla los almacenes e invade los bancos, que viste por la mañana terno crema o plumizo, a cuadros, con sombrero de paño, y por la

noche bulle en la calle del Cabo con lustroso sombrero de copa, abrigo al brazo y guantes amarillos, viendo a la luz que brota de las vidrieras los lindos rostros de las mujeres que pasan.

Más allá, el mar, acerado, brumoso, los barcos en grupo, el horizonte azul y lejano. Arriba, entre opacidades, el sol. Donde estaba el soñador empedernido, casi en lo más alto del cerro, apenas si se sentían los estremecimientos de abajo. Erraba él a lo largo del Camino de Cintura, e iba pensando en idilios, con toda la augusta desfachatez de un poeta, que fuera millonario.

Había allí aire fresco para sus pulmones, casas sobre cumbres, como nidos al viento, donde bien podía darse el gusto de colocar parejas enamoradas, y tenía además el inmenso espacio azul, del cual—él lo sabía perfectamente—los que hacen los salmos y los himnos pueden disponer como les venga en antojo.

De pronto escuchó:—«¡Mary! ¡Mary!» Y él, que andaba a caza de impresiones y en busca de cuadros, volvió la vista.

II

ACUARELA

Había cerca un bello jardín, con más rosas que azaleas y más violetas que rosas. Un bello y pequeño jardín con jarrones, pero sin estatuas, con una pila blanca, pero sin surtidores, cerca de una casita como hecha para un cuento dulce y feliz.

En la pila un cisne chapuzaba revolviendo el agua, sacudiendo las alas de un blancor de nieve, enarcando el cuello en la forma del brazo de una lira o del asa de un ánfora, y moviendo el pico húmedo y con tal lustre como si fuese labrado en ágata de color de rosa.

En la puerta de la casa, como extraída de una novela de Dickens estaba una de esas viejas inglesas, únicas, solas, clásicas, con la cofia encintada, los anteojos sobre la nariz, el cuerpo en-

corvado, las mejillas arrugadas; mas con color de manzana madura y salud rica. Sobre la saya obscura, el delantal.

Llamaba:

—¡Mary!

El poeta vió llegar una joven de un rincón del jardín, hermosa, triunfal, sonriente; y no quiso tener tiempo sino para meditar en que son adorables los cabellos dorados cuando flotan sobre las nuca marmóreas y en que hay rostros que valen bien por un alba.

Luego todo era delicioso. Aquellos quince años entre las rosas—quince años, sí, los estaban pregonando unas pupilas serenas de niña, un seno apenas erguido, una frescura primaveral, y una falda hasta el tobillo, que dejaba ver el comienzo turbador de una media de color de carne—; aquellos rosales temblorosos que hacían ondular sus arcos verdes; aquellos durazneros con sus ramilletes alegres donde se detenían al paso las mariposas errantes llenas de polvo de oro, y las libélulas de alas cristalinas e irisadas; aquel cisne en la ancha taza, esponjado el alabastro de sus plumas, y zambulléndose entre espumajeos y burbujas, con voluptuosidad, en la transparencia del agua; la casita limpia, pintada, apacible, de donde emergía como una onda de felicidad; y en la puerta la anciana, un invierno, en medio de toda aquella vida, cerca de Mary, una virginidad en flor.

Ricardo, poeta lírico que andaba a caza de cuadros, estaba allí con la satisfacción de un goloso que paladea cosas exquisitas.

Y la anciana y la joven:

—¿Qué traes?

—Flores.

Mostraba Mary su falda llena como de iris hechos trizas, que revolvía con una de sus manos gráciles de ninfa, mientras sonriendo su linda boca purpurada, sus ojos abiertos en redondo dejaban ver un color de lapizlázuli y una humedad radiosa. El poeta siguió adelante.

III

PAISAJE

A poco andar se detuvo.

El sol había roto el velo opaco de las nubes y bañaba de claridad áurea y perlada un recodo de camino. Allí unos cuantos sauces inclinaban sus cabelleras verdes hasta rozar el césped. En el fondo se divisaban altos barrancos y en ella tierra negra, tierra roja, pedruscos brillantes como vidrios. Bajo los sauces agobiados ramoneaban sacudiendo sus testas filosóficas—¡oh, gran maestro Hugo!--unos asnos; y cerca de ellos un buey gordo, con sus grandes ojos melancólicos y pensativos donde ruedan miradas y ternuras de éxtasis supremos y desconocidos, mascaba despacioso y con cierta pereza la pastura. Sobre todo flotaba un vaho cálido, y el grato olor campestre de las hierbas chafadas. Veíase en lo profundo un trozo de azul. Un huaso robusto, uno de esos fuertes campesinos, toscos hércules que detienen un toro, apareció de pronto en lo más alto de los barrancos. Tenía tras de sí el vasto cielo. Las piernas, todas músculos, las llevaba desnudas. En uno de sus brazos traía una cuerda gruesa y arrollada. Sobre su cabeza, como un gorro de nutria, sus cabellos enmarañados, tupidos, salvajes.

Llegóse al buey en seguida y le echó el lazo a los cuernos. Cerca de él, un perro con la lengua fuera acezando, movía el rabo y daba brincos.

IV

AGUA FUERTE

De una casa cercana salía un ruido metálico y acompasado. En un recinto estrecho, entre paredes llenas de hollín, negras,

muy negras, trabajaban unos hombres en la forja. Uno movía el fuelle que resoplaba, haciendo crepitar el carbón, lanzando torbellinos de chispas y llamas como lenguas pálidas, áureas, azulejas, resplandecientes. Al brillo del fuego en que se enrojecían largas barras de hierro, se miraban los rostros de los obreros con un reflejo trémulo. Tres yunques ensamblados en toscas armazones resistían el batir de los machos que aplastaban el metal candente, haciendo saltar una lluvia enrojecida. Los forjadores vestían camisas de lana de cuellos abiertos y largos delantales de cuero. Alcanzábaseles a ver el pescuezo gordo y el principio del pecho velludo, y salían de las mangas holgadas los brazos gigantescos, donde, como en los de Amico, parecían los músculos redondos piedras de las que deslavan y pulen los torrentes. En aquella negrura de caverna, al resplandor de las llamaradas, tenían tallas de cíclopes. A un lado, una ventanilla dejaba pasar apenas un haz de rayos de sol. A la entrada de la forja, como en un marco oscuro, una muchacha blanca comía uvas. Y sobre aquel fondo de hollín y de carbón, sus hombros delicados y tersos que estaban desnudos, hacían resaltar su bello color de lis, con un casi imperceptible tono dorado.

V

LA VIRGEN DE LA PALOMA

Anduvo, anduvo.

Volvió ya a su morada. Dirigíase al ascensor cuando oyó una risa infantil, armónica, y él, poeta incorregible, buscó los labios de donde brotaba aquella risa.

Bajo un cortinaje de madreselvas, entre plantas olorosas y maceteros floridos, estaba una mujer pálida, augusta, madre, con un niño tierno y risueño. Sosteníale en uno de sus brazos, el otro lo tenía en alto, y en la mano una paloma, una de esas

palomas albísimas que arrullan a sus pichones de alas tornasoladas, inflando el buche como un seno de virgen, y abriendo el pico de donde brota la dulce música de su caricia.

La madre mostraba al niño la paloma, y el niño, en su afán de cogerla, abría los ojos, estiraba los bracitos, reía gozoso; y su rostro al sol tenía como un nimbo; y la madre con la tierna beatitud de sus miradas, con su esbeltez solemne y gentil, con la aurora en las pupilas y la bendición y el beso en los labios, era como una azucena sagrada, como una María llena de gracia, irradiando la luz de un candor inefable. El niño Jesús, real como un Dios infante, precioso como un querubín paradisiaco, quería asir aquella paloma blanca, bajo la cúpula inmensa del cielo azul.

Ricardo descendió y tomó el camino de su casa.

VI

LA CABEZA

Por la noche, sonando aún en sus oídos la música del Odeón y los parlamentos de Astol; de vuelta de las calles donde escuchara el ruido de los coches y la triste melopea de los «tortilleros», aquel soñador se encontraba en su mesa de trabajo, donde las cuartillas inmaculadas estaban esperando las silvas y los sonetos de costumbre, a las mujeres de los ojos ardientes.

¡Qué silvas! ¡Qué sonetos! La cabeza del poeta lírico era una orgía de colores y de sonidos. Resonaban en las concavidades de aquel cerebro martilleos de cíclope, himnos al son de tímpanos sonoros, fanfarrias bárbaras, risas cristalinas, gorjeos de pájaros, batir de alas y estallar de besos, todo como en ritmos locos y revueltos. Y los colores agrupados, estaban como pétalos de capullos distintos confundidos en una bandeja, o como la endiablada mezcla de tintas que llena la paleta de un pintor...

VII

ACUARELA

Primavera. Ya las azucenas floridas y llenas de miel han abierto sus cálices pálidos bajo el oro del sol. Ya los gorriones tornasolados, esos amantes acariciadores, adulan a las rosas frescas, esas opulentas y purpuradas emperatrices; ya el jazmín, flor sencilla, tachona los tupidos ramajes como una blanca estrella sobre un cielo verde. Ya las damas elegantes visten sus trajes claros, dando al olvido las pieles y los abrigos invernales.

Y mientras el sol se pone, sonrosando las nieves con una claridad suave, junto a los árboles de la Alameda que lucen sus cumbres resplandecientes, su esbeltez solemne y sus hojas nuevas, en un polvo de luz, bulle un enjambre humano, en un ruido de música, cuchicheos vagos y palabras fugaces.

He aquí el cuadro. En primer término está la negrura de los coches que esplende y quiebra los últimos reflejos solares; los caballos orgullosos con el brillo de sus arneses, con sus cuellos estirados e inmóviles de brutos heráldicos; los cocheros taciturnos, en su quietud de diferentes, luciendo sobre las largas libreas los botones metálicos flamantes; y en el fondo de los carruajes, reclinadas como odaliscas, erguidas como reinas, las mujeres rubias de los ojos soñadores, las que tienen cabelleras negras y rostros pálidos, las rosadas adolescentes que ríen con alegría de pájaro primaveral; bellezas lánguidas, hermosuras audaces, castos lirios albos y tentaciones ardientes.

En esa portezuela está un rostro apareciendo de modo que semeja el de un querubín; por aquélla ha salido una mano enguantada que se dijera de niño, y es de morena tal que llama los corazones; más allá se alcanza a ver un pie de Cenicienta con zapatito obscuro y media lila, y acullá, gentil con sus gestos de diosa, bella con su color de marfil amapolado, su cuello real y

la corona de su cabellera, está la Venus de Milo, no manca, sino con dos brazos, gruesos como los músculos de un querubín de Murillo, y vestida a la última moda de París.

Más allá está el oleaje de los que van y vienen: parejas de enamorados, hermanos y hermanas, grupos de caballeritos irreprochables: todo en la confusión, de los rostros, de las miradas, de los colorines, de los vestidos, de las capotas, resaltando a veces en el fondo negro y aceitoso de los elegantes sombreros de copa, una cara blanca de mujer, un sombrero de paja adornado de colorines, de cintas o de plumas, o el inflado globo rojo, de goma, que pendiente de un hilo lleva un niño risueño, de medias azules, zapatos charolados y holgado cuello a la marinera.

En el fondo, los palacios elevan al azul la soberbia de sus fachadas, en las que los álamos erguidos rayan columnas hojosas entre el abajeo trémulo y desfalleciente de la tarde fugitiva.

VIII

UN RETRATO DE WATTEAU

Estáis en los misterios de un tocador. Estáis viendo ese brazo de ninfa, esas manos diminutas que empolvan el haz de rizos rubios de la cabellera espléndida. La araña de luces opacas derrama la languidez de su girándula por todo el recinto. Y he aquí que al volverse ese rostro, soñamos en los buenos tiempos pasados. Una marquesa contemporánea de dama de Maintenón, solitaria en su gabinete, da las últimas manos a su tocado.

Todo está correcto, los cabellos que tienen todo el Oriente en sus hebras, empolvados y crespos; el cuello del corpiño, ancho y en forma de corazón hasta dejar ver el principio del seno firme y pulido; las mangas abiertas que muestran blancuras incitantes,

el talle ceñido que se balancea, y el rico faldellín de largos vuelos, y el pie pequeño en el zapato de tacones rojos.

Mirad las pupilas azules y húmedas, la boca de dibujo maravilloso, con una sonrisa enigmática de esfinge, quizá un recuerdo del amor galante, del madrigal recitado junto al tapiz de figuras pastoriles o mitológicas, o del beso a furto, tras la estatua de algún silvano, en la penumbra.

Vese la dama de pies a cabeza, entre dos grandes espejos; calcula el efecto de la mirada, del andar, de la sonrisa, del vello casi impalpable que agitara el viento de la danza en su nuca fragante y sonrosada. Y piensa, y suspira; y flota aquel suspiro en ese aire impregnado de aroma femenino que hay en un tocador de mujer.

Entre tanto, la contempla con sus ojos de mármol una Diana que se alza irresistible y desnuda sobre su plinto; y le ríe con audacia un sátiro de bronce que sostiene entre los pámpanos de su cabeza un candelabro; y en el ansa de un jarrón de Rouen lleno de agua perfumada, le tiende los brazos y los pechos una sirena con la cola corva y brillante de escamas argentinas, mientras en el plafón en forma de óvalo, va por el fondo inmenso y azulado sobre el lomo de un toro robusto y divino, la bella Europa, entre los delfines áureos y tritones corpulentos, que sobre el vasto ruido de las ondas hacen vibrar el ronco estrépito de sus resonantes caracoles.

La hermosa está satisfecha; ya pone perlas en la garganta y calza las manos en seda; ya rápida se dirige a la puerta donde el carruaje espera y el tronco piafa. Y hela ahí, vanidosa y gentil, a esa aristocrática santiaguesa, que se dirige a un baile de fantasía de manera que el gran Watteau le dedicaría sus pinceles.

IX

NATURALEZA MUERTA

He visto ayer por una ventana un tiesto lleno de lilas y de rosas pálidas, sobre un trípode. Por fondo tenía uno de esos cortinajes amarillos y opulentos, que hacen pensar en los mantos de los príncipes orientales. Las lilas recién cortadas resaltaban con su lindo color apacible, junto a los pétalos esponjados de las rosas te.

Junto al tiesto, en una copa de laca ornada con ibis de oro incrustados, incitaban a la gula manzanas frescas, medio coloradas, con la pelusilla de la fruta nueva y la sabrosa carne hinchada que toca el deseo; pero doradas y apetitosas, que daban indicios de ser todas jugo y como esperando el cuchillo de plata que debía rebanar la pulpa almibarada; y un ramillete de uvas negras, hasta con el polvillo ceniciento de los racimos acabados de arrancar de la viña.

Acerquéme, vilo de cerca todo. Las lilas y las rosas eran de cera, las manzanas y las peras de mármol pintado y las uvas de cristal.

X

AL CARBÓN

Vibraba el órgano con sus voces trémulas, vibraba acompañando la antífona, llenando la nave con su armonía gloriosa. Los cirios ardían goteando sus lágrimas de cera entre la nube de incienso que inundaba los ámbitos del templo con su aroma sagrado; y allá en el altar, el sacerdote, todo resplandeciente de oro, alzaba la custodia cubierta de pedrería, bendiciendo a la muchedumbre arrodillada.

De pronto, volví la vista cerca de mí, al lado de un ángulo de sombra. Había una mujer que oraba. Vestida de negro, envuelta en un manto, su rostro se destacaba severo, sublime, teniendo por fondo la vaga obscuridad de un confesonario. Era una belle faz de ángel, con la plegaria en los ojos y en los labios. Había en su frente una palidez de flor de lis, y en la negrura de su manto resaltaban juntas, pequeñas, las manos blancas y adorables. Las luces se iban extinguiendo, y a cada momento aumentaba lo oscuro del fondo, y entonces por un ofuscamiento me parecía ver aquella faz iluminarse con una luz blanca misteriosa, como la que debe de haber en la región de los coros prosternados y de los querubines ardientes; luz alba, polvo de nieve, claridad celeste, onda santa que baña los ramos de lirio de bienaventurados.

Y aquel pálido rostro de virgen, envuelta ella en el manto y en la noche, en aquel rincón de sombra, habría sido un tema admirable para un estudio al carbón.

XI

PAISAJE

Hay allá, en las orillas de la laguna de la Quinta, un sauce melancólico que moja de continuo su cabellera verde en el agua que refleja el cielo y los ramajes, como si tuviese en su fondo un país encantado.

Al viejo sauce llegan aparejados los pájaros y los amantes. Allí es donde escuché una tarde— cuando del sol quedaba apenas en el cielo un tinte violeta que se esfumaba por ondas, y sobre el gran Andes nevado un decreciente color de rosa que era como tímida caricia de la luz enamorada—, un rumor de besos cerca del tronco agobiado y un aleteo en la cumbre.

Estaban los dos, la amada y el amado, en un banco rústico,

bajo el toldo del sauce. Al frente se extendía la laguna tranquila, con su puente enarcado y los árboles temblorosos de la ribera; y más allá se alzaba entre el verdor de las hojas, la fachada del palacio de la Exposición, con sus cóndores de bronce en actitud de volar.

La dama era hermosa; él un gentil muchacho, que le acariciaba con los dedos y los labios los cabellos negros y las manos gráciles de ninfa.

Y sobre las dos almas ardientes y sobre los dos cuerpos juntos, cuchicheaban en lengua rítmica y alada las dos aves. Y arriba el cielo con su inmensidad y con su fiesta de nubes, plumas de oro, alas de fuego, vellones de púrpura, fondos azules flordelizados de ópalo, derramaba la magnificencia de su pompa, la soberbia de su grandeza augusta.

Bajo las aguas se agitaban, como en un remolino de sangre viva, los peces veloces de aletas doradas.

Al resplandor crepuscular, todo el paisaje se veía como envuelto en una polvareda de sol tamizado, y eran el alma del cuadro aquellos dos amantes: él moreno, gallardo, vigoroso, con una barba fina y sedosa, de esas que gustan de tocar las mujeres; ella rubia—;un verso de Goethe!— vestida con un traje gris, lustroso, y en el pecho una rosa fresca, como su boca roja que pedía el beso.

XII

EL IDEAL

Y luego, una torre de marfil, una flor mística, una estrella a quien enamorar... Pasó, la vi como quien viera un alba, huylene, rápida, implacable.

Era una estatua antigua como un alma que se asomaba a los ojos, ojos angelicales, todos ternura, todos cielo azul, todos enigma.

Sintió que la besaba con mis miradas y me castigó con la majestad de su belleza, y me vió como una reina y como una paloma. Pero pasó arrebatadora, triunfante, como una visión que deslumbra. Y yo, el pobre pintor de la Naturaleza y de Psyquis, hacedor de ritmos y de castillos aéreos, vi el vestido luminoso de la hada, la estrella de su diadema, y pensé en la promesa ansiada del amor hermoso. Mas de aquel rayo supremo y fatal, sólo quedó en el fondo de mi cerebro un rostro de mujer, un sueño azul.

A UNA ESTRELLA

(Romanza en prosa)

Princesa del divino imperio azul, quién besara tus labios luminosos!

¡Ya soy el enamorado estático que soñando mi sueño de amor, estoy de rodillas, con los ojos fijos en tu inefable claridad, estrella mía, que estás tan lejos! ¡Oh, cómo ardo en celos, cómo tiembla mi alma cuando pienso que tú, cándida hija de la Aurora, puedes fijar tus miradas en el hermoso Príncipe Sol que viene de Oriente, gallardo y bello en su carro de oro, celeste flechero triunfador, de coraza adamantina, que trae a la espalda el carcaj brillante lleno de flechas de fuego! Pero no, tú me has sonreído bajo tu palio, y tu sonrisa era dulce como la esperanza. ¡Cuántas veces mi espíritu quiso volar hacia ti y quedó desalentado! ¡Está tan lejano tu alcázar! He cantado en mis sonetos y en mis madrigales tu místico florecimiento, tus cabellos de luz, tu alba vestidura. Te he visto como una pálida Beatriz del firmamento, lírica y amorosa en tu sublime resplandor. ¡Princesa del divino imperio azul, quién besara tus labios luminosos!

Recuerdo aquella negra noche ¡oh genio Desaliento! en que

visitaste mi cuarto de trabajo para darme tortura, para dejarme casi desolado el pobre jardín de mi ilusión, donde me segaste tantos frescos ideales en flor. Tu voz me sonó a hierro y te escuché temblando, porque tu palabra era cortante y fría y caía como un hacha. Me hablaste del camino de la Gloria, donde hay que andar descalzo sobre cambronerías y abrojos; y desnudos, bajo una eterna granizada; y a oscuras, cerca de hondos abismos, llenos de sombra como la muerte. Me hablaste del vergel Amor, donde es casi imposible cortar una rosa sin morir, porque es rara la flor en que no anida un áspid. Y me dijiste de la terrible y muda esfinge de bronce que está a la entrada de la tumba. Y yo estaba espantado, porque la gloria me había atraído, con su hermosa palma en la mano, y el Amor me llenaba con su embriaguez y la vida era para mí encantadora y alegre como la ven las flores y los pájaros. Y ya presa de mi desesperanza, esclavo tuyo, obscuro genio Desaliento, huí de mi triste lugar de labor— donde entre una corte de bardos antiguos y de poetas modernos resplandecía el dios Hugo, en la edición de Hetzel— y busqué el aire libre bajo el cielo de la noche. ¡Entonces fué, adorable y blanca princesa, cuando tuviste compasión de aquel pobre poeta, y le miraste con tu mirada inefable y le sonreíste, y de tu sonrisa emergía el divino verso de la esperanza! ¡Estrella mía que estás tan lejos, quién besara tus labios luminosos!

Quería contarte un poema sideral que tú pudieras oír, quería ser tu amante ruiseñor, y darte mi apasionado ritornelo, mi etérea y rubia soñadora. Y así desde la tierra donde caminamos sobre el limo, enviarte mi ofrenda de armonía a tu región en que deslumbra la apoteosis y reina sin cesar el prodigio.

Tu diadema asombra a los astros y tu luz hace cantar a los poetas, perla en el Océano infinito, flor de lis del oriflama inmenso del gran Dios.

Te he visto una noche aparecer en el horizonte sobre el mar, y el gigantesco viejo, ebrio de sal, te saludó con las salvas de sus

olas sonantes y roncadas. Tú caminabas con un manto tenue y dorado; tus reflejos alegraban las vastas aguas palpitantes.

Otra vez era en una selva obscura, donde poblaban el aire los grillos monótonos, con las notas chillonas de sus nocturnos y rudos violines. A través de un ramaje te contemplé en tu deleitable serenidad, y vi sobre los árboles negros, trémulos hilos de luz como si hubiesen caído de la altura, hebras de tu cabellera. ¡Princesa del divino imperio azul, quién besara tus labios luminosos!

Te canta y vuela a ti la alondra matinal en el alba de la primavera, en que el viento lleva vibraciones de liras eólicas, y el eco de los tímpanos de plata que suenan los silfos. Desde tu región derrama las perlas armónicas y cristalinas de su buche, que caen y se juntan a la universal y grandiosa sinfonía que llena la despierta tierra.

¡Y en esa hora pienso en tí, porque es la hora de supremas citas en el profundo cielo y de ocultos y ardorosos oarystis en los tibios parajes del bosque donde florece el citiso que alegra la égloga! ¡Estrella mía, que estás tan lejos, quién besara tus labios luminosos!

El año lírico

PRIMAVERAL

Mes de rosas. Van mis rimas
en ronda, a la vasta selva,
a recoger miel y aromas
en las flores entreabiertas.
Amada, ven. El gran bosque
es nuestro templo; allí ondea
y flota un santo perfume
de amor. El pájaro vuela
de un árbol a otro y saluda
tu frente rosada y bella
como a un alba; y las encinas
robustas, altas, soberbias,
cuando tú pasas agitan
sus hojas verdes y trémulas,
y enarcan sus ramas como
para que pase una reina.
¡Oh, amada mía! Es el dulce
tiempo de la primavera.

Mira: en tus ojos los míos:
da al viento la cabellera,
y que bañe el sol ese aro
de luz salvaje y espléndida.
Dame que aprieten mis manos
las tuyas de rosa y seda,
y ríe, y muestren tus labios
su púrpura húmeda y fresca.
Yo voy a decirte rimas,
tú vas a escuchar risueña;
si acaso algún ruiseñor
viniese a posarse cerca
y a contar alguna historia
de ninfa, rosas o estrellas,
tú no oirás notas ni trinos,
sino enamorada y regia,
escucharás mis canciones
fija en mis labios que tiemblan.
¡Oh, amada mía! Es el dulce
tiempo de la primavera.

Allá hay una clara fuente
que brota de una caverna,
donde se bañan desnudas
las blancas ninfas que juegan.
Ríen al son de la espuma,
hienden la linfa serena;
entre polvo cristalino
esponjan sus cabelleras;
y saben himnos de amores
en hermosa lengua griega,
que en glorioso tiempo antiguo
Pan inventó en las florestas.

Amada, pondré en mis rimas
la palabra más soberbia
de las frases de los versos
de los himnos de esa lengua;
y te diré esa palabra
empapada en miel hiblea...
¡Oh, amada mía! Es el dulce
tiempo de la primavera.

Van en sus grupos vibrantes
revolando las abejas
como un áureo torbellino
que la blanca luz alegra;
y sobre el agua sonora
pasan radiantes, ligeras,
con sus alas cristalinas
las irisadas libélulas.
Oye: canta la cigarra
porque ama al sol, que en la selva
su polvo de oro tamiza,
entre las hojas espesas.
Su aliento nos da en un soplo
fecundo la madre tierra,
con el alma de los cálices
y el aroma de las yerbas.

¿Ves aquel nido? Hay un ave.
Son dos: el macho y la hembra.
Ella tiene el buche blanco,
él tiene las plumas negras.
En la garganta el gorjeo,
las alas blancas y trémulas;
y los picos que se chocan
como labios que se besan.

El nido es cántico. El ave
incuba el trino, ¡oh, poetas!
de la lira universal
el ave pulsa una cuerda.
Bendito el calor sagrado
que hizo reventar las yemas,
¡Oh, amada mía! Es el dulce
tiempo de la primavera.

Mi dulce musa Delicia
me trajo un ánfora griega
cincelada en alabastro,
de vino de Naxos llena;
y una hermosa copa de oro,
la base henchida de perlas,
para que bebiese el vino
que es propicio a los poetas.
En el ánfora está Diana,
real, orgullosa y esbelta,
con su desnudez divina
y en su actitud cinegética.
Y en la copa luminosa
está Venus Citerea
tendida cerca de Adonis
que sus caricias desdeña.
No quiere el vino de Naxos
ni el ánfora de ansas bellas,
ni la copa donde Cipria
al gallardo Adonis ruega.
Quiero beber del amor
sólo en tu boca bermeja.
¡Oh, amada mía! Es el dulce
tiempo de la primavera.

ESTIVAL

I

La tigre de Bengala
con su lustrosa piel manchada a trechos,
está alegre y gentil, está de gala.
Salta de los repechos
de un ribazo, al tupido
carrizal de un bambú; luego a la roca
que se yergue a la entrada de su gruta.
Allí lanza un rugido,
se agita como loca
y eriza de placer su piel hirsuta.

La fiera virgen ama.
Es el mes del ardor. Parece el suelo
rescoldo; y en el cielo
el sol inmensa llama.
Por el ramaje obscuro
salta huyendo el kanguro.
El boa se infla, duerme, se calienta
a la tórrida lumbre;
el pájaro se sienta
a reposar sobre la verde cumbre.

Siéntense vahos de horno;
y la selva indiana
en alas del bochorno,
lanza, bajo el sereno
cielo, un soplo de sí. La tigre ufana
respira a pulmón lleno,

y al verse hermosa, altiva, soberana,
le late el corazón, se le hincha el seno.

Contempla su gran zarpa, en ella la uña
de marfil; luego toca
el filo de una roca,
y prueba y lo rasguña.
Mírase luego el flanco
que azota con el rabo puntiagudo
de color negro y blanco,
y móvil y felpudo;
luego el vientre. En seguida
abre las anchas fauces, altanera
como reina que exige vasallaje;
después husmea, busca, va. La fiera
exhala algo a manera
de un suspiro salvaje.
Un rugido callado
escuchó. Con presteza
volvió la vista de uno a otro lado.
Y chispeó su ojo verde y dilatado
cuando miró de un tigre la cabeza
surgir sobre la cima de un collado.
El tigre se acercaba.

Era muy bello.
Gigantesca la talla, el pelo fino,
apretado el ijar, robusto el cuello,
era un don Juan felino
en el bosque. Anda a trancos
callados; ve a la tigre inquieta, sola,
y le muestra los blancos
dientes; y luego arbolada
con donaire la cola.

Al caminar se vía
su cuerpo ondear, con garbo y bizarría.
Se miraban los músculos hinchados
debajo de la piel. Y se diría
ser aquella alimaña
un rudo gladiador de la montaña.
Los pelos erizados
del labio relamía. Cuando andaba,
con su peso chafaba
la yerba verde y muelle,
y el ruido de su aliento semejaba
el resollar de un fuelle.
El es, él es el rey. Cetro de oro
no, sino la ancha garra
que se hinca recia en el testuz del toro
y las carnes desgarras.
La negra águila enorme, de pupilas
de fuego y corvo pico relumbrante,
tiene a Aquilón; las ondas y tranquilas
aguas, el gran caimán; el elefante,
la cañada y la estepa;
la víbora, los juncos por do trepa;
y su caliente nido
del árbol suspendido,
el ave dulce y tierna
que ama la primer luz.

Él la caverna.

No envidian al león la crin, ni al potro rudo
el casco, ni al membrudo
hipopótamo el lomo corpulento
quien bajo los ramajes de copudo
baobab, ruge al viento.



Así va el orgulloso, llega, halaga;
corresponde la tigre que le espera,
y con caricias las caricias paga
en su salvaje ardor, la carnicera.

Después, el misterioso
tacto, las impulsivas
fuerzas que arrastran con poder pasmoso;
y ¡oh gran Pan! el idilio monstruoso
bajo las vastas selvas primitivas.
No el de las musas de las blandas horas
suaves, expresivas,
en las rientes auroras
y las azules noches pensativas;
sino el que todo enciende, anima, exalta,
polen, savia, calor, nervio, corteza,
y en torrentes de vida brota y salta
del seno de la gran Naturaleza.

II

El príncipe de Gales va de caza
por bosques y por cerros,
con su gran servidumbre y con sus perros
de la más fina raza.

Acallando el tropel de los vasallos,
deteniendo traíllas y caballos,
con la mirada inquieta,
contempla a los dos tigres, de la gruta
a la entrada. Requiere la escopeta,
y avanza, y no se inmuta.

Las fieras se acarician. No han oído
tropel de cazadores.

A esos terribles seres,
embriagados de amores,
con cadenas de flores
se les hubiera uncido
a la nevada concha de Citeres
o al carro de Cupido.

El príncipe atrevido,
adelanta, se acerca, ya se para;
ya apunta y cierra un ojo; ya dispara;
ya del arma el estruendo
por el espeso bosque ha resonado.
El tigre sale huyendo
y la hembra queda, el vientre desgarrado.
¡Oh, va a morir! . . . Pero antes, débil, yerta,
chorreando sangre por la herida abierta,
con ojo dolorido
miró a aquel cazador, lanzó un gemido
como un ¡ay! de mujer . . . y cayó muerta.

III

Aquel macho que huyó, bravo y zahareño
a los rayos ardientes
del sol, en su cubil después dormía.
Entonces tuvo un sueño
que enterraba las garras y los dientes
en vientres sonrosados
y pechos de mujer; y que engullía
por postres delicados
de comidas y cenas,
como tigre goloso entre golosos,
unas cuantas docenas
de niños tiernos, rubios y sabrosos.

AUTUMNAL

Eros, Vita, Lumen.

En las pálidas tardes
yerran nubes tranquilas
en el azul; en las ardientes manos
se posan las cabezas pensativas.
¡Ah los suspiros! ¡Ah los dulces sueños!
¡Ah las tristezas íntimas!
¡Ah el polvo de oro que en el aire flota,
tras cuyas ondas trémulas se miran
los ojos tiernos y húmedos,
las bocas inundadas de sonrisas,
las crespas cabelleras
y los dedos de rosa que acarician!

En las pálidas tardes
me cuenta un hada amiga
las historias secretas
llenas de poesía;

lo que cantan los pájaros,
lo que llevan las brisas,
lo que vaga en las nieblas,
lo que sueñan las niñas.

Una vez sentí el ansia
de una sed infinita.

Dije al hada amorosa:

—Quiero en el alma mía
tener la inspiración honda, profunda,
inmensa: luz, calor, aroma, vida.
Ella me dijo:—¡Ven!—con el acento
con que me hablaría un arpa. En él había
un divino idioma de esperanza.
¡Oh sed del ideal!

Sobre la cima
de un monte, a media noche,
me mostró las estrellas encendidas.
Era un jardín de oro
con pétalos de llamas que titilan.
Exclamé:— Más...

La aurora
vino después. La aurora sonreía,
con la luz en la frente,
como la joven tímida
que abre la reja, y la sorprenden luego
ciertas curiosas, mágicas pupilas.
Y dije:—Más...—Sonriendo
la celeste hada amiga
prorrumpió:—¡Y bien! ¡Las flores!

Y las flores
estaban frescas, lindas,
empapadas de olor: la rosa virgen,
la blanca margarita,
la azucena gentil y las volúviles
que cuelgan de la rama estremecida.
Y dije:—Más...

El viento
arrastraba rumores, ecos, risas,
murmullos misteriosos, aleteos,
músicas nunca oídas.
«El hada entonces me llevó hasta el velo
que nos cubre las ansias infinitas,
la inspiración profunda
y el alma de las liras.
Y lo rasgó. Y allí todo era aurora».
En el fondo se veía
un bello rostro de mujer.

¡Oh; nunca,
Piérides, diréis las sacras dichas
que en el alma sintiera!
Con su vaga sonrisa:
—¿Más?...—dijo el hada.—Y yo tenía entonces
clavadas las pupilas
en el azul; y en mis ardientes manos
se posó mi cabeza pensativa...

INVERNAL

Noche. Este viento vagabundo lleva
las alas entumidas
y heladas. El gran Andes
yergue al inmenso azul su blanca cima.
La nieve cae en copos,
sus rosas transparentes cristaliza;
en la ciudad, los delicados hombros
y gargantas se abrigan;
ruedan y van los coches,
suenan alegres pianos, el gas brilla;
y si no hay un fogón que le caliente,
el que es pobre tiritita.

Yo estoy con mis radiantes ilusiones
y mis nostalgias íntimas,
junto a la chimenea
bien harta de tizones que crepitan.
Y me pongo a pensar: ¡Oh! ¡Si estuviese
ella, la de mis ansias infinitas,

la de mis sueños locos
y mis azules noches pensativas!
¿Cómo? Mirad:

De la apacible estancia
en la extensión tranquila
vertía la lámpara reflejos
de luces opalinas.
Dentro, el amor que abrasa;
fuera, la noche fría;
el golpe de la lluvia en los cristales,
y el vendedor que grita
su monótona y triste melopea
a las glaciales brisas.
Dentro, la ronda, de mis mil delirios,
las canciones de notas cristalinas,
unas manos que toquen mis cabellos,
un aliento que roce mis mejillas,
un perfume de amor, mil conmociones,
mil ardientes caricias;
ella y yo: los dos juntos, los dos solos;
la amada y el amado, ¡oh Poesía!
los besos de sus labios,
la música triunfante de mis rimas
y en la negra y cercana chimenea
el tuero brillador que estalla en chispas.

¡Oh! ¡Bien haya el brasero
lleno de pedrería!
Topacios y carbunclos,
rubíes y amatistas
en la ancha copa etrusca
repleta de ceniza.
Los lechos abrigados,

las almohadas mullidas,
las pieles de Astrakán, los besos cálidos
que dan las bocas húmedas y tibias.
¡Oh, viejo Invierno, salve!
puesto que traes con las nieves frías
el amor embriagante
y el vino del placer en tu mochila.

Sí, estaría a mi lado,
dándome sus sonrisas,
ella, la que hace falta a mis estrofas,
esa que mi cerebro se imagina;
la que, si estoy en sueños,
se acerca y me visita;
ella que, hermosa, tiene
una carne ideal, grandes pupilas,
algo del mármol, blanca luz de estrella;
nerviosa sensitiva,
muestra el cuello gentil y delicado
de las Hebes antiguas;
bellos gestos de diosa,
tersos brazos de ninfa,
lustrosa cabellera
en la nuca encrespada y recogida
y ojeras que denuncian
ansias profundas y pasiones vivas.
¡Ah, por verla encarnada,
por gozar sus caricias,
por sentir en mis labios
los besos de su amor, diera la vida!
Entre tanto hace frío.
Yo contemplo las llamas que se agitan,
cantando alegres con sus lenguas de oro,
móviles, caprichosas e intranquilas,

en la negra y cercana chimenea
do el tuero brillador estalla en chispas.

Luego pienso en el coro
de las alegres liras.
En la copa labrada, el vino negro,
la copa hirviente cuyos bordes brillan
con iris temblorosos y cambiantes
como un collar de prismas;
el vino negro que la sangre enciende,
y pone el corazón con alegría,
y hace escribir a los poetas locos
sonetos áureos y flamantes silvas.
El Invierno es beodo.
Cuando soplan sus brisas,
brotan las viejas cubas
la sangre de las viñas.
Sí, yo pintara su cabeza cana
con corona de pámpanos guarnida.
El invierno es galeoto,
porque en las noches frías
Paolo besa a Francesca
en la boca encendida,
mientras su sangre como fuego corre
y el corazón ardiendo le palpita.
¡Oh, crudo Invierno, salve!
puesto que traes con las nieves frías
el amor embriagante
y el vino del placer en tu mochila.

Ardor adolescente,
miradas y caricias;
cómo estaría trémula en mis brazos
la dulce amada mía,

dándome con sus ojos luz sagrada,
con su aroma de flor, savia divina.

En la alcoba la lámpara
derramando sus luces opalinas;
oyéndose tan sólo
suspiros, ecos, risas;
el ruido de los besos;
la música triunfante de mis rimas,
y en la negra y cercana chimenea
el tuero brillador que estalla en chispas.
Dentro, el amor que abrasa;
fuera, la noche fría.

PENSAMIENTOS DE OTOÑO

De Armand Silvestre.

Huye el año a su término
como arroyo que pasa,
llevando del Poniente
luz fugitiva y pálida.
Y así como el del pájaro
que triste tiende el ala,
el vuelo del recuerdo
que al espacio se lanza
languidece en lo inmenso
del azul por do vaga.
Huye el año a su término
como arroyo que pasa.

Un algo de alma aun yerra
por los cálices muertos
de las tardes volúbiles
y los rosales trémulos.

Y de luces lejanas
al hondo firmamento,
en alas del perfume
aun se remonta un sueño.
Un algo de alma aun yerra
por los cálices muertos.

Canción de despedida
fingen las fuentes turbias.
Si te place, amor mío,
volvamos a la ruta
que allá en la primavera
ambos, las manos juntas,
seguimos; embriagados
de amor y de ternura,
por los gratos senderos
do sus ramas columpian
olientes avenidas
que las flores perfuman.
Canción de despedida
fingen las fuentes turbias.

Un cántico de amores
brota mi pecho ardiente
que eterno abril fecundo
de juventud florece
¡Que mueran, en buena hora
los bellos días! Llegue
otra vez el invierno;
renazca áspero y fuerte.
Del viento entre el quejido,
cual mágico himno alegre,
un cántico de amores
brota mi pecho ardiente.

Un cántico de amores
a tu sacra beldad,
¡mujer, eterno estío,
primavera inmortal!
Hermana del ígneo astro
que por la inmensidad
en toda estación vierte
fecundo sin cesar,
de su luz esplendente
el dorado raudal.

Un cántico de amores
a tu sacra beldad,
¡mujer, eterno estío,
primavera inmortal!

A UN POETA

Nada más triste que un titán que llora,
hombre-montaña encadenado a un lirio,
que gime, fuerte, que pujante, implora:
víctima propia en su fatal martirio.

Hércules loco que a los pies de Onfalia
la clava deja y el luchar rehusa,
héroe que calza femenil sandalia,
vate que olvida la vibrante musa.

¡Quién desquijaba los robustos leones,
hilando esclavo con la débil rueca;
sin labor, sin empuje, sin acciones:
puños de fierro y áspera muñeca!

No es tal poeta para hollar alfombras
por donde triunfan femeniles danzas:
que vibre rayos para herir las sombras,
que escriba versos que parezcan lanzas.

Relampagueando la soberbia estrofa,
su surco deje de esplendente lumbre,
y el pantano de escándalo y de mofa
que no lo vea el águila en su cumbre.

Bravo soldado con su casco de oro
lance el dardo que quema y que desgarras,
que embista rudo como embiste el toro,
que clave firme, como el león, la garra.

Cante valiente y al cantar trabaje;
que ofrezca robles si se juzga monte;
que su idea, en el mal rompa y desgaje
como en la selva virgen el bisonte.

Que lo que diga la inspirada boca
suene en el pueblo con palabra extraña;
ruido de oleaje al azotar la roca,
voz de caverna y soplo de montaña.

Deje Sansón de Dálila el regazo:
Dálila engaña y corta los cabellos.
No pierda el fuerte el rayo de su brazo
por ser esclavo de unos ojos bellos.

ANAGKE

Y dijo la paloma:
—Yo soy feliz. Bajo el inmenso cielo,
en el árbol en flor, junto a la Poma
llena de miel, junto al retoño suave
y húmedo por las gotas de rocío,
tengo mi hogar. Y vuelo
con mis anhelos de ave,
del amado árbol mío
hasta el bosque lejano,
cuando al himno jocundo
del despertar de Oriente,
sale el alba desnuda y muestra al mundo
el pudor de la luz sobre su frente.
Mi ala es blanca y sedosa;
la luz la dora y baña
y céfiro la peina;
son mis pies como pétalos de rosa.
Yo soy la dulce reina
que arrulla a su palomo en la montaña.

En el fondo del bosque pintoresco
está el alerce en que formé mi nido;
y tengo allí bajo el follaje fresco
un polluelo sin par, recién nacido.
Soy la promesa alada,
el juramento vivo;
soy quien lleva el recuerdo de la amada
para el enamorado pensativo;
yo soy la mensajera
de los tristes y ardientes soñadores,
que va a revolotear diciendo amores
junto a una perfumada cabellera.
Soy el lirio del viento.
Bajo el azul del hondo firmamento
muestro de mi tesoro bello y rico
las preseas y galas:
el arrullo en el pico,
la caricia en las alas.
Yo despierto a los pájaros parleros
y entonan sus melódicos cantares;
me poso en los floridos limoneros
y derramo una lluvia de azahares.
Yo soy toda inocente, toda pura.
Yo me esponjo en las alas del deseo.
Y me estremezco en la íntima ternura
de un roce, de un rumor, de un aleteo.
¡Oh inmenso azul! Yo te amo. Porque a Flora
das la lluvia y el sol siempre encendido:
porque siendo el palacio de la aurora,
también eres el techo de mi nido.
¡Oh, inmenso azul! Yo adoro
tus celajes risueños,
y esa niebla sutil de polvos de oro
donde van los perfumes y los sueños.

Amo los velos, tenues, vagarosos,
de las flotantes brumas,
donde tiendo a los aires cariñosos
el sedező abanico de mis plumas.
¡Soy feliz! Porque es mía la floresta
donde el misterio de los nidos se halla;
porque el alba es mi fiesta
y el amor mi ejercicio y mi batalla.
Feliz, porque de dulces ansias llena,
calentar mis polluelos es mi orgullo;
porque en las selvas vírgenes resuenan
la música celeste de mi arrullo;
porque no hay una rosa que no me ame,
ni pájaro gentil que no me escuche,
ni garrido cantor que no me llame.
—¿Sí?—dijo entonces un gavilán infame,
y con furor se la metió en el buche.
Entonces el buen Dios, allá en su trono
(mientras Satán, por distraer su encono
aplaudía a aquel pájaro zahareño)
se puso a meditar. Arrugó el ceño,
y pensó, al recordar sus vastos planes,
y recorrer sus puntos y sus comas,
que cuando creó palomas
no debía haber creado gavilanes.

“Hombres de Chile”

BALMACEDA PRESIDENTE DE CHILE (1)

I

Señor redactor de «El Diario Nicaragüense». Granada: El Palacio de la Moneda será pronto ocupado por el nuevo presidente. El resultado de las elecciones, como por los cablegramas deben saber los nicaragüenses, fué la victoria completa del partido gubernista. Quién afirma que los que rigen la cosa pública acuden al soborno, a la maledicencia, hasta al crimen, para conseguir el logro de sus propósitos; quién, que la oposición es harto descontentadiza y mentirosa; quien le niega al señor Santa María hasta sus dotes intelectuales y caballerosidad, como nada menos que don Zorobabel Rodríguez, y quien, por último, presagia la ruina completa del país, con la futura administración.

Al extranjero le toca ver, oír y narrar.

Eso es lo que yo haré únicamente al dirigir a usted mi correspondencia.

(1) Este artículo fué escrito por Rubén Darío, bajo el título de *Información*, y enviado como correspondencia a Nicaragua desde Valparaíso en 1886, año de su arribo a Chile.

II

Por hoy me circunscribiré a dar a conocer a los lectores de *El Diario* el personaje que ha de suceder al señor Santa María.

En todas las vidrieras y fotografías se mira hoy su retrato. Su fisonomía acusa inteligencia. Su vida, es altamente honrosa. Su tino en los negocios públicos se ha dado a conocer en diferentes épocas. Es, pues, un presidente futuro de quien hay que esperar mucho de bueno.

Quien lea la Prensa opositora de Chile, fuera de Chile, admirará la libertad de que aquí se goza. Al señor Santa María y al señor Balmaceda les han dedicado páginas idénticas o semejantes a las de nuestro famoso republicano, sin embargo, hay órganos de la oposición, como *La Unión*, redactado por Rodríguez, que hieren clara y llanamente, con la habilidad de un floretista insigne. ¡Ya lo creo que lo es don Zorobabel! Todos los periódicos opositores, como es natural, han atacado rudamente a Balmaceda.

III

El señor don José Manuel Balmaceda es un liberal rojo. De niño mamó el conservatismo. Víctor Hugo tuvo su seminario de nobles. El, también. El gran francés deificó a Voltaire. Balmaceda, en mi ochocientos cincuenta y tantos, publicó su primer folleto de la reforma. Ha sido enemigo acérrimo del ultramontanismo, y lo es, lo cual no impide que se codee, y trate arduos asuntos de Estado, con el sacerdote ilustrísimo y franco, don Francisco de Paula Taforó.

El partido liberal, que es el que ahora está en el Poder, aunque menoscabado, pues muchos de sus importantes miembros se hallan ya unidos a la oposición, cuenta con un firme apóstol en don José Mamuel.

IV

Balmaceda es periodista distinguido, orador parlamentario y político avisado.

Sus primeros discursos fueron oídos en el *Club de la Reforma*.

El ilustrado escritor señor Pedro P. Figueroa me ha suministrado estos datos.

Al hablar del cambio de ideas del señor Balmaceda, de su pasada deserción, si se quiere, de los reales aristócratas y teocráticos a los liberales, dice dicho señor: El no ha desertado de las filas de un bando que lo educara, sino que convencido de lo funesto de la enseñanza que había recibido, buscó en el estudio de los grandes hombres y las nacionalidades célebres del mundo democrático, la verdadera fórmula del progreso político liberal. De ahí su republicanismo puro y abnegado.

V

Nuestra figura en cuestión es uno de los acaudalados capitalistas del país.

Hace poco tuve el gusto de conocer Viña del Mar, preciosa población de *chalets*, quintas y palacios de hadas; el Versalles chileno, como le llaman. Allí está la preciosa propiedad del señor Balmaceda, digna de un lord inglés o de un visir oriental. Hay que advertir que el dueño, muy honradamente, ha ganado sus pesos con trabajo y constancia.

VI

Un tiempo, sus padres, nobles señores chapados a la antigua, con altas ejecutorias y grandes preeminencias, y sobre todo, católicos puros, quisieron que llevara sotana, que se hiciese cura. Ahí tiene usted al joven discípulo y seguidor de aquel hombre

relámpago que se llamó Francisco Bilbao, embebido en las obras de escritores como los de la Enciclopedia. ¿Vestir sobrepelliz y cargar sombrero de teja?... ¡Era imposible!

Demás está decir que don José Manuel desobedeció el paterno mandato, a pesar suyo.

VII

Demos un gran salto.

Helo ya ministro de Relaciones Exteriores.

Allí es, allí en el Gabinete, donde ha dado a conocer sus talentos y habilidades. Siempre es, claro, apóstol infatigable de sus ideas, como en la tribuna del Congreso, en la oficina de *El Diario* y hasta en su escritorio de comerciante.

Reforma y más reforma: he aquí su credo. Adelante, adelante y al vapor.

Como orador parlamentario le critican.

Dicen que es brillante, pero hinchado.

Yo no le he oído nunca. Pero he leído algunos de sus discursos, y me parece algo injusta la censura. Lo que hay es que tienen ellos cierta elocuencia tropical, por decir así, que no gusta a los que quieren el grano puro, sin hojas.

En suma: es ampuloso, pero claro.

VIII

Se cree que cuando suba el señor Balmaceda se irá aún más adelante en asuntos de reforma.

«¿Aún más adelante?»—preguntará, asombrado, quien sepa hasta dónde se ha llegado aquí en esas materias.

Sí, aún más adelante.

Y sépase que aquí hay tolerancia de cultos, matrimonio civil, secularización de cementerios y otras lindezas más.

Pero ¿qué se espera entonces?

La separación completa de la Iglesia y del Estado. Lo que no han logrado naciones cultas en la misma Europa.

«Indudablemente—dirán ciertas gentes de mi tierra—, en Chile va a llover fuego».

Sin embargo, en Chile es donde he visto frailes de todos colores y tamaños, procesiones como las nuestras, dinero del Papa, templos riquísimos, congregaciones y hermandades, etc., etc.

Item más, el clero de Chile tiene ganado mucho terreno, y hay sacerdotes ilustradísimos que redactan diarios como *El Estandarte Católico*, con otros tantos items más.

El pueblo chileno es religioso, muy religioso.

No obstante, los reformadores persiguen sus ideales, y uno de tantos ha sido la elevación al primer puesto de la República del señor Balmaceda, de quien se esperan grandes disposiciones.

El señor Santa María baja con rencores, con odios, hasta de muchos que antes se llamaban sus amigos.

Pero si él cree que ha cumplido con su deber, ¿qué le importan?

IX

En el Congreso se debate actualmente la cuestión monetaria.

La nación, que atraviesa por una crisis si se quiere universal, espera de los padres de la patria el remedio del malestar económico. Ya comunicaré a usted el resultado de las varias proposiciones que ha presentado el Gobierno al criterio de las Cámaras.

X

Se trata de reformar los artículos de la Constitución que se refieren a la elección de presidente en la República por el voto directo. El primer proyecto es el del famoso jurisconsulto don Jorge Huneeus; el segundo, del tan conocido entre nosotros don Clemente Fábres. Me daré el gusto de ocuparme detalladamente de los resultados en mi próxima correspondencia.

XI

Por motivos de salud, se halla hoy en Valparaíso el señor presidente Santa María.

Ha llegado y está también en Valparaíso el célebre doctor Fort, autor de obras de medicina que se estudian aquí mismo y creo que en Nicaragua. Ocurrió un caso que demuestra lo bragados que son estos chilenos. En todos los exámenes presentóse el doctor para incorporarse. En el primero quedó mal; en el segundo, mal; como médico, mal; y como farmacéutico y como cirujano, ¡mal! . . .

¡El doctor Fort! . . .

Un corresponsal de *La Unión*, Juan de Santiago, pinta el caso divinamente.

Algunos creen que hay algo de injusticia. Pero dado que entre los examinadores había hombres como el doctor Valderrama, no puede creerse sino que el doctor Fort escolló contra semejantes promontorios. ¡Qué tal! Por fin fué incorporado con un voto en contra.

XII

A propósito de Valderrama, concluiré con palabras suyas. Hace poco se debatió en las Cámaras el proyecto de vacunación obligatoria. El señor Sanfuentes, senador por Valdivia, se oponía a dicho proyecto, porque consideraba dañosa la transmisión del virus de brazo a brazo, por las enfermedades que se podían contraer. Valderrama habló muy lucidamente (como siempre), y concluyó con estas palabras, que dan a conocer al médico-senador: «El señor senador por Valdivia, rechazando tenazmente la vacuna humanizada, cree que estará libre de todo peligro con la inoculación del virus vacuno; pero su señoría no ha tenido presente que también los animales pueden contraer enferme-

dades. Y yo, puesto en el caso de un peligro de sífilis por vacuna humanizada y el de una tisis por vacuna tomada de animal con tuberculosis, prefiero lo primero: con sífilis puedo vivir, y de ella puedo sanar; de la tisis, no».

BALMACEDA EL PRESIDENTE SUICIDA

En la historia de nuestro Continente, una de las páginas más trágicas, más sangrientas y de mayor enseñanza para el porvenir, será la que se refiere al presidente suicida, el chileno Balmaceda.

En otra ocasión escribí estas palabras respecto a este extraño personaje: «El presidente Balmaceda, *at home*, sería un tema digno de un conde Paul Vasilli. Habría mucho que decir de ese hombre superior, jefe de una grandiosa nación y de una noble y ejemplar familia. El señor Balmaceda, personaje de rara potencia intelectual, además de las dotes de gobernante que posee, es un literato y orador distinguido. Sobre todo en la tribuna, donde ha triunfado más en su vida pública. Su voz es vibradora y dominante; su figura llena de distinción; la cabeza erguida, adornada por una poblada melena, el cuerpo delgado e imponente, su trato irreprochable, de hombre de corte y de salón, que indica a la vez al diplomático de tacto y al caballero culto. Es el hombre moderno».

Tal era el pobre y desgraciado jefe del caído Gobierno de Chile. Recuerdo la primera vez que le vi. Era en su mansión de Viña del Mar, en el precioso *chalet* donde pasaba las temporadas de verano. Presentado a él por su hijo el brillante y malogrado A. de Gilbert, tuve la honra de sentarme a su mesa. Estaban allí su madre, una anciana y venerable dama; su esposa doña Emilia Toro, nieta del señor Toro Zambrano, conde de la Conquista; sus hijos y dos amigos íntimos, hoy el ilustrísimo señor obispo Fontecilla y el afamado general Cornelio Saavedra, pacificador de los indios araucanos. En la mesa era la voz del pre-

sidente la que se oía sobre todas, en los mil giros de la conversación. Balmaceda poseía ese agradable chisporroteo de los buenos conversadores y cierta delicadeza de perfección y de juicio casi temenil. Al instante se advertía que de continuo está en tensión el cordaje de sus nervios.

Estaba organizado de tal manera, que sus enemigos, al principio de la terrible guerra, llegaron a señalarle como un caso de alienismo histórico, un ejemplar digno de Lombroso o de Maudsley. Acusábanle de extremadamente orgulloso. El tenía nocociamiento de su propio valor. De allí que dejase ver ciertos relámpagos de vanidad. Sus detractores, en medio de la tormenta revolucionaria, hasta le colocaron entre los grandes bandidos, cometiendo con ello una amarga injusticia. Balmaceda, confiado o engañado, olvidó que estaba su Gobierno entre dos fuerzas, si en todas partes incontrarrestables, en Chile terriblemente arrolladoras: arriba, el millonario; abajo, la masa, el roto. El millonario, es decir, la potencia principal en aquella sociedad aristocrática y opulenta; el roto, es decir, un elemento ciego, cruel, desbordado, esa «indómita cruz de potros españoles en vientres de Arauco», según la frase de Vicuña Mackenna.

En 1852 escribió Santiago Arces a Francisco Bilbao, respecto a la aristocracia chilena: «Los descendientes de los empleados que la corte de Madrid mandaba a sus colonias y los españoles que obtuvieron mercedes de la corona; los mayordomos enriquecidos hace dos o tres generaciones y algunos mineros afortunados, forman la aristocracia chilena: los ricos. La aristocracia chilena no forma cuerpo como la de Venecia, ni es cruel ni enérgica como las aristocracias de las Repúblicas italianas; no es laboriosa ni patriótica como la inglesa; es ignorantes y apática y admite en su casa al que la adula y la irve. Ha tenido sus épocas brillantes y algunos hombres de mérito: Argomedo, Camilo Henríquez, Rodríguez, los Carreras, O'Higgins, Vera, Freire, los Egañas, don Diego Portales, Salas y el presidente Montt; son sujetos todos apreciables y

que hubieran figurado dignamente en cualquier país en sus respectivas carreras».

Ahora bien; esa aristocracia, en pasados tiempos, fué la que, unida con San Martín, hizo a Chile independiente.

Hoy, con mayor vigor y poderío, ha apoyado a un Congreso opuesto al Ejecutivo, ha halagado al bajo pueblo, ya inficionando con virus socialistas y de revuelta, al extremo de dar en la América del Sur el espectáculo de desastrosas huelgas, y ha venido después de inundar al país de sangre.

Balmaceda, visionario, creía, quizás porque defendía la ley, que el triunfo sería suyo, sin advertir que sus soldados estaban con la vista fija en el bando opuesto, aguardando el instante de la traición. Entretanto, por cada puerta de los palacios de Santiago, salía a cada momento una maldición, un aliento de odio para el jefe de la Moneda. El delicado y nervioso presidente tiene necesidad de mostrarse temible, y emplea el atroz expediente del terror. Las mujeres le insultan. Se arrojan a su morada bombas de dinamita. Parientes, amigos antiguos, jefes antes leales a su Gobierno, todo está en la oposición. A su lado no permanece sino uno que otro fiel, como Julio Bañados, joven y dotado de fogosos y peligrosos entusiasmos. En sus filas hay algunas buenas espadas. Están Alcérreca y Barboza. Estos generales, hasta el último instante, mandan, luchan; y, finalmente, al perderse toda esperanza, se hacen matar por las descargas de la revolución. Los ministros caídos, los principales balmacedistas, logran escaparse. Balmaceda se ve solo, no puede huir y se refugia en casa de un diplomático. Días enteros está encerrado, sin comunicar con nadie, sin hablar una palabra en su muda desgracia, solo con sus sufrimientos; pobre capitán náufrago abandonado y aterrado por la tempestad. Luego ¿juzgaríase culpable, se acusaría ante su conciencia, formaría en su espíritu el terrible proceso? Es el caso que emprendió el viaje de la muerte. En Roma, Torcuato Ostorio Vastino, se suicida, al oír la tremenda palabra tribunicia. Balmaceda,

¿escucha únicamente la interior voz de su alma, o, como Veto, sabiendo que ha de ser víctima próxima, se anticipa a sus verdugos? El presidente gentilhombre, acaba como Nerón, el César neurótico. Y mientras se entierra su cadáver—y con él, ¡ay!, tal vez el de la democracia chilena—, espera América toda el momento en que, por necesidad fatal, aparezca, tras los conflictos que traerá el Gobierno de muchos, tras los antagonismos y los celos, la espada en el solio, el militarismo, la tiranía, en el noble y bello país que fué modelo y gala de las naciones hispano-americanas.

BAÑADOS ESPINOSA

Julio Bañados Espinosa es el nombre del ministro fiel y decidido que acompañó a Balmaceda en el triunfo y en la desgracia. Cuando le conocí, al verle, no me impresionó muy bien que digamos. Me pareció frívolo, y es que es franco; me pareció vanidoso, y es que es de esa clase de hombres que bien pueden llamarse explosivos. Una palabra suya estalla casi siempre; una carcajada alegra un salón. Que de lo que parece defecto en Julio saquen sus enemigos armas y ataques en su contra, no me importa; yo veo en todo el lado generoso y entusiasta. Piensa apasionadamente; habla fogoso; trabaja vivo y rápido.

Como yo le conozco más es como diarista. Trabajé junto con él en *La Epoca*, de Santiago. El iba rara vez a la Redacción; era redactor político; pero sus editoriales los escribía en su bufete y llegaban a la imprenta por la estafeta. Cuando se aparecía en nuestra casa de la calle del Estado, sus visitas eran más a la imperial oficina de nuestro director Mac-Clure, que a las mesas llenas de papeles en que trabajábamos Rodríguez Mendoza, Lucho Orrego, Alberto Blest, Pedro Balmaceda y yo. Pero cuando le veíamos aparecer, anunciado por su franca risa o su voz vibrante, la nota alegre triunfaba en nuestro taller. Se hablaba

de política, de arte, de teatros, de *sport*. ¿Quién me hubiera dicho que aquel joven caballero habría de ser, pocos años después, una de las más notables figuras del Gobierno dictatorial, que concluyó, tras la sangrienta guerra, con uno de los más trágicos suicidios de la historia?

La vida de Bañados Espinosa aparece llena de páginas hermosas. Distinciones y honores; victorias literarias y tribunicias; altos cargos públicos, le halagaron en lo mejor de su existencia. Le mandó el emperador don Pedro del Brasil la gran cruz de la Orden de La Rosa. La Asociación de Escritores y Artistas que preside en Madrid Núñez de Arce, le nombró miembro honorario. Fué bombero, y ser bombero en Chile ya es una honra. El año de 1880 le dieron una medalla de plata por sus servicios en el célebre incendio de la Artillería. De oro fué la que le mandó el pueblo de Ovalle, por su abnegación cuando organizó y dirigió el servicio sanitario de aquella población, en tiempo del cólera. Fué varias veces ministro. A su salida del Gabinete de Mayo, recibió como recuerdo del gran banquete que se ofrecía a los exministros, una tarjeta y un laurel de oro. Antes, en 81, fué secretario de la Junta directiva del partido liberal y ascendió a teniente de la sexta compañía de bomberos; en 82, fué a enseñar historia de América al Instituto Nacional, y en su compañía de bomberos subió a capitán; desde el 85, redactó *La Epoca*; Ovalle le eligió su diputado, y el Cuerpo de bomberos su secretario general; en 86 secretario también de la gran convención que proclamó a don José Manuel Balmaceda presidente de la República; en 87, el periodista de Santiago se hizo porteño y redactó *La Patria*; en 88, le nombró Balmaceda su ministro de Instrucción pública; en 89, tuvo a su cargo en la Universidad la Cátedra de Derecho Constitucional; fué miembro del Consejo de Instrucción Pública y vicepresidente del Consejo Pedagógico; en 90, fué ministro por segunda vez, miembro del Consejo de Bibliotecas y director de la sexta compañía de bomberos; en 91, ministro del Interior; y cuando hizo explosión la

más tremenda y poderosa de las revoluciones chilenas, fué a la guerra, en defensa de su jefe y amigo, como secretario general del Ejército: Balmaceda le nombró ministro de Guerra y Marina, cuando el general Velázquez dejó la cartera.

Larga es la lista de sus libros y producciones literarias; libros históricos y libros de arte; pero entre todos, es, a mi juicio, el más notable, el volumen que imprimió en casa Jover, sobre el *Gobierno parlamentario y sistema representativo*: son 334 páginas, llenas de doctrina brillantemente expuesta. Tiene mucho inédito, y lo mejor, sin duda alguna, el estudio teórico, positivo y comparado, sobre la Constitución de Chile, una de las primeras obras que habrá entre todas las que se han publicado en América sobre la ciencia política.

Que escriba la historia de Balmaceda, como lo deseó al morir el ilustre suicida; que se defienda de sus enemigos con el vigor de su inteligencia, con el acero de su carácter, con la persistencia de su trabajo y con la convicción de sus ideas. Mucho le han atacado y él ha sabido forjar un arma del silencio. Calle a tiempo y escriba y obre a tiempo. Yo, que le estimé con especial cariño en nuestros inolvidables tiempos de *La Epoca*, si jamás le visité cuando era ministro, hoy le quiero más que nunca, al ver sobre su cabeza la pálida aureola del destierro, y le mando a Lima el abrazo y el recuerdo del amigo.

LA OBRA DEL POPULACHO

Malas noticias traen los diarios respecto a la República de Chile (1). Parece que por todas partes, hasta en los países mejor organizados y más cuerdos, se dejase sentir un viento de tempestad, un virus de desconcierto, una epidemia maldita. ¿No nos

(1) Escrito a raíz de los saqueos verificados durante la Revolución de 1891.

ha asombrado el cable hace poco dándonos la nueva de las recientes conmociones políticas de Suiza?

Lo de Chile causa una dolorosa impresión. Porque mientras ese pueblo modelo se alistaba y trabajaba para las próximas elecciones; mientras se daba al mundo el espectáculo duro, pero fructífero, de un antagonismo viril y de grandes trascendencias, entre el Gobierno y el Congreso, ha brotado, allá en lo de abajo, en medio de la inconsciente y ruda muchedumbre, una onda de perversidad que ha impulsado al crimen y al pillaje.

Los principales centros comerciales de la República han presenciado las mayores iniquidades y desconciertos: Iquique, tan floreciente y rica por sus salitreras; Antofagasta y el primer puerto del Pacífico en la América del Sur, Valparaíso.

En esta última población los excesos han sobrepasado a toda ponderación. Ha sido una pequeña Commune. ¡Cuánto mal están haciendo los apóstoles de falsas doctrinas económicas! El ejemplo de las huelgas, que si tienen razón de ser en lugares donde el trabajador, se convierte en paria, son absurdas en países como Chile, donde, si es cierto que la división de clases sociales, está bien señalada, el obrero y el trabajador gozan de ventajas y de poderes que ya llenarían de orgullo a obreros y trabajadores de otras naciones.

Y hoy en Valparaíso ha habido que emplear las armas del Gobierno contra el pueblo. No se había vertido sangre chilena por soldados chilenos desde la famosa revolución de Pedro León Gallo, aquel glorioso amigo del pueblo que hizo acuñar la plata de sus minas para darla a sus bravos seguidores. Chile, antes y después de la guerra del Pacífico, sólo ha pensado en engrandecerse por su industria y por su trabajo; en ser fuerte y señalada como la mejor de las naciones de la América Latina, por la seriedad de sus instituciones gubernativas; en estar siempre lista, con sus soldados potentes o con sus rotos y sus huasos, para defender la integridad nacional y sacar de las batallas siempre triunfante el pabellón de la estrella. Ha ensanchado y robuste-

cido su Armada; sus marineros llevan sus buques a las más apartadas regiones; está en todo progreso; la Abtao junta su nombre a la gloria de Peral y Limpisa, y llama la atención de Europa; ha convertido sus inmensos e inagotables tesoros de cobre y de carbón en millones acuñados; ha cultivado sus viñas hasta hacerlas producir vinos que desafían los mejores Borgoñas; ha llenado su tierra de trigo para que hasta los más miserables coman pan; se ha vestido una malla de ferrocarriles; ha levantado soberbios edificios en las ciudades y monumentos, conmemorando a sus hijos ilustres; no sólo a sus ilustres hijos: Bello, extranjero, que le dió Códigos y luz, tiene estatua; Whealright, extranjero, que le llevó el primer rail, tiene estatua; Nelson, extranjero, que peleó por ella en sus barcos, tiene estatua; ha creado fábricas donde se construyen desde las más sencillas herramientas hasta las más pujantes locomotoras; gran número de vastas carpinterías, carrocerías, panaderías, etc.; Valparaíso es una inmensa colmena que hace sus labores a la orilla del mar. El que estas líneas escribe no puede menos que guardar en su alma, con vanidosa gratitud, el recuerdo de los buenos y entusiastas trabajadores porteños. Una noche la Liga de Obreros de Valparaíso despedía al humilde poeta, al amigo periodista que les había aplaudido y alabado en el diario. Local hermoso, música alegre, gente afectuosa y honrada, mesa digna de Lúculo. ha conseguido crear lo que es glorioso y harto difícil de crear, ¡ha creado un pueblo! Y no es ese pueblo, no, valiente y noble, quien incendia, roba, viola y asesina. ¿No recordáis el trueno de Víctor Hugo al comenzar la *Leyenda de los siglos*? Quien hace caso es el populacho. El ciego dragón de cien cabezas se encapricha un día; quiere mayor jornal; lo quiere en plata o en oro; ¿no es así? Pues al incendio, a la matanza o al saqueo; ¡muera la propiedad! Eso acaba de suceder en Valparaíso. Hay en esta gran ciudad marítima mucho comercio, crecida industria, grandes talleres, maestros.

En la fiesta de despedida a que he aludido, yo tuve la satis-

facción y agradecimiento patriótico de ver en los trofeos de las paredes, junto a galante e inmerecida alusión, enlazada con la victoriosa bandera de Arturo Prat, nuestra azul y blanca bandera centroamericana.

Hablaron los obreros sin pompa, pero con franqueza y sinceridad, y cuando nombraban a la democracia, lo hacían con voz alta y llena de fuego. Dignos, orgullosos y satisfechos de su labor estaban esos hombres de los talleres. Y no pueden ser ellos, los sostenedores del partido democrático, los miembros de la copiosa y rica Liga Obrera, los que han impulsado a los canallas a cometer crímenes e infamias.

Eso es obra de locos corrompidos: llevar las turbas a que despedacen las puertas de los almacenes, y roben primero, y lo den todo al fuego después; conducirles a las tabernas y bodegas para que se emborrachen y así redoblen sus inmoralidades. La muchedumbre va por la calle gritando, amenazante, beoda, brutal, feroz. Suenan golpes de hacha, gritos de ¡socorro!, detonaciones; quedan donde quieran sangre y cadáveres; un bandido entra a una casa, ve a una niña bella, se enciende en llamas malditas y corre sobre la inocencia; la niña huye, salta por un balcón a la calle y queda en el instante muerta. Esto y mil cuadros terribles más ha visto, hace tres meses, la pacífica y grandiosa ciudad de Valparaíso.

Concluiré con tus palabras, ¡oh divino y formidable pensador!: Puede la multitud arrojar llamas augustas; pero, sin soplar una ráfaga de viento, de improviso, verse descender de lo alto del honor virgen a lo más profundo de la cloaca, la muchedumbre, huérfana, grande y fatal; y esta Juana de Arco se convierte en mesalina.

VICUÑA MACKENNA (1)

I

Hace algunos años el joven monarca don Alfonso XII se dirigió a un escritor americano, rogándole le remitiera sus obras en rústica, pues debían ser encuadernadas del mismo modo que todos los libros de su real biblioteca.

El escritor americano que recibió tal muestra de admiración del rey de España, se llamaba Benjamín Vicuña Mackenna, ese famoso que hoy es llorado por todo Chile, por toda América.

¿Qué fué Vicuña Mackenna? Enmiendo: ¿Qué no fué Vicuña Mackenna?

Fué gran político, gran historiador, tribuno, viajero, poeta en prosa, crítico, literato, diarista incomparable, monstruo de la naturaleza.

Escribía en francés como un parisiense y peroraba en inglés como un norteamericano.

Tan sabiamente analizaba los detritus y las plantas como los poemas y las oberturas. Su cabeza era una enciclopedia.

Viajó mucho: Por donde pasaba recogía datos, adquiría conocimientos nuevos y acaparaba materiales para sus libros.

Como dice el poeta Cañas, estos libros no caben en un catálogo.

Escritor más fecundo difícil es encontrarlo.

Escribió más que el Tostado. Tómese la frase al pie de la letra.

Estudió ciencias naturales en Cirencester, admiró los maravillosos cuadros del Louvre, comió en casa del químico Bossingault, fué tomado como prusiano en el sitio de París, arregló a catorce mil yankees, estudió los archivos del Escorial, y fué,

(1) Escrito a raíz de la muerte de Vicuña Mackenna.

sin exageración, el carácter más admirable y la inteligencia más clara de toda la América latina.

Escribía un libro en menos tiempo que se puede emplear en leerlo, ¿no es esto milagroso?

Un día estaba agonizando en Santiago el almirante Blanco Encalada. Vicuña Mackenna discurría por las calles en busca de novedades. Pasó por la casa del almirante y vió extraña agitación en ella; entró, inquirió y supo esta noticia: el almirante ha muerto. Eran las seis de la tarde. Se dirigió a la redacción de «El Ferrocarril» y allí se encerró. Al día siguiente, a las seis de la mañana, circulaba «El Ferrocarril», gran diario, impreso en lecturita, sin avisos y con una necrología de Blanco Encalada que llenaba las cuatro planchas.

Al fin de la última plana se leía la firma de Benjamín Vicuña Mackenna.

II

Su famoso libro sobre la guerra Franco-Prusiana es una maravilla.

El escritor se hallaba por aquel entonces en París; pero ¿de qué manera logró hacerse de la muchedumbre de datos que son de admirar en la preciosa obra?

Allí se conoce a Francia y a Alemania; se ven cruzar por la vista panorámica que nos presenta el narrador los regimientos franceses con sus vistosos uniformes y las tropas prusianas, severas, movidas como por máquina y con el guerrero casco que cubre la cabeza de los soldados del imperio de hierro.

Conocemos al emperador Napoleón y al emperador Wilhelm, que se pone a la escucha de las tentadoras maquinaciones del demonio de Bismarck. Sabemos cómo se organizan los ejércitos, como se visten, como ganan su pré, como van a la campaña y como mueren en la pelea.

¿Más?

Vicuña Mackenna, a manera de taquígrafo historiador, nos refiere las frases textuales del buen viejo Guillermo cuando, estando en su tienda de campaña, a la sazón bebiendo cerveza en un casco de botella y en la mano sabroso tasajo vió salir de su departamento a ese otro viejo malicioso y gigante, el primer militar del mundo hoy en día, von Moltke, quien señalando la pizarra en que trazaba sus planes y resolvía sus problemas, gritaba casi hecho un loco: «¡Le he vencido!», «¡le he vencido!» A quien había vencido el germano era al mariscal del imperio francés, señor de Mac-Mahon, que iba a caer en el lazo que la astucia prusiana le tendía.

III

Escribir acerca de minas allá, para el que conozca los secretos de esas inmensas grutas del trabajo, maravillosas fuentes de riqueza que producen los codiciados metales.

Pues, Vicuña Mackenna escribió El Libro de la Plata. El Libro de la Plata, es una recopilación de notas y de variados conocimientos de minería que dudamos haya habido quien pudiera publicar producción de igual mérito.

California, Potosí, El Cerro de Pasco, todos esos históricos depósitos de ricas vetas son conocidos por el minero literato como la Ilíada, los Anales y el Romancero.

De Agricultura... ¿Conocéis sus libros titulados La Agricultura en Europa y la Exposición de Agricultura en Chile?

IV

¡Oh cerebro prodigioso donde la idea no hacían distinción de conocimientos para prodigarse siempre fecundas, siempre amenas y regeneradoras!

Así narraba con exquisito gusto y sabroso estilo sus viajes y

aventuras el grande hombre; como trataba arduos problemas sociales de alta transcendencia política.

Los diarios ingleses se disputaban sus artículos sobre economía, las revistas de todos lugares sus profundos estudios científicos y literarios, y los periódicos de Chile (de los cuales redactó tres a un mismo tiempo en más de una ocasión, publicando además un libro semanal) los periódicos de Chile, díganlo «El Mercurio» y «El Ferrocarril» y la multitud de diarios que se imprimen en la noble patria de O'Higgins y de Bilbao.

V

En 1855, estando en Milán el personaje que nos ocupa, el rico librero Branca, le presentó a César Cantú, quien más tarde fué su admirador apasionado. Antes, en 1853 después de haber asistido al entierro del Astrónomo Arago, oyó las conferencias de Saint Marc Girardin (hermano de Emilio), quien por ese tiempo enseñaba sus doctrinas en el mismo lugar en que siglos antes meditara en las suyas Abelardo. En 1872 trató a médicos famosos: James, Cretin, Martin Lozère, el médico de Luxeil en los Vosgos, y entre todos a Lippert, quien, sea dicho entre párrafo y párrafo, manifestó a Vicuña Mackenna esta extraña opinión: Mi paisano Bismark (Lippert era alemán), es el político más grande del mundo, únicamente, señor mío, porque tiene en la cabeza gran porción de fósforo; y el fósforo es la dicha o la desgracia, la grandeza o la pequeñez del hombre. He dicho.

Y a fe que quizás no andaba muy errado el facultativo interlocutor del gran chileno.

Conoció éste en París a Valentina de la Martine, sobrina del poeta. La conoció pobre, muy pobre, y la vió derramar lágrimas al enseñarle el lecho de muerte del autor de Graziella, única cosa que no se llevaron los acreedores.

Fué a España y husmeó los más ocultos recintos de bibliotecas y archivos; bebió vino en Málaga y oyó misa en Madrid; habló

con Hantzembuch y con Gallangos, y sintió latir su corazón de americano cuando el erudito bibliotecario de la Real de Madrid, don Cayetano Rossell, le dijo estas palabras: «Cuando yo leo a Bello, me chupo los dedos».

En fin, estuvo en Roma, y se le rodaron las lágrimas cuando su Santidad el Papa Pío IX le bendijo a su tierna hija bajo la techumbre del gigantesco Vaticano y rodeado de cardenales vestidos de púrpura.

Y de todos esos viajes fueron efecto las innumerables narraciones que publicó en libros y periódicos.

Su fama se acrecentaba cada día más. Las academias de todos lugares le honraban con diplomas y homenajes y su nombre es el más conocido de todos los americanos.

VI

¡Y ha muerto Vicuña Mackenna! ¡Y todo Chile siente la desaparición de tan grande hombre! Sabio, derramó a torrentes sus principios y la generación que se levanta, aprendió de sus labios preceptos y enseñanzas.

Patriota, sirvió a la noble nación en donde tuviera cuna como el mejor de sus hijos.

Escritor, deja para deleite y utilidad tanto y tanto libro como produjo. Justo es, pues, que su patria llore su muerte; que la América toda lamente su partida; que no es Chile, no es la América la que ha perdido aquel fecundo cerebro: es la juventud, es el progreso, es la humanidad trabajadora que va para adelante!!

. DON MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

Hace pocos días, lamentaba la muerte del hombre ilustre que Chile acaba de perder, me decía el señor Lastarria; más que

político, más que educacionista, más que todo, Amunátegui era escritor.

Y el maestro decía una gran verdad.

Ha perdido la literatura americana una de sus primeras columnas. En Méjico, en la América del Sur, en Centro-América, habrá muchos diarios que vestirán luto al saberse la noticia de esta grande y triste desaparición. Era Amunátegui investigador incansable.

Laborioso y fecundo, sus libros están llenos de buena erudición, y son sano alimento de espíritus estudiosos.

Este trabajador alzó al gran Andrés Bello un monumento, cuando tras de descifrar los viejos manuscritos, tras arreglar y coordinar, dió al público la edición nacional completa de las obras del sabio, y le escribió su vida como quien levanta un pórtico.

No tenía Amunátegui pompa y resplandor en el estilo; pero sí tersura y fragancia clásicas. Escribía en períodos cortos como quien dice apotegmas; y claros, como quien desparrama luces y enseña. Sobre todo, su gran facultad de investigación le tornaba un libro vivo. Sé de él que nadie volvió de su gabinete de estudio sin llevar satisfecha la cabeza y resuelta su consulta. Y que todo joven estudioso tenía en él un amigo, y que no era avaro de sus conocimientos, antes bien derrochador. Gustábale borrar toda ignorancia y en su cátedra todo hambriento de saber quedaba harto.

Con su hermano don Gregorio Víctor escribió algunas de sus mejores obras.

Fueron ambos, como dijo últimamente un distinguido amigo suyo, gemelos de alma y corazón. Es hermoso, es plausible, es glorioso siempre, eso de ver dos hermanos unidos en las vastas tareas del espíritu. Los Goncourt, los Hugo, los Daudet; en Venezuela los Calcaños y entre nosotros los Alempartes y los Amunáteguis. Van soberbios, juntos, por el camino de la bella gloria.

Alguien ha asegurado y aún muchos lo dicen, que de los libros

de don Miguel son mejores los primeros, los que escribió de joven. Si se busca lo fresco y lo galano, sí; más doctrinas y saber, más hay en los últimos.

Y esto es natural, puesto que los caudales de erudición y de fuerza aumentan a medida de la investigación y del estudio, los cuales, en varon tan laborioso, acrecentaron con los años.

Cuando llegue a Centro-América, mi tierra, la triste nueva del fallecimiento de este hombre, todo lo que allá luce, todo lo que allá alienta en letras se conmoverá. Lo sentirá Valero Pujol, ese historiador y escritor hispano que escribió sobre Amunátegui en «La República» de San Salvador, uno de sus más bellos estudios; le llorará Cañas, el poeta, que tanto le quería; lo sentirá Gavidia porque le conocía el espíritu a fondo; Pedro Ortiz, porque le ha estudiado y escrito sobre él y sus hermosos artículos; y si el viejo Ayon, una de nuestras más elevadas glorias, viviera con su fina cabellera cana y su fuerte cerebro, lamentaría y mucho a quien fué una de sus mejores fuentes de consulta, cuando escribía el anciano ilustre su Historia de Nicaragua. Y más que todo, le sentirá la juventud, en todas partes firme, en todas partes sedienta, en todas partes aurora.

Bien hayan los grandes hombres que aman lo que se levanta, que protegen lo que tiene en su mano el porvenir.

Cuando se enseña se es padre, porque en la vida moral se forman hijos.

La mejor de las memorias que se conservarán de Amunátegui, será la de los que recibieron sus enseñanzas, las de los que oyeron su palabra en el Instituto, la de los que se abrevaron en su fuente.

Tendrá bustos en las Academias, estatuas en las plazas públicas, laureles y fama en las obras de los críticos; pero en el corazón de los estudiantes tendrá un recuerdo inmortal.

Eso recogen los que siembran santa semilla de luz en buena tierra. Bravos hombres, viriles trabajadores, sacerdotes de una religión augusta, tienen el privilegio de que se agiten palmas

sobre sus tumbas, de que se dé a su cuerpo el mármol y a su alma gloria espléndida.

Los trabajos de Amunátegui serán siempre admirados, y los escritores futuros tendrán en ellos un magnífico venero de ricos datos, de noticias valiosas, inapreciables para los que ahonden la historia patria y la literatura española. El estudiaba para enseñar, y a través del tiempo se escucharán sus lecciones.

Los libertadores de hombres que con la espada fracasan tronos y rompen cadenas, son ensalzados y su recuerdo provoca el himno y llama a la boca la bendición. Así los que arrancan al espíritu de la sombra, los que dan brillo de ciencia al cerebro esclavo de la ignorancia, los redentores del que no sabe, los que por acero tienen la palabra alada y vibrante, son loados, son bendecidos y se echan sobre sus cuerpos muertos las alabanzas como si se vaciasen cestos de rosas.

El vivirá y a los que hoy le lloran y lamentan su partida, puede decirseles hablando la santa lengua del Evangelio. «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?»

POIRIER (1)

I

No quiero dejar las playas de Chile noble, que me dió albergue, generoso, durante tres de los mejores años de mi vida, que me alentó en mis trabajos literarios, que me discernió premios y honores; no quiero partir, digo, sin dejar estampado, junto con mi *farewel*, a Chile y a mis amigos, que son tantos y tan queridos, la palabra de justicia, de cariño y de admiración a Eduardo

(1) Eduardo Poirier, amigo de Rubén Darío, con quien escribió el poeta la novela «Emelina».

Poirier, al amigo entre todos ellos, al amigo que me recibió como un hermano al pisar esas playas; que, como un hermano, también gozó con mis goces, sufrió con mis dolores, me alentó en mis triunfos y me consoló en mis horas amargas; al amigo que hoy, también, hoy que parto, pesaroso y triste, de este gran país, me ha de conducir a bordo y ha de ser el último que me estreche entre sus brazos fraternales y cariñosos.

He aquí, pues, mi ofrenda de despedida, mi adiós al amigo, al hermano, en quien con justicia personificó a todos los que aquí, en esta buena tierra de Chile, han tenido para el poeta y para el bohemio, aliento en la lucha, *champagne* y aplausos en la victoria.

II

Como ya lo han dicho otros biógrafos de Poirier, nació éste de padres nobles y distinguidos en 1860, y recibió su primera educación en el colegio de los Sagrados Corazones, y luego en el Liceo de su ciudad natal, Valparaíso.

A la muerte de su padre político (pues su señora madre había contraído segundas nupcias), hubo de cortar la carrera de abogado, para la que tenía vocación especial, y dedicóse al comercio, persiguiendo el noble anhelo de sostener a su buena madre y a sus hermanos, entonces pequeños. En esta lucha por la vida ha realizado verdaderos prodigios; pues, sin desatender sus obligaciones más premiosas, ha podido centuplicarse y destinar muchas horas de su corta y bien empleada vida a labores de inteligencia y de talento.

Entregado al comercio, prosiguió durante algún tiempo sus estudios, hasta recibirse de bachiller, primero, y, en seguida, consagrarse a las Leyes, cuyo estudio no ha podido después continuar por sus redobladas y heterogéneas atenciones.

En el año de 1876 empezó a cultivar las letras, por las cuales ha tenido siempre una predilección especial. Asociado a unos

cuantos jóvenes estudiosos de Valparaíso, fundó, dirigió y redactó, con brillo, el periódico literario titulado *La Estrella del Progreso*. Allí se ven despuntar sus aficiones de literato. También ha hecho versos, y si bien confiesa él mismo que no nació poeta, hemos visto tal cual muestra recomendable de su estro juvenil. En 1877 fusionó su periódico con *La Semana*, órgano literario que, también por esa época, se publicaba en Valparaíso, y allí siguió escribiendo y, sobre todo, traduciendo novelas de los más aplaudidos autores.

Después ha traducido para *El Mercurio* a los mejores novelistas ingleses que ha publicado este acreditado diario, y no hay garrida lectora de Valparaíso que no quiera a Poirier, cuya pluma de traductor, a las veces, no sólo vierte con fidelidad el pensamiento del autor, sino que, como lo ha dicho una distinguida amiga mía, «idealiza los tipos originales y les da más vida, colorido y vigor que el que los mismos autores les infundieron». De esa galería de lindas novelas son *Días oscuros*, *El secreto de Lady Damer*, *Recobrada* y tantas otras que han visto la luz en *El Mercurio*. Ha hecho una edición especial de *Recobrada*, cuya traducción consideramos superior a la que después publicó el galano y brillante José Martí.

Posteriormente, hace apenas un año, azuzados ambos, él y yo, por el aguijón del cariño que nos había hecho hermanos en la amistad, quisimos hacernos hermanos también en las letras, y dimos a luz, en colaboración, la novela *Emelina*, sobre la cual no emito opinión por razones que comprenderá el juicioso lector.

También ha publicado Poirier un *Manual de telegrafía práctica*, que ha sido adoptado como texto de enseñanza en Nicaragua. Asimismo ha dado a luz, bajo pseudónimo, muchos artículos literarios en diversos órganos de la Prensa.

En el comercio de Valparaíso, donde ocupa una posición honorable y distinguida por sus antecedentes de probidad, de trabajo, de constancia y de inteligencia, ha servido importantes puestos. Se inició y tuvo su aprendizaje comercial en la Com-

pañía Inglesa de Vapores, de la cual fué tenedor de libros por espacio de ocho años. Poco después véasele de gerente de la Compañía de Teléfonos de Valparaíso, y dos años más tarde abandonaba honrosamente el puesto por no transigir con los manejos desdorosos de la dirección general que esa empresa yanqui tenía entonces.

Ha dirigido después el Telégrafo Nacional, durante la corta vida de esta institución, que últimamente ha pasado a otras manos por venta y liquidación hecha bajo sus auspicios y en las mejores condiciones, dada la comptencia de otras líneas. Y aquí ha desplegado de nuevo Poirier sus dotes de hábil, laborioso y económico administrador. El Telégrafo Nacional se fundó en condiciones desfavorables. Tenía tres líneas de competencia. Le combatían, además, muchas otras circunstancias adversas, como los frecuentes destrozos de material y de la línea que perpetraban malhechores, quizá pagados por ocultos enemigos de la Empresa... Para colmo de males, el año pasado, que fué fatal para todo el mundo, trajo con su invierno desastroso, una pérdida considerable en postes y alambres, arrastrados por ríos y esteros. Poirier, estaba, sin embargo, en todas partes. Le hemos visto, admirados, atender a todo, velar por todo, trabajar desde el amanecer, doce y catorce horas diarias, minando su vida y su salud en protección de intereses ajenos que cautelaba y defendía con más asiduidad y empeño que si fueran propios.

Su misión en esa Empresa fué heroica, como lo han sido todas las de su vida de lucha y trabajo; y merced a eso, a sus economías de administrador, y a su labor paciente de hormiga y a sus esfuerzos de todos los instantes, el Telégrafo Nacional pudo venderse con muy poca pérdida para sus dueños, a pesar de todas las circunstancias adversas, triunfalmente combatidas por su hábil gerente.

Lleva Poirier más de quince años de labor perseverante y prodigiosa.

Le hemos visto en una época desempeñar, a la vez, cinco o

seis diferentes puestos. Administraba la empresa industrial del Telégrafo Nacional, a la vez que traducía folletines y artículos para *El Mercurio*, enviaba correspondencia a *La Epoca*, dirigía cuatro contabilidades diversas, servía correspondencias comerciales para Europa en idioma extranjero y atendía el Consulado de Nicaragua, dándose todavía tiempo para cultivar relaciones epistolares con extranjeros distinguidos en las letras y en las ciencias.

Entre esos extranjeros se encuentra el ilustre general y literato salvadoreño Juan J. Cañas, amigo entusiasta y cariñoso de Chile; Pedro Agote, financista eminente de la República Argentina, y varios otros poetas y literatos peruanos y centroamericanos, cuyos nombres se nos escapan.

En Santiago forma parte de distinguidos círculos literarios y sociales; mantiene relaciones de literato y amigo con todos los jóvenes que escriben, con todos esos buenos amigos y compañeros cuya vida he vivido yo mismo y cuyos gustos y aficiones he compartido; con todos esos hermanos de la bohemia literaria, soberbia y brillante, a quienes hoy digo hasta luego, porque no me resigno a decirles ¡adiós!...

Poirier es un verdadero apóstol del trabajo, y el alma fuerte y el sustentáculo viril de un hogar en donde se respira el puro ambiente de la amistad y del cariño.

No obstante, como nadie es profeta en su tierra, no le ha sonreído la fortuna en su tierra natal. Con sus heroicos esfuerzos no ha logrado, por cierto, acumular el oro de que a tan poca costa se ve colmado el estulto burgués, o el mercachifle calculador y ladino, pues ya sabemos que no es de ordinario la veleidosa fortuna patrimonio de talentosos y de buenos; siempre hubo, en cambio, en su respetable hogar, holgura por su perseverancia indomablemente conservada. Verdad es queapuró a veces desilusiones y amarguras, y que le han perseguido la explotación y la envidia; no el odio, porque no sabría inspirarlos quien no ha

vivido en una existencia noble y fructífera, sino para sembrar beneficios y practicar virtudes.

Hoy se trasladó a la capital a desempeñar el honroso puesto de encargado de Negocios y cónsul general que le ha discernido con justicia el Gobierno de Nicaragua, en recompensa de valiosos servicios prestados en el desempeño de su cargo de cónsul de la misma nación que servía desde fines de 1886.

Creemos y esperamos que en la capital, sus múltiples aptitudes y variados talentos hallarán más ancho campo de acción que en Valparaíso, donde se agostaba esa inteligencia fecunda y ese espíritu cultivado, y donde, últimamente, hasta su salud había desmejorado mucho a consecuencia del excesivo trabajo intelectual y las variadas ocupaciones a que le era menester consagrarse.

También aguardamos mucho de Poirier en el cultivo de las relaciones amistosas, intelectuales, literarias y de todo género, entre Chile y Nicaragua.

Ya lo dijo el nuevo ministro en la visita oficial de su recepción por el Gobierno de Chile, que su ciudadanía chilena era una garantía más de acierto para el desempeño de su simpática misión. Tal creemos también nosotros. Hemos conocido a fondo a Poirier; le hemos conocido en todas las bellas interioridades de su alma auroral, y como ciudadanos de Nicaragua nos sentimos ufanos de vernos tan dignamente representados.

El Gobierno de mi país, a la vez que ha dado una prueba de afecto y distinción por Chile al elegir como representante diplomático a un chileno tan ilustrado y digno, ha ejecutado un acto de justicia que le honra, premiando el mérito.

Estamos seguros de que Poirier, en la carrera en que se inicia hoy, sabrá expedirse con el mismo brillo y acierto que en los demás ramos de la humana actividad a que hasta el presente se ha dedicado.

Y aquí debo poner punto final, a pesar mío. El vapor *Cachapoal* me aguarda listo para hacerse a la mar. Y ya que parto, y

ya que esta tarde es triste para mí, triste en su opacidad dorada y melancólica y triste para quien dice adiós al soberbio país de Chile, reciban del poeta, que les deja un apretón cada mano amiga, un pensamiento cada compañero en las tareas de las letras, una despedida del corazón cada chileno, que fué conmigo de buena voluntad y de buena alma.

FRAY CRESCENTE ERRÁZURIZ

Esta cabeza religiosa está llena de cordura, de ciencia, de erudición y de sutileza. Es una de las más fuertes de Chile. Si estáis ante él, sus miradas agudas penetrarán hasta lo más hondo de vuestras intenciones. Si os enseña, tendréis que aprender mucho en saberes humanos y divinos. Si queréis ser su contrincante, tendréis que prepararos a la derrota. No solamente se ha ejercitado en disciplinas teológicas y de religión, conforme con su vocación y estado, sino que se ha nutrido de letras profanas, de acuerdo con San Buenaventura o San Gregorio Nacianceno, San Juan Damasceno u Orígenes. Podría, como Sedulio, ser llamado *vir scholasticissimus*.

Cuenta ya largos años de vida, y ha dado a su patria vigorosos productos de su entendimiento, y habiéndola servido en el siglo, continúa en el claustro dándole lustre y sana gloria.

Se dedicó a los estudios históricos, y ello me hace recordar el párrafo en que Cicerón habla de que: «uno de los principales deberes de los Pontífices máximos de la antigua Roma, era el escribir lo que se llamaba «grandes anales», y ponerlos de manifiesto en su casa, para que todo el mundo tuviese la libertad de tomar lo que quisiera de aquel tesoro de la república.

La Memoria sobre *Seis años de la historia de Chile*, dió al P. Errázuriz fama de concienzudo narrador y escritor gallardo. El Sr. Huneeus Gana dice de esta obra, en su libro sobre la producción intelectual de Chile, que es «por su extensión, y

también por su prolijidad, uno de los libros de mayor erudición histórica que conocemos, sobre sucesos parciales y épocas determinadas. Abraza la narración fidedigna y comprobada, escrupulosa y completa, de los días más aciagos y sangrientos de toda la Era colonial (23 de diciembre de 1598 a 9 de Abril de 1605), es decir, desde la muerte del lamentado gobernador D. Martín García Oñez de Loyola, hasta la segunda llegada del gobernador D. Alonso García Ramón». Y agrega con justificado entusiasmo el Sr. Huneus: «Esta narración, que atraviesa el campo áspero y luctuoso de una de las epopeyas más sangrientas y heroicas de la Humanidad, que refiere minuciosamente las jornadas homéricas y casi increíbles de Curalaba y Cadeguala, y que narra con serenidad la espantable destrucción de Villarrica, y las sublimes heroicidades que allí desplegaron vencidos y vencedores; este libro, que resume, en fin, el período álgido y crítico de la guerra inmortal entre españoles y araucanos, y que parece más la obra de un valiente soldado escritor que la de un fraile literato, debe considerarse, en justicia, como la obra histórica de más empuje y de más vigorosa unidad que se ha escrito sobre período alguno de nuestra vida colonial». Tales palabras se justifican con el conocimiento de la labor fuerte, elegante y minuciosa de ese estudioso admirable, a quien la soledad y el retiro dará mayor concentración para sus actividades mentales. Ya sus *Orígenes de la iglesia Chilena*, que le dan el puesto de un Baronio hispano-americano, afianzaron su autoridad y su prestigio. Fr. Crescente será más tarde un clásico, por su estilo lleno de pulcritud y elegancia, y porque todo en su obra es ordenado. El ha seguido bien la palabra de San Agustín: *Illud a me accipiatis volo. Si quis temere de sine ordine disciplinarum inrerum cognitionem audet irruere, pro studioso illum curiosum pro docto credulum, pro cauto incredulum fieri.*

En la Historia del pensamiento en Chile siempre surge alguna figura sacerdotal. Desde el ocurrente P. López, el P. Escudero, Fr. Manuel Oteira, cada cual con sus méritos y sus defectos de

época y de temperamento, el historiador P. Ovalle, el jesuíta P. Diego de Rosales, Fr. Juan de Jesús María, el P. Suárez de Vidaurre, y los jesuítas Pastor, Olivares, Bel, Ceballos, Ferrufino, Caldera, Rivadeneira, Sobriño, el P. Miguel de Olivares, S. J. historiador, el famoso abate Molina, que escribió en italiano, el obispo Lizarraga, los frailes Oré, también obispos, como Fr. R. Jacinto Jorquera y Fr. G. de Villarroel, el P. P. de Torres, Fr. Alonso Briceño, y otros cuantos notables, como el P. Lacunza, Fr. Antonio Aguilar, el P. Parra y Fr. J. Ramírez, citados por Huneus, hasta el gran Fr. Camilo Henríquez, Fr. Melchor Martínez, hasta los Eyzaguirre, Valdivieso, Salas, Orrego, Casanova, Fernández Concha, Donoso, Jara el crisóstomo, Taforó y otros más, la Iglesia chilena ha tenido activa y aquilatada representación en la intelectualidad del país. Y entre todos resalta con aspecto singular y señalado Fr. Crescente Errázuriz, con sus ancestrales cualidades vascas y sus particularidades del carácter nacional, que hacen de él «un hombre», incrustado en un ministro del catolicismo.

Y Chile, su patria le respeta y le admira.

“A. de Gilbert”

(Pedro Balmaceda Toro)

A. DE GILBERT (1)

(Pedro Balmaceda Toro)

Ayer mañana, al ver llegar al mozo que trae a la hacienda la correspondencia, he tenido un fatal presentimiento. El día gris y triste quizás, o misteriosas relaciones psíquicas, habían puesto en mi espíritu como una desolación vaga y extraña. Al abrir un paquete encontré un telegrama que causó en mí dolor y estremecimiento. Mi amigo, el viejo poeta Cañas, me comunicaba que, allá en Chile, había muerto un amado compañero de trabajo, un hombre joven y brillante que fué mi fraternal amigo, Pedro Balmaceda; en el mundo de las letras A. DE GILBERT.

Dejo por hoy mis cuadros, mis impresiones de campo, para consagrarme al recuerdo de aquella existencia auroral desvanecida en el misterio. Aquí lloraré solo con mis recuerdos, entre el aliento de la floresta tropical, frente al océano azul, sintiendo de cuando en cuando el rugido sordo y hondo del Izalco, que disuelve su nubazón plumiza en el viento. Yo en mi retiro meditaré de duelo.

Para que comprendáis la intensidad de mi pena, preciso es

(1) Seudónimo con que escribió Pedro Balmaceda Toro.

que tengáis en cuenta una amistad profunda y razonada, un mutuo comercio de ideas, una comunicación ardiente y viva de emociones estéticas, un conocimiento recíproco de nuestras dos naturalezas, un aliento siempre mantenedor de nuestras esperanzas. Esas fraternidades que las santas cosas del alma forman, son altísimas e incomparables.

A Balmaceda le conocí recién llegado a Chile, y fué de los primeros corazones que me hicieron endulzar la ausencia de la patria nativa.

Yo trabajaba en *La Epoca*.

Al hojear un día los diarios de la tarde, encontré en *Los Debates* un artículo firmado con un pseudónimo que no recuerdo, artículo cuyo estilo nada tenía de común con el de todos los otros escritores de entonces. Era sobre la muerte de un romancero popular, uno de esos poetas broncos e ingenuos que florecen como los árboles salvajes, al sol de Dios y al viento que les acaricia. No pude saber, por de pronto, quién era el autor de aquellas líneas deliciosas en las que la frase sonreía y chispeaba, llena de la alegría franca del corazón joven.

Al poco tiempo, Manuel Rodríguez Mendoza llegó a la redacción con Pedro Balmaceda. Presentaciones. Charla. Hablando de asuntos de letras, le comuniqué mis impresiones respecto al artículo aquel.

—¡Soy yo!—me dijo, con una expresión de vanidad infantil, esa que excluye el orgullo necio y es límpida como el agua de una fuente montañera.

El era, en efecto, quien había escrito aquellas páginas admirablemente concebidas.

En esto, las campanas de los cuarteles de bombas sonaron anunciando un incendio. Por las calles, pasaban coches a escape, bomberos de a pie, poniéndose sus cinturones o sus cascos de bronce. Una de las casas regias de la calle del Ejército Libertador, la mejor de Santiago, era devorada por las llamas. Yo tenía a mi cargo la crónica del diario, y pedí excusas a mi nuevo amigo,

por tener que ir al lugar del suceso. ¡Iremos juntos!—me dijo—. Enlazados los brazos, bajamos las escaleras.

El tenía en su conversación mariposeos y transiciones. Había en esto mucho de mujer. A intervalos, la risa vibraba su diapasón:—«Por mi parte, hombre, yo opino que es suficiente gloria para los hermanos Goncourt, haber sido los introductores del japonismo en Francia, haber dado la nota del buen gusto en los muebles y adornos de salón con plausibles resurrecciones de cosas bellas, y haber presentado a Zola y el desarrollo de la escuela. ¿Qué crees tú? Pero por lo visto, tú no te fijas. ¡Qué...! Escribiremos un libro hirviente titulado *Champaña...*»

Y nos reíamos.

La impresión que produjo en mí el primer cambio de ideas con Balmaceda, fué viva y hondamente sentida. Hablaba él con lenguaje claro y sus ideas estaban tan de acuerdo con las que yo alimentaba, que desde aquel instante una cadena íntima y radiosa unió nuestros espíritus. En mi memoria veo aún sus gestos convincentes que eran como un apoyo a sus razones. Dijérase que en veces con un movimiento vivaz y penetrante de malicia, subrayaba su frase, pronunciada con aquella voz suya vibrante pero opaca, como si estuviese la vocalización suavizada por una tela de raso.

Conversamos largamente camino del lugar del incendio y ya estábamos cerca, en medio de la aglomeración de las gentes, frente a las llamaradas que se extendían sobresaliendo por las techumbres encendidas, y la cuestión literaria era el objeto de nuestra plática. Apenas si sentíamos los estrujamientos, el hablar confuso de la muchedumbre acompasado por la cadenciosa palpitación de las bombas, el estallido de los cristales en el fuego, el golpe de las hachas, la voz de las bocinas y clarines.

Desde aquella noche fué mi amigo A. de Gilbert.

A. de Gilbert... Hasta hace poco he sabido que ha existido un poeta francés del mismo nombre.

La historia del pseudónimo de Pedro os hará ver cómo fué adoptado por un simple capricho.

Este simple capricho ha hecho que Balmaceda sea más conocido por su pseudónimo que por su verdadero nombre. Al reproducir sus cuentos ha habido diario que recomienda «esos joyeles de uno de los mejores narradores de la Francia».

Un crítico de la Habana aseguró que A. de Gilbert era un estilista modelo, y lo recomendaba a los escritores de allá. ¡Oh, mi querido A. de Gilbert!

Una noche, en *La Epoca*, se trataba de poner una firma cualquiera a una crítica del Salón, si mal no recuerdo, o a un cuento. Pedro Balmaceda, el autor, no quería aparecer en las columnas del diario con su nombre. En la sala de Redacción, iluminada por la claridad dorada del gas, nos encontrábamos el director, señor Mac-Clure; Rodríguez Mendoza, segundo redactor del diario, y yo, que escribía la crónica del mismo.

Aquellas cuartillas, llenas de ideas y frases encantadoras, con un estilo que era una novedad, nos hizo pensar mucho en el pseudónimo deseado. Mac-Clure y yo propusimos varios, que a la postre, no fueron admitidos. Por fin, Rodríguez Mendoza, con una gran voz:

—¡Firmemos GILBERT!

¿Gilbert, por qué? En ese momento no recordaba yo sino un solo Gilbert, el célebre satírico del siglo XVIII. Y aquellas páginas nada tenían de satírico. Deseaba para pseudónimo de Pedro un nombre sonoro, una combinación lírica de letras que algo dijese de quien poseía una tan opulenta imaginación y títulos tan soberbios en la aristocracia del estilo.

—¿Gilbert a secas?—preguntamos—, como la Sapho de Daudet a su futuro amante, al comenzar la novela de su amor.

—Con algún agregado. Por ejemplo, A. DE GILBERT. Esto—dijo—es un nombre de escritor francés. ¿Quién más francés que Pedro, en su modo de escribir, en su aire literario?

Por la mañana del siguiente día apareció en *La Epoca* el artículo de A. de GILBERT. Aquella firma era un hermoso enigma.

HISTORIA DE MIS «ABROJOS»

En días de gran trabajo y no pocas tristezas, vivíamos Rodríguez Mendoza y yo en dos departamentos del edificio de *La Epoca*. El bregaba con su pluma de escritor brillante y fuerte por las ideas políticas del diario, que era, como es, el principal órgano de los monttvaristas. Por el escabroso terreno de esas luchas apasionadas, empezaba a descender al valle de los desengaños. Yo pensaba en mi lejano país, en todas las dulces cosas de la tierra en que se nace, los amigos de la primera edad, las ilusiones en flor, el trópico vibrante y cálido, la cosecha de tristezas en plena primavera de la vida; hasta en las torpezas, cegueras o infamias que más de una vez llevan a los hombres al destierro voluntario.

Juntos, Manuel y yo, comunicábamos nuestras penas y nos consolábamos con la visión del sol alegre, de la grata esperanza; con la alentadora, serena e ingenua vanidad del que, para no caer en la brega, se ase a su alma, y cuenta en la noche con el porvenir.

Entonces escribí mis ABROJOS, de los cuales, Pedro Balmaceda, fué el entusiasta y bravo editor.

Pedro vió en ellos la expresión sincera y profunda de una desolación íntima y verdadera, de una amargura experimentada; me hizo el bien de no confundir mis versos de mi alma con tantos arranques quejumbrosos, o blasfemias estúpidas que por ahí han florecido como yerbas malas, que pretenden, en el jardín de las letras, el mismo jarrón que los *vergissmeinnicht* y rosas espinosas de Heine, o los desfallecientes lirios y campanillas azules de Gustavo Bécquer.

Sí, mis ABROJOS, «vívidos», por decirlo así, eran desahogos.

En cuanto al procedimiento técnico, nacieron de las *Humoradas* de Campoamor, y, sobre todo, de las *Saetas* de Leopoldo Cano.

En el prólogo de ellos, he dicho ya cómo nacieron. Los escribía sin plan, sin relación ninguna de unos con otros. Eran recuerdos, ideas que dejaba,

descocado, antimetódico,
en el margen de un periódico
o en un trozo de papel.

Pedro los hizo imprimir en casa de Jover. Hasta entonces, nunca había aparecido en los escaparates y vidrieras edición chilena de versos más artística ni más lujosa que aquella.

El libro fué bien recibido, y el artículo de Pedro, mi querido editor, el mejor de todos los que trataron del asunto, y uno de los más lindos cincelados por aquel orfebrero de la literatura, fascinador en su rara policromía de la palabra.

Si Pedro no hubiese publicado el libro, los *ABROJOS* no habrían sido conocidos. Yo no quería que viesen la luz del público por más de una razón.

El libro adolece de defectos, y aun entonces no estaba yo satisfecho de él. Como primer libro, como tarjeta de entrada a la vida literaria de Santiago, no era muy a propósito. Ante todo, hay en él un escepticismo y una negra desolación que, si es cierto que eran verdaderos, eran obra del momento. Dudar de Dios, de la virtud, del bien, cuando aún se está en la aurora, no. Si lo que creemos puro lo encontramos manchado; si la mano que juzgamos amistosa nos hiere o nos enloda; si enamorados de la luz, de lo santo, de lo ideal, nos encontramos frente a la cloaca; si las miserias sociales nos producen el terror de la vergüenza; si el hermano calumnia al hermano; si el hijo insulta al padre; si la madre vende a la hija; si la garra triunfa sobre el ala; si las estrellas tiemblan arriba por el infierno de abajo... ¡truenos de

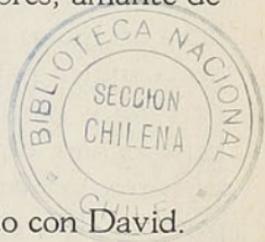
Dios!, ahí estáis para purificarlo todo, para despertar a los alestargados, para anunciar los rayos de la justicia.

Pedro, en su delicadísimo artículo, en que el cariño guía la pluma, llama a los ABROJOS «el libro de Job de la Adolescencia».

Hoy, por más que los desengaños han destruído muchas de mis ilusiones, adorador de Dios, hermano de los hombres, amante de las mujeres, pongo mi alma bajo mi esperanza.

Maintenant, je voit l'aube...

L'aube! c'est l'esperance!



Al son de la gloriosa música del arpa, me quedo con David.

PEDRO EN LA INTIMIDAD

Mis relaciones con Pedro aumentaban cada día más, hasta llegar a la intimidad. Nos visitábamos. Yo le iba a ver con frecuencia; a leer, a «hacer onces», en el día; a tomar el té, en la noche.

Entrando por la puerta principal al Palacio de la Moneda, se subía una escalera, a la izquierda—al pie de la cual se paseaba un granadero, el arma al brazo—, se iba rectamente pasando frente a la puerta del despacho del presidente de la República, se torcía a la derecha y se encontraba entre varias, tras una crujía de piezas, a unos cinco pasos, una puerta con vidrios deslustrados. Era la del gabinete de Pedro; el que tenía antes de la última refacción de esa parte del palacio.

¡Un pequeño y bonito cuarto de joven y de artista, por mi fe!; pero que no satisfacía a su dueño.

El era apasionado por los *bibelots* curiosos y finos, por las buenas y verdaderas japonerías, por los bronce, las miniaturas, los platos y medallones, todas esas cosas que dan a conocer en un recinto cuyo es el poseedor y cuál su gusto. Paréceme ver aún,

a la entrada, un viejo pastel, retrato de una de las bisabuelas de Pedro, dama hermosísima en sus tiempos, con su cabellera recogida, su tez rosada y un perfil de duquesa. Más allá, acuarelas y sepias, regalos de amigos pintores. Fija tengo en la mente una reproducción de un asunto que inmortalizó Doré: allá en el fondo de la noche, la silueta negra de un castillo; la barca que lleva un mudo y triste remador, y en la barca tendido el cuerpo de la mujer pálida. Cerca de este pequeño cuadro, un retrato de Pedro, pintado en una valva, en traje de los tiempos de Buckingham, de Pedro cuando niño, con su suave aire infantil y su hermoso rostro sobre la gorguera de encajes ondulados. En panoplia, los retratos de la familia, de amigos y entre estos, llamando la vista, el de don Carlos de Borbón, vestido de huaso chileno; retrato que le obsequió el príncipe cuando Pedro fué a pagarle la visita que aquél hizo al señor don José Manuel Balmaceda, a su paso por Santiago. En todas partes libros, muchos libros, libros clásicos y las últimas novedades de la producción universal, en especial la francesa. Sobre una mesa diarios, las pilas azules y rojizas de la *Nouvelle Revue* y la *Revue de deux Mondes*. Un ibis de bronce, con su color acardenillado y viejo, estiraba su cuello inmóvil, hieráticamente. Era una figura pompeyana auténtica, como un César romano que le acompañaba, de labor vigorosa y admirable.

Cortaban el espacio de la habitación, pequeños biombos chinos bordados de grullas de oro y de azules campos de arroz, espigas y eflorescencias de seda.

Había una puerta que daba a las salas de la familia, y otra opuesta que llevaba a una pequeña alcoba.

Junto a esta última, no lejos del piano, se veía colgado un cuadrito de madera y en el centro un pedazo de seda con los colores de la bandera francesa, opacos y descoloridos por el tiempo. En letras viejas se leía en él *Liberté, Egalité, Fraternité*. Era un pasaporte del tiempo del Terror. Sobre una repisa, entre

varios *bibelots*, sobresalía una quimera de porcelana antiquísima, de un tono dorado, con las fauces abiertas.

No olvidaré en toda mi vida—porque si de la memoria se me borrasen las tendría presentes en el corazón—las noches que en ese habitáculo del cariño y del ingenio pasé, cuando el cólera en 1887 vertía en la gallarda Santiago sus venenosas urnas negras. El te humeaba fragante; en el plaqué argentado chispeaba el azúcar cristalina; la buena musa juventud nos cubría con sus alas rosadas, la charla desbordante, hacía tintinabular campanillas de oro en el recinto; pasaba afuera el soplo de la noche fría; dentro estaba el *confort*, la atmósfera cálida y ondas áureas con que nos inundaba la girándula del gas; y una ilusión viene y otra ilusión va; un recuerdo, un verso, un chisporroteo; a veces casi hasta la media noche, hasta que un recado maternal llegaba: «Ya es hora de que te duermas». Entonces aplazábamos el tema comenzado, nos despedíamos, y más de una vez, a eso de la media noche, rechinaron los pesados cerrojos de las enormes puertas del Palacio de la Moneda, dando paso a dos personas. ¡El fiel y viejo sirviente de la casa iba a acompañarme, allá lejos adonde yo vivía, a la calle de Nataniel!

¡Oh, cuántas veces en aquel cuarto, en aquellas heladas noches, él y yo, los dos soñadores, unidos por un efecto razonado y hondo, nos entregábamos al mundo de nuestros castillos aéreos! ¡Iríamos a París, seríamos amigos de Armand Silvestre, de Daudet, de Catulle Mendès, le preguntaríamos a éste por qué se deja sobre la frente un mechón de su rubia cabellera; oiríamos a Renán en la Sorbona y trataríamos de ser asiduos contertulios de madame Adam; y escribiríamos libros franceses!, eso sí. Haríamos un libro entre los dos, y trabajaríamos porque llevase ilustraciones de Emile Bayard, o del ex chileno Santiago Arcós... Y bien, ¿qué título llevaría el libro? Ante todo el estilo. ¿No es cierto, hombre? Iríamos luego a Italia y a España. Y luego, ¿por qué no? un viaje al bello Oriente, a la China, al Japón, a la India, a ver las raras pagodas, los templos llenos de dragones

y las pintorescas casitas de papel, como aquella en que vivió Pierre Loti; y, vestidos de seda, más allá, pasaríamos por bosques de desconocidas vegetaciones, sobre un gran elefante... Pedro, de pronto, lanzaba una gran carcajada:

—«¡Y haríamos ¿no es así? lo de Tartarín de Tarascón!»

¡Dios mío! ¡Y esto fué ayer no más, y él ha partido, y ocupa el negro hueco de una tumba, y yo estoy ahora llorando por él en un campo lejano de mi tierra de Centro América, con el alma dolorida y pensando en que él fué para mí como uno de esos seres desconocidos que nos sonrían, cariñosos y fugaces, en el país del sueño!

El también sufría, mi pobre y amado amigo. Su alma sideral y luminosa flotaba en su dolor profundo como una estrella en la sombra. ¡Cómo águila mal enjaulada, ha roto a golpes de pico y ala su cárcel estrecha, y ha tendido el vuelo para Dios!

EL ARTISTA

Qué gran artista nos ha arrebatado la muerte!

El amaba las hermosuras del buen tiempo viejo, las diosas blancas de mármol, los héroes épicos, los brazos desnudos sobre la flotante vestimenta, los apolos rubios y las castas dianas. No sabía la lengua griega, pero se aficionaba a ella, y habría dado algunas felices horas de su vida por leer la vasta Iliada en los antiguos exámetros homéricos. Gustaba de todas las pompas, de aquella trinidad de cosas de que gustaba Gautier. Su idea, joven y gallarda como una princesa, marchaba a paso real bajo un baldoquino bordado de oro, y en la huella de sus sandalias florecían rosas.

El era el desposado del ensueño, como un dux con su adriático, y desde su soberbio bucentauro ideal, arrojaba en arras, a las ssgradas ondas, su propio corazón.

Todas las manifestaciones de la belleza conmovían su espíritu;

la pasión estética le subyugaba. Poesía, música, pintura, escultura, todo lo que toca al alma y al gusto, tenían en aquel cerebro una percepción especial que las compenetraba y comprendía. Sin haber visitado un solo museo célebre de Europa, y sólo por el conocimiento de las obras de mérito que hay en Santiago, y por el estudio de los mejores críticos, él fué el más brillante de todos los de arte, en su país. Parece, al leer sus pocos artículos de este género que ha dejado, como si no tuviesen para él secretos las pinacotecas. Conocía, eso sí, y analizaba, para llenar su tarea, todos los juicios de los escritores autorizados, comenzando con las primeras obras de crítica artística francesa, pasando por la *Gramática* de Carlos Blanc, por Gautier, por Musset y Saint Victor, hasta los contemporáneos, hasta ese actual y duro criterio que encarna Alberto Wolff. Así, del Salón de Santiago, recuerdo estudios muy buenos, publicados en diversos diarios y revistas, entre ellos, los de Vicente Grez y uno del anciano Lastarria; pero ningunos más llamativos, más pintorescos, más satisfactorios que los de A. de Gilbert.

En sus revistas teatrales era menos feliz; es cierto que eran escritas al galope, a vuela pluma, a veces en la misma noche de una representación, para el diario del siguiente día.

Era muy amigo del escultor Plaza, y aun creo que éste hizo su medallón. Plaza es ese vigoroso talento que ha producido el *Caupolicán* y el *Jugador de Chueca*, estatuas magistrales, honra del arte americano. Plaza, a quien la suerte no ha favorecido y está empeñada en no favorecer, pero que también tiene espíritu robusto y espaldas de telamón atlántico, para resistir, se captó el cariño y estimación de Pedro, quien hizo todo lo que pudo por ayudar en su labor, llena de luchas y desgracias, al aplaudido estatuario. Pedro le visitaba en su taller. Sentía placer en ir a ver al artista, que encontraba con su delantal y sus manos llenas de greda, su aire modesto; entre mármoles y yesos, terracotas y bronce, barro húmedo aún, cubiertos de paños; aquí una copia polvosa de la Victoria Apta, un friso, una más-

cara, desnudeces venusinas; no lejos, montes de metal para las fundiciones, un andamio, y algún mutilado perro de arcilla pintada, u otra de esas bestias al vivo que la industria pone al frente de las obras de arte, que los salones burgueses adquieren, y que a Plaza quizá habían mandado para que lo remendase. . . ¡A él, por Dios, que hizo con sus manos los senos de su *Susana*, y repujó con su cincel audaz la carne de metal y los músculos hinchados de su gran Toqui araucano!

Pedro admiraba al trabajador plástico, se fijaba en sus gestos, sus posturas, en el juego de zarpas de león de aquellos dedos creadores. Se extasiaba en ver aparecer la forma preconcebida, la redondez, la angulosidad y se complacía especialmente en los golpes osados, en los toques rápidos, que cuando son obra de las impacencias del genio, del paso del «dios», producen las maravillas y los efectos que causan admiración.

O ya le veía con los fierros en las manos; debastando los bloques, dando esos golpes que resuenan metálicos y armoniosos como los versos, y de la piedra bronca recién llegada de la cantera, haciendo brotar la esplendidez de las formas, toda una generación marmórea, de héroes, de dioses y de hombres. Entonces soñaba ya Pedro en buscarse un buen trozo de mármol, y sin sujetarse, por supuesto, a estudios, a lecciones preparatorias crear una cabeza bella de mujer, o la faz de un Abraham o de un Homero.

También quería ser pintor; comenzaba un trabajo cualquiera, y luego, impaciente, lo dejaba. Pero buscaba a todos los pintores, les visitaba, se procuraba obras de buenas firmas, asistía desde lejos al Salón de París, y cuando llegaba el tiempo del de Santiago, él estaba en campaña. Aplaudía lo bueno; con lo mediocre era implacable.

Pero, después del arte de la palabra, por su sensibilidad exquisita, lo que más influía en su ánimo era la música.

Con pocas lecciones, ya intentaba tocar de Chopin.

Chopin, su predilecto, el admirable mago de la nota, con sus

frases temblorosas y emocionadas; Chopín: bajo el palio constelado de la noche serena, va con tranquilo vuelo un ángel pálido.

Tenía Pedro una amiga que era como él adoradora del músico polaco. Una joven, casi una niña, tal vez un ángel, quizá el espíritu más artístico y delicado de toda la ciudad de los palacios.

El la amaba fraternalmente, como a una angelical alma, compañera de la suya. La visitaba todos los días; ella le tocaba de Chopin; y aquella dama de ojos llenos de luz y de enigmas, calmó con sus melodías más de una amarga pena en el pecho de su amigo enfermo.

Un día, en el precioso *chalet* que la familia Balmaceda posee en Viña del Mar, Pedro me dijo:—Necesito que me hagas un madrigal, cuatro versos, una flor que llevar a mi amiga. Ella se llamaba Rosa. Yo no la conocía.—Descríbela—le dije—. El me mostró una fotografía de ella y le animó con sus frases, como un dios con su aliento. Yo llené sus deseos, escribiendo lo siguiente:

ROSA

Mujer, flor. La mejilla
sonrosada es gemela
del pétalo, do brilla
la gota de rocío que se cuele
entre los rayos de la luz. La boca
fresca, es el cáliz donde se halla preso
en tibio nido de perfume, el beso.
¡Alba! La luz adora
esta rosa aromada y sensitiva.
¡Oh, amor! Tú eres la aurora
que bañará de luz esta flor viva.

De esta manera, en su estilo de escritor, él era lleno de poesía,

de forma, de color, de don melódico. Su inspiración primaveral soltaba al aire bandadas de pájaros alegres y de libélulas irisadas. Hay frases suyas que son búcaros de violetas, jarras de lilas nuevas. Poseía cristalizaciones lapidarias que hacía temblar al sol; y en una comparación, burilaba un camafeo. A las veces, un centauro joven iba al campo florido a coronarse de rosas, bajo el follaje de los laureles. Entonces veis en el período del cuento, una gallardía de expresión, un modo de decir las cosas gentilmente peregrino en nuestra lengua. El cuento, este género sutil y peligroso, era para él fácil, y lo abordada magníficamente. Y he ahí, ese hombre joven, rico, hijo del presidente de la República, que escribe cuentos admirables, que deshoja margaritas y hace ramos de blancas clemátides olorosas, en vez de darse de lleno al negocio, a las tareas bursátiles, ocupación principal de casi todos los de su clase, en aquel país lleno de riqueza, tan a propósito para el placer, héle ahí, pues, prefiriendo la conversación de un artista pobre, la tarea de exprimir su pensamiento en las cuartillas de papel, o la deliciosa fruición de desflorar las páginas de un libro nuevo, a andar brazo a brazo con los *sportmen*, a apostar dinero a las patas de un caballo, o a gozar con los placeres elegantes de un *five o'clock tea*.

UN AMOR

No sé si tuvo mi brillante compañero una de esas pasiones dominadoras que consumen, no sé que haya tenido santuario en su corazón ninguna mujer de carne y hueso. El murió a los veintiún años. Aquella adolescencia parecía tender sus alas a lo desconocido y misterioso. Tuvo, sí, un amor, un amor verdadero, del cual yo fuí su confidente.

En la Ville de París, en un gabinete en que se apartan las cosas escogidas, lejos de todos los vulgares objetos de *bric-a-brac*, había un adorable busto de tierra cocida que a la vista semeja-

ba un bronce. Era una Bianca Capello, tierna como si estuviese viva, con frente cándida que pedía el nimbo, y labios de donde estaba para emerger un beso apasionado, o un femenino arrullo columbino. Se destacaba la cabeza morena sobre el fondo de un cortinaje de brocatel ornado a franjas de plata y seda ocre oriental. Bianca era la amada de Pedro. Allí la íbamos a ver. El le hacía frases galantes. «Mi novia», me decía. Un día me recibió con estas palabras de gozo: «¡Por fin la tengo!» En efecto, Bianca adornaba ya, en puesto de honor, el salón principal de la familia. Me entristecería ver ahora la faz enigmática y apacible de la viuda de Pigmalión.

AT HOME

El Palacio de la Moneda es un edificio colonial de construcción solidísima y sencilla. Sus gruesos muros parecen haber sido levantados para durar siglos. Está situado en el centro de la población, no lejos de la Alameda. Frente a él se halla el cuartel de Granaderos, y entre ambos, se levanta la estatua del gran Diego Portales. Varias tardes de la semana, una de las bandas toca cerca de la morada presidencial. Entonces hay gran concurrencia en los alrededores. Por lo demás, todos los días, después de las horas de movimiento en las oficinas, es este uno de los lugares menos concurridos de la capital chilena.

Las habitaciones particulares del presidente quedan a la izquierda del edificio. Así mismo el despacho, y el gran salón de recepciones. En todo hay un lujo magnífico y severo. El presidente Balmaceda *at home*, sería un tema digno de un conde Paul Vasili. Habría mucho que decir de ese hombre superior, jefe de una grandiosa nación y de una noble y ejemplar familia. A. DE GILBERT llevaba en la sangre el germen del talento. El señor Balmaceda, persona de rara potencia intelectual, además de las dotes de gobernante y de político que posee, es un literato

y orador distinguido. Sobre todo, en la tribuna es donde ha triunfado más en su vida pública. Su voz es vibradora y dominante; su figura llena de distinción; la cabeza erguida, adornada por una poblada melena, el cuerpo delgado e imponente, su trato irreprochable de hombre de corte y de salón, que indica a la vez al diplomático de tacto y al caballero culto. Es el hombre moderno.

La señora Toro de Balmaceda es una ilustre dama, descendiente de los condes de la Conquista; lustre de su hogar, inteligencia bien cultivada y dechado de esposas. Perlas de la casa, tres niñas: Julia, Elisa y María. Y varones que perpetúen el apellido, dos, todavía en edad tierna.

Pedro amaba mucho su familia. Débil y enfermo, ella le rodeaba de cuidados y procuraba a aquella ave intranquila un nido de oro.

Al amor del hogar se endulzaban sus angustias, y tenía horas de verdadera felicidad. Entre sus amigos, cuando no conversaba, cantaba en baja voz algún aire favorito. A veces se aparecía, vivaz y de hermosos ojos, el pequeño Manuel, uno de sus hermanos. Era el predilecto de Pedro. Este niño grande gozaba con la mirada y la ternura de aquella infancia. A través de los vidrios se veían pasar juntas como dos palomas, dos niñas dulces y pálidas, Julia y Elisa. Una ocasión, hallándose don Carlos en Santiago, me mostró Pedro el álbum de Elisa:

—¡Y bien! ¡Tú que tienes humos monárquicos, date el lujo de escribir tu firma después de la de un rey!

Don Carlos había dejado en el álbum un delicado pensamiento. Antes que el príncipe habían escrito sólo dos personas; el ilustre padre de la niña, que puso en la primera hoja del libro una página de su corazón, y el poeta Guillermo Matta, que había rimado un hermoso soneto. Con cierta justificada vanidad por penetrar en tan honrosa y noble compañía a aquel jardín dedicado a un ángel, yo dejé mi ofrenda. Escribí *La lira de siete cuerdas*, ver-

sos inéditos hasta ahora, de los cuales no recuerdo sino una estrofa:

Has de saber Elisa
Que este mundo y el cielo valen nada,
Ante el mundo que forma tu sonrisa,
Y ante el cielo que crea tu mirada.

«Mucho quiero a mis hermanitos». En boca de Pedro estas palabras me llenaban de envidia. ¡A mí, que no he sabido, ay, nunca, lo que son esas inefables delicias, bajo el techo paternal!

SUS AMIGOS

Amigos de intimidad tenía pocos, y de éstos escogía a aquellos que más cuadraban a sus inclinaciones, que pensaban como él, que fuesen de la comunidad de los que buscan el viejo laurel verde! Jamás hablamos de religión, y por eso ignoro sus opiniones a este respecto. Pero el espiritualismo que manifiesta en todas sus obras, es de los más puros y halagadores. Además, uno de sus mejores amigos, era un ilustrísimo personaje, honra actual de la iglesia chilena, quien llevó el aliento de su santo ministerio en medio del fragor y del humo de las batallas en la sangrienta guerra del Pacífico.

Otra persona que frecuentaba la morada de Pedro era un distinguido militar, famoso por ser uno de los bravos pacificadores de los indios araucanos. Mi amigo se engrería narrando a este propósito muchas curiosas anécdotas y se preciaba de saber algo la lengua primitiva de los hijos de «Arauco no domado». Contábame de cómo los caciques están tendidos en sus rucas, como señores perezosos, en tanto que sus hembras trabajan; cómo aman su caballo rápido de cabos sólidos; cómo los que están ya subyugados, cuando algo tienen que pedir al jefe de

la República, van a Santiago con sus trajes extraños; cómo no se quitan el sombrero delante de nada ni de nadie, como dice el profeta yanqui Walt Whitman que hace él; cómo tratan de tú al presidente; cómo en sus creencias tienen la de la dualidad divina, un Ormuz y un Arhiman, y cómo cuando supieron que Chile estaba en guerra, fueron a ofrecerse para defensa de la tierra patria, montados en sus caballerías, con sus lanzas salvajes y sus gestos foscos, quinientos mocetones.

Algunas veces visitábale un joven a quien él estimaba mucho, que había sido su amigo desde la infancia. Era el hijo mayor del conde Fabio Sanminatelli; ilustrado, serio, afable, se hacía apreciar desde el primer momento. Era secretario de la Legación de Italia. Pedro se hacía lenguas en su alabanza. Los demás eran jóvenes de la Prensa, artistas, y, rara vez, uno que otro *muscadin* de los salones, con quienes él, flexible en su ingenio, conversaba también de modas, bailes y caballos.

Eran de su confianza, Carlos Eguiluz, antiguo secretario de su padre, joven de buen criterio, carácter amable, muy versado en la literatura francesa, y que, en los escasos momentos que su ocupación le dejaba libre, iba a la conocida pieza de su amigo a tener descanso y charla; Manuel Rodríguez Mendoza, nuestro compañero en *La Epoca*, que dejaba oír en aquel recinto sus ocurrencias, sus juicios implacables, sus hipérboles, sus risas burlescas, y sus frases gráficas como una caricatura de Caran d'Ache; el poeta Tondreau, que llegaba poco, y tocaba el piano o leía versos; Luis Orrego Luco, uno de los *jeunes* de más talento y mejor estilo; un joven pintor, cuyo nombre no recuerdo y que a la hora en que escribo debe estar en Europa perfeccionándose en su arte; Alfredo Irrarázabal, poeta satírico y mozo de espíritu alegre, que habla como escribe, con la diferencia de que quizá le cueste más conversar que derramar versos picantes y fáciles; y un poeta que nunca iba a verle, pero que altamente le comprendía y admiraba, Pedro Nolasco Prendez, cantor de vuelo de cóndor, de versos robustos y valientes, cuyo fogoso Pegaso si a

veces toca la tierra con sus cascos, siempre tiende hacia las altas cumbres, y tiene líricas crines ondeantes, y bello lleno de espumas épicas.

Pedro era con todos amable y charlador, y a él todos le querían.

RECUERDOS

Las inclinaciones literarias de Pedro, se dieron a conocer en él desde muy temprano. Al alba despertaron las alondras. Si no me equivoco en mis memorias, recibió su primera educación en un colegio de religiosos franceses, establecido en Santiago. Ahí, en medio de las tareas fastidiosas que hacen ver con malos ojos al señor profesor, y entre las farándolas y algarabías de las horas de recreo, concibió—el pequeño que apenas si sabría declinar—la idea de escribir «un gran drama de príncipes, reyes y traidores, cuya escena pasaba en Dinamarca». Fijáos en este detalle y en esta coincidencia, lisonjera en extremo para el niño que no había leído a Shakespeare.

La fama de su padre, el medio en que se desarrollaba, su temperamento, en fin, todo contribuyó a que se vigorizasen en él sus tendencias, a lanzarle en pleno cielo azul.

Tenía, alma superior, la necesidad de la lectura y el don del gusto. Así se depuraba y pulía cada día más con el trato de los hombres de letras, con la atmósfera de cultura de los salones de su casa.

Y creció con rapidez, y si la muerte no nos le arrebatara, su gloria en tiempo no lejano, habría regocijado a la Humanidad.

En las tardes de primavera, cuando aún el otoño con sus melancolías grises, acaba de desaparecer, y los árboles hojosos de la Alameda, con traje nuevo, se enfloraban, acostumbábamos ir al parque Cousiño, a proseguir nuestra incorregible tarea de soñar y divagar. Ibamos en uno de esos coches que allá nombran «americanos», cerrados, mas con vidrios que dejan campo a la

vista por todos sus cuatro puntos. Se le ordenaba al cochero ir paso a paso. Cada vez en el viaje teníamos cuadros e impresiones nuevas, ya en los lados de la Alameda, donde se estacionan los carruajes, transeuntes, vendedores de frutas con sus cestos, los de helados con sus botes de hoja de lata en la cabeza, cada cual canturriando su melopea especial; un fraile *rara avis*, los brazos cruzados y la cara limpia al rape; una desgraciada, envuelta en su manto, dejando ver la faz llena de afeites; un florero que ofrece sus ramos frescos; o allá, siguiendo por la calle del Ejército libertador, la fachada de las casas ricas; los carruajes particulares a las puertas; las lindas damas apenas entrevista en las rejas, o en los peristilos y entradas de los palacetes. Y entre todos estos, la morada de la millonaria señora de Cousiño, opulenta y envidiable, con su entrada elegante, sus alrededores florecidos, sus *panneaux* pintados por Clairin, sus retretes que nada tienen que envidiar a un interior parisiense, su comedor entallado y valiosísimo, y sus obras de arte, entre las que impera un Guido Reni, soberbio desnudo inestimable. Y así, yendo a lo largo de la extensa calle, y tras dar vuelta a una plaza, torcer y pasar por la Artillería, llegábamos a las puertas del parque.

A lo lejos, veíamos la cordillera de los Andes, y más cerca, los cerros que, coronados de nieve, semejan, según una ocurrencia de Pedro, «una gran mermelada espolvoreada con azúcar». El parque, cuyo nombre viene de haber sido este sitio cedido a la municipalidad por el millonario don Luis Cousiño, es uno de los mejores paseos de la populosa capital. Largas avenidas, calles amplias para la circulación de los carruajes, una extensa «pampa» donde se dan las grandes revistas militares; arboledas variadas, jardines poblados de flores, en que resaltan manchas de primulas, grupos de rhododendros y de ciclamos carmesíes primaverales, flordelisados cándidos sobre fondos verdosos, explosiones rojas de peonías apiñadas, y entre sus cercos de esmeralda, largas filas de violetas, en sus palacios trémulos que mueve el aire y recortan las tijeras de los jardineros. Aquí están

las glorietas cubiertas de madre selvas y de campánulas; allá, frente al café donde se detienen los paseantes para invadir las mesas y los quioscos, la laguna con sus barcazas, los puentes curvos y rústicos, los sauces de largas barbas verdes como los árboles de aquella floresta de la *Evangelina*, y los móviles peces rojos que forman remolinos sangrientos en las aguas glaucas.

Caminábamos, reíamos, pensábamos. En esos paseos fueron concebidos muchos cuentos, muchos versos. En esos paseos delineó Pedro en su mente, como con el clarión un pintor esboza en la tela, aquella página diáfana del *Camino del Sol*, y aquel cuento blando y otoñal en que las palomas vuelan en el templo sobre el ataúd de la virgen difunta.

¡Ah, sí! su espíritu mariposeaba, flotaba; iba poseído de un anhelo casi místico, a besar estremecido los labios de púrpura de las centifolias, a sorprender las cópulas misteriosas en los cálices perfumados; visitaba las penumbras y frescos eclógicos; y así os explicaría cómo en sus páginas se perciben aromas penetrantes, estallidos de capullos, tibiezas de nidos. A veces, un simple cuadro común era la oruga de un cuento irisado.

ESCUELA LITERARIA

Un día le encontré desilusionado por su estilo. «¡No! No es eso lo que yo deseo. ¡Basta de novelitas de Mendes, de frases coloreadas, de hojarasca de color de rosa! El fondo, la base, Rubén: eso es lo que hay que ver ahora. Leeremos a Taine, ante todo. Nada de naturalismo. Aquí tengo a Buckle. A Macaulay es preciso visitarle con más frecuencia. Caro, el francés, y Valera, el español, servirán de mucho. Déjate de pájaros azules.

«Yo, por mi parte, estoy escribiendo un estudio serio, en que abandono *mi estilo primitivo*, sobre el tema que ha propuesto la Universidad: *La Novela Social Contemporánea*. Y pienso sacarme el premio».

Su «estilo primitivo» era aquella gentil frescura de sus primeros cuentos.

Yo quise persuadirle de que no arrojase su clámide para vestir el levitón del precepto: Sé artista; no quieras ser sabio. Pinta, cincela. Al poco tiempo, la Memoria para el certamen universitario estaba concluída. En ella daba a entender algo de su credo literario, al par que estudiaba el difícil asunto de *La Novela Social Contemporánea*. A pesar de que quiso escribir con la manera correcta y seria de ciertos críticos preceptistas, de tanto en tanto deja ver, a través del traje con que se presenta, su manto de príncipe oriental y las empuñaduras de pedrería de sus armas de oro.

¿Podrá *La Novela Social Contemporánea* servir en lo futuro de información histórica?

Este es el tema que desarrolla, y cuya solución manifiesta magistralmente, después de recorrer, en revista un tanto detenida, las diversas escuelas que hoy existen en el terreno de la novela.

Mirad cómo escribía mi buen hermano.

«LA NOVELA SOCIAL CONTEMPORANEA»

I

Hay temas en el mundo de las ideas, de los hechos y de los sentimientos dominantes de una época, que tienen especial atractivo, pues se presentan a primera vista definidos, y aun con ancho campo de estudio, pero de ese estudio fácil, ligero, de palabras, en el cual pueden hacerse desfilar todas las gracias brillantes de la imaginación: estudios que son torneos de ingenio, donde luchan las frases con hermosos vocablos y en giros variados y especiales; feria artística, en fin, que da ocasión para exhibir los

encantos exteriores, las concepciones ideales y un realismo deslumbrador.

Esta es la impresión que generalmente producen los problemas que ofrece *La Novela Social Contemporánea*.

Analizando, sin embargo, el cuadro de estudio que ofrece la novela, se ve cómo disminuye el atractivo, cómo nacen las cuestiones sociales, cómo disputan entre sí las escuelas literarias, cómo la belleza no es la simple apreciación de la forma, sino también el estudio de ella, según las teorías de la estética; y así, donde apenas se encontraba un paisaje que recreara la vista, surge una serie de proposiciones, que para resolverlas, requiere conocimientos y estudios anteriores que faciliten la resolución del problema

Por mucha preparación que se tenga para emprender este estudio, siempre se encontrarán dificultades que nacen de una cuestión compleja, y que representa tan diversas faces, necesitando cada una de ellas especial atención.

¿Podrá *La Novela Social Contemporánea* servir en lo futuro a la información histórica?

Se puede afirmar que hay diversas escuelas, que emplean distintos procedimientos para escribir la historia, y que igual cosa sucede con la novela.

Si tomamos una sola de estas escuelas, si consideramos una sola faz de la cuestión, este examen sería incompleto por carecer de los requisitos necesarios y por la deficiencia de datos que suministra.

Si se agrega todavía, que dado el desarrollo que han tomado la sociología, la psicología, las ciencias experimentales, la medicina y muy en especial la fisiología, que es uno de los elementos que más contribuye para la apreciación exacta del temperamento de las personas, el estudio de caracteres y las variaciones constantes que los hombres sufren en los altos de la vida diaria, tendremos que es muy difícil reconcentrar en un pequeño bosquejo todas estas ideas; analizarlas aunque sea a la ligera; comparar el sis-

tema filosófico de la historia, el modo de escribirla y llegar a una conclusión dada, sea ésta afirmativa o adversa a la proposición que se estudia.

Un tema de esta especie, que en unas cuantas palabras encierra toda una importante cuestión de historia y de crítica literaria, no es posible resolverlo en los estrechos límites de un estudio compendiado, para el cual, si se pidiesen las líneas generales del problema, no sería dable exigir nombres de autores, ni análisis detenidos de sus obras o de su influencia en el campo de la propaganda artística, puesto que todas estas cuestiones, extensa y minuciosamente tratadas en libros de gran valía, no tendrían mérito alguno al ser reproducidas, citando a cada paso lo que sobre cada materia especial piensa éste o aquel escritor distinguido.

Imagino que en todas las cuestiones, donde además de la fecha y el documento histórico se pueden emitir conceptos propios y traer deducciones originales, deben aceptarse, antes que el lujo de erudición y la confrontación de datos, las teorías avanzadas en la discusión y el método empleado en estas disertaciones.

II

Domina en el terreno literario una teoría, que desde tiempo atrás viene luchando esforzadamente por conquistar el cetro de la belleza, por dominar las creaciones del arte; teoría revolucionaria, que a la vez que es el resultado de una serie de esfuerzos, significa el triunfo de la idea moderna; corriente de la civilización que arrastra a su paso las estatuas del paganismo, las Venus y los Apolos de mármol, las tragedias clásicas de Racine, y las lágrimas cinceladas de la escuela romántica.

De todas las manifestaciones del arte literario, ninguna como la novela ha sufrido esta influencia de olvido por las antiguas tradiciones.

Sistemas, procedimientos, escuelas, medios de acción, todo

ha cambiado, todo tiene un valor distinto; ha sido esta evolución literaria, un gran ensanchamiento de facultades, por decirlo así el descubrimiento de los músculos de la pasión, la práctica al desnudo de todos los sentimientos, la disección de los espíritus en el anfiteatro de las miserias humanas.

La investigación científica, los hombres observados íntimamente en sus relaciones con la sociedad, la última fibra del corazón que sufre el análisis de la fisiología, el mundo, que antes había sido el invencible minotauro de Creta, desmenuzado y sufriendo el juicio de los novelistas; todas las jerarquías sociales, el Nabab y el obrero; todas las tristezas y los misterios de la desgracia, todas las depravaciones, todas las caídas, los grandes caracteres y los corazones elevados, si se les reduce a elementos que disuelve la observación, el hombre de genio los aprovecha para sus creaciones, que generaliza el historiador formando la narración de los pueblos y las rudas epopeyas del trabajo.

Esta escuela—la escuela realista que ha existido en estado latente desde mucho tiempo atrás—, ha llegado a un período de gran desarrollo, puesto que no sólo en literatura dominan sus doctrinas, sino que también la pintura y la música sufren los mismos cambios y las mismas transiciones.

La novela refleja en la actualidad estas luchas y los triunfos del realismo. Esta evolución ha venido produciéndose lentamente, al través de los años, y edificando sus teorías sobre las ruinas de las viejas deidades literarias.

Este movimiento es nuevo, y fácil será encontrar su origen en las disenciones de la escuela clásica y la gloria moribunda del romanticismo.

III

La revolución de 1833, que en Francia, no sólo fué civil y política, sino también alcanzó a la sociedad y a las letras, es el punto de partida de la escuela realista.

Aquella época, en que surgieron grandes ideales literarios, en que se luchaba cuerpo a cuerpo por una fórmula cualquiera del drama o de la poesía; en que los hombres íntimamente preocupados, más que de encontrar la forma de gobierno, de engrandecer el siglo con sus producciones intelectuales; en que se descuidaba al pueblo olvidando su pobreza, para darle torneos de sabiduría y luchas colosales del pensamiento; en que todas las necesidades de la vida se encerraban en el triunfo de la belleza; en aquella época en que el pueblo francés veía flaquear sus instituciones, y, a ejemplo de Arquímedes, recibía la muerte preocupado de un problema de geometría, no tiene igual en la historia de las revoluciones, y presenta el curioso espectáculo de un puñado de hombres que se batían por la libertad de la idea literaria, confundiendo en esta idea al país y sus hábitos sociales.

En Francia, todo movimiento, sea éste literario o civil, ha tenido el carácter de una revolución.

Surgió la escuela romántica con Víctor Hugo, sin sujeciones ni tiranías, francamente hermosa, llena de defectos, con todas las condiciones de la juventud, expansiva y arrebatadora, pero que sólo gustaba de una faz de la belleza: de lo ideal; que sólo concebía portentos, tiranos miserables o lacayos heroicos; empapada en las leyes del sacrificio, místicamente voluptuosa, y que creía en Dios porque no existía Júpiter.

Así Teófilo Gautier era el gran soñador de la escuela; escéptico, imaginaba novelas como *Mademoiselle de Maupin* o como *Fortunio* o *Spirita*, que son la negación de la vida real, pero absurdamente hermosas.

Se trataba de regenerar la sociedad con utopías de frases, de encontrar el cielo abandonándose a especulaciones ideales, o sorprendiendo a Dios en un rincón de la Naturaleza.

El triunfo de la frase trajo el triunfo de la idea.

Hablando Revilla de las transformaciones de la Historia, dice: «Hay una ley inflexible que rige la Historia entera, y con arreglo a la cual *todo apogeo es seguido de decadencia*; toda ins-

titución y toda manifestación de la actividad humana, decaen cuando se agota el ideal histórico en que por algún tiempo se inspiran, y a toda acción corresponde una reacción en contrario».

Esta ley constante, que explica las diversas formas de gobierno que se han sucedido en todas las naciones y el descrédito en que caen ciertos ideales políticos, no es extraña a los movimientos que se operan en literatura.

La escuela romántica fué perdiendo su prestigio, y aunque se reconocía el talento de sus iniciadores, una languidez involuntaria sucedió a su apogeo; la transición no se hizo esperar, surgiendo de entre los escombros personalidades como Balzac, los Goncourt y Flaubert, que son considerados hoy día como los apóstoles del realismo.

Nos ocuparemos primeramente de Balzac, que en la *Comedia humana* ha planteado el estudio de los caracteres, de las pasiones de las necesidades del individuo, para demostrar el modo cómo la vida se ve influenciada por el medio en que nace el hombre, el círculo en que se desarrolla su espíritu, la lucha constante del trabajo, y esos mil elementos desconocidos que contribuyen a formar el corazón, y que sin ellos no podrían comprenderse las acciones ni los móviles que impulsan a la sociedad.

Balzac nació en un medio desgraciado.

Falto de recursos y siempre en contradicción con sus deseos, formó su carácter y el de sus obras, las cuales están llenas de observaciones, de detalles en que se toma la fisonomía del personaje, su índole y su inclinación; siempre en lucha con la sociedad, censurando sus defectos y haciendo surgir de este conjunto encontrado de pasiones las desgracias que sufren los que encuentran en su camino la ausencia de hogar, de fortuna, de títulos nobiliarios. La falta de recursos hizo de Balzac un filósofo, y su desgracia un novelista. De aquí esa penetración constante, esa sensibilidad exquisita, ese conocimiento cabal de los individuos, que lo coloca como el jefe de una escuela, sin rival en el mundo. Sus obras, que forman un conjunto grandioso, tienen un sello

de verdad irresistible, por la exactitud para producir la acción constante de los hechos y el estudio continuado de las personas, que dan a su trabajo fuerza y unidad.

Balzac hizo la historia de su tiempo. Cada una de sus novelas encierra el estudio de un tipo distinto. Es la universalidad de sus conocimientos en materia de pasiones lo que hace más valiosa su obra y su labor más intensa. No hay novelista alguno que pueda presentar ante la historia un conjunto más grande de observación y, al propio tiempo, un análisis más detenido de las diversas inclinaciones que revelan la voluntad y que explican los móviles que guían a las personas en sus actos de la vida diaria.

Desde la época de Balzac hasta el día, el sistema ha experimentado grandes perfeccionamientos. El arte encuentra ahora notas más sensibles y arranques más conmovedores, situaciones más verídicas, más exactas; pero corresponde a Balzac haber comprendido la intensidad de las pasiones humanas, fundando así la psicología de la novela.

Con este giro nuevo, hasta entonces desconocido, que conquistaba discípulos y admiradores, merced al talento creador de un hombre, formóse una nueva escuela brillante, erizada de dificultades, que exige larga preparación y un tacto especial para tomar de la vida las situaciones más culminantes.

Fué entonces cuando aparecieron Gustavo Flaubert y los hermanos Goncourt.

Flaubert con sus libros perfeccionó a Balzac.

Aun cuando las novelas de Balzac son a veces más profundas, de un sentimiento más elevado, de una filosofía humana más verdadera que las de Flaubert, no hay ninguna que, bajo el punto de vista de la perfección, pueda compararse a *Madame Bovary*, que después de *Manon Lescaut*, es la más admirable de las depravaciones humanas.

En esta obra, la proporción del cuadro, la exactitud rigurosa de los hechos, la progresión creciente de un crimen que lleva hasta la muerte, constituyen algo verdaderamente grande. Nunca

hasta entonces se había escrito una obra que, como la de Flaubert, fuera más profundamente sentida, más real, de más vigor, y en donde el análisis, la observación y la fisiología estuviesen más encubiertas por páginas de admirable estilo y de una emoción desconsoladora.

En estos últimos tiempos, sólo el *Nabab* de Alfonso Daudet puede comparársele.

A la vez que esta pintura de costumbres era el resultado de las ideas planteadas por Balzac, también lo era del talento de Flaubert, que dándose cuenta de las impetuosidades de aquél, logró formar, dentro de cierta esfera, la escuela realista, científica, tomando la verdad como la conciben los hombres de espíritu superior, es decir, describiendo sus impresiones después de haber sabido juzgar por la lógica inflexible de los hechos, y de depurar su criterio por la sensibilidad, hasta producir esa armonía de conjunto y esa suavidad de tonos, que acusan un estudio continuado.

No era Flaubert un hombre que presentía la sociedad. Si Balzac escribió *El lirio en el valle* en dos semanas, Flaubert escribió *Madame Bovary* en siete u ocho años. Este dato insignificante demuestra, sin embargo, la conciencia con que se dedicaba al trabajo, a la elaboración lenta de sus obras; no le era suficiente su genio, necesitaba el documento vivo. Así, para *La educación sentimental*—uno de sus libros de más labor y de más observación—dice Julio de Goncourt—vivió en un hospital de expósitos, a fin de conocer en la intimidad a los niños huérfanos y apreciar mejor su existencia preñada de padecimientos.

Junto a Flaubert puede colocarse a los Goncourt, contemporáneos suyos, que contribuyeron en gran parte a la evolución de la escuela realista.

Los hermanos Goncourt, espíritus delicados, amantes de la Naturaleza, paisajistas brillantes y de una corrección de formas inimitable, tomaron del romanticismo el culto de la belleza, y

del realismo esa verdad de colorido, que hizo de ellos los escultores, por decirlo así, más audaces de la pasión.

Sus libros son bajorrelieves que unen a la pureza del arte de la palabra, la vida agitada y la conmoción extraña de la miseria y de los harapos.

Fácil es imaginarse el cambio de rumbo operado en ese tiempo y el vasto horizonte que se abrió a los escritores que vinieron después.

La corriente fué progresiva, y si la escuela romántica ha sido comparada por su impetuosidad y sus triunfos repentinos, al torrente que se despeña, puede decirse de la escuela realista que ha sido el ancho río que ha arrastrado lentamente la vegetación, los edificios, los campos que se extienden a su orilla. Menos precipitada, pero más segura, ha llegado muy lejos.

Hoy el río desemboca en el mar.

Basta hacer un estudio comparativo, la cronología de la novela, para convencerse de esta evolución. Alfonso Daudet, Emilio Zola, Ohnet, Feuillet, Dumas, Cherbuliez, Halévi, Merimée, Droz y tantos otros que no es posible retener en la memoria, han levantado la escuela; los unos, audazmente; los otros, contenidos; ante todo artistas, pero siempre apasionados de la realidad.

Ya es Zola con sus estudios sobre el pueblo caído, depravado, sin instintos sociales; ya es Ohnet con sus cuadros sobre las luchas de la vida; ya narradores delicados como Octavio Feuillet, que encierra en sus páginas problemas de la alta sociedad; ya pintores del campo, de las escenas del mar; y retratistas de la burguesía; ya, en fin, observadores escrupulosos de la sociedad en todos sus aspectos, en todas sus ramificaciones, en los accidentes infinitos de la actividad humana.

Como se ve, en corto tiempo, la novela ha adquirido en Francia proporciones vastísimas, difíciles de apreciar en este estudio. Se cultivan todos los géneros; si unos caen, los otros triunfan.

Intencionadamente nos hemos detenido para indicar el des-

arrollo de la novela francesa desde el año 33. Es en Francia donde más palpables se han hecho los triunfos de los novelistas, donde más directamente han luchado las doctrinas literarias.

IV

Los pueblos de climas templados son menos susceptibles de transformaciones sociales y políticas que los países donde el sol enardece el temperamento de los individuos, haciéndolos más propensos a luchar por cualquier idea nueva. Este fenómeno, comprobado por antiguos y modernos publicistas y por los historiadores de Inglaterra y Alemania, puede aplicarse a ambos países, en lo que se refiere a su literatura.

Las costumbres severas han impreso al movimiento literario y artístico de Inglaterra el mismo sello de fría grandeza que corona sus instituciones sociales.

Es Dickens el más genuino representante de la novela inglesa. Collins, Bulwer, Disraeli, Thackeray, Browthton y Elliot, no son más que sus discípulos aventajados, observadores finos, atentos, pero respetuosos de la moralidad pública. Un novelista inglés es un *policeman* de la sociedad, que cuida del orden, y que aun sacrificaría el arte que campea en sus libros si alguna *lady* se sonrojase con sus páginas de escritor. Por este motivo, casi todas las novelas adolecen de cierta lánguida corrección. Les falta la emoción, la vida impetuosa, y como en el estudio de la pasión, suelen encontrarse rasgos que lastiman la virtud, de aquí que hayan preferido la observación exterior de las cosas, antes que la pintura íntima del amor.

El espíritu práctico, el desarrollo comercial y las instituciones libres del pueblo inglés, influyen poderosamente en los hombres de letras, los cuales no han sentido nunca la opresión, ni conocen la ausencia de la libertad, que hace a los hombres tan inspirados y que procura a los poetas páginas tan admirables.

En un centro de esta especie, la novela tenía que reflejar

semejantes ideas. Por eso desde Defoe, el carácter de la novela inglesa ha sido siempre el mismo, acrecentándose con los años en el sentido de robustecer cada vez más el ideal del trabajo.

La atmósfera tranquila, el humo de las chimeneas, el vapor, los ferrocarriles, el movimiento incesante de la industria, el espíritu obrero infiltrado en las masas, la producción agrícola; tales son los espectáculos que se ofrecen al escritor y a los espíritus observadores.

Este cuadro social, esta vida de empresas, no puede menos que dar a las letras tranquilos escritores.

Goldsmith está hoy tan de moda como Hugo Conway; Defoe no envejece a pesar de sus años, y Richardson conmoverá siempre el corazón con sus novelas apasionadas. Mientras que en Francia sólo *Manon Lescaut* salvará del naufragio, porque es una obra *vivida*, si se me permite esta expresión, en Inglaterra la tradición realista arranca desde el *Vicario de Wakefield* y de *Robinson Crusoe*.

Al revés de la escuela francesa, que ha sido psicológica, analizadora de caracteres, la escuela inglesa ha llevado la observación exterior hasta los últimos límites. No hay pintor igual a un novelista inglés. El escenario donde se desarrollará el drama, surge lentamente del libro; los árboles se mecen con el viento; el agua del molino, el paisaje, la campiña, todo vive a la vez que los personajes.

Los novelistas ingleses han creado con la pluma un espléndido museo de paisajes, de cuadros de género y de costumbres.

V

Por más que en España se discutan las teorías de la nueva escuela, es un hecho comprobado que no existe país alguno que pueda ofrecer un conjunto más uniforme, más vigoroso y más constante de un movimiento literario con tendencias realistas, movimiento que nació con el *Quijote*, y que en el día se halla

representado por Pérez Galdós, Pereda, Alas, Valera, Alarcón y la señora Pardo Bazán, escritores todos pertenecientes a la misma escuela, realistas convencidos, paisajistas eximios, escritores sin rival, tanto por el arte de la forma, como por la exactitud del cuadro que describen.

En España no ha habido transiciones literarias.

Cervantes marcó el rumbo. ¿Y qué pueblo tiene una novela como *Don Quijote*, en la cual las costumbres de la época, los personajes que campean en la obra, sean más fielmente retratados?

¿Por qué la popularidad de *Rinconete y Cortadillo* y *El licenciado Vidriera*?

Porque todos reconocen en sus páginas a alguien que han visto, a tipos que todos observan y que todos conocen.

Las costumbres en España se mantienen intactas, vírgenes, con todo el sabor de la tierra, con todas sus viejas tradiciones de franqueza, soltura y amabilidad; y si el Cid rompía lanzas por Jimena, hoy día el majo adora a su chula y desfonda el bolsillo por obsequiarle un ramo de flores.

El elemento extranjero no ha cambiado los gustos ni las modas en la clase baja. El novelista encuentra en ella las mismas tendencias de antaño y las mismas aficciones del hogar.

Valera y su admirable *Pepita Jiménez*; Galdós con sus *Episodios nacionales* y muy especialmente *Gloria*, *La familia de León Roch* y *La desheredada*; Pereda y sus *Hombres de pro* y *El buey suelto*; Alarcón con *El escándalo* y *El sombrero de tres picos*; Alas y su novela *La regenta*; y, por último, Emilia Pardo Bazán—gran cabeza de hombre, como ha dicho Menéndez Pelayo—con sus obras empapadas en el espíritu del pueblo, son el mejor testimonio de un movimiento realista, que no padece aun al lado de las glorias literarias de la Francia.

La novela en España, con raras excepciones, como ser *El escándalo*, *Gloria*, *León Roch* y algunas otras, no ha sido trascendental. Es simplemente narrativa, llena de observación; pero

a la vez lozana, fresca y magnífica de juventud. Nunca ha decaído, ni ha explorado regiones desconocidas.

VI

En España, el Siglo de Oro de la literatura corresponde al siglo de hierro de las libertades públicas, y aunque este hecho aislado, si se tratase de aplicarlo a las demás naciones, parecería una paradoja, lo vemos comprobado en la actualidad en Rusia.

El servilismo social, la ignorancia del pueblo, todas las instituciones sometidas a la voluntad de un solo hombre, han hecho de la Rusia un país desgraciado, enormemente rico; pero cuyo progreso se ve reducido a las ciudades que más directamente están en contacto con el mar, mientras que los pueblos del interior vegetan o caen postrados por el látigo de los agentes del emperador. En ese país está la Siberia para recoger, entre sus nieves, el pensamiento audaz, que cumple las sentencias de los tribunales de justicia. En esta alternativa queda la muerte o los cantos del patriotismo esclavizado.

La literatura rusa refleja en sus páginas esta tremenda situación. Las novelas de Turgueneff y Pouskine no son más que el poema de la nieve ensangrentada, los gemidos y las torturas de la multitud, la vida de la soldadesca, las cacerías de lobos o amores en los cuales domina la nota fatalista y la implacable conclusión de la muerte.

Tolstoi, tan popularmente conocido, escritor vigoroso, realista acentuado, ha dado a conocer las costumbres de su país.

En Rusia no se puede soñar cuando las cadenas oprimen las manos del escritor. Necesariamente, la pintura de estas tristezas debe ser el tema de los novelistas. Y la realidad es áspera, se impone cuando la acompaña el *memento* del látigo.

En Estados Unidos, rama de la civilización inglesa, donde las costumbres participan de la misma franqueza y naturalidad de las de la madre patria, pero arrastradas por la civilización a

un grado de mercantilismo que sobrepuja a todo otro país, se ha debilitado toda idea del *hòme*, pues allí, la casa es antes un almacén que un nido, antes negocio que afectos. Los Estados Unidos presenta la imagen de un pueblo sin tradiciones que embaracen el progreso de la libertad y que vive para la industria, sin preocuparse de las grandes conquistas intelectuales.

Esta misma carencia de hombres de letras hace que cuando se presente alguno sea éste un hombre superior, conjunto de cualidades que los demás no tienen, objeto de adoración de parte del pueblo y que reviste, por ser casi único, una fisonomía de sibila democrática.

Longfellow es Víctor Hugo.

Los novelistas norteamericanos han salido todos del pueblo, y si entre ellos se cuenta a Edgardo Poe, que puso en práctica el método inductivo para llegar a la filosofía del absurdo, también hay otros que, como Bret-Hart y Marc-Twain, han revelado los secretos de la comunidad.

Los hijos de Italia, como Salvador Farina, Edmundo de Amicis, Giordano, Donato, Barrile, nacidos bajo un sol magnífico, en contacto íntimo con el arte romano—que si hace soñar, es con el ideal de la forma, de la estatuaria—revelan todos la tendencia uniforme, la marcha progresiva que se opera en Francia.

Viven los unos rindiendo culto a Daudet; los otros siguen con cierta timidez a Zola.

No es posible seguir paso a paso este movimiento que alcanza a todos los pueblos. En estas líneas hemos tratado de hacer notar la tendencia de ellos a acercarse al realismo. En Francia, Zola marca la última de las conquistas, el extremo sectario de la escuela, así como Alfonso Daudet es ese difícil término medio, en que, como dice un escritor, principia la realidad y concluye la novela.

Daudet termina donde principia Zola.

Cada país refleja estas ideas según la fisonomía propia de su literatura. No es posible querer uniformar en una sola ley,

concentrar en una idea común, esta revolución, que en cada uno de ellos es diversa, original, aunque mutuamente se acerquen en el fondo.

VII

Por más que el arte parezca apartarse de la vida, alentando en regiones elevadas, es un hecho cierto, que las transformaciones que con éste se operan, no son más que la consecuencia de movimientos anteriores en la sociedad.

Los descubrimientos científicos, las ciencias experimentales, las leyes fisiológicas de la historia, que, año por año, avanzan en el terreno de la especulación, así como también los antiguos procedimientos, son conquistas que se traducen en el arte literario por escuelas nuevas y nuevas teorías.

El realismo es el resultado de esta serie de esfuerzos, que ampliando el camino de la historia, haciendo más precisa la labor de la sociología, marchando en vida común con la medicina, la psicología y la fisiología, y demás ramas del saber, producen, todas, un rumbo diverso y un horizonte más extenso para los conocimientos humanos.

En la actualidad, cualquier escritor que desee estudiar el desarrollo de un pueblo, conocer sus instituciones y su vida política, no podrá desentenderse de los principales elementos de la civilización. Las leyes económicas, que en cada país, a pesar de ser generales, sufren las alteraciones del medio comercial en que se producen; la estadística, los códigos y sus leyes, que directamente son la manifestación del adelanto, puesto que según el alcance de éstas, así es también el mayor desarrollo político de las clases sociales; los hombres que impulsan estos movimientos, el mayor o menor grado de instrucción, las condiciones del clima, la situación geográfica de una nación, todo esto contribuye a apreciaciones más exactas y más verdaderas.

Así, pues, el historiador debe tomar en cuenta estos detalles.

que aumentan a medida que los descubrimientos amplían las leyes del progreso.

Para escribir la Historia, que es obra de investigación, los demás elementos le prestan ayuda y se imponen forzosamente, sin que nadie pueda desentenderse de ellos; es lógico imaginar que igual cosa sucede en cualquiera otra manifestación de la actividad humana.

Hoy vivimos para la verdad y el conocimiento exacto de todas las cosas. Son, pues, las Ciencias—aunque de una manera indirecta— las que han ensanchado el camino de la escuela realista, dándole ese carácter científico, que tan extraño es al arte, y que, sin embargo, en la presente situación, es preciso aceptar.

La novela, que, sin duda, ha nacido de la Historia, y que aun en épocas anteriores, cuando ésta se confundía con la narración maravillosa de sucesos mitológicos, viviendo ambas en consorcio mutuo, sin límites precisos ni demarcaciones verdaderas, y que después de la investigación de los hechos marcó el rumbo del historiador, apartándola de las pequeñas escenas; la novela, que conservó ese sabor heroico de la epopeya, y que se ha mantenido hasta hace poco en regiones ideales, se siente influenciada, al presente, por ese rigorismo histórico, y en pequeña escala, por el mismo método de investigación que la Historia emplea, para llegar al conocimiento de los hombres.

No es, en consecuencia, la novela realista el esfuerzo de una sola persona, sino el resultado de una evolución generalizadora, que abarca todas las regiones del arte; no es tampoco antojadiza idea de unos escritores; y, muy por la inversa, es corolario de una cadena de hechos y de circunstancias que es menester tomar en cuenta para juzgarla como se debe.

No marcha desunido el arte con la historia. El pueblo griego engendró su escuela, que es manifestación acabada del espíritu que en aquella época ejercía su influencia. El arte asirio, monstruoso, apocalíptico, lleno de signos que encerraban el problema de la divinidad, nos muestra el estado de civilización que alcan-

zaban las capas sociales de aquel país; dominadas por la ignorancia, edificaban para Dios, imprimiendo en todos sus monumentos la idea de un porvenir supersticioso. Igual cosa sucede con el arte indígena de América.

El período revolucionario de 1793, que en Francia trajo la resurrección por breve tiempo, de la forma de gobierno de los romanos y la copia exterior de sus instituciones, alcanzó al arte, que sólo veía la belleza en la estatuaria antigua.

David d'Angers nos ha dejado obras del más puro estilo romano; el teatro era la tragedia, Talma su mejor intérprete. Todos los palacios, desde la Magdalena hasta la Cámara de los Diputados, son remedos del Partenon y sus hermosas columnas jónicas.

Es, pues, el realismo una manifestación de las ideas de nuestra época, época de síntesis y de vigorosa verdad histórica, y se verifica este movimiento extendiéndose a la vida entera, llevando su influencia a todas partes.

El arte realista coincide con el romántico en la lucha contra el clasicismo, la fórmula consagrada, la rutina académica, los preceptos inmutables de esta escuela. Toma, sin embargo, de éste, la misma bandera que los preceptistas del siglo XVIII enarbolaron en son de combate: la imitación de la naturaleza.

La escuela realista es formada por la emancipación del romanticismo contra las teorías de los clásicos, que éstos nunca cumplieron, de la reproducción de la verdad.

Por este lado, no puede tildarse a los realistas, de audaces y revolucionarios. Sucede, sin embargo, que todo movimiento que tiende a sacudir cadenas y romper esclavitudes, nunca permanece en el término medio, sino que es arrastrado a exageraciones desmedidas.

De aquí proviene la escuela naturalista, que es el partido avanzado, sectario y que se empeña en resolver la fórmula bajo una sola de sus faces: la miseria, cuyo pintor más acreditado es Emilio Zola.

«Para los realistas, el arte ha de arrancar de las mismas entrañas de la realidad; ha de ser la realidad sentida y percibida por el artista y reproducida por su libre actividad en formas sensibles, tal como ella es, pero marcada con el imborrable sello de la original personalidad del que lo reproduce. La única idealización legítima es, para la nueva escuela, esta impresión del carácter personal del artista en la obra, esta transfiguración de la realidad por la emoción del artista, en ella pintada con indelebles caracteres. La belleza de la obra de arte no consiste única ni primeramente, por tanto, en la belleza que puede poseer la realidad reproducida, sino en la belleza de la forma en que la presenta el artista, en la belleza de la emoción personal, en ella reflejada, o, lo que es lo mismo, en la belleza de la expresión. Reproducir fielmente la realidad, bella o no bella, que contemplamos, y expresar con originalidad la emoción que en nosotros produce y la forma que en nuestra representación mental reviste, es, según la nueva escuela, el secreto del arte y la razón verdadera del goce que engendra, nacido, no sólo del objeto reproducido, sino de la excelencia de su reproducción». Esta página de Revilla ahorra digresiones.

Es, pues, la base de la escuela realista, la imitación de la Naturaleza, sin alterarla en lo más mínimo, y la originalidad, el sello propio que el artista comunica a sus observaciones al reproducirlas en una forma sensible. Bajo este punto de vista, aún Zola tiene el mérito de la percepción, y de aquí la falta de escritores realistas, pues para serlo se necesitan un talento superior y dotes especialísimas de análisis. En ningún caso la obra más depravada, aquella que no es más que un conjunto de cifras, la estadística de la perdición, puede ser reprochada, pues al estudiarla, el novelista deduce de hechos aislados una serie de conclusiones que son del dominio propio.

Uno de los defectos de la nueva doctrina es que desconoce las variedades del arte, aceptando sólo aquellas en las cuales cabe el procedimiento de la escuela. De esta suerte quedan condenadas

la arquitectura, la cerámica, la jardinería y otras manifestaciones del arte.

Esta es la escuela que ha perfeccionado la novela contemporánea, prestándole, antes que todo, la verdad de los hechos, y por medio de las ciencias, el conocimiento de los caracteres y el estudio de las pasiones.

VIII

¿De qué modo las ciencias han influido en la novela? Es la novela una de las ramas literarias que más se acerca a la historia, y casi podríamos decir que ambas emplean un mismo sistema. La historia de lo particular deduce generalidades, y ensanchando hechos locales, cuya repetición es constante, llega a establecer conclusiones fundadas en estos hechos. La novela no puede de generalizaciones descender, por método inductivo, a plantear el boceto de una personalidad aislada; tiene, sin embargo, el poder creador, acumulando una serie de rasgos, incidentes, situaciones, que escapan a la historia, para formar la narración de la vida de un conjunto de personas, el medio en que éstas se mueven, y, definiendo cada uno de los caracteres que obedecen a determinadas inclinaciones, nos presenta un mundo de pasiones, que son de su exclusivo dominio.

Vemos así, que en la novela se hace necesario un sistema filosófico.

Por otra parte, para el análisis de los caracteres se necesita ser consecuente con los hechos que los producen, ya que éstos no nacen del esfuerzo aislado, del capricho de un hombre; pues, aun para el diseño de tipos, que no son más que una entidad moral, tiene el escritor que sujetarse al rigorismo ficticio de la verdad moral, y según esta hipótesis, describir sus creaciones, que de esta suerte se transforman en personas con vida propia y que se mueven como si en realidad existiesen.

Para llegar a tal resultado se necesita del estudio de la fisio-

logía, que tan poderosamente ayuda a escudriñar los secretos del corazón.

Los seres imaginarios nacen, existen y obran en las mismas condiciones que los seres reales. Nacen de la aglomeración sistemática de una infinidad de ideas, como los otros nacen de la aglomeración sistemática de una infinidad de causas. Existen por la presencia simultánea y la concentración involuntaria de ideas, como los otros por la acción simultánea y la concentración natural de las causas. Obran por el impulso independiente, irreflexivo, de las ideas que los componen, como los otros por el esfuerzo espontáneo y personal de las causas generadoras.

La medicina es también otra fuente de investigación.

No nos referimos, por cierto, a ese género de novelas patológicas, que son el diagnóstico de una enfermedad, y que en su empeño, estudian el modo como flaquea el organismo humano, describiendo hasta sus últimas convulsiones.

No es el carácter un don de la Naturaleza. El hombre está formado de muchos elementos, y obra por inclinaciones o por la voluntad y a veces por impulsos irresistibles que escapan a las facultades de la inteligencia. El hombre existe, se mueve, piensa por actos independientes de su persona, y si bien estos actos están en relación con su naturaleza moral, o física, nunca se preocupa de saber el por qué de estas acciones, así como los niños andan sin asombrarse de ello.

Toca, pues, a la psicología darse cuenta de sus acciones premeditadamente interiores, pues esta es la naturaleza humana. Sus detalles son infinitos e infinitamente desligados entre sí, sus pensamientos corresponden al mundo exterior que lo rodea; y en su casa, en sus muebles, en sus negocios, en sus gestos, en sus palabras, refleja este orden de cosas. Preciso es estudiarlo con relación al medio en que vive para describirlo por entero.

La contextura física, el desenvolvimiento de sus músculos, el mayor o menor desarrollo de ciertas partes del cuerpo, son causas de que en el individuo domine tal o cual pasión, y aquí

entra la medicina a explicar todos estos fenómenos; pues el temperamento de las personas depende a veces del vigor cerebral, que las enfermedades—que no otra cosa son ciertas rarezas que en el carácter se notan—apagan o cambian en absoluto.

Podríamos seguir en este orden de ideas, procurando demostrar cómo todas las ciencias tienen para la novela el mejor de sus encantos y la más hermosa de sus páginas.

IX

Reviste la novela contemporánea una doble fisonomía, social y privada; en la primera, su magnitud no es susceptible de medida alguna; su campo es vastísimo, tan vasto como son las ideas, los gustos, las costumbres de la época. Es imposible encerrar en estrecho límite esta aglomeración infinita, que cada autor refleja a su manera, que todos juzgan con criterio diverso, y que, como Proteo, cambia de formas incesantemente. Así como los pintores, en un paisaje, encuentran distintas impresiones, el mundo social es superior bajo todos los aspectos, al esfuerzo aislado de un hombre que desea tallar en la carne viva de la multitud, la historia siempre nueva de las pasiones y de los gustos. Y a medida que la novela conquista y descubre, a medida que perfecciona sus elementos de observación, también la sociedad se perfecciona, aumenta, encuentra nuevos caminos, y en la marcha incesante de los acontecimientos, la novela y la sociedad se engrandecen: la una con sus estudios; con sus caídas y sus esfuerzos gigantescos la otra.

La novela personal, de carácter privado, que se desarrolla en el estudio de un solo tipo, de un personaje aislado, indudablemente alcanza más perfección hoy día, que otra cualquiera.

Se puede, en este género de investigaciones, alcanzar una perfección relativa, estableciendo un rigorismo sistemático, de carácter científico, que podría conducir a establecer una teoría

que da a la novela una fisonomía extraña, dura y sin ninguno de los encantos del narrador.

Parece que, antes que todo, debe dominar la nota implacable de la verdad excesiva, la verdad de la frase, el término preciso, el insulto escrito con todas las inflexiones que le da a la voz del hombre encolerizado; deben estudiarse, por ejemplo, la depravación de la mujer, hasta en el detalle infame de la desnudez, de los harapos, de los vestidos que apenas ocultan sus formas; la degradación violenta que produce el hambre; los estallidos de la miseria, dando a este conjunto extraño una vida que, si es realmente pintada, no la conocemos, puesto que nadie desciende hasta ella, salvo el novelista que la pinta; y para hacer más exactas estas revelaciones, se debe quitar al lenguaje toda belleza, adaptándolo a este medio social, esculpiendo, por decirlo así, adjetivos que sólo se conocen entre esos infelices, ataviando espléndidamente la frase, como un rey indígena, con las cabelleras, el corazón y la sangre de las personas que describe. Se deben desechar, como inútiles, todos los encantos del período, todo adorno que haga menos cruel esos cuadros terribles; en una palabra: se debe ajustar el novelista a un sistema castigado, trazando sus líneas con arreglo a un plan fijo, sin desviarse un solo instante de él, preocupado sólo de producir la naturalidad en sus personajes, y en su obra una sucesión de hechos que lleguen a plantear una teoría. Ese es Zola.

Sin desconocer los méritos de hombre tan distinguido, que posee una vista dominadora y un talento incomparable de unidad, sin criticar su escuela, que en el porvenir será el album anatómico más perfecto que nuestro siglo abandone al futuro, es menester, con todo, darse cuenta de sus extravíos, que en ningún caso superarán la grandeza de su obra.

Las novelas todas de Zola, forman una cadena sucesiva que nace de una tesis que el novelista ha desarrollado por todos los caminos imaginables, teniendo en vista, al escribirlas, la unión que entre ellas debe dominar, como conjunto de ideas

sociales y como prueba de un hecho que se reproduce en cada una de ellas.

La familia *Rougon Macquart* es el tronco de una serie de individuos que forman las novelas de Zola.

Se nota en esta familia, en cada una de las personas que la componen, inclinaciones marcadas, ya a la embriaguez, ya al juego, sin que ninguna carezca de vicio o pasión arraigada.

Ahora bien, Zola estudia a todas estas personas, en los hijos que después nacen, en sus nietos y en los entroncamientos sucesivos de unos con otros; y analizando las inclinaciones que en cada uno de ellos domina—inclinaciones y vicios que, según dicho autor, son la herencia inevitable de los padres—nos muestra una serie de individuos en los cuales se ve la reproducción de las mismas cualidades de carácter, de las mismas pasiones, de las mismas miserias, que imperan en los progenitores de la familia.

Así, la madre de Lantier—personaje de *L'Assomoir*—lega a su hijo todos sus malos instintos, y éste, viviendo en un medio de hambre y de depravación sin límites, desarrolla las pasiones en germen que yacen en su alma y que son el obsequio de sus padres, de su familia, de todos sus antecesores.

Lantier es brutal, ebrio, inconsiderado, no conoce los placeres de la familia y abandona a sus hijos por seguir a una mujer perdida, y sella con sus actos el destino que por una especie de atavismo, un debilitamiento de facultades, una anemia moral, su familia ha infiltrado en sus venas, anemia moral que constituye su vida y que lo arrastra a la muerte.

«He querido pintar—dice Zola en el prólogo de una de sus novelas—la decadencia fatal de una familia obrera, en medio de la peste de nuestros *faubourgs*. Después de la embriaguez y de la ociosidad, se producen el relajamiento de los lazos de familia, las infamias de la promiscuidad, el olvido progresivo de sentimientos honrados, y, por último, como conclusión, la deshonra y la muerte».

Estudiando aisladamente cada uno de los personajes dominantes en las novelas de Zola, se puede encontrar una perfección acabada de descripción. Si cada uno de ellos es realmente humano, si todos viven y se mueven, no es posible llegar, sin embargo, como él lo ha hecho, a reunir en un solo haz esta enorme galería, hacerla obedecer, desde el comienzo de la historia de los *Rougon*, a pasiones arraigadas, y después que éstas se transmiten de individuo a individuo, formar una ecuación terrible de miseria, que en todo caso se resuelve en la muerte o en el suicidio.

Con justicia, dice Lemaitre, que Zola escribe con cielo de otoño. Nunca se divisa el sol en sus obras.

El defecto de Zola estriba, no en la pintura de los personajes, sino en el tono de su obra, en el conjunto de sus observaciones, hipotéticamente reales; pues no es dable, como lo hace el autor de *Germinal*, que de una familia ficticia, adornada de cualidades y de defectos muy pronunciados—en una palabra, de la hipótesis de una novela—, se pueda sacar conclusiones científicamente verdaderas, generalizar estas conclusiones, hasta escribir la historia de una generación compuesta de centenares de individuos.

X

Hemos tomado la novela realista únicamente en relación con la historia, es decir, analizando los puntos de semejanza que entre ambas existe, poniendo de relieve sus ventajas y las dificultades con que se tropieza para que se vea cómo una y otra se acercan, ya en procedimientos, ya en sistemas de investigación.

Ante todo, conviene tener presente que la novela ha sido rama de la historia, y que en otro tiempo la historia y la novela se confundían en la narración de los acontecimientos, formando un solo grupo.

Para establecer debidamente la fuente de información que la

novela ofrece al historiador, hemos tratado de hacer notar el carácter científico de la escuela realista, los procedimientos que emplea, y de qué suerte, por la evolución social e histórica operada en estos últimos tiempos, la novela se encuentra hoy día aprisionada por las ciencias, por la observación y los detalles infinitos de la vida, pues el novelista, al escribir la historia de una pasión, el retrato de un personaje, las costumbres de una familia, los resortes de una sociedad, no puede desentenderse del medio que lo rodea, de la época en que vive, de los elementos de civilización que ejercen su influencia en las personas, de las ideas dominantes, de los gustos, de las preocupaciones, que influyen en la formación del carácter y que traduce el novelista insensiblemente en sus libros, aunque desee apartarse de ellos.

El hombre nace, se desarrolla y lucha por la existencia, empapado en las ideas de su época. El ideal de un siglo no es el ideal que vendrá después. El progreso en su marcha creciente, arrastra las preocupaciones, y en los altares derribados coloca nuevos ídolos, que cambian por completo antiguas tradiciones y viejas teorías sociales. Los años renuevan los pueblos y las razas, y con ellos, las costumbres y las ideas.

Y aquí conviene hacer notar, aunque sea de paso, la importancia del nuevo sistema DEL MEDIO, que tan anchos horizontes ha abierto a la crítica, que de tanta transcendencia es para la novela, ideado por H. Taine, uno de los escritores más admirables de la Francia.

La teoría DEL MEDIO aplicada a la novela, ha venido a perfeccionar todo género de investigaciones sociales.

Estudiar al individuo en relación con sus ideas, su hogar, su familia, los objetos que le sirven para el uso diario, sus gustos, sus inclinaciones, observando hasta el último detalle de su traje, su persona, y el sello que da a los actos más insignificantes de la vida que constituye su originalidad y lo distingue de las demás personas; describir la sociedad y sus costumbres, tomando en cuenta las ideas que la dominan, la situación especial de las ciu-

dades, las calles, los edificios, las manifestaciones infinitas de sus deseos, los teatros, la pobreza del pueblo, el medio en que éste se desarrolla, todo esto es susceptible de ser analizado, y esos fragmentos, que considerados en sí poco valen, son, juzgándolos en su conjunto, la expresión más acabada y el retrato más perfecto de una sociedad.

Esta es la teoría DEL MEDIO.

No es posible ir a buscar en la historia estos hechos que no pueden apreciarse debidamente, si no se les estudia por separado; y nunca la historia ha podido descender a la apreciación de hechos particulares—pues caería en profundos errores—y generalizar, en seguida, sus observaciones múltiples, aplicándolas como evoluciones o leyes sociales.

Toca, por lo tanto, a la novela, presentar al historiador estas faces de la vida, que cambian con los años, que desaparecen, se renuevan o sucumben, ya por revoluciones anteriores—revoluciones que escapan al ojo de la historia, puesto que ellas se forman de gran número de pequeños trastornos—; ya por la escasez de recursos y las dificultades del trabajo, que transforman las costumbres, dándoles una fisonomía diversa; ya por las preocupaciones o las tiranías de una clase superior; ya por las degradaciones sociales, que destrazan el matrimonio y crean un nuevo género de vida para el pueblo; ya por esa mezcla de todas las jerarquías, que acerca a unos y que levanta a otros; ya, en fin, por el esfuerzo constante que domina a las multitudes para llegar a la altura. Los encontrados deseos, los conflictos sociales, todo se agolpa y vive en la novela, al paso que la historia, como un viajero situado en una montaña, no puede contemplar estas situaciones de la vida, sino por los resultados que ellas provocan en la marcha de un pueblo.

La novela le ofrece, desarticulados, todos los miembros del esqueleto social, que más tarde el escritor reviste con su pluma, dotándolos de la expresión de la vida, del movimiento, de la sangre que circula por las venas y produce la actividad humana.

Dícese, sin embargo, que la novela falsea los caracteres, adornándolos de cualidades excesivas o de pasiones que están fuera de toda verdad y de todo justo medio, y que este hecho solo, desvirtúa las condiciones de exactitud que requiere para que la historia pueda encontrar en ella los reflejos de una época o las costumbres de una sociedad.

Preciso es confesar que este argumento parte de una base falsa.

¿Qué es lo que se busca en la novela?

¿Es la frase? ¿Es el ingenio del novelista? ¿Es la novedad de la expresión?

Así como despojando al individuo de su traje y los adornos exteriores que lo cubren, se puede tocar su cuerpo, nos parece que el historiador, al estudiar nuestra época, tomando como fuente de información las novelas de hoy día, tendrá que levantar los mantos y los abrigos de nuestra civilización, y que muy luego tropezará con la carne helada de la multitud, pudiendo juzgarla con entera verdad.

¿Qué novelas serán las que en el futuro pueden dar a conocer nuestros tiempos?

¿Serán las de Daudet? ¿Serán las de Zola? ¿Serán las de Tolstoi, etc.?

Los nombres pasan y sólo queda su obra, que es documento, que es un pedazo de vida.

El obrero, el hombre del pueblo, acepta, por lo general, todas esas teorías aventuradas que colocan su felicidad en un procedimiento natural cualquiera—el alza de los salarios o la disminución de las horas de trabajo—más que en las leyes económicas, que se desarrollan lentamente, según las necesidades de la sociedad.

Por eso vemos ciertas novelas, las novelas socialistas y las novelas de Sué, por ejemplo, que agitando problemas de esta especie, pintando con vivos colores la lucha por la vida, desgarrando el interior de toda esa masa de hombres que esperan una

idea que los salve—pues más revoluciona una frase que un hombre—consiguen amplísima circulación y la consiguen tan sólo porque suspenden las amarguras de las clases trabajadoras por breves instantes.

Han removido las masas con sus páginas terribles, y es lo cierto, que sin tomar en cuenta el valor literario de ellas, reflejan con todo, la época crítica de un pueblo y las ideas que lo han agitado, y que choca con sus sueños de ambición o la perspectiva de un porvenir más feliz.

Todo período histórico tiene sus manifestaciones, ya en el poder, ya en el pueblo. Y estas ideas se traducen siempre, en el dominio de los hechos, por el acrecentamiento y el bienestar del país; y en la vida de la inteligencia, por el carácter variado que revisten los monumentos, edificios públicos y por el espíritu literario que anima a los hombres.

Bajo este punto de vista, la revolución del romanticismo es una prueba manifiesta de las ideas y esperanzas de una época de la Historia, que si después ha sido eclipsada por nuevos y contrarios acontecimientos, manifiesta, sin embargo, la situación excepcional del pueblo en que se produjo.

No se puede aún apreciar el valor que desempeña la novela como fuente de información histórica, porque si bien es verdad que toda escuela literaria es una prueba de adelantamiento intelectual y un reflejo exacto de las ideas de esa escuela y de ese tiempo, toca a la novela contemporánea el papel de un gran documento, nuevo aún, pero que los historiadores que después vengan juzgarán, sin duda alguna, como el más completo, el más acabado que las generaciones dejen a su paso, y como la expresión de sus ideas y de las costumbres de este siglo, tan difícil de apreciar en su conjunto, si para cada uno de los infinitos detalles de la vida y de la sociedad no le procurase la novela páginas de admirable pintura y de la definición exacta de sus trastornos y grandezas sociales.

Es imposible desconocer la importancia de la novela social

contemporánea, aunque todavía no puedan aprovecharse sus estudios y descubrimientos.

Basta, sin embargo, para darse cuenta de la extensión de la obra de los novelistas de nuestro tiempo, recordar que ha sido la historia hasta hace poco, si no fuera por Niebuhr, Ranke, Moomsem, Weber, Macaulay, Buckle, Irving, Bancroft, Motley, Guizot, Thiers, Cantú, Agustín y Amadeo Thierry, Enrique Martín, Alcalá Galiano y Ferrer del Río, que le dieron carácter filosófico, levantando el espíritu de ella, hasta colocarla como el juez de los pueblos, donde las naciones todas depositan su tributo de verdad y adonde los hombres llevan los actos heroicos de su vida y los sabios sus descubrimientos.

¿Qué papel asumía la historia antes de este siglo? ¿Qué pueblos viven en ella, a no ser como un testimonio de la grandeza de un monarca, para enaltecer sus cualidades, reuniendo las naciones en torno de su cabeza, y formar, por ejemplo, la gigantesca corona de un Carlos V o de un Felipe II?

¿Para qué servía la historia sino para tejer las guirnaldas y preparar el incienso de los Césares?

¿Qué ha sido sino un sacerdote de las vanidades humanas, de los tiranos y de los reyes que la llevaron en sus carros de triunfos?

Y así es lo cierto. Basta recorrer las páginas del pasado, remontarnos a cualquier período histórico, que no sea el nuestro, para convencernos de ello.

¿Qué importancia se concedía al pueblo, a la sociedad? ¿Qué detalles poseemos de las costumbres, de las instituciones sociales, de los gustos y modas del reinado de Luis XI, por ejemplo? ¿Qué historiador nos muestra el grado de cultura que alcanzaban las masas, las relaciones de la vida, el bienestar, las manifestaciones infinitas de actividad de un centro constituido?

Se pregunta: ¿por qué esta ignorancia tan absoluta respecto del pueblo, y esa investigación excesiva en todo lo que se refiere al rey, descubriendo su carácter, las personas que lo rodeaban, las escenas de palacio, las cacerías y bailes de su corte? ¿Por

qué se ahogaba la historia convirtiéndola en la novela de los monarcas?

Porque aún no existía la novela de la vida; porque ni los Balzac, ni los Flaubert, ni los Zola, estudiaron las costumbres, diseñaron al pueblo o dieron a conocer sus relaciones sociales; porque entonces no había novelistas, novelistas en la acepción dada a esta palabra por la crítica contemporánea.

Y es a la novela de hoy, a la novela realista, a quien deberá la historia el conocimiento íntimo, el detalle revelador, la cifra fisiológica, las pasiones encontradas, la lucha, la agitación, las conmociones de la multitud, de la sociedad, tan desconocidas hasta aquí, y que, sin embargo, son los grandes factores de la vida de un pueblo, de sus cambios políticos y sociales, de sus conquistas y de sus esfuerzos de civilización y de progreso.

El pueblo tiene vida interior, vida miserable, actividad subterránea, que se desarrolla en el silencio y en la obscuridad, sin que ningún signo exterior lo revele, y son los novelistas quienes han bajado al fondo del pueblo, quienes han acercado la luz al foco de la miseria, pintando sus depravaciones, ese organismo que ignorábamos por completo, que nos asombra y que viene formándose con el despojo de todos los tiempos.

Se acusa a la novela de inmoralidad, de pervertir las pasiones.

Si consideramos este punto, dice Buckle, veremos que la moral es estacionaria, y si alguna influencia social cambia su giro es por breve tiempo; es un cambio de forma, no de fondo; es decir, simplemente un cambio en sus manifestaciones externas.

Se tilda de inmoral a algo que es la vida; inmoral, por cuanto vemos de relieve, un compuesto de miserias que escapaba a toda observación y que un puñado de hombres discute día a día con todas sus alteraciones y cambios.

Con todo, hay fe en el progreso de las costumbres, y la historia enseña que existe un equilibrio en todas las naciones. Si en unas la sociedad decae, en otras la civilización renueva la sabia agotada, y origina el triunfo de las instituciones y de las ideas.

No es posible desconocer la importancia de esta enorme elaboración social de la novela, que entregará nuestro siglo a las futuras generaciones como una momia viviente, en la cual se palpará la vida de muchos pueblos, con sus hombres y sus costumbres, y esta agitación activa del trabajo, de las evoluciones sociales que han transformado la historia, desterrando el dominio que sobre ella ejercían los predestinados de la fortuna y de la ambición, y abriendo sus páginas a la epopeya de las naciones civilizadas, cuyo único tirano es el progreso.

* * *

Decid si el que eso ha escrito no sabía y pensaba altamente. Este trabajo fué presentado al certamen universitario con el pseudónimo MARIO.

LA ENFERMEDAD

Pero ya debo deciros que en toda aquella vida, hoy acabada, que en toda aquella aurora, hoy extinguida, había un fondo obscuro, una nota de pena, un verdugo: la enfermedad. ¡Cuánto Pedro sufrió! El corazón—¡y qué inmenso que era el suyo!—le martirizaba. Experimentaba palpitaciones espantosas, ataques mortales que le mantenían siempre en la antesala de la tumba. Por otra parte, los nervios, estos terribles atormentadores, le iban destruyendo poco a poco. El trabajo intelectual, al cual le era casi imposible substraerse, contribuía también a consumirle. Era una frágil y debilitada organización que apenas resistió la oleada de la pubertad. El bozo blondo que había en su labio era mensajero del sepulcro. «No vivirá mucho tiempo», pronosticó una vez un doctor amigo mío. Y esto lo decían todos. De los anagkes que Dios dejó caer en negra lluvia sobre los hombres, a él había tocado uno tremendo. Vivía mártir, iba al campo, a

cabalgar y beber leche al pie de la vaca, a Lota, lugar regio que encantó a Sara Bernhardt; a Viña del Mar, ciudad balnearia y de verano; y no obstante, la vida se le iba, y se tornaba anémico y sus flacos músculos no se henchían, y se iba a morir presto, ¡ay! harto presto. La neurosis le hacía padecer con duros padecimientos. El, en las crisis de su enfermedad, sufría insomnios, esos crueles insomnios que nos hacen desfallecer, miedos nocturnos como los que tienen los niños, ahogamientos que no le dejaban en paz.

Para poder entregarse al sueño, tenían que abanicarle y al aspirar el aire cerraba los ojos tristes. Los que no lo sepáis, sabed que la neurosis, el mal del siglo, tiene muy extendidos sus dominios. ¡Cuántos artistas, cuántos escritores no sienten esa garra entre sus carnes! Alfonso Daudet tiene un libro inédito titulado *Ma douleur*. El es una víctima del mal inexorable. Cuando escribía *La razón social Fromont Risler*, una noche, sintió no poder ya resistir, y creyéndose moribundo, dió la pluma a su mujer para que ella acabara el libro. Los neuróticos se sienten morir. Los neuróticos resisten la conjunción del dolor moral y del dolor físico. De la neurosis, como congoja del alma, están libres los estúpidos con su cretinismo. Esos comerciantes cacoquimios, esos rentistas con barriga de cucurbitáceos, no la padecen, no la pueden padecer.

Hallándose Pedro en Lota, hará como un año, sufrió uno de los más formidables ataques de su dolencia. Estaba en una fiesta. «Sentía—me dice en una carta—, sentía morir lejos de mi casa, de mi familia, y lo que más me martirizaba era morir de frac y corbata blanca». Cayó y le llevaron a un lecho. Le abanicaron, le descifnaron la ropa, le dejaron al fin solo «con las flacas voluptuosidades de mis huesos», dice.

Yo no le volví a ver desde mediados de 1888. Además, acaecimientos penosos nos separaron. Nuestra amistad fraternal tuvo una ligera sombra. A ella contribuyeron situaciones que me hicieron aparecer ante él como «sirviendo intereses políticos con-

trarios a los de su padre», rápidos relámpagos de carácter, y, sobre todo, razones que bien podrían llamarse la explotación de la necesidad. No estreché su mano al partir.

Pero ¿qué importa, si tenemos que vernos en lo infinito?

LA MUERTE Y LA GLORIA

El ha muerto, y su cadáver ha sido llevado al cementerio acompañado de una muchedumbre pesarosa; sus funerales no han sido los del hijo del Presidente de la República, sino los de un príncipe del ingenio. Si la envidia tiene cien pies para arrastrarse como la escolopendra, la gloria tendrá cien manos como Briareo el gigante, para dejarle coronas. Al caer este trabajador de la luz, adolescente como un efebo y ya glorioso, se ha oído en la región de las cumbres ideales, un redoblar de tímpanos, un resonar de cobres, un agitar de palmas.

La obra que deja es corta pero valiosa. Es un diminuto templo paraníptico dedicado a la belleza, donde se siente el eterno femenino. El mármol de vetas azules, ahí está en las columnas y cariátides. Los muros están cubiertos de arabescos, de exfoliaciones, de finísimo almocárabe, atauriques y azulejos. Ahí offician sólo sacerdotisas, que llevan cornucopias y cestas de flores. Se siente el *odor di femina*, risas musicales, ambiente de feminidad.

Cerca del pórtico, las arcadas de los rosales ondulan y sobre ellas vuelan mariposas. Y ved: el amor pasa, como en la rima becqueriana; el templo, gallardo en su curitmia, está envuelto en sol; el triunfo de la juventud alegra la nave cubierta de sus pompas ornamentales: dríase una apoteosis de Psiquis o de Venus; hay manzanas y granadas entreabiertas, como la de Aubanel; la adolescencia reina; pero en medio del apogeo de la fiesta triunfal, del fondo del templo bello se oye brotar este gemido conmovedor y doliente: ¡ay! Sí; cuando leáis esos cuentos

de Pedro, notad el ¡ay!, la bruma gris de otoño, la melancolía en la alborada.

Su estilo es hijo de la lectura de autores franceses; pero sus creaciones, y, sobre todo, su espontaneidad y su femineidad, son nacidas en el fondo de su cerebro al propio tiempo que en el fondo de su corazón. Su manera es artística por excelencia, y hace borrar, por el colorido y la plasticidad, los límites que trazó Lessing en su *Laoconte*. Engarza la idea a diversas circunvoluciones de palabras que encierran luces como crisoberilos y forman períodos que ondean como banderolas. Aquí tenéis el pequeño árbol en flor; ¿no véis aparecer tras él la cola del pavo real? Todo lo cubre con su polvo de oro; tras las jarras de alabastro cuelga mantos de púrpura. Tiene decires kaleidoscópicas y crepitaciones del hogar de París. Leed sus cuentos, leed todo lo suyo.

Y en tanto que podemos encontrarnos, ¡oh amada alma fraternal!, tú, para quien ahora todo es traslúcido y visible, mira en estas páginas, húmedas de llanto, palabras de mi corazón, que se ha llenado de duelo con tu partida. ¡Creo en la eterna vida del espíritu, donde, bajo la luminosa majestad divina, la visión y el ensueño son reales, y donde los brillantes naufragos de la tierra, en la inmortal alegría, ven florecer la inmensa claridad sagrada, sobre el amor de las estrellas, más allá de la jornada del gran sol!

Hacienda La Fortuna, cercana a Sonsonate, Agosto de 1889.

NOTAS

A

Ya impreso este libro, he recibido el que contiene la «obra» de A. DE GILBERT: *Estudios y ensayos literarios*.

Me ha venido de parte del padre de mi amigo, el señor don José Manuel Balmaceda, actual presidente de Chile.

El libro es como una caja de cristal llena de pequeños bibelots de bronce, de joyas de oro, de alabastros, de camafeos, copas florentinas, medallas, esmaltes; y en el mármol se ve la huella del cincel de acero.

Trae la obra estudios, juicios, cuentos. Trae el estudio sobre *La Novela Social Contemporánea*, que, yo conservo autógrafa.

El libro está adornado con un precioso retrato de A. DE GILBERT, fotolitografía de Díaz y Spencer, según creo.

No he podido menos que agradecer con toda mi alma el obsequio del excelentísimo señor Balmaceda.

He publicado en *La Unión* las siguientes líneas:

REGALO INESTIMABLE

*Al Excmo. Sr. D. José Manuel Balmaceda, Presidente de la República de Chile.
—Palacio de la Moneda, Santiago.*

SEÑOR:

Acaba de llegar a mis manos el libro de su malogrado hijo, que debo a la bondad de usted.

Cosa inapreciable es para mí, por ser obra de aquella alma brillante que tanto amé, y por venir del padre de uno de mis mejores, fraternales amigos.

Usted sabe cómo se unieron nuestros espíritus por el afecto y por el arte, cómo íbamos juntos en la labor del diario, cómo aspirábamos a lograr juntos la gloria.

Al saber la terrible noticia de la muerte de Pedro, he sufrido mucho. Me hallaba en el campo, y lleno de duelo en mi retiro, escribí a su memoria un libro, que se está acabando de imprimir en la Imprenta Nacional, de San Salvador.

¡Con Pedro ha perdido el mundo literario un gran artista y la Humanidad un corazón dulce y bueno, hoy, que son tan raros!

Comprendo el profundo dolor de su herida alma paternal. Mas debe tener usted el consuelo de que Pedro vivió la vida de la luz y se apagó como una estrella.

Su lírico espíritu soñador que flotó siempre en la aurora, se sentirá feliz en tanto que cerca de la tumba que guarda el cuerpo que animara, haya flores y cantos de pájaros, y su recuerdo viva en el corazón de los suyos.

Para mí, el querido compañero no ha muerto... Yo no quiero imaginarme aquella amable cabeza expresiva, pálida sobre la almohada del lecho mortuario. Yo alimentaré mi engaño hasta que—si Dios vuelve a guiar mis pasos a ese gran país de Chile—pueda ver en la casa el gabinete vacío, el asiento en la mesa, solitario, y yo sin aquel que me diera aliento, aplauso, apoyo, consuelo, amor.

Pronto recibirá usted el libro que le anuncio, y que es una obra del corazón.

Entretanto, soy como siempre su agradecido y afectísimo amigo.

RUBEN DARÍO.

B

Si se coleccionasen las cartas íntimas de Pedro, aquellas en que él ponía la luz de su alma, algo de su corazón, ¡qué libro tan precioso! ¡Qué documento humano tan admirable!

Manuel Rodríguez Mendoza, que por encargo de don José Manuel Balmaceda ha publicado el libro póstumo de A. DE GILBERT, y que le ha escrito un prólogo hermoso, sentido, vibrante, ha insertado en éste algunos fragmentos de cartas de nuestro querido difunto.

He encontrado en mis papeles párrafos de cartas muy dignos de publicarse, a pesar del carácter familiar de muchas de ellas.

Mi querido Darío:

Ayer había escrito una carta para ti; pero después de escrita se extravió.

.....
¡Qué lindamente escéptica es tu última composición, *Invernal!* Muy superior a la anterior que me enviaste. Te doy por ella mis felicitaciones sinceras. Tú, en verdad, te inspiras con el invierno. Yo, sufro reumatismo, dolores al corazón—¡y no amo a mujer alguna!..

Un consejo, que espero seguirás con entusiasmo. Es un deseo de amigo. Puede traerte provechos de consideración. El señor Varela ha abierto un nuevo certamen para el mes de Septiembre.

1.º Doce composiciones subjetivas, por el estilo de las de Bécquer.

2.º Un canto épico a las glorias de Chile.

Ya ves. Trabaja y obtendrás el premio—un premio en dinero—, que es la gran poesía de los pobres.

Yo trabajo constantemente para el certamen de la Universidad.

Tema: Si la novela contemporánea podrá ser consultada por la historia. Puedo hacer un buen trabajo».

.....
Y lo hizo.

Accediendo yo a sus deseos, concurrí al Certamen Varela, en los dos temas que Pedro me indicó. Tuve la fortuna de que en el *Canto épico* me llevase el primer premio, en compañía de mi

amigo el poeta Préndez. En el otro tema no anduve tan dichoso. Mis *Otoñales* fueron alabadas... pero no premiadas.

He aquí fragmentos de otra carta de Pedro.

Mi querido Darío:

Junto con esta van las *Otoñales*. En una carta de invierno, la poesía de las hojas secas.

Sabrás que el plazo fijado para la admisión de composiciones en el Certamen Varela, expira el 1.º de agosto. Ojalá corrigieses las que te envió y en época oportuna me las remitas todas; que los dos, Manuel y yo, nos encargaremos de llevarlas a la Universidad.

Parece que hay mucho entusiasmo para concurrir a los certámenes. Yo sigo adelante en mis trabajos, aunque un poco lentamente, pues *La Epoca* me consume las mejores horas del día. Llega la noche y me siento sin ánimo para estudiar a Balzac, o hacer disertaciones sobre Dickens.

No es lo mismo soñar, que escribir lo que uno sueña.

Esa ventaja tienen los poetas.

La musa es un jardín.

¡Estás triste? ¡Pues señor, vamos a recoger flores! Y salen los versos, artísticas joyas y raros engastes, perfumes de Arabia y mantos de Persia, monstruos de la India y vasos del Japón.

En fin, tú creas... Yo, traduzco lo que siento en mi alma.

¡Si supieses cómo tengo la cabeza!

Papá Gautier y tío Goncourt no me dejan un instante. Es un pensar en la escuela realista, que según la tesis que sostendré, bajo el punto de la verdad, es la más exacta. ¡Pero el arte! ¡El arte, hijo mío, que nunca pisa el barro, ni pasea en las carretas de los verduleros, ni alienta en los cafés, ese lo busco en los libros, en mis cuadros, en el humo de mi cigarro; en las gotas de oporto o de rubio Jerez!

No comprendo de otro modo la borrachera. Después de una página de *Mademoiselle de Maupin*, el ajenjo; el ajenjo con Al-

fredo de Musset, con *Rolla* y *Namouna*. Sabes que con esta filosofía llego a una conclusión: de que hay ciertos libros que no se pueden leer sin vino embriagador. Para Poe, el aguardiente. Para Musset, el ajenjo. Para Bécquer, el Jerez de la Frontera. Para Heine... no encuentro un vino apropiado... (será el néctar de los dioses). Y para tí, yo desearía uno de esos vinos tristes, melancólicos, que ruedan lentamente por los bordes del cristal de Bohemia... poemas rojos, saturados de sangre hirviente y del perfume de las viñas.

Yo no bebo vino, y, sin embargo, mis artículos tienen un cierto olorcillo...

Encuentro en otras cartas páginas descriptivas, bellísimamente tratadas.

Con motivo de su enfermedad, hacía frecuentes viajes al campo o a poblaciones de la costa.

De Lota, mansión espléndida que la señora de Cousiño posee al Sur de Chile, me escribió lo siguiente una vez:

... y así contemplo a un lado la nota verde, siento la melodía amplia y sonora de los grandes pinos y de los copudos alerces, el aire suave de los eucaliptus, el cabeceo majestuoso de las araucarias y el remolino pardo-oscuro de los robles. ¡En pleno parque de Lota! «Por aquí se entra al cielo».

.....
 ¡Vamos! Si quisiera describirte la vegetación y la belleza que encierra esta suave colina, que de pronto cambia y se interna en el mar, agria y cortada a pico por un lado, como los cimientos de un viejo castillo; y en otros toma la figura de un *square* inglés, declinado blandamente hasta las cercanías de las riberas; más allá impenetrable y oscura por las ramas de los árboles; los helechos y las madre selvas que se abrazan a los troncos; aquí un quiosco edificado en la copa de un maitén, que se balancea en el aire y produce vértigos; cerca de mí una Venus griega,

una palizada formada de rústicos y caprichosos ganchos de árboles, que encierra una mesa de madera y unos bancos de greda; un puente colgante, que comunica dos colinas, deja ver en el vacío una elegante procesión de estatuas de bronce; una cascada que se despeña entre lianas y arbustos del cerro; una hamaca, colgada de dos encinas, columpia a los soñadores, desde una altura increíble, y cuando se inclina de un lado, se divisa el mar, y el hada de los precipicios viene a besar nuestras frentes; el corazón se oprime. Allá hay un sendero que lleva a un pabellón turco; enormes avestruces africanos, vicuñas y pájaros de la India, se pasean en sus jaulas de alambre, mientras la atmósfera libre de un invernadero, hecho de cristales, lleva perfumes de mandrágoras, jazmines, camelias y heliotropos. La laguna tiene cisnes, y piraguas indígenas del Cabo de Hornos. Una fuente de porcelana de colores azulados, como los relieves de la Alhambra, anuncia la proximidad de un criadero de helechos; allí crecen, se estrechan, se ahogan, se confunden y se enamoran las hojas caprichosas que viven en las quebradas, los finos encajes verdes de las islas del Cabo de Buena Esperanza, la ramazón fuerte y vigorosa de los canales de Smith, la pelusilla tenue de las laderas de Escocia, los ramos esponjados de las riberas del Rhin, y las enredaderas perezosas de nuestras cascadas. Si quisiera describirte todo esto, necesitaría ser pintor, haber palpado la Naturaleza, conocer los secretos y los horizontes azules del arte, haber luchado en la escultura con las formas abruptas de la roca, y los griegos modelados de los jarrones satiriacos. . .

Yo tengo aquí entre las cejas todas las impresiones que he recibido, revueltas; me han tomado de sorpresa y estoy medio ciego.

Dejaremos que el arroyo se aclare, y entonces te vaciaré mis apuntes.

Vivo en un costado del parque, en la casa de la Administración. Da al mar, por el lado de los establecimientos de fundición, la fábrica de ladrillos, la bahía, los muelles y los vapores de chi-

meneas rojas. A un lado, los caprichos de una mujer; al otro, la pujanza y el trabajo emprendedor de un hombre. Aquí, el oro que brota; allá, el oro que se derrama y se gasta. Aquí, la vida; allá, la fortuna que se pierde.

Se está construyendo una nueva casa. Es un palacio-castillo, por el estilo del castillo de Chantilly. Costará 300,000 pesos. ¿Qué tal?

Los diarios me dicen que has lanzado la circular para el *Romancero*. Me alegro. Es una obra que tiene buen viento.

Otra página de verdad, de colorido y de gracia aristocrática:

Mi querido Rubén:

Aquí me tienes con nueva perspectiva azul, muy cerca del mar, pero muy lejos de Europa... nuestra Europa...

Esta vida de los viajantes es encantadora. Hacía mucho tiempo que no sorprendía un número mayor de asuntos de artículos, dibujos a la pluma; sobre todo ese ambiente espacioso de la campiña, que satura los pulmones y hace revivir el espíritu amortiguado. Me siento feliz. Me siento tranquilo.

A las cinco y media en la estación.

Observé una novela.

Esos saludos de última hora, esos halagos, esos encargos repetidos en alta voz, entre carcajadas de bocas jóvenes, y la tos seca de un barbudo caballero.

Por aquí llega un carro cargado de bultos:—¡Cuidado! ¡Den lugar!—dicen los de los gorros lacres, y pasan, mientras el chirrido de las ruedas se confunde con los silbos agudos de una locomotora.

En los bancos, algunas señoritas vestidas de brin, altas, bien entalladas. Pasean de vez en cuando a lo largo de la ancha plataforma.

Aquí pasan sombreros raros; allá velos que flotan, maletas, canastos, y al pasar rápidamente, se divisan esos tipos trashu-

mantes perfilados con tinta china, como una caricatura de Gavarni, parientes todos del padre Goriot o del abuelo de Eugenia Grandet.

Te recuerdo que cuando desees rectificar y confrontar los retratos a la sepia del maestro Balzac, observes una estación de ferrocarriles.

Por fin, el conductor palmoteó, dió un silbido, se oyó gran algazara entre los pasajeros que cerraban estrepitosamente las puertas, y después de soltar la locomotora de su gran capucha de bronce un piteo estridente, dejamos la estación.

Muy luego perdimos de vista las calles, que cruzaban rápidamente como las vistas de un kaleidoscopio, y penetramos en el campo abierto bañado por el sol, y extendido, sembrado de manchas verdes; los cerros encorvados, en posturas lascivas, ostentaban todas las sinuosidades de fuertes músculos de gigante.

¡Atrás, atrás! Todo pasa, todo queda en el camino, y sigue, y sigue el tren, como un poema de Campoamor, filosofando *a la minuta*, haciendo pensamientos rápidos y decepciones de un segundo.

Leía *Guerra y Paz*, de Tolstoi. Cerré el libro, pues la tarde se dormía y ya no había luz.

El campo tenía luces cenicientas: una verdadera acuarela hecha con pintura de crepúsculo.

Pronto, negro: negro como el de los grabados de Gustavo Doré en el *Infierno*; negro, bien negro, todo hecho de sombra.

Las montañas tienen siluetas de castillos almenados, de palacios que aguardan la magia del desencanto.

Más allá... mucho aire: aire impregnado de menta y de genciana; aire que hace reír las enfermedades.

.....
.....
.....

Mi abuela, en la puerta de la casa, nos recibe con los brazos

abiertos. ¡Sin orgullo te digo que me quiere mucho!... Tú conoces nuestro nido: es aquel chalet con muchos árboles, muchos jazmines, muchos heliotropos de esos que enferman la cabeza. A la hora de acostarme, ráfagas de las flores llegaban a mi cuarto. ¡Pícaras! Eran las *flores difuntas* de los pasados amores... Yo sentía un mundo viejo; tenía entre mis manos un libro borrado por el tiempo y que mis ojos se entretenían en descifrar aspiran su soplo de pasión. ¡Uf! ¡Qué impresión tan triste, tan ridícula, dejan las mujeres cuando pierden el traje de la ilusión!

Las ninfas, sorprendidas por los sátiros, deben pasar al templo de las bacantes.

En este momento sólo siento el recuerdo de mi amiga R... y de mis compañeros: de tu amistad.

Tengo conmigo a Heine, Saint Victor, Tolstoi, Goncourt y otros más. ¡Mira qué corte! Ni Luis XV.

Tal vez te mande una correspondencia. Salud.

PEDRO.

Ya veis si tendré razón de dedicar a la memoria de A. DE GILBERT este libro de mi alma.

Es el pago de una sagrada deuda.

C

En una semblanza publicada en *La Tribuna*, de Santiago, por Eduardo Poirier—Eduardo era también de la intimidad de Pedro, y es uno de los rarísimos corazones grandes y nobles que en mi vida he encontrado—, he leído lo siguiente:

«Era consecuente y firme en sus afectos.

—¡Rubén es un ingrato!—decíame hace poco—. ¡Pero tiene tanto talento!...

Y no dejaba de ser justificada la queja de Pedro, pues el

poeta centroamericano, que ha cuatro meses abandonó nuestras playas, no ha dado hasta hoy noticias tuyas a los amigos que aquí dejó, y que me las están continuamente pidiendo.

Rubén Darío fué en Chile uno de los jóvenes literatos por quienes más cariño y simpatías tuvo Pedro. Y era ello en cierto modo natural, porque había entre ambos afinidades de temperamento y de gustos artísticos.

Recuerdo que hace pocos meses, cuando asociado a unos cuantos amigos de Rubén y admiradores de sus producciones, publiqué la edición de sus cuentos y versos, *Azul*, decíame Pedro, a poco de haberla leído:

—Mi querido amigo: ¡Cuánto siento que mis dolencias me impidan escribir sobre *Azul*! ¡Qué artículo tengo en la cabeza!

A la sazón hallábase apenas convaleciendo de uno de los ataques de su traidora enfermedad.

¡Y qué hermoso juicio crítico habría dado Pedro a la estampa, como lo hizo cuando la publicación de *Abrojos*, libro al que A. DE GILBERT dedicó una de las más bellas páginas que sobre letras se hayan publicado!

Estamos ciertos de que mucho antes de que las presentes líneas lleguen a poder del poeta de Nicaragua, éste habrá sabido cumplir con su noble amigo haciendo llegar hasta su recién abierta tumba su ofrenda cariñosa bajo la forma de doliente y sentida melodía fúnebre...»

Rubén es un ingrato... se olvida de los amigos... No escribe... Sí, todos, o casi todos vosotros, mis amigos, os quejáis de mí, con harta justicia al parecer.

Sed indulgentes. Si os asomáis al fondo, veréis claridad.

Llevado por el viento como un pájaro; sin afecciones, sin familia, sin hogar; teniendo desde casi niño sobre mis hombros el peso de mi vida; fatigado desde temprano por verdaderas tristezas, guardo en lo profundo de mi ser bondad, mucho cariño, mucho amor. No seáis injustos. Yo tengo por únicos sos-

tenes mis esperanzas, mis sueños de gloria. Esto me libra de ser escéptico, de ser ingrato, del vahido siniestro del abismo del mal. Yo creo en Dios. Y así voy en el mundo, por un camino de peregrinación, viendo siempre mi miraje, en busca de mi ciudad sagrada, donde está la princesa triste, en su torre de marfil...



ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Rubén Darío en Chile, por Armando Donoso.....	6
El poeta recuerda su permanencia en Chile.....	113
«Abrojos»	129
Prólogo	131
Abrojos	135
Impresiones de Santiago.....	159
Emelina	175
«Rimas»	179
Lo que yo te daría.....	193
Canto épico a las glorias de Chile.....	195
«Azul»	215
El Rey Burgués.....	217
El sátiro sordo.....	222
La Ninfa.....	227
El Fardo.....	231
El velo de la Reina Mab.....	236
La canción del oro.....	239

	Págs.
El Rubí.....	244
El palacio del Sol.....	250
El pájaro azul.....	254
Palomas blancas y Garzas morenas.....	258
•En Chile».....	265
I. En busca de cuadros.....	265
II. Acuarela.....	266
III. Paisaje.....	268
IV. Agua fuerte.....	268
V. La virgen de la paloma.....	269
VI. La cabeza.....	270
VII. Acuarela.....	271
VIII. Un retrato de Watteau.....	272
IX. Naturaleza muerta.....	274
X. Al carbón.....	274
XI. Paisaje.....	275
XII. El ideal.....	276
A una estrella.....	277
•El año lírico».....	281
Primaveral.....	283
Estival.....	287
Autumnal.....	292
Invernal.....	295
Pensamientos de Otoño.....	300
A un poeta.....	303
Anagke.....	305
•Hombres de Chile».....	309
Balmaceda, Presidente de Chile.....	311
Balmaceda, el Presidente suicida.....	317
Bañados Espinosa.....	320
La obra del populacho.....	322

	<u>Págs.</u>
Vicuña Mackenna	326
Poirier.....	333
Fray Crescente Errázuriz	339
«A. de Gilbert»	343
Pedro Balmaceda Toro.....	345
Historia de mis «Abrojos»	349
Pedro en la intimidad	351
El artista	354
Rosa.....	357
Un amor.....	358
At. home.....	359
Sus amigos	361
Recuerdos.....	363
Escuela literaria	365
«La novela social contemporánea»	366
La enfermedad	396
La muerte y la gloria	398
Notas	399
A.....	399
Regalo inestimable.....	400
B	401
C.....	408

